

VERSATIL  
narrativa



LA  
REBELIÓN  
DE  
PENÉLOPE

**DOLORES GARCÍA RUIZ**

Más libros en  
[www.DESCARGASMIX.com](http://www.DESCARGASMIX.com)

Penélope es hallada inconsciente junto al cadáver de su mejor amiga en un paraje de la costa de Castellón. Santiago Ramírez, inspector de policía tratará de desenmascarar al asesino mientras lidia con la enfermiza y adictiva relación que le une a su esposa.

La investigación policial irá reconstruyendo la historia de la protagonista, a través de las personas que constituyen su universo familiar, un marido

asfixiante que la anulaba, una hija egoísta que la ignoraba y un pasado reciente en el que cobra especial importancia la estrecha amistad de Penélope con un elegante galerista de arte.

Penélope se rebeló contra quienes no supieron amarla; las consecuencias de esa onda expansiva son difíciles de imaginar.

*«Para ir a donde se sabe,  
hay que ir por donde no se  
sabe».*

(San Juan de la Cruz)

¿Que si quería a mi marido? Claro que le quería. Más que a mi vida. Hubiera cruzado el fuego por él. Ese fue mi gran error. No se puede amar tanto. El amor es una energía extremadamente peligrosa: consume a quien lo derrocha, debilita a quien lo malgasta. Con los años, aprendes que ha de administrarse con el tiento y la precisión que emplea un boticario con las drogas: a certeras dosis. Si no, te revierte convertido en puro veneno que va calando, lentamente y en silencio, intoxicándote las vísceras,

invadiendo cada una de tus células con el frío abismal del desamor. Pero esto lo comprendes cuando todo ha pasado y comienzas a reaccionar bajo el aturdimiento del atropello. Cuando tratas de incorporarte tras la estampida de acontecimientos que te han ido aplastando día a día. Lo palpas en el recuento de tus cicatrices. Cuando ya es tarde. Porque no quedan ni astillas para reavivar las ascuas de aquella ilusión que te removi6 por dentro y que ahora yace entre rescoldos fríos y desmoronados.

Le aseguro, doctor, que para que no se enfriara nuestro hogar, ese que para mí comenzaba en el pecho de mi marido,

empleé como combustible todo el cariño que encontré en mi interior; pero ¿sabe?, él nunca se molestó en reponerlo.

Así fueron pasando los años, hasta que se agotaron mis reservas. Entonces descubrí, con horror, que ya no me quedaba nada más que arrojar a la hoguera en la que quemaba mi vida junto a él. Que no conseguía reunir ni virtudes de aquella ternura de antaño; ni siquiera serrín de ese amor que sentí por él. Solo soledad y lágrimas.

Si no fuera así, ¿cómo habría sido capaz de hacer lo que he hecho? Ni estaría aquí, hablando con usted, respondiendo a sus preguntas, doctor, intentando saber más de mí misma y

esperando su diagnóstico como especialista.

No es que yo tenga algún interés en conocer su dictamen, pero mi marido ha decidido que necesito un psiquiatra y debo someterme a su examen. Él considera que debo de estar trastornada para haber roto con él.

Aquella noche fue la primera vez que me dijo a las claras que estaba completamente loca. No me sorprendió después de tantos años, veintiuno, en los que mis opiniones no le merecieron más consideración que el ruido de la hojarasca cuando se pisa, que el sonido de las chicharras en las siestas de agosto o que la opinión de una lerda inmadura,

en el mejor de los casos. «Pero ¿tú qué sabes? No digas más tonterías, Penélope». Así zanjaba mis opiniones, minimizándome, mirando como si yo fuera invisible y no hubiera nadie más allá del muro de niebla que levantaba entre nosotros espirando con desdén el humo de su cigarrillo. Pero eso no va a volver a ocurrir.

Sí, he venido voluntariamente. No, no me siento obligada por mi marido; bueno, mi exmarido; tengo que acostumbrarme, ¿sabe? Y él también. En realidad, él cree que me obliga, que aún es capaz de moldear mi voluntad, pero si vengo es porque yo quiero hacerlo. No, no temo lo que usted pueda decirme.

Al contrario, siento verdadera curiosidad.

Como le decía, mi exmarido... No. No rectifico, doctor. Ya sé que aún no hemos firmado los papeles del divorcio. Pero yo no le hablo de una cuestión legal, sino visceral, de lo que siento en las tripas: ya no es mi marido. Nada me vincula a él que no sea nuestra hija. Por supuesto que no ha sido una decisión irreflexiva. Ni tampoco meditada. Simplemente, no ha sido una decisión. No le he rechazado yo, sino mi alma, que fue la primera en separarse de él. Luego lo hizo mi mente y, por último, mi piel, que repudiaba la suya al percibirla como la de un extraño.

Le decía, doctor, que mi exmarido cree que necesito un psiquiatra porque me encuentra muy cambiada y usted conseguirá convencerme para que no continúe con el divorcio. Dice que me he transformado. Pero, a mí, doctor, lo único que me ocurre es que, por primera vez, tengo una visión clara y meridiana de quién soy. Por fin, a mis cuarenta y cuatro años, sé lo que quiero y lo que no.

Jamás he estado tan lúcida.

¿Sabe lo que significa eso? Que nunca he sido tan coherente con mis sentimientos como aquella noche. Esa en la que él decretó que debo estar muy desequilibrada para tomar una decisión

así. La noche en la que les anuncié durante la cena a mi hija y a él, con calma, sin acritud, cuando ya iban a mitad del plato de sopa, un hecho consumado y sin marcha atrás: había vendido el piso. Sí, ese precioso piso en el que estábamos viviendo Ildefonso, Lidón y yo. El mismo que en mis tiempos de soltera había heredado de mis abuelos. Además, les advertí de que solo disponíamos de un mes para desalojarlo.

Elegí aquella noche porque supe que era el momento apropiado y el instante oportuno. No podría haber sido ni un día antes ni un día después, ni tampoco diez años atrás. Tenía que ser en aquel

preciso momento. Porque para llegar a ese punto exacto del tiempo, tuve que remontar muchas caídas en la desilusión, atravesar otras tantas tormentas, sobrevivir a más de un naufragio que me arrojó a la orilla de la depresión y haber reunido el suficiente valor y entereza para renunciar a todo lo que había construido hasta entonces, y retomar las riendas de mi vida.

Sentí que aquella era la coordenada precisa en el tiempo y en el espacio en la que iniciaba una etapa en la que me exigía a mí misma ser digna y, a los demás, que aprendieran a respetarme.

Al principio, ellos no se apercebieron de mis palabras. Mi hija y

mi marido continuaron mirando, distraídos, la televisión, sin prestarme atención y cuchicheando entre ellos. Pero cuando repetí lo dicho, algo los cogió desprevenidos y les hizo guardar silencio: mi actitud. Desconcertados, volvieron sus rostros hacia el mío. Había hecho mella en ellos percibir aquella firmeza en mi voz, hasta entonces desconocida. Una vibración nueva, que me recreaba por dentro y a los ojos de mi familia. Abandonaron sus cucharas y, por la expresión de sus rostros, diría que se encontraron repentinamente ante una extraña que hubiera usurpado mi cuerpo.

Callaron porque en mis ojos no

hallaron la mansedumbre complaciente a la que estaban acostumbrados. En realidad, lo que encontraron ante ellos fue una mirada que no reconocían, que les marcaba el final inapelable de una época. «He vendido este piso —repetí—. Esta es la última noche que pasamos juntos en esta casa. He alquilado un apartamento para mí y otro para Lidón cerca de la Facultad. —Se miraron, anonadados—. Mañana me marcho. Lidón, tenemos quince días para hacer el traslado. Yo te ayudaré. Los compradores tienen prisa y empezarán a traer sus muebles a finales de mes». Antes de que reaccionaran, les dejé muy claro que había abierto, a nombre de

nuestra hija, una cuenta corriente donde los dos le ingresaríamos cada mes lo suficiente para sus gastos. Solo lo suficiente.

Acabé de decir todo lo que tenía que decir, que no era mucho más allá de que esperaba que firmase el convenio regulador de mutuo acuerdo para evitar un divorcio agónico. Lidón reaccionó airada ante la idea de tener que marcharse a vivir sola y le respondí sin alterarme. «Nena, tienes veinte años y no tengo ganas de seguir recogiendo tus bragas de los suelos ni de que pagues tu mal humor conmigo. Ya es hora de que te valgas por ti misma y valores cuánto he hecho por ti». Doblé la servilleta y

me levanté.

No me habría extrañado, doctor, que en la superficie de las sopas hubiera cristalizado una fina capa de hielo. Sobre todo, después de que Ildefonso preguntara, aún incrédulo, si me había vuelto loca, a qué venía todo esto y si había vendido mi casa, qué coño pasaba con él, y yo le respondiera: «¿Contigo? No lo sé, querido, ni me importa. En realidad, no sé ni quién eres».

Lástima que se haya pasado la hora tan rápido, doctor, me estaba quedando muy aliviada. No, no, gracias. No quiero abusar. Me marcho ya, doctor. Tengo cosas que hacer. ¿Que debo volver? Está bien, cumpliré con la condición que me

ha impuesto mi exmarido. Espero que él cumpla por primera vez una promesa y firme el convenio de mutuo acuerdo. Es de lo que se trata ¿no? Buenas tardes, doctor.

Penélope aparcó el coche en las proximidades de la notaría en la que trabajaba, un local de grandes dimensiones en el primer piso de una antigua finca del centro de Castellón. Se diría que la costumbre había asignado un lugar de aparcamiento fijo para los asiduos que, cada mañana, estacionaban sus vehículos en la calle San Blai. Se aseguró de dejar el vehículo cerrado y se encaminó hacia el señorial inmueble.

Al llegar al portal, Ricardo, el portero, un hombre entrado en años y

dicharachero, la saludó con un entusiasmado «Buenos días, Penélope, cada día está usted más guapa». Ella se sonrió y agradeció el piropo. Lo agradeció sinceramente. Había días que un impulso a la autoestima venía bien, y Ricardo había acertado eligiendo esa mañana.

En realidad, no sabría decir por qué, pero se había despertado con una sensación extraña. Como si de repente hiciera más frío en su casa. «Habrá bajado esta noche la temperatura», pensó al levantarse de la cama, pero las mediciones decían justo lo contrario. Aquella mañana, cuando miró muy temprano por entre los visillos de la

cocina *office* de su apartamento, en un moderno barrio de la ciudad, le sorprendió que ya remolonearan las golondrinas con su vuelo acrobático entre los claroscuros del amanecer. La primavera se avecinaba y los rigores del invierno iban retrocediendo calladamente. La luminosidad del cielo al mediodía y las terrazas llenas de gente disfrutando del ambiente cálido lo iban confirmando.

Se había preparado el desayuno como siempre: té verde y tostadas con aceite de oliva, del que compraba en una cooperativa de Almassora. Incluso lo acompañó con un zumo de naranja natural, «hoy tienes premio, Penélope,

oro licuado, destilado para ti por aromáticos naranjos». Se recogió el cabello en una cola de caballo, como solía hacer para ir a la oficina. Se maquilló discreta y en tonos suaves. Dibujó una leve raya marrón en los párpados, a juego con sus ojos. Solo cambió el tono del lápiz de labios, un poco más intenso que de costumbre. Eligió un naranja suave y sin estridencias «así mejor, que me dé un poco de vida». Se sorprendió pensando esto. Pero era cierto. No podía negárselo a ella misma. Esa mañana su tez estaba apagada y la mirada que veía reflejada en el espejo tenía un punto de tristeza que distaba mucho de la íntima

euforia que la había acompañado durante ese primer año de separada en trámites de divorcio.

No acababa de reconocer qué sentimientos se estaban apoderando de ella ni qué pensamientos solapados podrían estar minando su estado de ánimo, tan fuerte y alegre hasta el día de ayer. No echaba de menos, ni por un instante, la presencia de Ildefonso. No era eso. Para nada. Al contrario, se había sentido inmensamente aliviada con su separación, incluso eufórica con su reconquistada libertad. Entonces, ¿qué había ocurrido para que de repente se sintiera decaída? ¿Qué le había sucedido para que sintiera tan pesadas

las alas que había rescatado con su soltería? Nada. Absolutamente nada fuera de lo cotidiano, de lo normal.

Penélope cayó en la cuenta de que ese era, precisamente, el origen de la espiral de vacío que sentía abrirse en su estómago y que empezaba a impedirle respirar con normalidad, que les resultara tan pesado a sus pulmones hacerse hueco para henchirlos de aire, que le latiera el corazón con una urgencia que le recordaba episodios vividos durante su matrimonio con Ildefonso. Conocía la sensación y también lo que se avecinaba. Lo llaman crisis de ansiedad. La sentía más leve que antaño, infinitamente más leve. Pero

eso no le impedía sorprenderse de que, ahora que tenía toda su vida para ella, todo el tiempo del mundo, se le apoderara de nuevo esa ansiedad tiránica y destructiva. Ansiedad, ¿de qué?

Lo vio claro. Tuvo que reconocerlo. Lo que le había hecho venirse abajo era precisamente eso: que no había ocurrido nada. Nada de lo esperado secretamente en la trastienda de la voluntad. Nada de lo fantaseado. Nada de lo que se supone que podría haber ocurrido: una siguiente etapa gloriosa llena de vivencias y la oportunidad de conocer a alguien con quien compartir la vida.

Aquello que le había caído a plomo

era el peso de la soledad y de la realidad desnuda. Había llevado bien la soledad, incluso con alegría, mientras la deseó por necesaria para restañarse y reconstruirse ante ella misma. Superada esa fase, como en los juegos de ordenador, Penélope se había encontrado repentinamente introducida en otra dimensión distinta, en la que aquello que la rodeaba, sus discos, sus libros, sus fotografías, su ropa nueva... habían perdido su magia inicial y aparecían en su cruda y real apariencia de meros objetos pendientes de ser dotados de sentido. Además, estaba la rutina diaria de la notaría, que la estaba minando. Sí, la dotaba de independencia

económica, algo básico y fundamental; pero la ataba a una sucesión de días, unos iguales a los otros, en aquella oficina gris de paredes blancuzcas.

Sí, ahora lo veía claro. Su recuperación había terminado, el recuerdo de Ildefonso se diluía sin apenas hacer daño, como si todo lo ocurrido hubiera tenido lugar un siglo antes y no solo un año atrás. El mundo mágico de las posibilidades, que en un principio la acompañaba susurrándole al oído promesas de esplendor, se había encogido, quedando reducido a rutina cotidiana y solitaria, a desconfiadas miradas de soslayo de vecinos, murmuraciones de compañeras de

trabajo y la actitud de censura y prevención que había adoptado hacia ella la oficial de la notaría, doña Elvira.

Hasta entonces había abrazado la soledad; ahora, se sentía sola.

Decidió darse una ducha rápida antes de vestirse para ir al trabajo esa mañana. La ayudaría a calmarse y el chorro de agua arrastraría ansiedades. La música de Enya en el lector de discos compactos la envolvió en magia y le inculcó unas pequeñas dosis de ánimo y esperanza.

Se vistió con colores claros y suaves. Una blusa de seda natural con cuello de lazo y un pantalón de vestir beis. Se cubrió con un abrigo ligero del

mismo color y zapatos de medio tacón. Quería verse luminosa a pesar de su tez apagada bajo el maquillaje y lo logró. Deseaba sobreponerse a las sombras que le estaban enfriando el alma. Por eso agradeció de todo corazón que esa mañana Ricardo, el portero, con una espontánea galantería, le devolviera algo de los ánimos que la habían abandonado durante la noche. «Muchas gracias, Ricardo. Así da gusto venir a trabajar».

—¡Buenos días, Penélope! —oyó decir a una voz jovial desde el fondo del portal, junto a la puerta del ascensor.

—Buenos días, Magdalena. ¿Qué tal, Damián? —saludó a la pareja de

compañeros que se habían convertido en sus vecinos.

—Aquí, a trabajar un ratito —respondió él—. Me adelanto por las escaleras, ¡que ya os vale, por un piso de nada...!

—La verdad es que tu marido tiene razón, Magdalena. Pero hoy estoy..., no sé, un poco deshinchada de ánimos.

—Ya sé que debería subir andando... Sobre todo, para quitarme estos kilitos que me sobran... Que entre mi estatura y las redondeces que he echado, pronto voy a parecer una morcillita. Pero, chica, hoy yo también estoy «plof». Y no tengo ganas de subir andando, aunque sea un primer piso. Así

que para algo está el ascensor, digo yo.

—Pues sí... Pasa, Magda. Ya pulso yo.

Pocas veces se había fijado en cómo era la notaría realmente. Siempre la había visto con los ojos de la emoción del momento. Durante su matrimonio, aquella oficina, que ocupaba el espacio de lo que en su día fueron dos elegantes pisos de dimensiones importantes, había sido su tabla de salvación. Tanto porque se sentía libre de Idefonso el tiempo que dedicaba a trabajar, como porque el sueldo que percibía le permitió plantearse volar y escapar de él.

También le había proporcionado la amistad de Magdalena, que se convirtió en un apoyo importante en sus momentos de tribulación. Hasta el punto de que fue ella quien le proporcionó el contacto de la agencia inmobiliaria que gestionaba el alquiler de un apartamento, estupendo y soleado, que se había quedado libre en su finca. «Claro, que sí, mujer. Te vienes a vivir a mi finca y así no estás sola. Para cualquier cosa que necesites, nos llamas. Hasta nos podrás avisar por el patio interior. Seremos los vecinos que tengas enfrente en el piso de abajo, y cada una en su casa y Dios en la de todos».

Sin embargo, al entrar en la notaría

con Magdalena aquella mañana y dirigirse hacia su puesto de trabajo, casi al fondo del local, miró aquella oficina con ojos realistas, como si la viera por primera vez. La encontró vetusta, gris y desangelada. Incluso el magnífico espejo de marco de nogal profusamente tallado que presidía la pared del fondo, que tanto la impresionó la primera vez que llegó allí y al que se iba aproximando a cada paso, le pareció más apagado. Se percató de pequeñas manchas oscuras en su viejo azogue, que hasta entonces le habían pasado desapercibidas.

Colgó el bolso y el abrigo en el perchero y se sentó ante la mesa que

ocupaba desde hacía veintidós años. Doña Elvira, la oficial mayor de la notaría, ya le había asignado las escrituras de las que debería ocuparse ese día. Era un montón menos abultado que en otras ocasiones, pero le resultó abrumador. No se encontraba con las energías de otras jornadas. Respiró hondo, miró por los ventanales a través de las ranuras de la veneciana y pudo ver entre sus lamas un cielo azul que gritaba alegrías y deshacía en jirones las suavidades blanquecinas que lo ocultaban. Sonrió. Aceptó la lección. Así debía desprenderse ella de los malos humores que la estaban invadiendo, como el cielo de aquellas

nubes que deshilachaba por haberse atrevido a velar su resplandor. Incluso dentro de aquella oficina plena de actividad administrativa, de ahogados repiques de teclas de ordenador, en la que el único color lo ponen los días marcados en rojo en el calendario de la pared, la vida se filtraba y le mostraba un mundo hermoso por descubrir. Sonriendo para sus adentros, se encaminó hacia el mostrador de recepción de la notaría con unos documentos para entregárselos a Damián, el subalterno.

—Damián, ¿podrías hacerme tres juegos de copias de estas escrituras? Son urgentes, gracias.

—Claro. Ahora mismo, reina. ¿Qué tal todo, vecina? —preguntó Damián con una sonrisa un poco boba.

—Muy bien, gracias.

—Me alegro. Oye, siento lo que pasó con mi madre... Ya sabes.

—¿A qué te refieres?

—Mujer, a lo que te dijo el otro día... Cuando nos encontramos en el portal de casa, al salir del ascensor... No lo dijo en serio, no se lo tengas en cuenta. Es muy mayor.

—Claro, claro. No te preocupes. Ya lo había olvidado.

—Vale. ¡Ah, por cierto! No hace falta que se lo comentes a Magdalena. Ya sabes, nuera y suegra...

—De acuerdo, Damián. No te preocupes.

Al acabar los trabajos encargados como preferentes, Penélope se los acercó a doña Elvira para que ella los visara y, a su vez, los pasara al despacho del notario para que los firmara.

—Muy bien, perfecto —le dijo doña Elvira, tras sus gafitas de media lente y cordoncillo al cuello, después de revisar los documentos escritos por Penélope—. Ahora se los pasaré a don Ignacio.

—Puedo hacerlo yo, si está ocupada.

—Lo haré yo, como siempre. —Y

añadió, después de repasarla con la mirada, mientras se acariciaba la gargantilla de perlas que rodeaba la carne tierna y flácida de su garganta—: Hoy ha venido usted más modosita. Así está muy bien, con ese cuellecito bien alto...

—¿Insinúa que vengo con escotes provocativos? Le recuerdo que suele llevar usted blusas con más escote que yo.

—Me refiero a usar vaqueros ajustados o jerséis más apretados... Ya sabe lo que quiero decir. Aquí hay hombres, señora Soler; bueno, señorita.

—Sigo siendo señora, doña Elvira, porque es lo que soy, vaya con vaqueros

o de Chanel.

—Bueno, haga lo que crea conveniente, pero ya conoce mi opinión y la del señor notario.

—Se equivoca, doña Elvira. Solo conozco la suya y don Ignacio no puede tener ninguna sobre mí, ya que no me conoce ni yo he tenido el gusto de conocerle en los veintidós años que llevo trabajando en esta casa. —Y tras tomar aire, añadió—: Por cierto, sería todo un detalle por parte de don Ignacio que alguna vez saliera de ese despacho inviolable —dijo señalando las recias puertas de madera tallada próximas al espejo veneciano y que solo doña Elvira podía traspasar— y se dignara a saludar

al personal que trabaja para él.

El silencio se apoderó de la oficina.

—Fíjese —prosiguió Penélope entrecerrando ligeramente los ojos—, que he llegado a pensar que en ese despacho no hay nadie. Incluso que don Ignacio no existe. Si no fuera por su firma y porque oigo a los clientes despedirse de él, pensaría que...

—¡Basta! —gritó visiblemente sofocada la oficial mayor—. Es cierto que don Ignacio nunca me ha hecho ningún comentario sobre usted. Es mi criterio sobre cómo ha de conducirse el personal en esta notaría. Estamos de cara al público y debemos dar una imagen seria —añadió mientras trataba

de controlarse—. Vuelva a su sitio, señora Soler. Y todos ustedes, continúen con sus asuntos.

Penélope optó por no regresar a su mesa, sino que se dirigió hacia el perchero bajo la atenta mirada de todos sus compañeros.

—Haga el favor de caminar con más humildad —le recriminó doña Elvira—, que no es una reina.

—Se equivoca de nuevo —dijo Penélope girándose hacia su inmediata superior con el abrigo y el bolso en la mano—. Soy la reina de mi reino y, en mi reino, solo mando yo.

El enfrentamiento entre Penélope y la oficial mayor era la comidilla de toda la oficina. Magdalena dejó pasar unos minutos y después bajó a buscar a Penélope. Se imaginaba adónde habría ido. Se encaminó con pasitos ligeros hacia la galería de arte que había en la misma manzana de la notaría, en la calle posterior. Sabía que allí acudía Penélope muchas veces en el rato de los almuerzos. Que se tomaba un té rápido y, después, sus pasos la llevaban hasta aquel remanso donde disfrutaba

contemplando obras de las más variadas tendencias, soñando con llegar a pintar como esos artistas.

La encontró mirando el escaparate de la galería. No parecía tener intención de entrar en esta ocasión.

—Me he pasado tres pueblos —dijo Penélope al ver el reflejo de Magdalena junto al suyo en el escaparate.

—¡No te arrepientas! Tampoco le has dicho nada del otro mundo.

Comenzaron a caminar juntas mecánicamente, sin rumbo concreto. Deambulaban en silencio, hasta que Magdalena reunió valor para decirle lo que pensaba.

—En realidad, Penélope, le has

dicho lo que todos pensamos y no nos atrevemos a decir. Yo, por lo menos, no me atrevo —dijo bajando la voz y la mirada— y menos desde que me hicieron el favor el notario y ella de darle trabajo a mi Damián. Que ya sabes los apuros que he pasado hasta que encontró esta colocación. ¡Es que no duraba un mes en ningún taller! ¡Y mira que es bueno arreglando motos! Pero no tenía arreglo, enganchado como estaba a los teléfonos eróticos... Unas facturas de infarto y, claro, en el trabajo no estaba en lo que tenía que estar... Así que le duraban los empleos lo que el dueño del taller en descubrirle tres veces enganchado a las llamaditas, en

vez de estar arreglando, montando o desmontando las piezas... ¡En fin! —dijo pasándose un mechón de su lacia melinita rubia detrás de la oreja—. Que se me apareció la Virgen cuando dijeron que sí, que el puesto de recepcionista y «chico para todo» se lo daban a él —dijo fijando sus vivos ojillos azules en su amiga—. Aquí lo tengo controlado, ¿sabes?, y parece que le está yendo bien la terapia.

—Me alegro mucho por ti, Magdalena —dijo mirando con cariño a su compañera, y al llegar a la altura de la cafetería donde solían almorzar juntas, se detuvo—. Anda, vamos a tomarnos algo caliente antes de que se

nos pase el rato.

A la cafetería El Tintero iban acudiendo, en diferentes tandas, los empleados de la notaría. Magdalena se ofreció a llevar los té a la mesa que habían escogido junto a la ventana, para ganar tiempo. La cafetería estaba repleta de público y casi toda la plantilla de la notaría estaba allí, formando corrillos y comentando entre cuchicheos lo sucedido aquella mañana en la oficina.

—¡Lo que me faltaba! Si ya se les habían acabado los temas para despellejarme, ahora tienen material nuevo...

—No creas, en esto la mayoría está de tu parte —dijo Magdalena.

—¿En esto? ¡Pues debe de ser en lo único!

Penélope dio un sorbo a su infusión y se preguntó en voz alta:

—¿Por qué me miran con recelo? Hasta tu suegra... ¡Vaya, lo siento! —dijo Penélope con fastidio—. Se supone que esto no debería contártelo.

—¿Mi suegra? ¿La madre de Damián? —preguntó Magdalena y asintió su compañera—. ¿Qué te ha hecho?

—En realidad, nada importante. Pero te da qué pensar.

—Pero ¡cuéntame! ¿Qué ha pasado?

—En realidad no tendría que contártelo... Damián me pidió que no lo

hiciera.

—Déjate de pamplinas y ponme al loro de lo que haya ocurrido. ¡Venga!

—Pues que el otro día coincidí en el portal con Damián y su madre. Salían del ascensor. Los saludé y Damián me respondió atento, como siempre, pero su madre me soltó: «Esta es una finca de gente decente, no queremos gentuza».

—¿Qué me estás contando? ¡Esa vieja bruja, que cada día está más encogida y retorcida...! ¡No saldrá volando en su bastón, no! No tendré esa suerte. ¡Terminaré sacándole esos ojos saltones que tiene y que todo lo van controlando! Ella y su gata van a salir por la ventana un día de estos... ¡Me

tienen más harta!

—¡Cálmate, mujer! Si te lo he terminado de contar es porque me gustaría saber cómo ha llegado a la conclusión de que no soy decente.

—Mira, hija, no lo sé; porque por comentarios nuestros, te aseguro que no habrá sido. Jamás hemos hablado mal de ti, al contrario. Pero me imagino de dónde vienen los tiros. —Magdalena bajó el tono de voz y se aproximó más Penélope—. Los meses que está en mi casa, ella se encarga de tender la ropa y recogerla. Y, en alguna ocasión, le he oído hacer comentarios acerca de la ropa interior que tienes en el tendedero secándose.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Penélope deshinchándose con un largo suspiro—. Pero, es increíble...

—No se lo tengas en cuenta. ¡Es una mujer muy mayor, con una mentalidad muy antigua! Ha vivido y vive amargada desde que el marido la abandonó por otra, cuando Damián y su hermana mayor eran muy niños. Hay que comprenderla también.

—Vaya, lo de tu suegra lo puedo entender. Pero qué me dices de todos estos —dijo indicando con la cabeza hacia donde estaban almorzando los compañeros de trabajo—. ¿Se puede saber qué mosca les ha picado desde que supieron que me había divorciado

de Ildefonso?

—Bueno, ese es otro tema... —suspiró Magdalena—. Resumiéndolo mucho: por un lado, que no vivas con tu hija y que la hayas forzado a vivir sola les hace pensar que eres una mala madre. Al menos, no una madre como se espera. Por otro lado, se te considera otra vez «en el mercado» y, claro, a ellos les das alas a imaginar lo que quieran y a ellas... Bueno, a ellas, no sé cómo decírtelo...

—¿A ellas, qué? Porque el que sean ellas las que hayan cambiado de actitud conmigo y me miren mal aún lo entiendo menos.

—Mira, chica, ¡que a ellas les

pareces un peligro! Alguien que no está «sujeta» y les puede quitar el marido.

—¿Quitar el qué...? —dijo Penélope con el gesto congelado—. ¡No sé si reírme o ponerme a llorar! ¿Sus... maridos? ¿Es una broma?

—Tómalo como un cumplido.

—¿Por qué la gente tiene que tomar partido en mis asuntos personales? ¿Qué tienen que juzgar? ¿Es que por ser madre dejo de ser mujer? ¿Tengo que enterrarme en vida? ¡Antes que madre, soy persona y luego, todo lo demás! A todo esto, ¿qué saben ellos de lo que he tenido que aguantar y qué es mejor para mi hija y para que madure de una puñetera vez? Tendrías que ver a Lidón

ahora. No parece la misma —se emocionaba—. Ahora va comprendiendo todo lo que he pasado y que era lo mejor para ella también romper con ese maldito modelo de mujer invisible. Le ha ayudado a darse cuenta de que ella estaba cayendo en lo mismo con su chico —suspiró y añadió—: Menos mal que ha cortado con él.

Penélope miró con fastidio a la calle a través del escaparate de la cafetería.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó a Magdalena.

Su amiga miró un poco inquieta a su alrededor. Vio a su marido apoyado en la barra tomándose un cortado, mirándola de reojo. Magdalena se

removió en la silla, se apretó los labios y se decidió:

—Mira, Penélope, quiero que lo sepas. Yo te admiro. —Y sus ojillos azules la miraban como una niña a su héroe—. Eres muy valiente y hoy lo has vuelto a demostrar. Pero eso produce miedo a los demás. El mundo está lleno de cobardes que temen los pequeños cambios.

—Pero...

—No, déjame acabar antes de que se acerque mi marido... A la gente le da miedo que se rompan las reglas, las situaciones establecidas. Sienten temor al conocer a alguien que se ha atrevido a hacer lo que quisieran hacer ellos, a

dejarlo todo atrás, empezar de nuevo y darse otra oportunidad... Lo que deberíamos hacer muchos y no tenemos el valor... —El azul de los ojillos de Magdalena se volvió ligeramente más acuoso—. Nos hace sentir más cobardes y darnos cuenta de que no somos tan felices como nos creemos o nos queremos creer. Y eso, Penélope, no todo el mundo sabe llevarlo bien y las hay que se revuelven contra quien les recuerda su infelicidad. Esas que tratan de ocultarse comprando lujos que no necesitan.

Magdalena sonrió, le cogió cálidamente la mano y prosiguió:

—Para otras, eres un ejemplo y eso

también es complicado, porque la otra parte —dijo señalando discretamente con la cabeza hacia Damián, que cambiaba constantemente de postura— siente miedo de que me atreva a seguir tus pasos. Damián no es una joya —sonrieron las dos mientras le veían salir fuera de cafetería a fumarse un cigarrillo—, ya lo sabes. Pero sé que él me quiere; a su manera, claro. Que no es como me gustaría a mí, pero a su manera. —Magdalena se detuvo al ver a Damián exhalando el humo yendo y viniendo por delante de la ventana junto a la que estaban ellas—. Pero yo —añadió dando un profundo suspiro y encogiéndose de hombros— no soy

como tú, no sabría qué hacer si me quedo sola.

Penélope se fijó en Damián detenidamente, nunca lo había hecho antes. Le pareció aún más bajo, incluso su cabeza más reducida, rapada al dos donde las entradas habían respetado el cabello; y mucho más finas las patillas, que se las dejaba crecer hasta la altura de los lóbulos, demasiado alargadas para unas orejas tan pequeñas. Él se percató de que estaba siendo observado, se frotó la nariz y les devolvió una sonrisa forzada que dejó entrever su deficiente dentadura, de pequeñas y puntiagudas piezas. No comprendía qué podía encontrar Magdalena, tan tierna y

maternal, con una cara tan dulce iluminada por la melenita rubia y lacia que la enmarcaba, en un hombre de escasos modales y tan cortas luces, que no le dedicaba más caricia que echarle el brazo por encima del hombro y rodearle con él la garganta, que no la acompañaba al cine porque estar tanto rato en una sala oscura le pone nervioso y las películas le aburren con tanto diálogo y que no le ve la gracia a dar un paseo sin que haya que ir a algún sitio en concreto o sin tomarse unas cervezas...

Le devolvió la sonrisa, casi tan forzada como la que había recibido de él. Eso pareció impulsarle a regresar

junto a ellas.

—¡Vaya, ya os veo, aquí charlando tan a gusto de vuestras cosas! —dijo Damián al llegar hasta ellas con las manos metidas en los bolsillos del pantalón azulón, a juego con la chaqueta abierta sobre una camisa celeste que llevaba desabotonada hasta el segundo botón.

—Ya nos subíamos a la oficina —dijo Magdalena—. ¿Nos acompañas?

—Subid vosotros dos —dijo Penélope—. Acabo de ver entrar a Ana, la de la inmobiliaria, y voy a aprovechar para comentarle una cosa del piso.

—¿Algún problema? —preguntó seriamente Damián.

—No, nada serio. La cisterna, que pierde un poco. Habrá que decírselo al dueño para que lo arregle.

—Vale, pues ya nos vemos arriba — dijo Magdalena.

—Serán cinco minutos.

No fue necesario que Penélope les indicara a Magdalena y Damián quién era Ana, la de la agencia inmobiliaria y con quien había trabado una espontánea y sincera amistad desde el primer minuto de conocerla. Era imposible que pasara desapercibida una mujer con sus medidas, sus curvas, su vestido entallado multicolor, subida a unos tacones imposibles, ni sus grandes ojos oscuros, tan vivos y alegres, ribeteados

con khol y rodeados de espesas pestañas cargadas de rímel.

—¡Pene! ¡Hola! ¡Hola! —gritaba Ana avanzando hacia ella, con los brazos abiertos, dando unos breves y rápidos pasitos para acudir a su encuentro, sin recordar ni por un instante que Penélope le había advertido que no recortara su nombre, al menos en público—. ¡Qué alegría, chica! Precisamente me estaba acordando de ti.

Penélope habría preferido volverse invisible cuando todos los hombres de la cafetería se volvieron al unísono para mirar, divertidos, el final de la espalda de Ana.

—Yo también quería hablar contigo.

Ven, siéntate —invitó Penélope después de darle dos besos.

—Bueno, tú me dirás, bonita... —dijo Ana mirando de reajo para comprobar qué reacciones había suscitado mientras se deshacía de la cazadora negra con remaches y se sentaba frente a Penélope—. Cuenta, cuenta... —dijo atusándose la melenita negra y ordenando el flequillo recto.

—Lo que tengo que contarte es sobre el piso. La cisterna...

—Espera, ¿que no me vas a contar nada del taxista?

—Pero ¿qué taxista? —dijo Penélope intentando recordar algo que tuviera relación con un taxista—. No te

entiendo.

—¡Uy, chica! El del miércoles por la noche, cuando volvíamos del cine. ¡No me negarás que estaba que crujía! Y como te hacía ojitos y te dejó la última...

—¡Ana, cariño! No tienes arreglo... —dijo Penélope y se echó a reír—. No sé de qué me hablas. Será que le miré con ojos de madre, porque podría serlo, te lo aseguro. Es más, yo creo que ves cosas donde no las hay, ¿sabes?

—¡Ay, qué aburridas eres, querida! Por cierto, podríamos salir a cenar esta noche ¿te apetece? Conozco un sitio en el Grao...

—Te lo agradezco, Ana, pero hoy

me temo que no voy a ser una buena compañía. Mejor quedamos para este fin de semana, ¿vale?

—¿Vas a coger los pinceles esta tarde? ¡Mira que me gustaría saber pintar como tú! —Ana se encoge de hombros y continúa sonriendo—. Me da una envidia cuando veo tus cuadros...

—Qué va, mujer. No valen nada. Ahora es cuando he podido dedicarles tiempo. Y tengo tanto que aprender... No sé aún qué haré esta tarde y mañana tengo sesión de terapia.

—¡Otra vez, qué rollo, hija! No sé por qué le estás haciendo caso a tu ex... A veces no te entiendo.

—Ya te lo he explicado. Esa es la

condición que me impuso para firmar el convenio regulador de mutuo acuerdo y no ir al divorcio contencioso, que ahí nos podemos morir. Así que más vale pasar por las «sesiones de terapia psiquiátrica» y evitarme disgustos y gastos. —Penélope miró el reloj—. Bueno, Ana, tengo que subir a la oficina, que ya me paso cinco minutos y no está hoy el horno para bollos. Ya te llamo y quedamos este fin de semana. ¿Vale, guapa?

—Prométemelo. Luego no me digas que estás liada pintando y eso...

—Prometido. Este fin de semana meto los pinceles en agua y salimos; pero avisa al dueño de mi piso de que la

cisterna está estropeada, ¿vale?...

Al abrir la puerta de la habitación que había destinado a taller de pintura, el olor a aguarrás no le surtió el efecto estimulante de tantas ocasiones anteriores durante ese último año. Penélope no se sentía con ánimos para pintar. Si lo hiciera, se reduciría a una acción puramente mecánica, sin alma. Eso no era pintar para ella. Si lo expuesto en el lienzo no transmitía emociones, no era obra de arte. Si una pintura no es capaz de expresar los sentimientos que se ocultan en las capas

más profundas de nuestro ser, de mostrar nuestros miedos, de gritarle a los ojos de quien la contempla, conmoverle el alma y las tripas, entonces, no es arte.

Aquella tarde no era adecuada para retomar su última obra. Estaba bloqueada de mente y de sentimientos. Reconocer que la soledad se le había instalado en el cuerpo no estaba resultándole fácil y el episodio con doña Elvira, aún se lo había hecho más amargo. Decidió coger el coche y dirigirse al Grao. Un paseo cerca del mar le haría bien.

Mientras caminaba por las losas rojas del paseo marítimo flanqueada por hileras de palmeras, la mansedumbre de

las aguas del puerto y la luz amable de la tarde la fueron serenando. Se sentó en uno de los bancos de piedra del paseo para disfrutar del espectáculo del atardecer cerca del puerto. Se estaba fijando en aquellos matices de color que quería reproducir para expresar estados de ánimo, cuando sintió vibrar el móvil que llevaba en el bolsillo de la gabardina.

—Dime, hija. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. ¿Por qué iba a estar mal? Escúchame, te llamaba para decirte que he decidido continuar los estudios en Madrid. Me he matriculado en la Complutense. Así que el próximo curso lo haré allí.

—¡Vaya, eso sí que es una sorpresa! Ya podrías haberlo comentado antes. No sé.

—¿Es que no te alegras?

—Claro que me alegro por ti, pero te veré menos a menudo. Y eso nunca es una buena noticia.

—Ley de vida, mamá. Así te vas acostumbrando.

—Supongo. ¿Vendrás este domingo a comer a casa?

—Sí, claro. El domingo nos vemos. Un besito, mamá.

—Un beso, cielo.

Tras guardar el móvil, sitió el impulso de continuar su paseo. Mientras caminaba, intentaba quitarse de la

cabeza la frase de Magdalena que se le había clavado en la mente: «Sé que él me quiere; a su manera, claro. Que no es como me gustaría a mí». Eso era. Sí, señor. Esa era la gran diferencia entre Magdalena y ella: que ella no se conformaba con que la quisieran de una forma que no fuera la que necesitaba. Que se resistía a la idea de morir sin haber sido amada de verdad alguna vez en la vida. Sí, de verdad, tal y como ella entendía que era de verdad, que no era otra que como ella misma amaba: dándolo todo, sin dar lugar al egoísmo, sin espacio para el rencor, con un amor que supera todas las dificultades, los errores y los malos momentos. Un amor

que no quemé, sino que enriquezca; un amor que no reste, sino que sume, que le permita florecer. Un amor recíproco. Ese era su gran hallazgo: que sola podía evolucionar, pero no disfrutaba de la alegría de compartir la serenidad y la felicidad que había alcanzado a solas; que los momentos de felicidad son para compartirlos, si no, se evaporan como fantasmas que nunca existieron.

Un repentino soplo de aire fresco hizo reaccionar a Penélope. Los tonos suaves del atardecer habían desaparecido del paisaje y se habían ido transmutando en azules. Cientos de destellos anaranjados iluminaban el puerto. Cuando regresó a su vehículo,

diminutos puntos blancos iban ganando intensidad en el cielo a medida que ennegrecía.

De camino a casa condujo tranquila y satisfecha, había recuperado fuerzas para enfrentarse a la sesión de terapia del día siguiente. Ahora sabía qué la diferenciaba de los demás: que no se resignaba a dejar de reclamarle a la vida lo que esta le debía.

¿Qué por qué le dije a mi marido que no sabía quién era él? Pues porque, en realidad, no sabía muy bien quién era aquel hombre con quien he compartido más de veinte años de mi vida.

¿Sabe, doctor? Un día le contemplas por un momento, mientras te habla de esto y de aquello que le interesa a él. Le observas. Él evita mirarte a la cara. Su atención está atrapada por las imágenes del folleto que sujeta entre sus manos y que anuncia el último capricho tecnológico. Afirma que lo necesita

imperiosamente, que hoy en día no se puede vivir sin ese ingenio y por eso ha decidido que tendremos que aplazar un año más el viaje que yo tanto ansiaba porque ya es mucho gasto. Luego, echa una calada a su cigarrillo y se concentra en las imágenes que aparecen en la pantalla del televisor cada vez que pulsa el mando a distancia con ahínco, saltando de canal en canal, buscando algún programa que le interese.

Te detienes en su contemplación y descubres, de repente, a un extraño. Un rostro que no es el de aquel hombre ocurrente y galante que te invitó a salir para conoceros mejor, ni su piel tiene el tacto suave y cálido que te quemó las

mejillas cuando se acercó tanto para besarte los labios por primera vez, ni sus manos la premura de la primera caricia. Y te preguntas, ¿dónde está? ¿Adónde marchó aquel hombre? Sientes que tu Ulises se marchó hace ya tanto, que aunque regresara, ya no le reconocerías. Que llevas demasiado tiempo esperando su regreso. Tanto que se te ha olvidado qué es lo que estás esperando.

Entonces, le vuelves a mirar y sientes la inabarcable distancia que separa tu planeta del suyo. Su mente discurre por rincones desconocidos y no comparte tus sueños, sino que los aparta con desdén apenas esbozados. Ilusiones

arrinconadas que siguen esperando que se cumpla la última promesa de hacerlas realidad. Pero nunca se cumple, porque siempre se interpone algo más importante o perentorio para él.

Y te preguntas si esta persona es, realmente, aquella con la que has convivido algo más de veinte años de tu vida. Te preguntas cómo le puede importar tan poco que tus anhelos se conviertan en ceniza con el paso del tiempo. ¿Y dónde está la ilusión primera con la que se edificó la vida en común? Desapareció pronto, al contacto con su egoísmo, como la bruma se diluye con el roce de los rayos del sol.

Cuando sientes que su camino y el

tuyo se bifurcaron muchos años atrás, el espejismo del paraíso se desvanece y descubres que te encuentras en el desierto y que no existe aquel oasis por el que tanto has luchado. Que ese pozo al ras de suelo, del que estabas bebiendo todos estos años, hace tiempo se evaporó, y eso explica por qué ahora tienes la boca y la garganta llenas de llagas y de arena áspera y punzante. Entonces te invade la sensación de que todo lo que has vivido en común con él era irreal; era lo deseado, no lo acontecido. El pozo nunca existió. El agua que bebiste eran tus propios jugos.

Parece imposible, pero es así: la persona a la que más has querido, mucho

más que a ti misma, ya no te produce ni frío ni calor. Se ha convertido en una sombra gris y alargada que se afina hasta quedar convertida en un delgado, tenso y frágil filamento a punto de romperse. Entonces sientes pánico, un terror helado y una angustia biliosa, un vértigo que te absorbe hacia una vorágine que te priva de los sentidos y en la que se suceden explosiones neuronales en cadena en secretos recovecos de tu cerebro. Y, despacio, muy despacio, te asomas con pavor al abismo que se ha abierto a tus pies al descubrir, con repentina lucidez, qué es lo que te está pasando.

¿Qué descubrí, me pregunta, doctor?

Que le dedicaba la vida a un extraño. Que preparaba comida, le lavaba la ropa y dormía con quien se había convertido en extraño a fuerza de expulsarme de mí misma, sofocando mis iniciativas, ninguneándome ante nuestra hija, ridiculizando mis opiniones y devaluando todo aquello que me importara.

Lo que había descubierto, doctor, era el origen de mis dolencias físicas y del desasosiego que me gobernaba. Me había ocurrido lo más terrible que le puede ocurrir a una mujer cuya vida gira en torno a su marido: se me acabó el amor por él.

¿Así de golpe? No, no, por Dios.

¡Qué va! No le ha resultado tan fácil sofocarlo, no crea. Ildefonso ha necesitado veinte años para asfixiarlo. Ha sido un trabajo constante y subterráneo, una labor de zapa continua que al final ha dado sus frutos.

He vivido estos últimos quince años al límite de mis fuerzas, más allá del límite del agotamiento, intentando lograr que un ciego viera los colores, que un sordo escuchara lo que tenía que decirle. ¿Que si era importante lo que le quería decir? ¡Qué más da! Si para él, todo lo que yo pudiera decir o pensar solo eran tonterías si no coincidía con sus sentencias. Puede que lo fueran, unas veces sí y otras no. ¡Pero eran más! Y

por eso debería haberlas escuchado con respeto.

¿Solo una crisis más? No, no. Esta vez no es como las anteriores. Crisis ha habido desde el primer día, desde el primer minuto de casados. Ya las hubo el día de nuestra boda. Al acabar la ceremonia, Ildefonso nos dejó, al vehículo engalanado de flores y lazos y a mí, aparcados en una calle próxima a su casa de soltero para irse con sus hermanos a recoger no sé qué cosa, ante la mirada atónita o divertida de los curiosos que pasaban por allí. No regresó hasta que se hizo la hora del banquete. Durante todo ese tiempo de espera varias veces pensé en marcharme

de allí, pero no tuve valor de vagar por las calles vestida de novia, sin tener adónde ir ni dinero para tomar un taxi. Más tarde, en el propio banquete, ante todos los invitados, tuve que tragarme las lágrimas mientras él me reprochaba al oído, con vehemencia, que se sentía ridículo por mi culpa, porque conversaba con la madrina cuando solo debería atenderle a él. Eso no fue más que el principio.

No se trata de una crisis más o menos profunda, doctor. Yo le hablo de que algo se ha roto en mí, de un crujido interior. De un reloj que detuvo sus agujas para siempre. Yo le hablo del instante en que la tierra se abrió a mis

pies, de la vertiginosa caída al vacío con el grito atravesado en la garganta sin poder dejarlo escapar, de la lucidez que no deja lugar a la duda de que toda la vida anterior está equivocada. No se trata de una crisis. Es un final. Una muerte. Y la muerte siempre es algo inesperado y definitivo.

En las anteriores ocasiones, cuando todo se hundía, tejía cualquier hilillo de cariño por él. Un hilillo del que apenas pudiera tirar y que me sirviera para salir del pozo de tristeza en que me hundía su desprecio hacia lo que él consideraba mi fragilidad. Una vez arriba, a salvo de la negrura, volvía a tejerme un manto de esperanza con el que me cubría y trataba

de quitarme el frío que se me instalaba en las venas. Confiaba en que algún día él me comprendería, y arrojaba al fuego del hogar algún trozo más de cariño, y todo volvía a ocupar su lugar, sin que nada cambiara. Porque, por mí, nada iba a cambiar.

Así una y otra vez. Hasta que en esta ocasión ya no quedaba nada. Todo se había consumido. Comprendes que te enamoraste del que creías que era; que a pesar de descubrir sus defectos le amaste; pero que si le has dejado de amar es por todo aquello que nunca llegará a ser por ti: cariñoso, comprensivo, generoso. Porque sabes que no lo será, que no le vale la pena el

esfuerzo.

Y en la lucidez de esos instantes en los que la verdad se revela desnuda y muestra al otro en su completa dimensión, en todos y cada uno de sus aspectos y perfiles, es cuando reconoces que le adjudicaste virtudes que no poseía, le perdonaste con disculpas que no pidió, le justificaste con excusas que no ofreció y le entregaste la libertad que no supiste administrar. Descubres que tú también eres responsable de la situación a la que has llegado, porque cediste demasiado y él se apoyó en exceso. Y llega un momento en que la falta de apoyo, la insensibilidad a tu dolor y su excesiva comodidad pesan demasiado

para seguir acarreándolas sobre tus espaldas. ¡Y estás tan sola! Tan tremenda y terriblemente sola. La peor de las soledades. La de sufrir y callar. ¿A quién le vas a contar lo que te pasa porque no has sabido defenderte, porque no has sabido hacerte respetar? ¿A quién le vas pedir que te saque lo que se te pudre dentro? ¿A las amigas? No tienes ya. Descubres que no sabes dónde están, que te zambulliste en el mundo de tu hogar y que ahora, que sacas la cabeza para tomar aire, te das cuenta de cuánto tiempo has pasado sumergida en ese mundo submarino y sordo, de lo lejos que estás de la orilla, de que fuiste perdiendo las pocas amistades que

tenías, por el camino, sin saber cómo. En realidad, sí que sabes cómo. No llamándolas, diciéndoles que ya quedaremos un día de estos, pero perdiéndoles el rastro para siempre. Sus teléfonos ya no son aquellos que conservas en alguna vetusta agenda que se ha salvado, ¿milagrosamente?, de la destrucción en las sucesivas limpiezas generales. Te preguntas qué habrá sido de ellas, si serán felices o están como tú. ¿La familia? ¿Contárselo a la familia? No. Ni se te ocurre hacerlo. Piensas que estas cosas se pasarán y no quieres que tu familia mire mal a quien tú más quieres. De todas formas, sabes que no te van a comprender; habrá quien

reaccione exageradamente y también quien calle ante tu situación, haciéndote ver con su silencio tenso que tienes lo que te has buscado. Entonces, acumularías dolor sobre dolor. Y dolor, ya hay bastante. ¿En el trabajo? En la notaría tengo una compañera con quien tengo más confianza. Algo le he dejado caer, pero cuando veo con qué tristeza baja sus ojos azules, comprendo que lo que le cuento ya lo conoce en carne propia, pero teme los comentarios punzantes de la oficial y la murmuración en el despacho.

Así que tú misma has de sacarte la flecha, cauterizar la herida y coserte la carne, porque has de continuar. Y te

dices a ti misma: «Esto no es el fin. Es un principio».

Aquella mañana las horas pasaban rápidas en la notaría para Penélope. Iba despachando con celeridad los asuntos que le habían asignado y los entregó a la oficial mayor para su supervisión. Cuando quiso darse cuenta, era algo más tarde que de costumbre para bajar a tomar un almuerzo a media mañana. Prefirió esperar y bajar con el siguiente turno. Cuando regresaron los primeros, cogió la gabardina y el bolso, y bajó a la calle.

La mañana era escandalosamente

clara y luminosa. Invitaba a disfrutar de las calles del centro de Castellón. Decidió que tomaría un té en otro lugar diferente a los que solía frecuentar por los alrededores de la notaría. Se encaminó hacia la plaza Mayor y la atravesó al mismo tiempo que un grupo de turistas japoneses que disparaban fotos desde sus móviles a la fachada de la concatedral, a la del Ayuntamiento y al Fadrí. Se sonrió. Por un instante estuvo tentada de sumarse al grupo y seguirlos en su recorrido guiado por una señorita que empuñaba un paraguas amarillo. Le divirtió la idea de convertirse en turista de su propia ciudad, verla con otros ojos, con los de

un forastero. A juzgar por las expresiones de asombro, los turistas estaban descubriendo algo sorprendente en lo que ella estaba tan acostumbrada a ver. Aquello le hizo reflexionar. Quizás necesitara hacer lo mismo consigo misma, redescubrirse y mirarse con ojos renovados, como si se mirara por primera vez.

Se detuvo en una cafetería para tomar un té y regresó por un itinerario ligeramente diferente. Quería pasar por la galería de arte, aunque solo fueran cinco minutos. Por la mañana era un momento ideal para poder contemplar las obras a sus anchas, rara vez entraba alguien a esas horas. Le encantaba el

ambiente pulcro y selecto que destilaba aquel establecimiento enmoquetado en marrón oscuro y de paredes blancas de acabado mate. El dueño no solía estar por allí, pero en alguna ocasión le había animado a que entrase a contemplar las obras sin reparo. También la animó a que retomase los pinceles que había abandonado de jovencita cuando ella le confesó su afición.

—¿Ha visto el cartel, Penélope? — escuchó que se dirigía a ella una voz masculina, suave y bien templada.

Era el propietario de la galería. No recordaba su nombre, a pesar de que se presentó en su día, y eso le daba mucho apuro, porque había sido muy amable

con ella.

—En la puerta —le indicó él—. ¿No lo ha visto?

—Me temo que no. Disculpe. ¿Qué dice ese cartel? —respondió Penélope sin saber con qué nombre dirigirse a él.

—Las fechas de inscripción de los talleres de pintura que he organizado. Los impartirán unos jóvenes profesores de Bellas Artes muy preparados —se quitó las gafas de cerca y, sonriendo, añadió—: espero que no pierda esta ocasión. Habrá de varios niveles y son muy económicos.

—Es una idea fantástica. De verdad. —Le brillaron los ojos a Penélope al sentir que se le abría una puerta que no

imaginaba—. Por supuesto que asistiré. Ahora veré las fechas y los niveles. ¿Dónde debo apuntarme?

—Aquí mismo o si lo prefiere llamando al teléfono de contacto... pero como seré yo quien le atienda la llamada... —Rieron los dos.

—Pues casi que me toma nota. ¿Cuándo empiezan?

—Esta semana que viene —y añadió con voz cálida—. Temí que se quedara sin plaza, hace mucho que no viene por aquí.

Penélope se sonrojó ligeramente.

—Bueno, en realidad, solo hace dos semanas que no me paso.

—Dos y media, para ser más

exactos.

—¡Caramba! ¿Ha contado los días?

—Y los minutos —y añadió con una amplia sonrisa el galerista—... es usted prácticamente mi única visitante por las mañanas... —y rieron con ganas los dos—. Bueno, aquí tiene la solicitud. Rellénela con tranquilidad en casa y no olvide traerla lo antes posible.

—¿Y si se agotan las plazas antes de que la traiga?

—No se preocupe, Penélope —al oír su nombre, ella se avergonzó de nuevo porque no podía corresponderle—, usted tiene la reserva ya hecha. —Y él le guiñó graciosamente un ojo.

—Pues muchas gracias... —

Penélope se detuvo y añadió—. Le pido disculpas por mi mala memoria, pero no recuerdo en estos momentos su nombre...

—Arturo, como el rey de Camelot.

—Vaya, ahora ya no se me olvidará.

—Penélope le ofreció su mano para estrechar la suya y él hizo el ademán de besársela caballerosamente ante su sorpresa, pues no estaba acostumbrada a esas finezas—. ¡Oh!... Qué apropiado que lleve el nombre del primer caballero.

—Hasta pronto, Penélope —dijo sonriéndose satisfecho.

—Hasta pronto, Arturo —le respondió devolviéndole, alegre, la

sonrisa.

El hervidor de agua silbaba como poseído por un espíritu que quisiera salir de él a toda costa. Penélope introdujo el pincel en un tarro con agua y se limpió las manos en un paño antes de ir a apagar la encimera. Vertió el líquido hirviendo en una tetera de porcelana blanca dentro de la que había colocado una bolsita de té negro con canela. Una llamada en el portero automático le interrumpió el ritual de la merienda. Era Ana, que acudía con el fontanero. Mientras subían en el ascensor, Penélope se retocó la coleta y se

aseguró, con una mirada general al espejo de cuerpo entero de la entrada de la casa, de que el pantalón deportivo gris claro y la camiseta blanca que llevaba para estar por casa se mantenían impolutos.

Al abrir la puerta, vio salir del ascensor a Ana, que venía acompañada de un desconocido.

—Hola, Ana. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. Mira, Penélope, aquí vengo con este señor tan majo para que te arregle la cisterna. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro. Por aquí, por favor.

—Con permiso —dijo el fontanero que llevaba al peso una caja de

herramientas metálica de color azul cobalto llena de mugre—. No se preocupe, señora. Si necesito algo, ya la llamo. Siga usted con sus cosas.

—Si le apetece una taza de té...

—No, muchas gracias. Prefiero acabar cuanto antes.

—¿Y a ti, Ana, te apetece?

—¡Claro, a mí me apetece todo! Así, mientras este señor te repara la avería, nosotras charlamos. No te molestaré, ¿verdad?

—No, Ana. Tú no me molestas nunca. Ven, siéntate —dijo Penélope mientras vertía más agua caliente en otra taza en cuyo interior había colocado una bolsita de té.

—Oye, cuéntame lo del taller de pintura del que me hablaste por teléfono —dijo Ana.

—Es muy interesante. Lo organiza la galería de arte que tengo cerca del trabajo y lo hacen allí mismo —respondió Penélope y dio un sorbito de té—. Me viene de perlas por el sitio y por el horario. Así, nada más acabar de la oficina por la tarde, me acerco al taller, que lo tengo a la vuelta. ¿Por qué no te animas y vienes tú también? ¿No decías que te gustaría pintar?

—¿Tú vas a ir? Es que sola, no sé...

—Yo no me lo pienso. El precio está muy ajustado y ya estoy harta de ser autodidacta, de tratar de aprender por

mis propios medios cómo se consigue este efecto o aquel matiz... Tengo ganas de que alguien que verdaderamente sepa me enseñe. ¡Vamos, que mañana mismo le llevaré la solicitud! Podría llevar la tuya también, ¡venga, Ana, rellena la hoja que te he traído!

—No será muy difícil, ¿no? Es que yo no he pintado nunca. Vamos, lo del colegio y ya está. ¡Si hasta me pongo nerviosa de pensarlo!

—No te preocupes. Hay varios niveles —dijo apartándose de la cara un mechón que se le había escapado de la coleta—. Yo me apuntaré al intermedio —dio un sorbo al té y añadió—: porque de jovencita ya fui a unas clases de

pintura y he visto en el programa que el nivel de iniciación es lo que aprendí entonces. Pero tú podrías apuntarte al de iniciación para ir dando los primeros pasos; además, los dos son el mismo día a la misma hora. Seguro que te encantará.

—Pero allí habrá temita, ¿no? — dijo Ana mientras cruzaba las piernas bajo la mesa y apoyaba la barbilla entre las manos entrelazadas—. Digo yo, que algún chico guapo se apuntará. ¿O van a ser todos jubilados y amas de casa?

—¡Por Dios, Ana! ¿Es que no eres capaz de hacer nada que no esté ligado a los hombres?

—Has dicho ligado —rio Ana

mordiéndose maliciosamente su jugoso labio inferior—. Tú también estás pensando en lo mismo. —Y se lanzó a hacerle cosquillas a Penélope que no podía resistir la risa.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Para, para...! ¡De verdad, me rindo, Ana! No puedo contigo...

—Venga, no disimules. Si tú tienes tantas ganas como yo de estar con un chico que valga la pena.

—Claro que sí, pero disimulo, ¿vale? No lo voy proclamando por ahí para que todo el mundo se...

Un carraspeo interrumpió la frase de Penélope. Era el fontanero. Había acabado su trabajo y quería que

comprobase que la avería estaba solucionada.

—¡Quiero morirme! —dijo Penélope tapándose teatralmente la cara con las manos y añadió en voz baja al pasar junto a Ana—. Pero primero te mataré.

Cuando cerró la puerta de la casa tras el fontanero, que se marchó con su pesada caja, Penélope apoyó la espalda en la puerta y se dejó resbalar hasta quedarse sentada en el suelo.

—¡Qué vergüenza! Me había olvidado de que estaba este hombre ahí, escuchándolo todo —miró fijamente a

Ana—. Tienes suerte de que me he quedado tan hecha polvo que no tengo fuerzas para matarte. —Y añadió—: Venga, échame una mano que me levante.

Ana tiró de ella y la ayudó a ponerse en pie.

—¡No es para tanto! Al fin y al cabo, no hemos dicho ninguna mentira ni hemos hecho daño a nadie...

—Un poco de barbaridad sí que es. Reconócelo, Ana... En fin, ya está y no le demos más vueltas.

—Entonces ¿quedamos para mañana sábado?

—Sí, quedamos. Pero ¿no me estabas preguntando por el taller de pintura?

—Sí, eso además. Claro que me voy a apuntar. Nunca se sabe. Igual conozco a un artista rompedor que se convierte en famoso. ¡Quién sabe!

—Claro, mujer. Es lo que tienen los artistas famosos, que se apuntan a talleres de iniciación de pintura para conocer a mujeres como nosotras... Supongo que esto significa que has vuelto a romper con Vicente. ¿Me equivoco?

Ana asintió.

—Ana, ¿cuántas veces has cortado con él? Que yo sepa, y por lo que me has contado, esta es ¡la cuadragésima novena! —Penélope se dejó caer en el sofá—. Mira el lado positivo: solo te

falta una más para completar el medio centenar de veces. ¡Respétate de una puñetera vez! Mira, hasta me haces hablar mal.

—Esta vez es de verdad.

—Sí, claro. Como las anteriores. En los ocho años que llevas liada con él, ¿cuántas veces te ha prometido que dejaba a su mujer y se casaba contigo?

—Muchas.

—¿Y lo ha hecho una sola vez?

—No. Aún no.

—¿Cómo que aún no? ¿Ves como todavía le crees? Pero ¿cuántos años vas a necesitar para darte cuenta de que no le importas lo suficiente? ¿De que no va a abandonar a su mujer? ¿De que solo

está contigo cuando él quiere y no cuando tú le necesitas?

—No lo sé —dijo Ana con un gran suspiro—. Pero lo que sí sé es que no voy a perder tiempos muertos. Ahora he roto con él y me puedo ir con quien quiera. Así que mañana la liamos parda.

—¡Anda, dame un par de besos, pantera, y mañana nos vemos! Ya te llamo por la mañana para concretar. Venga.

Penélope cerró suavemente la puerta de su casa tras despedir a su alocada e ingenua amiga Ana. Un cascabel sin gato.

El inspector Santiago Ramírez y su pelirrojo compañero inglés, Taylor, permanecían quietos en el interior del coche camuflado, con los faros apagados y conteniendo la respiración en las proximidades de un motel de carretera de Valencia. Se habían apostado entre unos matorrales altos que ocultaban la silueta del vehículo. Santiago procuraba relajar de vez en cuando la tensión que se le acumulaba en la mandíbula y le hacía apretar demasiado los dientes. Se mantenía

pendiente de cualquier movimiento en los alrededores. Podrían descubrirlos y esa gente no se andaba con chiquitas. Los refuerzos no estaban cerca para no alertar a los mafiosos y no harían su aparición hasta que ellos avisaran.

El vaho comenzaba a empañar los cristales del vehículo.

—Enciende el aire acondicionado, Ramírez, que no se ve nada —pidió Taylor con su particular acento británico, al tiempo que pasaba la mano por la cara interior del parabrisas.

—No lo quites del todo. Un poco de vaho nos protegerá. No nos verán con claridad y si nos ven... —se rio Ramírez—... se pensarán que me estoy

follando a una pelirroja... —respondió socarrón sin perder la concentración ni mirar a su compañero, que protestaba en inglés por la broma.

Ramírez prestaba toda su atención al reflejo que acababa de ver en el retrovisor. Un camión pasó de largo sin detenerse en el establecimiento.

—¿No deberían haber llegado ya? —preguntó el británico con síntomas de fatiga.

—Se supone que será esta noche. No creo que tarden mucho en llegar. Algo los habrá entretenido.

—El confidente era fiable, ¿no es así?

—Del todo. Nunca me ha fallado.

—Ya pasan tres horas de la que dijo...

—Lo sé —respondió Ramírez intentando no ponerse más nervioso de lo que estaba y no quería demostrar—. Pero estas cosas no tienen hora fija... Estos tipos no tienen que fichar, sino entregar la mercancía en buen estado. Es lo único que les importa para cobrar.

—Hijos de puta...

—¡Cómo has progresado con el idioma en estos seis meses que llevas en España, Taylor!

—Sé que te ríes de mi acento... Así que he aprendido unos cuantos tacos para decírtelos... ¿Te digo uno que me gusta mucho?

—¡Shishhh, espera! Mira aquellas luces que se acercan... Me parece que van a ser ellos.

—¡Oh, sí! Están frenando... Han girado... Se van hacia la parte de atrás ¡cabrones! Así no veremos nada.

—¡Joder! —dijo el inspector—. Tendremos que cambiar de estrategia. Nos acercaremos todo lo posible por el lateral derecho del motel, que es el más oscuro, y apareceremos por sus espaldas. Cuidado con los retrovisores, no te pongas en el ángulo de visión. Los reduciremos y les haremos abrir el contenedor. ¿Has entendido? Para entonces ya habrán llegado los refuerzos de la Guardia Civil.

—Yo nunca he trabajado con la Guardia Civil.

—Yo tampoco. Esto es un experimento de mi comisario. —Activó el radiotransmisor y se dirigió a los refuerzos—: ¡Atención, a todas las unidades, aquí el inspector Ramírez! Los quiero en la parte trasera del motel Las Rositas en cinco minutos. Respondan...

—¡Afirmativo, señor!

—¿Listo, Taylor? —le dijo el inspector a su colega británico mientras desenfundaba su pistola y la liberaba.

Taylor asintió y los dos salieron del vehículo sin hacer ruido, cruzaron la carretera agachados y se dirigieron al lateral peor iluminado del motel. Al

alcanzar la esquina, se mantuvieron al abrigo de las sombras mientras observaban lo que ocurría en torno al camión recién llegado. Dos hombres estaban en la cabina. Uno de ellos se bajó y se puso a hablar distendidamente con el que permanecía al volante, y se encendió un cigarrillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Taylor.

—Nada. Esto es muy raro —respondió en voz baja Ramírez, con el cejo fruncido y sin perder detalle de lo que ocurría mientras se acariciaba la barba—. Me parece que están esperando a alguien. ¡Cuidado, que mira para acá!

—¿Vendrá el Verraco? —dijo Taylor tragando saliva.

—Se supone que en esta ocasión vendrá a recibir el cargamento en persona.

—¿Y cómo sabremos que es él, Ramírez? No tenemos fotos, solo sabemos lo que cuentan de él...

—¡Quieto! Ahí viene un coche... ¡agáchate, que nos va alumbrar!

—*Buff, my God!* —resopló Taylor.

—Por muy poco, sí... Se ha parado junto al camión... A ver, quién baja...

—¿Lo reconoces?

—No. No le he visto nunca... —dijo asomándose un poco más—. Pero si es verdad lo que dicen del Verraco, que es un tío de 1,90, de raza negra, cubano, rapado al cero, con tantos músculos que

no se pueden contar y que no tiene escrúpulos... entonces, debe de ser este. ¡La madre que lo parió! —exclamó volviéndose bruscamente para cubrirse con las sombras—. Acaba de coger del cuello al que está fuera de la cabina y lo está estrangulando...

—¿Por qué? —dijo alarmado Taylor.

—¡Y yo qué coño sé! —Sujetó su arma con las dos manos y dijo—: ¡Venga, Taylor, ahora es el momento! Ahora que lo tenemos entretenido ahogando a ese desgraciado... ¡Ahora! ¡Alto, policía! ¡Las manos en alto!

El gigante negro soltó al esbirro que tenía sujeto por la garganta como a un

trapo viejo y que quedó en el suelo tosiendo por su vida. Lejos de amilanarse o intentar huir, aquella voluminosa silueta vestida con cazadora de cuero, vaqueros ajustados, botas de vaqueras puntiagudas y reloj dorado se fue aproximando hacia Santiago Ramírez con calculada parsimonia. Sabía que si no sacaba un arma, el policía no le dispararía y cuando estuviera lo suficientemente cerca, le atraparía entre sus manos, conocidas por ser una trampa mortal sin escapatoria.

Santiago retrocedió unos pasos.

—¡Alto o disparo!

—Tú no vas a disparar, hermano — gritó la silueta del Verraco. El vaho de

su aliento le precedía.

—No estés tan seguro —le advirtió entrecerrando los ojos.

—Ya estoy muy cerca y esto no lo podrías explicar a tus jefes, a la prensa... Disparar a un hombre desarmado... Eso está muy feo en España, hermano.

De repente, un silbido penetrante hizo volverse al Verraco. Se sorprendió de que detrás de él hubiera aparecido un pelirrojo delgaducho con pinta de guiri.

—Pero ¿quién coño eres, hermano? —preguntó el cubano.

—Pregúntame a mí —dijo Ramírez —, que yo te lo digo...

Al volverse, furioso, de nuevo hacia

él, Ramírez le propinó al cubano una patada en los genitales.

—¡Mi puta novia! —le gritó el inspector, y el Verraco cayó de rodillas y se tumbó en el suelo aullando de dolor.

Los agentes aprovecharon para tumbarle bocabajo y engrilletarle. Ramírez se puso en pie y se sacudió las manos. Dejó que el cabecilla siguiera tumbado en el suelo, retorciéndose.

—Ahora que estás más quietecito, las preguntas las hago yo: dime, niño, ¿cómo te llamas? ¿Cómo dices? —dijo Ramírez al tiempo que le pisaba un tobillo—. No te oigo bien... A ver, repítemelo alto, que yo te entienda... No me pongas esas caras de dolor, que no

es para tanto... para tanto como te mereces, ¡cabrón!

—Ha dicho ya que es el Verraco...  
—dijo Taylor.

—Ya lo sé, pelirrojo... Pero es que a veces con estos tipos me falla el oído, ¿sabes?

En ese instante, aparecieron las patrullas de refuerzo y rodearon el camión entre frenazos sobre la grava. Habían apresado a los conductores que habían intentado huir y los llevaban detenidos en la parte trasera de uno de los coches patrulla. Ramírez dio orden de que metieran en otro coche patrulla al

Verraco. Más tarde les tomaría declaración en la comandancia.

Ramírez suspiró aliviado al ver como introducían al Verraco esposado dentro del vehículo. Esperó a que llegaran dos números de la Guardia Civil con una cizalla y linternas, y se dirigió con ellos a la parte trasera del camión. Rompieron los precintos del contenedor y descorrieron los pestillos. Prepararon las pistolas. A una señal de Santiago Ramírez abrieron las portezuelas y se apartaron protegiéndose detrás de ellas. Nadie sabía qué podrían encontrarse realmente allí dentro. El confidente le había contado algo sobre un posible tráfico de seres humanos y un

importante cargamento de cocaína, que podría ir custodiado por sicarios en el interior del camión.

—A la de tres, señores... —dijo Ramírez—. Una, dos... y ¡tres! —Y los dos números de la Guardia Civil abrieron de par en par las puertas y todos se protegieron detrás de ellas.

El corazón les latía aceleradamente. No parecía oírse ningún movimiento dentro. Desde detrás de las compuertas abiertas les llegó una pestilencia compuesta de suciedad, sudores, orina y sangre descompuestos. Se fueron asomando poco a poco. El interior del contenedor estaba completamente a oscuras. De repente, se oyó un sollozo

ahogado. Se escucharon otros quejidos. Santiago se fue asomando lentamente, sujetando su arma con las dos manos y apuntando hacia el interior del remolque. Dio orden de enfocar con las linternas. Al inspector y a los guardias civiles se les heló la sangre. No daban crédito a lo que veían. Recorrían con el haz de las linternas lo que les costaba reconocer como brazos, piernas, cabezas y rostros, con los ojos cerrados o entreabiertos, de mujeres hacinadas y amontonadas como sacos terreros, semiinconscientes, medio desnudas, sucias, mugrientas, con las manos atadas y las bocas cubiertas con cinta adhesiva. Las que se iban despertando no podían

cerrar los ojos de puro miedo y lloraban en silencio.

—¡Santo cielo! —dijo el inspector Ramírez con escalofríos recorriéndole aún la espalda—. Traigan todas las mantas que tengan, ¡por Dios! Y avisen a varias ambulancias, que vengan con médico. Mientras, vamos liberándolas.

Una vez desatadas, les fueron entregando mantas. Ramírez se despidió momentáneamente del comandante al mando de los refuerzos.

—Aquí le dejo encargado de que todas estas mujeres reciban una primera asistencia médica. Cuando estén

conscientes y en condiciones de hablar, condúzcalas a la comandancia para tomarles declaración.

—A la orden, señor. Sepa que ha sido un honor participar en este proyecto de colaboración con la UCRIF.

—Para mí también. Confío en que la colaboración continúe. De momento, me voy a su comandancia, que allí me espera una larga noche con mi bestia cubana.

El coche patrulla de la Guardia Civil que llevaba detenido al Verraco se puso en marcha y pasó por delante del inspector Ramírez y del comandante del

puesto. El cubano, con las manos esposadas a la espalda, fijó sus ojos entrecerrados en Ramírez y le dedicó una mirada oscura cargada de odio. Ahora estaba en su territorio, pero algún día Ramírez estaría en el suyo y, entonces, las cosas serían muy distintas.

A su regreso al puesto de la comandancia, Ramírez y Taylor comenzaron a redactar el atestado y a preparar las diligencias de declaración de los detenidos con la colaboración de un agente de la Guardia Civil. Cuando se presentó el abogado de oficio, los guardias civiles que custodiaban al Verraco le condujeron a una sala estrecha y le acercaron hasta una silla al lado de la que ocupaba el abogado de oficio. Una mesa estrecha y alargada le separaba de Santiago y Taylor, que le

esperaban enfrente. En el extremo, un agente escribía en un ordenador.

—Siéntate ahí —le indicó el inspector al detenido y añadió—: letrado, ¿le han dado copia de los cargos que se presentan contra este hombre?

—Sí, lo que no tengo es copia del atestado completo. Solo de la declaración de los conductores del camión.

—Lo estamos elaborando aún —respondió Taylor—. Todavía tienen que declarar las mujeres.

—Tenemos algunos datos de su cliente, no muchos —intervino Santiago—. Sería interesante que colaborara en

completar su filiación. —Y dirigiendo su mirada al Verraco, prosiguió—: Veamos, te llamas Manuel León Pérez, pero te conocen por el Verraco ¿no?

—Sí —respondió el detenido con la cabeza erguida, pero sin mirar al inspector.

—¿Cómo se llaman tus padres?

El Verraco le dedicó una mirada de desdén al inspector sin despegar sus carnosos y gruesos labios.

—Vaya, no quieres que sepamos quién eres —dijo Santiago—. Pues dispones de tres largos días con sus tres largas noches, en esa celda tan estrechita de la que te han traído, para que recuerdes el nombre de tus padres.

—Le recuerdo que mi cliente...

—Le recuerdo, señor Letrado, que el plazo legal del que disponemos para presentar a su cliente ante la Justicia es de setenta y dos horas, y yo soy muy lento escribiendo a máquina... — Ramírez se estiró en su asiento e insistió —: Te lo pregunto por última vez, ¿quién eres?

—¡Soy el puto amo! —respondió dando un fuerte golpe en la mesa con ambas manos sujetas por las esposas—. ¡Y nadie se ríe del Verraco! Me las pagarás, hermano, y quien se haya ido de la lengua, también. Como haya sido una de estas potrancas... ¡se va a enterar de quién es el tío Verraco!

—Ya veo que su cliente no quiere declarar. Pues ya lo hará ante el juez. — Repasó las hojas de declaración preparadas—. ¡Lleváoslo de aquí! — ordenó Ramírez—. Y que vayan pasando de una en una a declarar las mujeres que estén en condiciones de hacerlo.

—Inspector, con su permiso... Esta señorita dice que puede declarar.

—Claro, que pase —respondió el inspector Santiago Ramírez.

Una joven de piel morena, enormes ojos verdes y cabellos aclarados traspasó tímidamente la puerta de la sala envuelta en una manta que la cubría por completo. Taylor y Ramírez hubieron de reprimir un respingo de admiración ante

la belleza de los rasgos de la joven, que a floraba a pesar de la suciedad y de las lamentables condiciones en las que se encontraba.

—Siéntese, señorita, por favor — invitó amablemente Santiago.

—¿Cómo se llama? —preguntó Taylor.

—Ante todo, buenas noches — intervino Ramírez dedicándole una mirada de reproche a su colega por el tono innecesariamente brusco de su pregunta—, señorita...

—Roxana. Me llamo Roxana Suárez Valdés —respondió cohibida y recorriendo con sus enormes ojos aquella pequeña estancia.

—Muy bien, Roxana. Soy el inspector Ramírez y mi compañero es el inspector Taylor, de la policía británica. Estamos aquí para ayudarla a usted y a sus compañeras. Como ha podido comprobar, está entre amigos y nadie la va a lastimar. Ahora, le voy a hacer algunas preguntas que nos pueden ayudar a detener a quienes las traen a Europa en estas condiciones. ¿Está de acuerdo?

Roxana asintió con vehemencia y se arrebujó debajo de la manta.

—¿Qué edad tienes, Roxana? —preguntó Taylor con un tono más cordial.

Mientras, un número de la Guardia Civil iba recogiendo los datos en el ordenador.

—Veinticuatro años.

—¿Dónde naciste? —preguntó

Santiago Ramírez.

—En La Habana, Cuba.

—¿A qué te dedicas? —dijo el inspector.

—Coso ropa. Soy modista, pero...

—¿Pero...?

—No daba para vivir. También servía copas en un local para turistas en el Malecón.

—¿Quién te ha sacado de tu país?

—El Verraco y sus hombres.

—¿Cómo le conociste?

—Conocí al Verraco una noche en ese local en el que trabajaba. Hablando de esto y de aquello le conté que me

dedicaba a coser y él me dijo que era delegado de una marca de ropa española y que necesitaban trabajadoras en Europa. Que si yo quería me lo podía arreglar todo bajo manga para llevarme a España y darme un trabajo en la fábrica, pero que no se lo podía contar a nadie.

—¿Por qué querías venir a España?

—¡Porque quería una vida mejor! Comer todos los días. Darme una ducha caliente y con jabón que huela bien. ¡Pero la cagué con balcón a la calle! — Roxana rompió a llorar.

—Tranquila, mujer. Eso lo entendemos todos.

—¡No, ustedes no lo pueden

entender! Era mi oportunidad para salir de allí y no acabar como las otras... — Roxana clavó sus magnéticos ojos en Santiago—. Si te quedas, ¿sabes, chico?, lo único que te espera es convertirte en jinetera para poder malvivir.

—¿Jinetera? —preguntó Taylor con su característico acento.

El inspector Ramírez se encogió de hombros, indicándole que él también desconocía el significado de esa palabra.

—Sí, chico, no sé cómo dicen ustedes acá a «alquilar el cuerpo». Ya sabe a qué me refiero.

—Prostituirse —respondió Santiago, y Taylor asintió.

—Me trajo engañadita, haciéndome

creer que yo iba a trabajar en un taller de costura, que aquí iba a tener una casa para mí... —Roxana lloró al sentir todos sus sueños rotos y revivir el terror que había pasado prisionera junto con las otras chicas.

—No se preocupe demasiado. Nadie la va a devolver a su país. De momento, se la llevará a una casa de acogida hasta que su situación administrativa se solucione.

—¿Entonces, podré quedarme y buscar un trabajo?

—Claro, mujer —dijo Santiago sonriéndole.

Roxana sacó una mano de entre los pliegues de la manta y tímidamente tomó

la mano de Santiago, que sujetaba un bolígrafo sobre la mesa. Dirigió sus inmensos ojos verdes ahogados en lágrimas hacia los dos policías y les dijo con un hilo de voz:

—¡Qué Dios los bendiga!

El inspector Santiago Ramírez arrancó finalmente su Opel Astra azul ultramar y salió del aparcamiento de la jefatura superior de policía sumergiéndose en el denso tráfico del centro de Valencia. Se dirigía a recoger a Marisa y llevarla a sus sesiones de desintoxicación en la asociación de Alcohólicos Anónimos. Era la forma de asegurarse de que, su todavía esposa, cumplía la condición que le puso para admitirla de nuevo en casa después de que le hubiera abandonado por el tipo al que conoció

en Internet. Algo que su jefe y buen amigo, el comisario Ramón Calabuig, no podía acabar de entender. Él mismo, tampoco.

Lo cierto era que se había planteado muchas veces divorciarse de Marisa, pero luego retrocedía. Sentía que la responsabilidad de que ella se encontrara enganchada a los tranquilizantes y al alcohol era suya. Las tensiones vividas en el País Vasco durante los años que estuvo allí destinado como policía secreta, las ausencias prolongadas por necesidades del servicio, el aislamiento social al que se vio sometida hicieron que el miedo se le metiera a Marisa en los huesos e

intentó escapar de él como pudo. Todo eso había sido por él, por acompañarle en aquel infierno en el que no debió haberla metido tan joven. Sí, había sido egoísta llevándola con él; pero lo hizo porque quería tenerla cerca, la necesitaba al volver a casa: Marisa era su referencia para no olvidar quién era él realmente y no perderse en las diversas personalidades que debía adoptar en su trabajo.

En aquel entonces, ella era la maroma a la que agarrarse en los momentos de turbulencias, en los que la mente jugaba peligrosas pasadas a punto de contagiarse de la ideología que tenía que combatir, mezclado entre ellos,

confundido como uno más de ellos, planeando atentados con ellos, de esos que luego no llegaban a término por un «fallo técnico» en algún elemento de la bomba o porque los componentes del comando eran descubiertos y detenidos antes de instalarla. Detenciones en las que también a él le esposaban y le llevaban a celdas junto con el resto, donde incluso sus propios compañeros policías le golpeaban para salvarle la vida apartando cualquier sospecha sobre él. Era el recuerdo de Marisa el que le hacía soportar todo aquello sin rendirse, el pensar que estaba evitando que ella volara por los aires al pasar junto a un coche bomba o al comprar en un

supermercado, o esperando en una parada de autobús. Le daba ánimos para continuar evitando que compañeros, hombres, mujeres, niños, ancianos que no conocía pero que solo querían hacer su vida acabaran reventando y convertidos en pedazos de carne sanguinolenta esparcidos en una calle.

La imagen de su mujer esperándole en casa le ayudaba a soportar las bofetadas y puñetazos que le dedicaban sus compañeros en presencia de los terroristas, para que pudiera seguir viviendo, volver a casa y dormir abrazado al cuerpo tibio de Marisa, como un marinero al mástil para resistir el embate furioso de las olas cuando la

tempestad arrecia y el barco está a punto de zozobrar.

Santiago no sabía a ciencia cierta si había sido egoísta con Marisa, solo que ella estaba así por él. Le debía comprensión, a pesar del profundo dolor que Marisa le había causado con su abandono imprevisto y del desgaste por estar pendiente de ella durante tantos años de depresión.

Se detuvo en un semáforo y miró la hora. Aún era pronto para recoger a Marisa. No estaba lejos de la cafetería donde le encontró trabajo a Roxana, a través de un amigo, antes de que se le agotara el tiempo de estancia en el centro de acogida. Podía ser una buena

ocasión de volver a verla y saber cómo le iba. Aparcó el vehículo cerca del establecimiento y caminó hacia allí. Vio a través de la puerta de cristal a la muchacha, detrás del mostrador, atendiendo a los clientes.

—¿Es aquí donde se toma el mejor café de Valencia? —preguntó jocosamente el inspector al llegar a la barra de la cafetería.

—¡Benditos los ojos! —dijo Roxana abriendo de par en par sus brazos y saliendo de detrás del mostrador para estrechar a Santiago—. Ven acá, corazón. ¿Cómo te va, papito?

—¿Tienes tiempo para un café con un amigo?

—¡Claro que sí, mi amor! Espera que avise allá dentro, a mi compañero, para que esté atento a los pedidos. Regreso ahora mismito.

Santiago Ramírez la vio dirigirse hacia el almacén de la cafetería con esa cadencia cubana que le imprimía tanto encanto a Roxana, uno más que sumar a su piel canela, su abundante melena rizada de reflejos dorados y cobrizos, y que tan bien acompañaba a sus inmensos ojos verdes que resaltaba rodeándolos de khol. Si no fuera por su carácter dulce y paciente, podría pensarse que Roxana era una tigresa devora hombres. Nada más lejos.

Regresó a su lado y se sentaron en

una mesa junto a la ventana. Desde ella veían pasar el tráfico de la avenida Doctor Peset Aleixandre. El ruido de las tazas de loza chocando con sus platillos en el trajín de la barra, la salida del vapor de la máquina exprés, el volumen excesivo de la televisión y del resto de las conversaciones no perturbaron ni por un instante la serenidad de la limpia mirada de Roxana mientras escuchaba a Santiago contándole un resumen de su actual situación.

—Entonces, papito, para que yo lo entienda ¿tienes otra vez a Marisa en tu casa?

—Así es.

—Pero bueno... ¿Tú quieres o no

quieres que esté?

—Yo ya no sé lo que quiero...

—Sí que lo sabes, papi; pero piensas que lo que sientes no es bueno y te lo escondes tan hondo que no lo encuentras —le respondió Roxana con su gesticulación vehemente—. Te sientes mal por desear que ella se marche, pero ¡es normal! Es lo más normal del mundo, chico, que queramos perder de vista lo que nos hace daño, y ella te hace mucho daño, papito. ¡No es justo, con lo bueno que tú eres! —añadió sonriendo con los ojos a Santiago, le acarició una mejilla y deslizó su palma por la barba de su amigo.

Santiago le tomó la mano con

delicadeza y le dedicó un breve y caballeroso beso. Una costumbre que hechizaba a Roxana y que solo había conocido por las películas.

—Ve con cuidado, que si te ve el novio se va a poner celoso —le dijo Santiago refiriéndose al compañero de trabajo que desde la barra no perdía detalle de los movimientos de Roxana.

—¡Ya le gustaría a él! Ni en broma, hermano. Ahora no quiero novios. Estoy muy tranquilita así. Deja que se me aclare la vida, chico. Que yo lo que quiero es ahorrar y marcharme a Miami con mis primos y montar mi tallercito de modas y vender mis diseños, ¿sabes? Que los principios siempre son lindos,

chico... Todo el tiempo que están contigo «Roxana por aquí, Roxana por allá, ven mi amor...», «que si estoy muerto contigo...». Pero, «alueguito», chico, se apoderan de ti y solo quieren que hagas lo que ellos quieren que hagas y si no, te dan fula... No quiero tirarme tan pronto de la guagua...

—Eso está bien, que no tengas prisa —dijo Santiago y añadió—: ¿Qué tal con tus compañeras de piso?

—De diez, papito. Son dos chicas de las que trajeron conmigo desde Cuba y nos llevamos muy bien, aunque Rita a veces se levanta con el moño virado... —rieron los dos—. Pero yo le gasto bromas y se le pasa todo.

—Me alegra mucho saber que te va tan bien —dijo Santiago permitiéndose contemplar los dos prodigios verdes incrustados en aquel rostro de pómulos atrevidos y aromática canela, que le devolvían su sonrisa.

Ramírez sacudió ligeramente la cabeza para romper el hechizo en el que sucumbiría si continuaba admirando aquella criatura que la vida le había traído encerrada en un contenedor, si seguía el camino que le marcaban aquellos labios carnosos y perfilados que le hablaban de una vida dura llevada con alegría, de la magia de convertir las dificultades en oportunidades, de las ganas de vivir.

Ella, tan joven, tenía muchas, infinitas. Él ya no se sentía con tantas energías. No se reconocía. Él, que siempre había sentido en su interior un ascenso constante de la vida, ahora se sentía ligeramente extrañado de sí mismo, como en otro plano; más aquietado, buscando la serenidad, la llanura, sin estímulos para escalar. «¡Putita vida! Ya podría haberla conocido hace diez años... La historia habría sido bien distinta...». «Pero a quién quieres engañar, Santiago, como si no te conocieras... Le hubieras sido fiel como un perro a Marisa, aunque rabiaras por dentro por estar encima de este monumento de mujer».

Santiago miró su reloj de pulsera.

—Tengo que marcharme, preciosa.

—Y se puso en pie—. Ya sabes, cualquier cosa que necesites, llámame. ¿Me lo prometes?

—Claro. Espera, chico, que este café lo pago yo.

—Gracias, Roxana, pero el próximo lo pago yo. Hasta pronto.

—Hasta pronto, papito. ¡Cuídate!

Mientras Santiago Ramírez caminaba hacia su vehículo, Roxana le observaba desde el interior del establecimiento a través de las puertas de cristal. No podía evitar que aquel hombre, que comenzaba a despedirse de la juventud y la esbeltez, que conservaba

la negrura en sus cabellos y en las cejas —no en la barba y el bigote, asaltados por las canas—, que le sonreía con sus ojos pequeños y oscuros y con su alma generosa, le despertara ternura hasta conmoverla. Aún podía sentir la tibieza de su chaqueta cuando, al liberarla de aquel contenedor inhumano, se desprendió de ella para cubrirla con su calidez. Aquella prenda con la que la envolvió respetuosamente en su calor y en el aroma de su masaje de afeitarse la tranquilizó y la animó a seguirle mansamente hasta el interior del vehículo policial en aquel desconcierto nocturno en un paraje desconocido, iluminado por los prioritarios azules y

los faros de los coches patrulla.

Desde la puerta de la cafetería, Roxana le vio subirse al vehículo y le saludó con la mano mientras la veía marcharse, y se preguntó con tristeza: «¿Por qué los hombres buenos no tienen suerte?».

Santiago paseaba de arriba abajo por la calle Nord de Valencia esperando a que Marisa terminara su sesión de terapia en el centro de Alcohólicos Anónimos. Recorrió varias veces la acera de enfrente y parte del paseo de la Petxina para hacer tiempo. Se acercó prudentemente cuando observó que comenzaban a salir varias personas del portal. Los reconoció de las otras ocasiones. Marisa salió charlando con un señor y se despidieron hasta la siguiente sesión.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Santiago con tono cordial pero sin ademán alguno de saludarla con un beso de bienvenida.

—Como siempre —respondió Marisa y detuvo una futura frase de Santiago sacando su pitillera y encendiéndose un cigarrillo.

Se encaminaron en silencio hacia donde había estacionado el vehículo Santiago. Se subieron sin decirse nada y durante el trayecto hasta el domicilio se evitaron mutuamente las miradas. El tiempo en el ascensor se les hizo eterno durante la subida de las cinco plantas.

Al llegar a casa, se ducharon cada uno en un cuarto de baño. Marisa seguía

quejándose de que le hubiera destinado el pequeño y que aún no hubiera consentido Santiago en darle el traspaso del cuarto de baño incorporado en el dormitorio principal. Él sabía que las reclamaciones de Marisa iban más allá de sus palabras, que lo que realmente buscaba era que le permitiera volver a ocupar la cama de matrimonio. De lo que no estaba muy seguro era de si quería que también estuviera él o no. Pero eso ahora no le importaba. Lo cierto era que si no había permitido a Marisa acercarse a él ni había sucumbido hasta ahora a sus insinuaciones, no era porque ella no le atrajese. Marisa seguía siendo una hembra deseable, de pechos

abundantes y turgentes, cintura estrecha y caderas marcadas de las que arrancaban unos muslos duros y poderosos, en los que no parecía haber hecho mella el alcohol. Si no se había acostado con ella no era porque lo hubiera decidido, sino porque su orgullo herido se lo impedía y por esa sensación de extrañamiento que se le había instalado desde que regresó.

Sin embargo, él se conocía, sabía que en el fondo estaba esperando que pasara tiempo y que volviera el acostumbramiento a la presencia de Marisa, y con ello que se fuera resquebrajando la coraza que se le había instalado en el pecho y en el pubis.

Esperaba que su mujer lograra encontrar alguna grieta por donde introducirse y que se produjera el prodigio de que él volviera a experimentar la inigualable sensación de potente tensión que tirara de él desde lo más hondo y le empujara a acercarse a ella reclamándola como a su hembra.

Mientras sentía resbalar el jabón y caer el agua sobre la cara y el cabello, Santiago se esforzaba por recordar la última vez que se excitó. Fue antes de que le abandonara. Sintió una punzada de angustia. Bien estaba que le afectase el que le abandonara por otro, pero qué justificación tenía ante sí mismo para no sentir ni el más mínimo grado de

excitación con otras mujeres. Se abandonó bajo el agua y trató de acariciarse, pero la sensación de que no habría nada que hacer le impulsó a abrir con cierta violencia la puerta de la mampara del baño, salir de la ducha y secarse rápidamente. Se peinó y se repasó la barba. Buscó el desodorante en su sitio y no lo encontró. Miró por varios departamentos del mueble del baño y no lo halló. Gritó a Marisa «¿has visto mi desodorante?», pero no obtuvo respuesta. Salió del cuarto de baño con la toalla envolviéndole desde la cintura. Se encontró con Marisa tumbada en su cama cubierta por un kimono rojo brillante desabrochado, dejando a las

claras la ausencia de ropa interior.

—¿Es esto lo que buscas, cariño? — preguntó Marisa con una sonrisa maliciosa sosteniendo el frasco de desodorante en la mano.

—Sí, gracias —respondió él alargando el brazo para coger el frasco que le ofrecía.

—No, no, no... —jugó—. Tienes que darme algo a cambio.

—Venga, que no tengo ganas de juegucitos. Mañana tengo que madrugar.

—¿Qué te pasa? Siempre te han gustado. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. De demasiadas cosas me acuerdo.

—No lo estropees, querido... —dijo Marisa dejando caer el frasco a la alfombra y retomó el tono meloso con el que sabía envolver a Santiago.

Se incorporó en la cama, caminó sobre ella, se acercó a Santiago y le rodeó con sus brazos. El kimono se había abierto completamente y él pudo sentir el tacto turgente y abultado de los pechos de Marisa en el suyo mientras lo besaba acaloradamente.

Santiago respondió abrazándola fuertemente hacia él y recorriendo el interior de la boca de Marisa con su lengua, jugando con la de ella. Mientras, la mujer aflojó la toalla que cubría a Santiago hasta hacerla caer. Aprovechó

cuando Santiago aflojó sus brazos para dejarse resbalar por el cuerpo de él hasta quedarse de rodillas sobre la cama y comenzó a acariciarle el sexo.

—Déjalo, Marisa, déjalo ya. Ha estado bien, pero ya basta.

—¿Cómo que ha estado bien? Pero si no hemos empezado... Déjame que te acaricie con mi boca...

Santiago respiró hondo y trató de relajarse y dejarse hacer.

—Pero ¿qué te pasa? —levantó la voz cuando perdió la paciencia después de empeñarse en conseguir que su marido se excitara—. ¿Tanto asco te doy?

—No lo sé —respondió afrentado

Santiago—. Ya te dije que no sigieras. No es un buen momento.

—¿No es un buen momento? ¿Y para ti cuándo lo es? —le gritó—. Si me has rechazado desde que he vuelto...

—¡Ya vale! Sal de mi habitación, regresa a la tuya y no insistas más.

—Te recuerdo que esta es también mi habitación y esta es mi casa —dijo Marisa con ojos entornados y en tono amenazante—. ¡No voy a aguantar ni un día más que me marques lo que tengo que hacer! ¡Metete la terapia por el culo! ¡Ve tú si quieres! —gritaba mientras se enfundaba un vaquero, un jersey y se calzaba unas botas vaqueras—. ¡Me largo y no me busques, inútil!

¡Que no vales ni para follar! —dijo a voces dando un portazo al salir.

—¡Me cago en la puta! —gritó Santiago arrojando la toalla con fuerza —. ¡La madre que la parió! Esta tía me hace un desgraciado. —Se fue al lavabo y se echó agua a la cara y por el cabello —. Está visto que con Marisa ¡ni puedo vivir ni puedo follar! —Y mirándose al espejo, se dijo—: «Y tú, Santiago, gilipollas, ¿a qué coño estás esperando para divorciarte de una vez?».

Ana trataba de comprender las correcciones del joven profesor de pintura sobre el boceto de florero que había realizado como ejercicio aquella tarde. Giraba la cabeza hacia un lado y hacia el otro, torcía un poco el morro, cruzaba los brazos sobre el pecho... No lo veía. Le resultaba irritante cómo un jovenzuelo, que casi podría ser su hijo detectaba más errores que líneas había ella dibujado en el papel.

—¿Te aclaras, Ana? —le preguntó Penélope mientras terminaba de recoger

los avíos de pintura que había llevado a la galería.

—Pues, la verdad... —resopló Ana y dijo—: no y no creo que lo entienda. Esto no está hecho para mí, para qué engañarnos.

—No te desanimes. ¡Si es la primera clase! ¿Qué esperabas?

—Pues que el profesor fuera más mayor y los alumnos más jóvenes.

Soltó una carcajada. Ana siempre superaba su capacidad de sorpresa.

—La verdad es que el que sí que vale la pena es el galerista. ¿Te has fijado qué porte? ¿Qué educación? Me encanta esa nariz decidida... sí, echada para delante. Es de emprendedores, de

hombres valientes... Por no hablar de la percha que tiene, ¡así le quedan las chaquetas, que las debieron de inventar para él!

—¡Para, Ana! ¡Por Dios! Que solo faltaría que te oyera... ¡Adiós, Arturo, nos vamos! Buen fin de semana.

—Adiós, señoritas, hasta la semana que viene.

Penélope cerró cuidadosamente la puerta de cristal tras ellas y se terminó de abrochar el abrigo mientras caminaban hacia el coche.

—Me estabas comentando lo de tu hija antes y te has quedado a medias — la animó.

—¡Ah, sí! Vino el domingo a comer

a casa. Lo tiene claro, quiere continuar los estudios en Madrid y se ha matriculado ¡ella solita! Quién la ha visto y quién la ve.

—Es que hasta que no te das cuenta de que nadie te va a hacer las cosas...

—Así es. Lo vi claro desde el principio y Lidón ha madurado mucho y muy deprisa. —Hizo una pausa Penélope—. Sé que le resultó duro y no creo que me comprenda hasta dentro de mucho tiempo o hasta que ella tenga hijos. Pero también sé que hice lo que tenía que hacer en ese momento. No era lo más fácil, ni lo más agradable, pero era necesario cortar el cordón umbilical.

—Fuiste muy valiente, de verdad —

le dijo con tono sincero—. Preferir quedarte sola a seguir con una vida aparentemente completa... No siempre se tiene valor para eso. —Se encogió de hombros y añadió—: Yo estoy con Vicente porque no quiero estar completamente sola. Sé que no le tengo cuando quiero y que me enfado con él cada dos por tres por eso, pero tengo un Vicente de quien hablar, de quien quejarme... No soporto la idea de no tener ni siquiera eso. ¿Comprendes?

—Claro que te comprendo, pero ya sabes lo que pienso.

—¡Bueno! Pero las dos somos aún jóvenes, bonitas y ¡por fin es viernes por la noche! —gritó, alegre, Ana—.

¿Dónde quieres que vayamos?

—Al restaurante de la semana pasada, estuvo fenomenal —propuso Penélope.

—¡No, no! De repetir nada, chata. ¡Será por locales! Podemos ir a uno distinto cada noche y no repetimos en un año...

—Mira, Ana, estoy pensando que podríamos dejarlo para mañana sábado. La verdad es que hoy estoy un poco cansada. El rato que hemos estado de pie en el taller se nota.

—Vale, mejor. Así llamo esta noche a un amigo para quedar mañana por la noche —dijo Ana.

—Si quieres salir con ese chico, por

mí sin problemas. Que hay más días que olla.

—¡Que no, tonta! Que no me has entendido. Que le llamo para que mañana salgamos con él y con un amigo suyo.

—Pero ¿tú le conoces?

—¿A mi amigo?

—¡No, Ana! A su amigo.

—Yo, no. El que le tiene que conocer es él, ¿no te parece?

—Lo que quiero decir... Bueno, déjalo. Salimos y ya está. Tampoco nos van a comer.

—Pues claro, mujer. Salimos a cenar y a tomar unas copichuelas... ¿Qué hay de malo?

Penélope se sonrió y añadió:

—Ana, contigo nunca hay nada malo: lo que hay es mucho peligro. Venga, te llevo a casa, que yo me voy a la mía a regalarme un buen baño. ¡Me lo he ganado!

Aquella misma noche, el teléfono móvil de Penélope sonó cerca de la bañera con la melodía que identificaba a Ana. Penélope sacó la mano del agua caliente y se limpió la espuma. Cayó en la cuenta de que debería haberlo silenciado para poder disfrutar a gusto del baño relajante.

—Dime, Ana.

—Penny...

—¿Otra vez me has vuelto a cambiar el nombre?

—¡Es que es muy largo, nena!

—Venga, dime, guapa. ¿Qué querías?

—¿Qué tal mañana a las 9:30 de la noche? Quedamos a cenar con estos dos y luego tomamos algo por ahí. ¿Te parece?

—Me parece. ¿Te recojo a las nueve en tu portal?

—Perfecto, Mari. ¡Qué bien lo vamos a pasar!

—Por favor, no me cambies más el nombre...

—¡Vaaalee! ¿Qué prefieres? ¿Penny

o Mari? ¿O Mari Penny?

—No puedo contigo, Ana... Buenas noches, querida.

Penélope apagó el móvil, lo arrojó con cuidado sobre la mullida alfombra del baño y se sumergió completamente en su baño de burbujas. No quería más perturbaciones. Bastante tenía con que la terapia, prevista para el lunes, se la habían adelantado a ese sábado por la mañana. No era una perspectiva muy estimulante saber que tendría que madrugar más de lo habitual en un sábado y marchar directa a la consulta del psiquiatra. Todo por conseguir un acuerdo que no llegaba nunca. Eso sí, se estaba despachando a gusto en cada

sesión y le aligeraba las tensiones que le producían aún algunas heridas.

Al menos, estaba sacando algo positivo. Pero a estas alturas dudaba seriamente de que Ildefonso fuera a firmar el convenio cuando acabase la terapia. Sabía que era una maniobra dilatoria, pero comenzaba a creer que había algo más. Algo extraño y oscuro, indefinido, en ese deseo de que vaciara todo su contenido durante las sesiones. ¿Le interesaba realmente un diagnóstico? ¿Qué esperaba Ildefonso sacar de todo esto?

¿Que si él me quería? Yo creí durante mucho tiempo que sí, porque él no quería perderme por nada del mundo. Si temía algo, era que me alejara del hogar. Y se quiso asegurar de que eso no ocurriera tejiendo una urdimbre de sutiles manipulaciones. Me envolvió en ella con la voracidad con la que la hiedra recubre la fachada de una casa y va cegando ventanas, enfundando tuberías y canalones, adhiriéndose al muro y remetiéndose por todas las grietas y ranuras, sellando toda posible

salida con su enrejado vegetal.

Su posesión, necesaria para mantener el control y garantizar que siempre triunfarían sus propósitos, la camufló bajo la apariencia del interés por mí. Y yo lo confundí con el amor. Mi voluntad quedó sofocada bajo la espesa e imbricada tela de araña de sus agrias censuras. Un sutil mecanismo inquisidor que me inculó con frases contundentes e incontestables que impedían que actuase bajo un impulso genuino que pudiera diferenciar mis deseos de los suyos o alejarme de él.

Con el tiempo, quedé adormecida en un letargo que consiguió que olvidase quién era yo. También que sostenía la

carga del mundo que habíamos construido a nuestro alrededor. Hasta que las punzadas del dolor me despertaron y la angustia que sentía no permitía que olvidase en qué situación me encontraba. Mientras, él dormía tranquilo, con la seguridad de que la trabazón que había tejido resultaba tan compleja y espesa que me mantendría sujeta a él a perpetuidad. Y eso, doctor, para mí no es amor.

Cuando se ama de veras a una persona, se la acepta tal y como es, sin tratar de cambiarla; no se tiene miedo a lo que lleve dentro. Se le deja ser. Ser uno mismo es un derecho sagrado, una obligación ineludible, recogida desde el

principio de los tiempos en el único código humano verdadero e inderogable: nuestro ADN. Allí, plegados y arrugados, se pudren sin desarrollar los talentos que nos concedieron al nacer; porque los que afirman querernos los asfixian con exigencias y descalificaciones, con su falta de respeto a lo que somos y de fe en lo que podemos llegar a ser. Porque para que se despliegue la riqueza que atesora cada ser humano, en su secreta e irrepetible combinación, es imprescindible que alguien crea en nosotros, que nos mire con cariño y vierta unas pocas gotas, al menos, de dedicación. Poco amor malogra y

demasiado sofoca. Insistir en amar a quien no nos quiere destruye nuestra forma de ser, primero, y a nuestro cuerpo, después.

¿No cree usted, doctor, que existe un gran malentendido con respecto al amor al prójimo y a uno mismo? Ya sé que estoy divagando; pero me refiero a la tergiversación de las palabras de Jesús de Nazaret: «Amad al prójimo como a vosotros mismos». En ningún momento dice que amemos a los demás más que a nosotros mismos. Sin embargo, nos han imbuido la torticera idea de que somos mejores personas si nos sacrificamos, si nos anulamos, si nos dejamos someter para complacer al otro. ¿No le parece

que lo que pretendía enseñarnos el de Nazaret era a ser dignos, a respetarnos, a querernos a nosotros mismos ni más ni menos que a los demás? ¿A que todo aquello que rompe el equilibrio, por exceso o por defecto, quiebra nuestra paz? Entiendo que el cielo no se gana perdiendo la dignidad.

¡Qué complicada es la vida, doctor!

En realidad, todo fue bien hasta que tuve un deseo propio. Sí, todo funcionó mientras concilié, con la mansedumbre de los animales domésticos, los mil quehaceres interminables de nuestra casa con la crianza y el cuidado de nuestra hija, la atención del marido y el mantenimiento de la residencia de fines

de semana con el puntual cumplimiento de mi trabajo en la notaría. Todo siguió funcionando, incluso cuando la tristeza y la angustia se infiltraron con el máximo sigilo en cada una de las fibras de mi alma. Funcionaba, a pesar de percatarme de que mis ataques de ira o de angustia, o de ambas al mismo tiempo, solo eran síntomas de que algo fallaba en mi vida, de que me sobraban cosas y me faltaban cariño y tiempo para vivir.

Descubrí que el mundo que me rodeaba no concebía un lugar para mí. Yo existía en la medida de mi dedicación al cuidado de las personas, de la casa, del ajuar, de la alimentación... Pero mis deseos,

aquellos tímidos, personales, pero auténticos deseos como escuchar música, leer, pasear, ir al encuentro de lugares con árboles... y, sobre todo, tener una tarde para mí, apenas dos o tres horas, para mis cosas, para dar rienda suelta a las inquietudes que se abrían paso en mi interior y que me harían sentir persona; o bien, dedicarme un baño relajante y no la apresurada ducha interrumpida por constantes llamadas en la puerta del aseo exigiendo la cena o preguntando dónde está esto o aquello. Solo pedía, ni siquiera exigía, un tiempo para ser, para sentirme viva, para que la mente se reconciliara con los sentimientos sofocados y reprimidos.

Mientras, mi alma luchaba con ahínco, a través de las enfermedades, por escapar de un cuerpo que no le proporcionaba las experiencias que necesitaba para crecer y evolucionar. Créame, doctor, si le digo que llegué a percibir cómo mis células se rebelaban y me planteaban un ultimátum: cambio o destrucción. Comprendí que me gritaban que llevaba mi vida de forma equivocada, que la vida que llevaba no era para la que habían sido programadas.

Reflexioné y traté de introducir cambios que permitieran aligerar la carga que me abrumaba y que me convertía en mero animal de tiro de los

que más quería, sin ocasión para ejercer de mí misma ni para expansionarme lo suficiente como para desplegar todo aquello que sentía bullir en mí. Pero estos cambios implicaban la colaboración de Ildefonso y esa batalla acababa siempre con el sabor de la derrota, de tropezar de nuevo en la misma piedra. Me sentía abrumada, dolorida, debilitada ante su displicencia al considerarme tan frágil y débil, incapaz de sobrellevar sin altibajos lo que, según él, eran cargas normales para cualquier mujer; incapaz de encargarme de lo que él nunca se ocupó ni por un día, ni por una hora, no porque le faltaran destreza o talento suficientes,

sino por pura comodidad. Le resultaba mucho más cómodo soportar mi irritación y otorgarme alguna concesión, que jamás llevaría a la práctica, para que me calmase y continuara sobrellevando las cargas familiares con silenciosa conformidad.

Aun así, le seguí queriendo más que a mí misma. Grave error. Por eso continuaba tirando sola del carro, siempre con el señuelo de alguna promesilla arrancada a contrapelo en mitad de la discusión de que llevaríamos las cargas entre los dos, de que él se haría cargo de todo una tarde a la semana para que dispusiera de un tiempo para mí. Esa sencilla promesa

era suficiente para que recogiera mis despojos deshilachados, sorbiera mis mocos, secara mis lágrimas y, mientras me refrescaba la cara, que apenas veía reflejada en el espejo con la mirada turbia a través de dos finas ranuras abiertas en mis párpados embotados, oyera sus pasos que se acercaban hacia mí después de haberme ignorado olímpicamente durante todo mi hundimiento. Yo abrigaba la esperanza de que me preguntase si me encontraba bien, o mejor aún, no dijera nada y me abrazara, y así poder impregnarme de su fuerza y salir a flote. Pero pasaba de largo en dirección al salón, hasta donde le seguía, buscando su comprensión y

algo de cariño; al menos, cariño. Le encontraba allí, sentado en el sofá, sin apartar la vista del televisor, imperturbable como un faraón y concediéndome su perdón en un discurso machacón y repetitivo con el que intentaba hacerme ver lo infructuoso de mi actitud y lo injustificado de mis frecuentes derrumbamientos, que, a su juicio, obedecían a mi fragilidad mental y emocional. Pero otras veces, como le iba diciendo, doctor, se acercaba al lavabo donde aún me encontraba temblorosa refrescando mi cara y mi cuello con agua fría. Entonces, me preguntaba desde el quicio de la puerta: «¿Qué hay para cenar?».

¿Que por qué decidí que lo mejor sería separarnos, llevar caminos diferentes? En realidad, no recuerdo haber tomado la decisión. No decidí nada. Me limité a aceptar mi situación real. ¿Sabe, doctor? Tengo la impresión de que nosotros no tomamos las decisiones más importantes de nuestra vida, es la vida la que lo decide: cuándo nacemos, cuándo nos enamoram, cuándo nos desenamoram, quién entra en nuestra vida, quién sale, cuándo morimos... La vida ya lo sabe todo de nosotros antes de nacer, pero nos deja hacer para que vayamos conociéndonos y aprendiendo. La vida nos observa. Si nos equivocamos de rumbo, nos vuelve

a reconducir al punto donde podemos retomar el que nos conviene. Nos pone a prueba para que apliquemos lo que tenemos por sabido. Si hemos aprendido, nos deja continuar. Y si no hemos aprendido aún, se precipitan sobre nosotros los acontecimientos como las hojas que se van desprendiendo en un hayedo otoñal, hasta que, por fin, comprendemos y rectificamos. Y yo comprendí y he rectificado. Fue gracias a un fontanero. No se sonría, doctor; es cierto. Ya sé, es sorprendente. Pero la vida es así, te habla a través de los acontecimientos, de las enfermedades e incluso de los fontaneros.

Recuerdo que por aquella época me sentía muy agobiada, vivía en lucha permanente entre mi necesidad vital de salir de aquella sensación de estrangulamiento de deseos sofocados y el cumplimiento de todos mis deberes, que siempre estaban en primer lugar y nunca me dejaban tiempo para otra cosa. Andaba inquieta, regañaba a Lidón por cualquier nadería, todo me parecía mal hecho, los muebles mal colocados, los pasillos demasiado estrechos... Entonces fue cuando se produjo una fuga de agua. Se trataba de la tubería de desagüe del lavabo. No era la primera vez que ocurría. En realidad, siempre goteó, pero al tratarse de pequeñas

cantidades de agua, no le habíamos prestado demasiada atención y la humedad que rezumaba hasta entonces se había ido evaporando por sí sola. En ocasiones, cuando el escape era mayor, retiraba los objetos mojados y secaba todo; parecía que allí no había pasado nada. Pero aquella vez no se trataba de unas cuantas gotas, al abrir el grifo la fuga resultaba escandalosa. Así que llamé a un fontanero y pedí permiso en la notaría para no perder la ocasión de que viniera el fontanero a casa. Me recuerdo conduciendo y renegando para mis adentros, porque con todos los problemas que tenía encima solo me faltaba tener que echar más horas otro

día en el trabajo para compensar las que perdiera con este asunto.

Al poco de llegar a casa, sonó el timbre. Era el fontanero, un hombre de mediana edad que saludó educadamente con un marcado acento argentino. Le conduje al baño y le mostré de dónde provenía la fuga. Se agachó y observó atentamente todos los detalles de la instalación bajo el lavabo. A pesar de remeter la cabeza por todos los recovecos no se descolocó ni un solo cabello de su anticuado tupé. Cuando acabó su examen se mantuvo en cuclillas y, con actitud reflexiva, meneó negativamente la cabeza, dándome a entender que aquella avería tenía mal

arreglo. «¿Qué ocurre?», pregunté. «No se trata de una simple fuga, señora. Es algo mucho más complejo. Estamos ante el mal que aqueja a los hogares de hoy en día: se construyen con materiales inadecuados y luego ocurren estas cosas». «¿Qué cosas?». «Agáchese y observe. ¿Ve esta coyuntura, donde se unen la bajante y el conducto de desagüe?». «Sí y ¿qué?». «Es ahí donde está el fallo. Fíjese bien. Se trata de una unión atípica: plástico y metal. Son dos materiales completamente incompatibles. No cabe la fusión entre ellos. Podrá parecer al principio, cuando todo está nuevo, sin desgastar, que el agua fluye con soltura. Pero

cuando llegan los primeros atascos, comienza el reflujo de aguas residuales porque el canal se obstruye con facilidad al estar forzado. Mirá esta pieza: retiene los residuos porque la salida natural está cegada. ¿Y qué es lo que acaba de suceder acá?». «No sé, usted dirá...», respondí mientras nos incorporábamos muy despacio. «Pues, como no podría ser de otra manera, el material más delicado se ha ido deteriorando hasta romperse. Observo —añadió mientras se agachaba de nuevo bajo el lavabo— que en alguna ocasión ustedes le pusieron masilla para taponar la fuga ¿no es cierto? Pero, ya ve, no sirvió de nada». «¿Seguro que con un

poco más de masilla...?»). «Sería inútil insistir, señora. El agua es energía y la energía necesita fluir, seguir su curso. Si no lo hace de forma natural, lo hará destruyendo todo lo que se lo impida... ¿Señora?... Pero, señora... ¡No, por favor! ¡No llore! ¡Créame, señora, no pensé que le fuera a afectar tanto lo que le dije! Mil perdones».

Realmente, en aquel momento no supe distinguir si aquel fontanero argentino estaba psicoanalizando mis tuberías o mi matrimonio. Solo sé que lo vi claro, tan claro, que cuando cerré la puerta tras despedirle, puse el equipo de música a todo volumen y comencé a gritar y a llorar mientras el mundo que

había creado a mi alrededor se hundía y caía a trozos estrepitosamente, como al derribar Sansón las columnas del templo filisteo al que le encadenaron. Confieso que cuando paso por delante de la fontanería de aquel buen hombre, siento el impulso de explicarle por qué no le volví a llamar y contarle que mi decisión no fue parchear, ni poner recambios nuevos, ni siquiera cambiar de lavabo, fue marcharme de ese piso, romper con todo lo que me ataba y atoraba, cambiar de vida e iniciar una nueva en la que la corriente fluyera sin atascos, para no sufrir más el dolor de la energía atrapada, y me condujera a través de experiencias nuevas hacia mi

propia paz.

Y todo eso ha empezado a ocurrir ¿sabe, doctor? La corriente, mi propia corriente, me ha llevado a un lugar mágico en el que, bajo la apariencia apacible de una galería de arte, se esconde un mar insospechadamente profundo y un buen amigo, Arturo. Y a través de nuestras conversaciones, estoy descubriendo cuántos pequeños tesoros hay escondidos en mí, y los voy depositando en la superficie de mi playa, los desprendo de los posos del tiempo y los pulo bajo el sol convirtiéndolos en mis obras, en pinturas que expresan aquellas vivencias y sensaciones genuinas que quedaron

hundidas y sepultadas por el paso del tiempo y la educación. Sé que ellas son las que constituyen mi verdadera personalidad, lo más auténtico de mi ser, de mi sentir sin censuras, sin temor al juicio de los demás; pero, sobre todo, en este tiempo de soledad y de reencuentro, he aprendido a no temer mi propio juicio, el más terrible de todos.

Penélope volvió a marcar el número de Ana en su móvil. Comenzaba a impacientarse. Estaba estacionada en doble fila junto al portal de su amiga y el espacio que restaba para circular a los demás vehículos resultaba demasiado ajustado para los de mayor volumen.

—Ana, ¿te queda mucho? Que estoy estorbando y ya me han pitado un par de coches... ¡Venga, va, que siempre te pasa igual!

Guardó el teléfono en el bolso, bajó

el parasol y descorrió la tapa del espejito para mirarse y comprobar que el maquillaje estaba intacto y no le había afectado el calor inusual de aquella noche de sábado. Ojos, boca, pómulos, recogido... todo en orden. Penélope se sonrió al reconocerse en el espejo como una mujer atractiva.

Unos golpecitos en el cristal de la puerta del acompañante hicieron regresar a Penélope al momento. Era Ana, que daba saltitos de alegría.

—¡Pero qué guapa te has puesto! Mira, ¿qué te parece? —dijo girando sobre sí misma.

—Impresionante, Ana. ¡Como siempre! —se echó a reír Penélope—.

La verdad es que no sé por qué salgo contigo. Nadie se fijará en mí estando a tu lado.

—¡No digas eso! Eres preciosa..., pero de otra manera.

—Ja, ja, ja... ¡Eso, de otra manera! Un poco más invisible. Pero no te preocupes. Estoy convencida de que saliendo por ahí no voy a conocer a nadie que me pueda interesar.

—¡Bueno, bueno! No adelantes acontecimientos, nena. Que nunca se sabe y, además, Roberto me ha dicho que su amigo es un tío que gusta mucho a las chicas.

—Peor me lo pones...

—¡Ay, hija, por Dios! Pero ¿no

vamos a cenar y a tomar algo por ahí?

—Claro, claro... Pero no pienso aguantar a ningún pesado. Si te hago una señal, nos vamos, ¿vale?

—¡Vaaale! Pero arranca el coche y vámonos, que lo vamos a pasar ¡genial!

El enjambre de coches y motos, que se entrecruzaban buscando un lugar donde estacionar no le puso las cosas fáciles a Penélope para encontrar un aparcamiento en las proximidades del Grao de Castellón. El ambiente festivo de los locales de ocio nocturno y el desenfado de los grupos de jóvenes que acudían por centenares se contagiaban

con facilidad a los que allí se acercaban dispuestos a pasar una noche de diversión.

—¿Dónde dices que hemos quedado? —preguntó Penélope, a quien el ambiente le transmitía alegría e ilusión.

—En la puerta del restaurante... —dijo Ana—. ¡Mira, es allí y están en la puerta! El más bajo es mi amigo Roberto. —Y comenzó a saludarlos con los brazos como si fuera una náufraga pidiendo auxilio.

—¡Ana, para! Que ya nos han visto, mujer.

—¡Oye, creo que vas a salir ganando...! —exclamó—. Pero ¿tú has

visto como está el amigo? ¡Qué pibón!

Penélope dio un pequeño traspiés que logró que pasara desapercibido mezclada entre el trasiego de la gente que abarrotaba el exterior de los locales. De lo que no se recuperó tan deprisa fue de la impresión que le produjo aquel hombre sacado de algún anuncio de perfume masculino.

—¿Y por qué no me lo habrá presentado a mí antes? —dijo Ana y añadió entre dientes dirigiéndose a Penélope—: Esta no se la perdono. —Y subiendo la voz de nuevo, gritó—: ¡Hola, Roberto, querido! ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú, que te vas a romper, preciosa —respondió el de la

cazadora de cuero, pantalón y camiseta negros, deleitándose en repasarla entera con la vista.

—Roberto, esta es mi amiga Penélope.

—¡Hola, Penélope! Soy Roberto, mucho gusto. Este es mi amigo Lluís.

—Encantada, Roberto —respondió ella extendiéndole la mano para estrechársela y de repente se encontró contra las mejillas de Roberto, que le estaba plantificando los dos besos de rigor—. ¿Qué tal, Lluís?

No sabía discernir qué la turbaba más, si la perfecta arquitectura masculina de Lluís, que daba prestancia al tres cuartos de lana gris que vestía

sobre una camisa azul claro, su melena ondulada castaño oscuro o su fresca sonrisa, enmarcada por una fina barba y un bigote perfectamente recortados, que resaltaban la blancura de sus dientes.

—Encantado de conocerte, Penélope —respondió él con voz mediterránea y calmada, algo que tuvo añadir Penélope a la lista de atractivos con los que conseguía Lluís que se le alterara el pulso.

—Lo mismo digo —respondió ella, y antes de que se diera cuenta sintió la proximidad del rostro de Lluís rozando levemente su mejilla dándole un beso de bienvenida. Temió que él oyera sus latidos, acelerados con el seco y cálido

aroma a maderas orientales que despedía la tibieza de su cuerpo.

—¿Os parece que entremos al restaurante? —dijo Roberto—. Tenemos mesa reservada.

—¡Es que estás en todo, Robert! —dijo Ana.

—Es que si no... es imposible, nena. ¡Vamos para dentro!

Durante la cena charlaron y rieron con las ocurrencias de Ana y Roberto, que se habían convertido desde el primer momento en las almas de la fiesta. Lluís y Penélope intervenían a menudo en la conversación común. Ella con su conversación interesante y ocurrente y él con su voz de tenor de

forma sosegada y dedicando miradas serenas a Penélope, en las que durante breves instantes ella percibía destellos que la aceleraban interiormente.

—¡Bueno, chicos, nosotras vamos a empolvarnos un poco la nariz! ¿Verdad, Penélope?

—¡Oh, no sé...!

—¡Claro que quieres! Si me lo has dicho tú antes... ¿no te acuerdas?

—¡Sí, claro! Eso es. No me acordaba.

—¡Mira que te ha costado darte cuenta, hija! —dijo Ana—. Ya no sabía qué decirte para que viniéramos al servicio.

—Pero es que yo no necesitaba

venir.

—Mira que a veces pareces tonta, Penny. Si lo que quiero es que me cuentes... ¿Qué te ha parecido Lluís? ¡Está para comérselo!

—Reconozco que es simpático y no está mal —dijo Penélope.

—¿Que no está mal? Pero ¿tú le has visto bien?... ¿No me irás a decir ahora que no te acaba de gustar? Porque, entonces, ¡es que estás muerta!

—¡Pues claro que me gusta! ¿Cómo no me va a gustar un hombre así? Pero debe de tener ¡diez años menos que yo! No puede ser un amigo con quien salir de vez en cuando para conocernos mejor... Así que... ¿para qué

ilusionarse? ¿Qué quieres que haga con él?

—Nada que tú no quieras hacer, pero tampoco te quedes sin hacer lo que tengas ganas de hacer. ¿Me entiendes ahora o te lo dibujo con la barra de labios en el espejo?

—¡Ay, Ana! No me abrumes. Deja que las cosas vengan solas... No puedo imaginar planes con un hombre casi diez años más joven.

—¡Y tú aparentas diez menos de los que tienes! Así que estáis en paz.

—Venga, volvamos a la mesa.

—¿Qué prisa tienes, cielo? Deja que se encarguen ellos de pagar la cena, ya lo has oído, nos invitaban.

—Pero no me gusta que los hombres me inviten a cenar, porque luego quieren convertirme en el postre.

—¡Mira que eres tonta! —dijo Ana golpeándose la frente con la palma—. Déjale que pague, porque si consigue que te conviertas en su postre, por lo menos, que la cena no la hayas pagado tú.

—Entre el vino y tu cháchara, ya no distingo entre lo que está bien y lo que está mal. ¡Hasta me ha parecido lógica la barbaridad que acabas de decir! —dijo Penélope mirándose en el espejo, tratando de quitarse una pestaña que le había entrado en un ojo—. Anda, a ver si damos una vuelta y me despejo un

poco.

La primavera les regaló una temperatura deliciosa que animaba a seguir disfrutando de la noche y, tras un breve paseo, entraron en un local animado con música que incitaba a bailar. Las paredes mutaban de color al ritmo de la música, transformándose los fucsias en verdes pistachos y estos en un sinfín de azules y malvas. Dejaron las prendas de abrigo sobre un asiento libre en la barra y permanecieron en pie. Unos *gin-tonics* llegaron en el momento oportuno para refrescar las gargantas, algo reseca por tener que elevar la voz para que se oyera por encima del volumen de la música de baile.

Penélope reía junto a la barra las ocurrencias y los piropos que le dedicaba al oído Lluís mientras bebían aquella transparencia refrescante que volvía mágicos los colores del local y convertía la nariz ligeramente aguileña de Lluís en un magnético punto de referencia que conducía sin remedio a sus intensos ojos. De repente se dio cuenta de que había perdido de vista a Ana y a Roberto. Preguntó por ellos a Lluís y este le indicó con la cabeza una dirección. Penélope miró hacia donde le había indicado Lluís y pudo distinguir en el remolino de colores que sobrevolaba la oscuridad de un rincón a Ana prácticamente oculta por el cuerpo de

Roberto, que la abarcaba con sus brazos sin parar de besarla. Por un momento temió que la asfixiara, pero no parecía que ella estuviera padeciendo. Lluís se acercó a su oído para decirle «están en lo suyo», y sin mediar más la tomó de la mano con suavidad y comenzó a bailar muy despacio ante ella invitándola a seguirle. Penélope sonrió y le fue siguiendo poco a poco y comenzó a sentir el ritmo apoderándose de su cuerpo y a bailar con una cadencia elegante y sensual. Lluís, que movía sus caderas con la suavidad y contención con las que hablaba, la miraba con tanta intensidad que Penélope temió combustionar cuando él le posó las

manos en la cintura acompasando su baile con el de ella. A cada paso él estaba sutilmente más cerca de su cuerpo. De repente, le sitió tan próximo que instintivamente retrocedió. Temió que al siguiente centímetro que él avanzara la situación resultara demasiado comprometedor. Penélope regresó repentinamente a donde había dejado su *gin-tonic* excusándose en una sed sofocante y dio un trago largo.

—¿Te he molestado? —le preguntó Lluís.

—No, claro que no. Es solo que estoy un poco cansada y preferiría regresar a casa.

—Lo entiendo, aunque me habría

gustado estar más tiempo contigo —le dijo—. Te acompaño a casa.

—No hace falta. Además, tendré que acompañar a Ana —le respondió.

Lluís miró hacia donde estaban su amigo y Ana y meneó la cabeza.

—Pues me parece que tu amiga tiene otros planes.

—Pero no me voy a ir sin ella —dijo incómoda Penélope, con el abrigo y el bolso en la mano—. Al menos, se lo preguntaré.

—No te lo aconsejo, pero te esperaré aquí.

Avanzó como pudo entre la gente que ocupaba el interior del local hasta llegar a donde se encontraba su amiga con

Roberto. Intentó tocarla para hacerle saber que estaba allí. Pero resultaba muy complicado encontrar un resquicio de la anatomía de su amiga que no estuviera ocupado por Roberto en uno u otro momento. Sintió una enorme vergüenza al verlos tan congestionados por el entusiasmo del momento y por los vapores del *gin-tonic*. Por fin logró hacerle notar a Ana que estaba allí y con señas le preguntó si se iba con ella a casa; su amiga le dijo claramente que no con la mano y que se fuera. Penélope se quedó perpleja con este final. Tener que regresar a casa sin ella era algo que no había previsto.

Regresó junto a Lluís, que la

esperaba con una sonrisa, un tanto divertido.

—¿Qué te ha dicho tu amiga? — preguntó Lluís.

—La verdad es que me ha dicho poco, no estaba en condiciones de hablar. Pero se le ha entendido todo.

Lluís lanzó una carcajada muy a gusto.

—Bueno, mujer, que no es ninguna tragedia. Estas cosas pasan cuando estás vivo —dijo Lluís y añadió—: ¿Habéis venido con tu coche o con el de Ana?

—Con el mío.

—Pues yo he venido con el de Roberto, así que te acompañaré y luego tomaré un taxi.

—No es necesario, yo te llevo a tu casa. No me cuesta nada y lo haré encantada.

—¡Vaya, muchas gracias! Te lo agradezco. Pero no consentiré que te vuelvas sola. A estas horas, podría ser peligroso para una mujer tan bonita. Te acompaño y luego tomo un taxi. No admito discusiones.

De camino a la casa de Penélope fueron hablando de esto y de aquello mientras la proximidad forzada del interior del vehículo les hacía sonreírse con complicidad. Se sentía envuelta por la charla calmada de Lluís, su voz bien templada y su presencia poderosamente masculina. La magia que desprendía

aquel hombre, sin que aparentemente hiciera nada para rendirla a su poder, cada vez se le hacía más patente, hasta provocar la necesidad de huida en Penélope, justo cuando estacionó ante el portal de su vivienda.

—Bueno, es aquí —anunció—. Ya hemos llegado. ¿Te llamo un taxi?

—Ahora lo llamo yo, no te preocupes. Primero, te acompaño al portal y me aseguro de que llegues sana y salva a tu casa —dijo con una amplia sonrisa Lluís, consciente de su efecto hechicero.

Ella introdujo la llave en la cerradura del portal y empujó la puerta. Él la siguió de cerca y cerró suavemente

el portalón de metal y cristal tras ellos.

—Lo he pasado muy bien, Lluís —  
dijo Penélope—. Gracias por todo.

—Yo también he disfrutado y la  
verdad... —dijo inclinando la cabeza y  
tomándole la mano, que se llevó  
lentamente a los labios, y le imprimió un  
beso que acompañó con la calidez de su  
aliento despertando en Penélope  
escalofríos de placer—... es que me ha  
sabido a poco —dijo sin separar apenas  
los labios de la mano de Penélope y  
levantó la mirada buscando la de ella  
con ojos encendidos por el deseo.

La luz del portal se apagó de  
repente. Quedaron a oscuras, tan solo  
iluminados por la luz de las farolas de la

calle. Lluís no dudó en rodear a Penélope con sus brazos, sin que ella opusiera resistencia alguna mientras la besaba con ardor consiguiendo que a ella le abrasara la piel de todo el cuerpo y entrecortarle la respiración de pura voluptuosidad. Lluís acercó sus labios candentes a su cuello y comenzó a dibujar círculos de fuego con el extremo de su lengua que la hacían gemir y sentir una deliciosa y tibia humedad en los lugares más íntimos, que reclamaban atención con un prurito apremiante.

Subieron los escalones que llevaban al ascensor pegados a la pared mientras él le mordía suavemente los labios. Lluís abrió la puerta del ascensor y

entraron atropelladamente. Enredados en un torbellino de ansiedad y urgencia se fueron desabotonando mutuamente prendas en el ascensor. Salieron de él en tromba y se apretaron contra la pared del pasillo. El acaloramiento que las devoraba las dejaba sin aliento. Penélope creyó que iba a perder el sentido cuando Lluís la cogió por el muslo, se lo apoyó en su cadera y dejó que sintiera la gruesa rigidez que crecía en su pubis y que trataba de abrirse paso entre sus piernas. Él la subió sobre sus caderas y la apoyó contra la puerta de su casa mientras le mordía los labios. Se detuvo. Jadeaban al compás. «Abre la puerta», musitó Lluís y la soltó

delicadamente. Penélope logró abrir la cerradura de la casa al segundo intento. Entraron y, al cerrar la puerta tras ellos, fueron cayendo las prendas como pieles muertas trazando la senda que los llevaba a un lecho que no había conocido la pasión de un varón.

Allí descubrió Penélope, durante una noche que no acababa, las llamas que hacen arder pero no consumen; marcó su piel un camino de lava trazado por el aliento tórrido de Lluís, que no olvidó un rincón en su recorrido; disfrutó el vaivén de las olas amables y gozó con el envite de las enfurecidas; se desprendió de ríos de agua clara que se desbordaron desde su interior; recibió la

quemazón de un miembro candente y experimentó el grito de la vida resonando en la noche.

No se lo podía creer. No se reconocía. Tampoco se arrepentía, pero estaba sorprendida de sí misma y de todo lo que había experimentado, que ni siquiera sospechaba que existiera, que fuera real y al alcance de cualquiera, como ella. No, de cualquiera no, seguro que era la magia que despertaba en ella este hombre lleno de vitalidad y sangre caliente.

Le vio levantarse. Preguntó por el baño. Al rato, regresó y comenzó a vestirse.

—¿Te vas? —preguntó Penélope e

invitó—: Puedes quedarte si quieres.

—Gracias, preciosa, pero no puede ser. Tengo que irme. Ahora sí que te agradeceré que llames a un taxi.

—Claro, claro —admitió—.  
¿Volveré a verte?

A Lluís se le retrató el triunfo en la cara.

—Cuando quieras, preciosa. Dame tu teléfono y te llamo.

Al cerrar la puerta de la casa, Penélope no dejó de sentir un cierto saborcillo amargo a pesar de todas las sensaciones increíbles que había vivido aquella noche. Un sentimiento que se le atravesó en el pecho y que, en aquel momento, no supo identificar.

Pasaban los días sin que Penélope recibiera ninguna llamada de Lluís. No habían vuelto a verse desde aquella primera noche. Tuvo que pagar el peaje de contarle a Ana algo de lo sucedido mientras merendaban en el apartamento, pero sin dar los jugosos detalles que le reclamaba su amiga con insistencia.

—¡Que no, Ana! ¿Qué más quieres que te cuente?

—¡Pero si no me has contado nada! —dijo ella encogiéndose de hombros—. Que si vinisteis a tu piso, que si os enrollasteis, que te dijo que te llamaría... ¡Detalles, quiero detalles!

—¡Por Dios! —se echó a reír Penélope—. ¿Es que no tienes límite? —Cambió el tono de voz de Penélope y añadió más serena—: Lo que sí te diré es que nunca había sentido así...

—¿Tan intensamente quieres decir?

—Sí, hasta el punto de que me he dado cuenta de que nunca había sentido, de que nunca había disfrutado del sexo. Vamos, que el sexo es otra cosa diferente de lo que yo había conocido.

—¡Bueno! Entonces, estarás contenta ¿no, cielo?

Penélope tardó en responder. No tenía la respuesta clara.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo Ana—. ¿A qué viene esa carita?

—A que no sé qué hacer. Él no me ha vuelto a llamar y yo... no me atrevo a llamar y también me pregunto que para qué voy a llamarle. Si él no llama es porque no le intereso y, por otro lado, él no me interesa... Bueno, quiero decir, que me gusta una barbaridad, pero no vamos a llegar a ningún lado, lo sé.

—¿Y para qué quieres llegar a algún lado? Disfruta el momento, nena, que el tiempo se pasa sin pena ni gloria.

—Pues porque yo soy así, Ana. Yo soy de compromiso, de construir juntos, de compartir lo bueno y lo malo... ¡Llámame antigua si quieres, pero es lo que soy! Y esto con Lluís... Me humillaría que solo fuera el polvo de

una noche y por otro lado... por otro lado... no sé, no sé adónde me podría llevar...

—Pues yo creo que está muy claro: a disfrutar —dijo Ana—. Te comes la cabeza demasiado, cariño. Si no es una relación para siempre, es una relación para ahora. Así que toma de ella lo que te aproveche y ya está.

—Entonces ¿qué hago, Ana? ¿Le llamo o no?

—Tú misma —dijo Ana cogiendo su bolso y la chaqueta para marcharse de casa de Penélope—. Cuando te dé un calentón... le llamas y punto. —Le dio un par de besos de despedida—. Me marcho, cielo, que no quiero hacer

esperar a Vicente.

—¿Ya os habéis arreglado otra vez?

—¿Qué quieres que le haga? Si me llama, ¿es que le voy a decir que no?

—Hoy no me siento con fuerzas para aconsejarte nada. Cuídate, Ana. Nos vemos.

Penélope, tras despedir a Ana, decidió dar un paseo antes de cenar. Sentía una extraña mezcla de melancolía y excitación que la mantenía confusa. Se colocó una gabardina sobre la camiseta y los vaqueros, y se dejó puestas las deportivas blancas. El airecillo del anochecer le sentaría bien. No cogió

ningún bolso. Solo el móvil y un paquete de pañuelos de papel.

Los pasos la fueron llevando hasta el parque de Rafalafena y fue recorriendo sus vericuetos. Sentirse rodeada del verdor de sus setos y de la presencia silenciosa y sabia de sus árboles la fue sosegando paulatinamente. Llegó al bosque triangular de palmeras y tuvo la impresión de encontrarse inmersa en un laberinto, pese a que estaban geométricamente alineadas. De repente le pesó el dormir esa noche sola y se apoderó de ella la imperiosa necesidad de ser deseada y acariciada.

Un impulso la llevó a coger el móvil y buscar el número de teléfono de Lluís.

Pulsó. Escuchó el primer tono. Esperó el segundo. El tercero. Al quinto fue a cortar cuando oyó que le respondían.

—¿Sí?

—¿Lluís?

—Sí, soy yo.

—Buenas noches, soy Penélope. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

—Tú dirás, Penélope.

—Bueno, como dijiste que te llamara cuando quisiera... Pues, bueno, he pensado que a lo mejor también te apetecía que tomáramos algo y charláramos, que nos volviéramos a ver.

—Has tardado mucho. Te esperaba.

Penélope se quedó muda.

—Vaya, yo pensaba... que tú llamarías —dijo Penélope.

—¿Quieres que te recoja esta noche y tomamos algo?

—¿Esta noche? Es un poco precipitado, ¿no? Mejor el viernes. Es que mañana tengo que madrugar...

—El viernes no puedo, preciosa.

—Vale, pues bien. Esta noche, entonces.

—Venga, te recojo en dos horas. ¿Ok?

—Sí, Lluís. Ok.

Penélope regresó a casa a toda prisa, cenó frugalmente y se encerró en el cuarto de baño para no salir de allí

hasta estar duchada y maquillada. Le costó conseguir no torcerse con la línea de los ojos, le temblaba la mano. El cabello no conseguía el recogido que se había propuesto, así que, al final, melena suelta perfectamente planchada. Más complicado fue decidir con qué prenda se vestiría. No encontraba ninguna que le encajara con el estado de ánimo. Terminó decidiéndose por un top festivo, un vaquero, chaqueta y zapatos de tacón.

A la hora acordada, Penélope bajó al portal y se abochornó ligeramente al recordar lo que ocurrió aquella noche. Dio gracias al cielo de que ningún vecino llegara en ese momento. Vio

detenerse delante del portal un Mercedes descapotable de color rojo y tapizado en cuero gris. Al volante, un sonriente Lluís extendió su brazo invitándola a subir.

—Estás preciosa, sube.

El equipo de música de última generación integrado en el vehículo distinguía cada una de las notas y las hacía flotar en un universo particular, que no se extendía más allá de los límites interiores del habitáculo, creando una burbuja imaginaria que envolvía a Lluís y a Penélope mientras avanzaban sobre la seda de la amortiguación del descapotable.

—Nunca me habían llamado la

atención los coches... —dijo Penélope —, pero este es precioso, espectacular.

—Gracias —y sonrió.

—La verdad, Lluís, me pregunto cómo...

—¿... cómo un entrenador personal puede permitirse este coche de lujo? —completó sin dejar de mirar la vía por la que circulaban—. Muy sencillo: lo compré de segunda mano a un amigo. Fue una gran ocasión.

—Y un gran amigo, supongo.

—Bueno, tengo clientes muy solventes —dijo sonriéndose—. Vamos a dar una vueltecita y luego te llevaré a mi cueva. Espero que no te dé miedo...

La vivienda de Lluís no podía dar

miedo. Era un magnífico ático a las afueras de la ciudad, con una amplia terraza desde la que se disfrutaba de la vista del puerto iluminado y de la ciudad encendida. El gusto con el que estaba decorado y el sofá de piel blanca y abundantes almohadones perfectamente ordenados hablaban de una persona metódica y calculadora, de gustos refinados. El televisor de pantalla curva de grandes dimensiones sugería un hombre que no se conformaba con cualquier cosa. La personalidad de Lluís aunaba facetas muy dispares y que desembocaban en el cultivo de la pasión de los sentidos.

Lluís la invitó a desprenderse de la

chaqueta y la colocó en el respaldo de una silla a modo de percha. Le sirvió una deliciosa mezcla de Licor 43 y Cointreau a la que añadió hielo y un toque de canela que entusiasmó a Penélope. La música de ambiente era relajante y sensual, remitía a paisajes exóticos y lejanos. Una suave corriente de aire agitaba indolente los visillos que flanqueaban el acceso a la terraza. Se acomodaron en el sofá y se interesaron mutuamente por cómo les había ido la vida desde aquella noche.

Cuando el contenido de los anchos vasos de cristal había menguado ostensiblemente, Lluís comenzó a acariciar el cuello de Penélope y

empezó a besarla. Poco a poco fue desprendiéndole un tirante del top y luego el otro, y la condujo tomándole las dos manos hacia su dormitorio. Encendió la luz, una luz blanca, excesiva, que perturbaba los ojos de su invitada. «Así está bien», dijo Lluís cuando ella le pidió que bajara la intensidad. La tumbó encima de la cama sin apartar la gruesa colcha de pelo de alpaca marrón. Repitió la misma ceremonia de noches atrás, pero no le sentía cerca de ella, como si Lluís actuara de una forma mecánica. Lo mismo no supo igual.

Cuando Penélope entraba en su portal y despedía con una mano triste a

un sonriente Lluís que se marchaba en su preciosa máquina de segunda mano, llegó a pensar que lo sucedido la primera vez había sido, en parte, fruto de su imaginación. Supo en su fuero interno que era la última vez que llamaría a Lluís o que acudiría a una cita con él para ahuyentar el vacío de la soledad. Ahora sí que sabía lo que se sentía con el sexo a secas: un vacío aún mayor.

El trasiego de hombres y mujeres uniformados en los pasillos de la jefatura superior de policía de Valencia impresionaba a Roxana. Apenas se atrevía a levantar los ojos del asiento en el que esperaba a Santiago. No se movió ni un ápice del lugar en el que le indicaron que esperara al inspector. A los pocos minutos, que a ella le parecieron horas, Santiago salió a su encuentro con la copia de una denuncia en la mano.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—le reprochó Santiago cariñosamente, agitando el papel que sostenía en la mano—. ¿No comprendes que ese tipo es muy peligroso?

Ella asintió con vehemencia.

—¿Sabe dónde vives? —preguntó Santiago.

—No, no lo sabe, papito —respondió Roxana atribulada—. Pero mis compañeras están muy asustadas por si las encuentra. Ellas también han recibido llamadas.

—¿Qué les dice a ellas?

—Que se deben a él y tienen que decirle dónde me he metido. Que más les vale que se lo digan a buenas, porque él está arriba de la bola, se

entera de todo.

—Y a ti, ¿qué te dice?

—Lo que está ahí en la denuncia. —

Roxana le miró con ojos asustados—. Que fui yo quien le delató a la policía. Yo le digo que no fui yo. Tú lo sabes, papito, yo no lo hice, no tuve nada que ver... Pero él me repite «tú no me engañas... voy a por ti» —dijo la muchacha rompiendo a llorar—. ¿Por qué, papito, por qué le han dejado libre?

Santiago la abrazó con ternura.

—Venga, venga, no te preocupes — le dijo, maldiciendo para sus adentros las absurdas leyes que hacían baldío el esfuerzo de meses intentando proteger a las más débiles y que permitían que una

bestia anduviera suelta—. No voy a permitir que ese animal se te acerque.

Santiago sujetó el rostro de la muchacha con las manos y añadió con su voz templada:

—Escúchame bien, el Verraco está en libertad provisional. Tiene que acudir a la oficina de control cada quince días. Pasado mañana tendrá que presentarse. Así que ahora vamos a ir los dos ante el juez que lleva tu caso y le vamos a solicitar que al Verraco le instalen a una pulsera localizadora. Así la sala de control sabrá en todo momento dónde está. —La miró con cariño y añadió—. Tú también tendrás que llevar otra, para que nos avise si se te acerca.

Roxana asintió tragándose las lágrimas que le corrían por el rostro. Santiago sacó su pañuelo y secó su cara delicadamente. Ella conoció por vez primera el suave tacto de un pañuelo de hilo. Pensaba que ya no existían. Le sonrió agradecida. Definitivamente, Santiago era el último caballero, con la espada mellada y la coraza desvencijada, sin caballo ni fortuna, pero con hidalguía y de corazón digno y generoso que se le salía por sus ojos pequeños, que se llenaban de pliegues al sonreírle con ellos. A Roxana se le escaparon de nuevo las lágrimas. Esta vez no eran por ella. Le conmovía que Santiago no renunciara a su bondad, a

pesar de la esterilidad de sus esfuerzos por conseguir un poco de orden y justicia en un mundo tan loco y egoísta.

—Gracias, papito —le dijo abrazándose a él con indefensión.

La persiana metálica de la cafetería El Mirador estaba a media altura y aún permanecía encendida la luz en el interior. Desde fuera, mientras se aproximaba, Santiago podía ver las piernas de alguien que manejaba un cepillo de barrer e iba recogiendo con precisión los desperdicios caídos debajo de las mesas. Por la forma de moverse, Santiago reconoció a Roxana.

De vez en cuando se veían pasar las piernas de su compañero, enfundadas con el mismo tipo de pantalón negro. Santiago golpeó con los nudillos en la persiana y se agachó.

—¡Papito, qué bueno, tú por aquí!  
—gritó alegre Roxana al verle.

—¿Puedo pasar? —preguntó Santiago.

—Pues claro, mi niño. Termino enseguida y te cuento.

—Eso, a ver qué es esa sorpresa.

—Mira —dijo dirigiéndose hacia él mientras se deshacía del delantal negro —, papito, hoy ha sido mi día de paga. Mi primer sueldecito, ¿tú sabes?

—Enhorabuena, ¡estarás contenta!

—Pues sí, mucho, pero no del todo  
—dijo Roxana.

—Y eso ¿por qué? —preguntó  
Santiago.

—Porque yo te tengo que hacer un  
homenaje, papito. Que te lo mereces.  
Que yo no tendría este trabajo si no  
hubiera sido por ti, mi niño.

—¡A mí no me debes nada, mujer!

—¡Oye, chico! Esta noche usted no  
me discute. Ahora mismo mi compañero  
y yo bajamos esta persiana, que ya es  
hora, y usted y yo nos vamos a cenar a  
un restaurante cubano muy buenecito que  
yo conozco.

—No tienes por qué hacerlo,  
Roxana. Pero si quieres que celebremos

tu primer sueldo, me parece bien, pero con una condición...

—Que sea sencillita, mi niño.

—Después de cenar, yo invito al cine —sonrió Santiago—. ¡No admito protestas!

Roxana daba saltitos de alegría y se fue corriendo a recoger su bolso y su cazadora para cerrar con su compañero el local y vivir una noche divertida con su amigo Santiago, su caballero español.

Hoy le voy a pedir un favor, doctor. Apague la luz. Sí, todas, menos la del flexo de su mesa. Hacia abajo, gracias. Sí, así está bien. Que solo vea de usted la camisa y sus manos sujetando ese bonito bolígrafo dorado. Es algo tan íntimo, tan especial, lo que le tengo que contar, que no ver su rostro me ayudará a hacerlo.

Verá... no sé cómo empezar. Como le decía, he comenzado a disfrutar de mi nuevo estado, de una inusitada libertad de movimiento. Me siento tan libre que a

veces me sobrevienen unas gozosas ganas de llorar. Antes no me hubiera creído merecedora de tanta soltura. Siento alivio al caminar por las calles dejándoles la rienda suelta a mis sensaciones, captando todo lo que me rodea con atención y mirándolo con cariño, con agradecimiento de sentirme viva y poder emprender una vida dirigida por mí misma, de gozar de un cuerpo que no aparenta mi edad y que no ha perdido la elasticidad de la juventud.

También me he propuesto ir alcanzando, poco a poco, todos aquellos sueños atrasados. Por eso decidí que debía conocer mis auténticos deseos, porque pese a sentirlos pujar

intensamente dentro de mí, nunca acababa de tener claro hacia dónde apuntaban. Siempre he envidiado a aquellas personas que desde niños tuvieron claro qué querían ser de mayores. Ese no era mi caso, desde luego. A mis cuarenta y tantos aún no sabía qué quería ser de mayor. Solo sabía que no me gustaba lo que había sido hasta entonces.

Se me ocurrió pensar que quizá debería remontarme a los años auténticos, a la primera infancia, y recordar a qué dedicaba mi tiempo entonces, cuál era mi impulso original, a qué jugaba y qué me hacía feliz. Como un trallazo apareció en mi memoria

aquella caja de lata que contenía más de cien acuarelas de colores maravillosos, en cuya tapa había estampada una escena de caza. Durante toda mi infancia la conservé con auténtica veneración y la abría con la misma fascinación con la que un sacerdote hebreo hubiera abierto el Arca de la Alianza. Al recordarlo, comprendí que en esta vida nada ocurre por casualidad. Todo estaba sucediendo conforme a un plan previamente establecido que yo desconocía y al que contribuía dándole forma y realidad con mis decisiones, con las pequeñas especialmente.

No lo supe en ese momento, pero la red invisible que sustenta este universo

inteligente se había activado para mí en el instante en que comencé a ser honesta conmigo, coherente con mis pensamientos y respetuosa con mis deseos. Cuando me convertí en el propio eje de mi vida, desligándome de las adherencias que crean los afectos que no son recíprocos y que nos vampirizan egoístamente. Poco tiempo después, el universo me devolvió a la situación que debió haber sido el punto de partida de mi vida: dedicarme a la pintura.

¿Que por qué no lo hice antes? Tengo la impresión, doctor, de que usted no me escucha o no me quiere entender... ¿Que tiene otra pregunta? Usted dirá.

Sí, Ildefonso siempre fue correcto conmigo. Nunca dijo una palabra más alta que la otra, ni me levantó la mano. Jamás lo había hecho. Sus golpes eran invisibles, como mis heridas y, al principio, casi imperceptibles. Al casarnos comenzó a mostrar detalles desconcertantes como controlar el largo de mis faldas, si mis uñas estaban perfectamente arregladas o si el color del esmalte era de su agrado; si no lo era, no podía salir de casa sin habérmelo quitado antes, o controlaba por qué me duchaba, nunca le parecía buen momento para que lo hiciera. Acostumbraba a meterme un dedo inesperadamente en la nariz o en un

oído, a llamarme o a sisearme reiteradamente sin ningún objeto ni justificación, manteniéndome en un estado de alerta permanente de forma que me era casi imposible hilvanar un pensamiento con otro. ¿Qué quiere que le diga? Un sinfín de rarezas que, si por separado no eran gran cosa, en su conjunto resultaban agobiantes, cuando no irritantes y desconsideradas, como cerrar bruscamente las puertas detrás de él sin reparar lo más mínimo en que yo le seguía a un paso.

Pero la más desconcertante de todas sus censuras era la de la risa. No me he dado cuenta hasta hace poco. ¿Le sorprende? Sé que él tampoco se daba

cuenta. Verá, ¿cómo le explicaría...? Se lo resumiré diciendo que le molestaba que me riera por algo que no hubiera provocado él. Por ejemplo, una comedia. Nos recuerdo de recién casados viendo una película, *La extraña pareja*, protagonizada por Jack Lemmon y Walter Mathew. Había escenas desternillantes y yo reía con ganas. Su reacción no se dejó esperar: «¿A qué viene tanta risa, si se puede saber?». Esto se fue repitiendo en aquellas ocasiones en las que algo ajeno a él me hacía sentir dichosa, hasta que el manantial de la alegría se fue secando por temor a oír el reproche que seguía irremediablemente a la risa. Parecía que

temiese algo oscuro y sospechoso en esa felicidad. Quizás ese instante de libertad en que la mente vuela lejos con las alas de la alegría. Ese momento en que algo externo se ha colado en la mente del otro y le resulta placentero y, por lo tanto, susceptible de atraerle y apartarle de él, aun cuánto sea un instante.

Y luego llegó Lidón. ¡Es increíble lo que un cuerpo humano puede resistir, de estrés, de agotamiento...! ¿Puede creer, doctor, que en los primeros siete años de crianza no pude acercarme a los pinceles, ni siquiera a un libro? No tenía tiempo para nada. No quiero acordarme. ¿Tiene usted idea de lo que para mí ha representado siempre pintar, leer y

escuchar música? Mis tres pasiones, mis tres esencias quedaron aparcadas para adaptarme a mi vida con él, y él nunca apreció la ofrenda, como un ausente ídolo de piedra.

Con mi hija la relación fue muy estrecha mientras fue pequeña; pero con el tiempo fue adoptando la misma actitud de menosprecio hacia mí que su padre. Solo contaba lo que sentenciaba su padre y yo quedaba relegada al papel de una mera chacha familiar. Ahora es cuando me he puesto en mi sitio y también a ella. Me ido dando cuenta de que muchas de las actitudes rebeldes y contestatarias de mi hija no siempre obedecían a estar atravesando la

adolescencia o una primera juventud. He comprendido que en sus malos modos, incluso en el aire de menosprecio de su trato, hay mucho de rechazo del modelo que yo le proponía a mi hija para ir por la vida con mi postura sumisa, sin más criterio que el de agradar a los demás y de acumular frustración sin derecho a recompensa. Y no dejaba de tener su parte de razón, aunque me hiriera en ocasiones con su actitud soberbia. ¡Pero qué le voy a pedir a ella, si no he sido yo capaz de comprenderme a mí misma!

Curiosamente, ahora Lidón comienza a mirarme con respeto y comprensión. Ha aprendido que con mamá no se juega, no es un juguete, es una persona con

voluntad propia. Pero también le ha quedado muy claro, y así lo ha podido comprobar, que, como siempre, me tiene a su lado y me tendrá, pase lo que pase. Porque el lazo que nos une no se puede disolver ni con la muerte.

¿Que si temo el distanciamiento? Tenga usted en cuenta, doctor, que he vivido día a día la infancia de mi hija. De todas formas, le diré que cuenta más la calidad de la relación que el número de horas; se trata de profundidad, no de extensión. Ya no le transmito la sensación de que hacerse adulta, asumir responsabilidades es un puro sufrimiento. Y, sobre todo, espero que haya aprendido la importancia de

hacerse respetar y de partir en la vida desde una misma, de construir su propia existencia sin esperar a que venga alguien y se convierta en su única fuente de felicidad. Porque no es así, solo está en nosotros lo que nos puede hacer felices: la coherencia, que apacigua el ánimo y todo lo ordena. Espero que haya comprendido que solo cuando sepa ser y estar sola, cuando esté colmada de sí misma, entonces estará preparada para formar pareja, porque ya tendrá qué compartir. No puede construir su vida sobre el otro. Ni dejar en manos de nadie el conseguir su felicidad. Ser feliz es responsabilidad de cada cual. No puede pretender que el otro compense

sus carencias, sino que la acompañe en el camino para superarlas.

Todo esto va tan deprisa... No, no tengo sensación de descontrol, solo de velocidad. Casi de vértigo. Esta corriente que me lleva va cogiendo cada vez más fuerza, se alimenta de acontecimientos insignificantes, de caprichosas casualidades, no sé... El caso es que siento que se está convirtiendo en un torrente imparable y, al mismo tiempo, me conduzco y me siento serena. Todo está siendo tan mágico y hermoso que tengo miedo. Temo que se acabe. No puede ser la vida tan hermosa.

Bueno, doctor, ya ve como están las

cosas. ¿Considera que necesito más sesiones? ¿Qué le parece si damos por zanjada la terapia? Estoy de acuerdo, yo tampoco lo estimo necesario. ¿Continuar esta conversación fuera de la consulta? ¿Cómo amigos? Eso supondría romper nuestro pacto, ¿no te parece, Ildefonso? En cuanto a tu diagnóstico, no me interesa, ya te lo dije al principio. Si me he sometido a estas sesiones es para que saques tus propias conclusiones. Te ofreciste tú ¿recuerdas? Bueno, creías que me obligabas. ¿Que si me sigue gustando el teatro? Desde luego, claro, siempre me gustó. Ahora retomaré la costumbre de jovencita. ¿Acompañarme? No, es mejor que las

cosas queden como están. Cada uno en su sitio ¿sabes? No, no me siento sola. Para nada. ¡Ah, vaya! ¿Tú, mucho? Creía que los psiquiatras no teníais este tipo de problemas, que superabais la angustia de la soledad con más facilidad... Ya sé. Sí, conozco el refrán del herrero... Pero no te preocupes, Ildefonso, ya verás como encuentras nuevas amistades, incluso alguien que te haga compañía. No, nosotros no. Por supuesto que no podemos ser amigos. ¿Es que no te das cuenta? Ahora tus ojos me examinan con ese temor morboso que provocan los trapeceistas cuando oscilan en el trapecio sin red y se desplazan en el vacío, de columpio en columpio, con

una naturalidad insultante. Y como ellos cuando bajan a la arena, mientras deambulé contigo por el suelo, te he podido parecer una criatura corriente, incluso torpe. No me permitiste elevarme a mi verdadera altura, porque sabías que tú nunca podrías alcanzarla. ¿No te das cuenta, Ildefonso? No estás invitado a mi nueva vida.

Ya puedes encender la luz. Te ayudará a ver más claro lo que te voy a decir: nunca me ha interesado tu diagnóstico, pero tampoco si te decidías o no a firmar ese convenio regulador de mutuo acuerdo.

Ya he logrado lo que quería realmente: que escucharas todo lo que

tenía que decirte y te tragaras hasta la última palabra, que por primera vez será la mía.

Le daré instrucciones a mi letrada para que interponga la demanda de divorcio contencioso lo antes posible.

Mira el lado positivo, aún está en tu mano el control de algo en todo esto: puedes llamar a mi abogada, firmar ese convenio de mutuo acuerdo y evitar que te reclame todo lo que me corresponde. El negativo... Mejor no lo mires, porque te va a dar vértigo. Y no esperes que te llame, ya he olvidado tu número de teléfono y cuando salga de aquí, apenas recordaré tu rostro. Adiós, Ildefonso.

Damián. Damián González. Cuarenta y tres. Los cumplí el mes pasado. Administrativo. No, no tengo ninguna enfermedad crónica. Estoy muy sano. Sí, casado. Con Magdalena, la que está ahí fuera esperando en la sala. A mí no me pasa nada. Ella es la que dice que lo mío no es normal. A ver, doctor, yo he venido aquí por no oír más a mi mujer, que está dale que te pego con que «vamos al médico, vamos al médico». ¡Mire que se pone pesada, la hostia! Vamos, que si he venido es por no oírla.

Así se lo digo. Porque, vamos a ver, doctor, entre hombres... ¿Usted cree que es para tanto como para que se ponga así conmigo porque me acueste tarde todas las noches por ver películas de esas...? De las guarras, vamos. ¿Y qué? Pues como le digo yo, si lo tuviera en casa, no tendría que salir a buscarlo, ¿no le parece? Que uno es muy hombre, qué digo hombre, ¡muy macho! Estoy hasta los huevos de tanto remilgo y de tanta polla... ¡Pero si son todas unas guarras, se lo digo yo, que las tengo caladas!

Hay una tía en el trabajo, doctor, que tendría que ver las braguitas que tiende... Yo sé que las pone en el tendedero para calentarme, pero yo me

hago el tonto. ¿Que cómo las he visto? Ahora es vecina nuestra. Se alquiló un apartamento en nuestra finca cuando se divorció. Está en el piso de arriba, en el de enfrente. Es el último piso de una finca que está...

¡Ya se lo dije antes!, cuando rellenaba la ficha, administrativo en una notaría; bueno, ellos dicen que subalterno. Sí, en esa trabajo ¿cómo lo ha adivinado? Pues sí que tiene usted buen ojo, sí... Me está usted cayendo bien, doctor. Mira por dónde...

Hago de todo, de recepcionista, de recadero, las fotocopias, llevo documentos al Ayuntamiento y al Registro de la Propiedad... Hasta

limpio si algo se mancha cuando no está la señora de la limpieza... ¡Eso digo yo! Que si no fuera por mí... Pero no lo quieren ver. No podrían hacer su trabajo. Nada más que con las fotocopias... Usted sí que lo ha visto, sí. Además, enseguida. No se le escapa nada. Me cae usted bien, doctor... No como toda esa panda de desgraciados que me miran por encima del hombro. Allí todos me tienen como al pito del sereno. Damián por aquí, Damián por allá... Algunos no dan ni las gracias, ¡malnacidos! La vecina sí, la verdad, la mujer es muy educada... No, en el trabajo nunca me ha provocado, ni fuera tampoco. Pero yo sé que pone a tender

esa ropa porque quiere temita... Me está diciendo «mira qué braguitas llevo, Damián». ¡Que son todas unas putas, que se lo digo yo que veo mucha gente pasar por allí!

¿La vecina? No, yo no la he visto llevar hombres al piso. Pero ahora que lo dice, hubo una noche que algo oí. Estaba yo en la habitación pequeña que da al patio interior. Allí es donde tengo el ordenador y como no tenía a mi madre ese mes, porque es allí donde duerme la mujer ¿sabe?, pues estuve hasta las tantas... Sí, con las películas... ¡Pero eso no es nada malo, que yo sepa! Pues eso, doctor, no se impaciente, eso es justo lo que le iba a contar... Pues que

estaba yo viendo una película de esas en el ordenador cuando escuché unos sonidos en el patio. Así que le quité el sonido y los seguí oyendo a lo lejos. Venían de arriba. Apagué la luz y me asomé al patio. No escuché nada y cuando me retiraba, los volví escuchar y más fuerte. No había duda, venían de la ventana de la vecina. Sí, de la del trabajo. ¿Qué me parecieron? Pues lo único que podían ser. ¿Qué iba a ser? Pero yo no vi a nadie, la verdad.

Que le avise ¿de qué? ¿Si vuelvo a oír...? ¿Para qué? ¡Ah, terapia! Para ver si estoy obsesionado... ¡Yo no estoy obsesionado! Lo que pasa es que la tengo en el trabajo todo el día viendo

cómo se mueve, coincidimos en el ascensor muchas veces y oigo los ruidos de su casa... ¿Sabe? Me encanta cómo huele... ¡Y que está para echarle un polvo! Vale, vale... ¡Pero si estoy tranquilo!

La que me pone nervioso es mi mujer, a veces... no sé... no sé qué le haría. Y la oficial mayor... Esa cacatúa vieja, con ese pelo blanco cortado a lo marimacho, con esas gafitas ridículas... La cabrona se pasa todo el día dándome por culo... Me tiene enfilado... El día menos pensado... La capulla esta se va a enterar... Me tiene asfixiado... Por eso, si uno se tira unas horas viendo tías buenas que le ponen a uno como le

ponen y me lo paso bien o llamo a un teléfono de esos para oírlas... ¡En algo me tengo que entretener, joder! O es que todo va a ser «sí, doña Elvira», «enseguida, doña Elvira», «sí, mamá», «lo que tú digas, mamá», «sí, cariño», «lo que tú digas, cariño»...

¿Mi madre? Vive con nosotros por temporadas. Está viuda. Nos enteramos hace cinco años de que mi padre se había muerto. Abandonó a mi madre cuando mi hermana y yo éramos muy niños. Se fue con una tía más joven que mi madre. Ella sola nos sacó adelante. No, no se volvió a casar. A mi hermana la casó bien, con un constructor. A mí me quiso emparejar con la hija del

teniente de alcalde de nuestro pueblo. Está cerquita de Ciudad Real, ¿sabe? Tendría muchos dineros el teniente de alcalde, pero la hija... ¡había que beber primero diez cubatas para arrimarse! Pero se me metió por el ojo la Magdalena y me lie con ella. Mi Magdalena estaba entonces muy rica... ¡uy, qué chiste más tonto me ha salido, doctor! Y ya sabe usted que cuando uno se enreda ya es muy difícil cortar, te metes en el chiquero y te vas dejando llevar y terminas casado. Ahora mi Magdalena está un poco pasada... Quiero decir que ha engordado y eso...

¿Que si bebo alcohol? Lo normal, que si un café tocadito de coñac por la

mañana, que si una cervecita en el almuerzo, un par de copas de vino con la comida y cuando llego del trabajo mi *gin-tonic* para relajarme... ¡Bueno, eso que le ha contado mi mujer es cuando voy con los amigos al fútbol! ¡Que a ver si se entera mi mujer de que soy un tío cojonudo! Dígaselo usted, doctor, que es muy majete. Sí, la vecina, vale, estaré atento. Si me siento provocado por ella, se lo digo, descuide. La verdad es que está para hacerle un favor. Vale. Vale. Hasta la próxima semana, doctor. Muy majete, ¡eh! Muy majete.

Aquella tarde en la notaría la jornada se le estaba haciendo a Penélope más larga de lo habitual. Las manecillas del reloj estaban perezosas y sin ningún interés en avanzar. En realidad era su reloj interno el que estaba acelerado, impaciente por volver a retomar el cuadro en el punto donde lo dejó la noche anterior.

Estaba entusiasmada con los progresos que iba logrando desde que asistía a las clases del taller de pintura. No solo por los avances que suponía en su técnica, sino porque había servido de

evasión y de clavo ardiente al que agarrarse para olvidarse de Lluís, que a punto estuvo de convertirse en una obsesión. No fue su fuerza de voluntad lo que impidió que eso ocurriera, sino su dignidad herida.

Desde la última vez que se vieron, y cuando ya había transcurrido semana y media sin que tuviera noticias de Lluís, Penélope volvió a ceder a la debilidad y comenzó a marcar su número de móvil. Ni siquiera tenía demasiado claro por qué lo hacía. Lluís la atraía como un imán, pero la última vez se notó usada y los momentos en los que se sintió deseada no duraron demasiado. No le compensaron del vacío que la atrapó

después. Penélope no terminó de marcar el número, lanzó el móvil sobre el sofá, se colocó delante de su obra y se sumergió en aplicar lo aprendido en las últimas clases.

Ahora ya no sentía esa pulsión interna que la impelía a llamar a Lluís. Sentir los pinceles o el grafito en sus manos sobre el lienzo imprimado la investía de una gracia intemporal a la que debía rendir respeto y no permitir que fuera perturbada ni impedida por cuestiones mundanas, como le había ocurrido durante su matrimonio. Eso le dio fuerza para resistirse a llamarle, incluso para olvidarse de él. Lo que no imaginaba Penélope es que Lluís no se

había olvidado de ella. Tan solo esperaba el momento adecuado.

Las manecillas del reloj de la oficina cumplieron con su deber y marcaron las siete en punto de la tarde. Penélope se dispuso a marcharse del trabajo cuando recibió en el teléfono un mensaje de Lluís. Se quedó sorprendida, no tanto porque Lluís diera señales de vida después de casi un mes, sino por percibirle como a alguien lejano y desdibujado en la memoria. No se acababa de explicar qué extraño juego de la mente era ese que hacía que quien había sido capaz de hacerla estremecer, ahora no significara más que un recuerdo frío e incluso molesto. Miró el

mensaje. «Entra en este enlace y recibirás un recuerdo inolvidable». Penélope cerró el mensaje, le extrañó que Lluís la invitara a participar en alguna de esas absurdas cadenas que solo sirven para rastrear contactos. Se guardó el móvil con el propósito de echarle un vistazo en el ordenador a esa dirección de internet más tarde.

Al llegar a su casa, se puso cómoda, cogió una manzana y le dio unos bocados mientras hojeaba una revista en el sofá. El móvil sonó ahogado en el bolsillo del abrigo que había dejado colgado en el perchero, junto a la puerta de entrada. Se incorporó rápidamente, llegó hasta él y lo cogió. Era Ana.

—¡Hola, Ana, guapa! ¿Cómo estás?

—Muy mal, cari —respondió Ana entre sollozos—. Muy mal.

—¿Qué pasa? ¿Has vuelto a romper con Vicente?

—Sí... —Ana no pudo contener el llanto.

—¡Vaya por Dios! ¿Quieres que vaya a tu casa y hablemos? —se ofreció Penélope.

—Estoy debajo de tu casa —dijo Ana—. ¿Puedo subir?

Penélope se sonrió con ternura.

—¡Pues claro que sí, mujer! Te abro el portal.

Cuando Penélope abrió la puerta de su casa, se encontró a una Ana con los

ojos y los labios ligeramente hinchados, el rímel disuelto en lágrimas negras corriendo por las mejillas; un abrazo tan fuerte y sobrevenido que, por un momento, creyó que Ana se le había desplomado encima.

Pasó al interior del apartamento y se desprendió de su abrigo primaveral, del bolso y una carpeta, los lanzó a un extremo del sofá y se dejó caer en plancha en el lado contrario.

—¿Te importa si me quito los zapatos? —preguntó Ana—. Es que estos tacones me están matando.

—Claro que no —dijo Penélope—. Ponte cómoda.

Dejó pasar unos instantes para que

Ana se relajara y terminara de secar su tanda de lágrimas, que estaba segura de que no era la primera.

—A ver, cuéntame qué ha pasado.

—Lo de siempre —dijo Ana encogiéndose de hombros—. Lo de siempre.

—Entonces me vas a contar algo nuevo o es lo de siempre...

—No hay nada nuevo —siguió Ana, sorbiendo por la nariz.

—Vale —aceptó Penélope dándole unos cariñosos golpecitos en el muslo—. Vamos a hacer una cosa: si no vas a contarme nada nuevo, yo tampoco te diré lo de siempre... Ya sabes, aquello de que «esta relación no te lleva a nada»,

etcétera, etcétera... —y añadió—: ¿De acuerdo?

Ana asintió aliviada. Ella misma estaba cansada de oírse la misma retahíla en cada ruptura y de avergonzarse de sí misma cuando volvía a aceptar a Vicente, después de abominar de él. Era mejor así. Más limpio. Más honesto. Y se sintió reconfortada al comprobar que su amiga la aceptaba con su debilidad.

—Gracias, Penny.

—Tranquila, cielo —le dijo Penélope haciéndole una carantoña—. Te voy a preparar una tisana que te va a sentar de maravilla: salvia, valeriana, romero, miel y limón. Y me tomaré una

contigo.

—¿Y tú cómo llevas lo de Lluís? — preguntó Ana entre hipidos.

—Pues mira, no sé si te lo vas a creer, pero le tengo olvidado. Me ha ayudado mucho la pintura, ¿sabes? Por cierto, que esta tarde me ha enviado un mensaje un poco raro y no lo he mirado todavía.

—¿Raro? —cuestionó Ana intrigada y dejando un poco atrás su drama.

—Bueno, raro no. Pero que me ha enviado un mensaje con un enlace que dice que me llevará a un recuerdo inolvidable. —Penélope le acercó el móvil a Ana y le mostró el mensaje.

—¿Has mirado lo que te envía? A lo

mejor es un detalle para decirte que le importas.

—No, aún no lo he mirado. Ya te digo. Estoy asombrada de cómo se ha quedado atrás, como si todo hubiera ocurrido hace mucho tiempo. Un año o más.

—¡Chica, míralo ya! A ver qué es. ¡No sé cómo puedes aguantar sin saber lo que es!

—Bueno, mientras nos tomamos la tisana, voy abriendo el portátil y lo vemos.

—Mira que si es una invitación para un fin de semana... —dijo Ana dándole un cariñoso codazo a Penélope.

—¡Qué cosas tienes! —dijo

Penélope—. Escribo la dirección en el buscador... A ver adónde nos lleva... Vamos a ver...

La pantalla del ordenador se mantenía en blanco mientras el buscador localizaba la dirección indicada. El icono de un relojito de arena mantenía la atención de las dos mujeres en el centro de la pantalla. Bruscamente, una imagen ocupó toda la amplitud de la pantalla. Su amiga soltó un gemido y a Penélope se le congeló la sangre y le ardieron las mejillas.

—No te preocupes, Penny. Yo, como si no hubiera visto nada —dijo Ana sinceramente apurada—. Además, es lo que hacemos todas.

—La verdad es que me parece de muy mal gusto enviarme este «recuerdo» —dijo Penélope entre enfadada y avergonzada.

—Pues, sí, nena —dijo Ana—. Si quería que lo recordaras, que te hubiera enviado un ramo de flores.

—O que hubiera llamado para hablar, si tenía interés... —añadió Penélope—. Pero, mira, ¿sabes qué te digo? Que no quiero volver con él ni saber nada de él...

El móvil de Penélope comenzó a vibrar y a sonar en la mesita junto al portátil. La pantalla mostraba que era Lluís. Las dos amigas se quedaron petrificadas.

—Hablando del papa de Roma... —  
dijo Ana dándose aire con una revista.

—No sé si cogerlo... —dudó  
Penélope—. No me da buena espina.

—Si no lo coges, no sabrás lo que  
quiere.

—Tienes razón... —dijo Penélope y  
cogió el móvil—. ¿Sí? Dime, Lluís.  
¿Cómo estás?

—Yo muy bien. ¿Y tú? —respondió  
Lluís.

—Bien, gracias. ¿Querías algo?

—Saber qué te había parecido el  
recuerdo que te he enviado.

—Pues, la verdad, no me ha hecho  
ninguna gracia. No me pediste permiso  
para tomar ninguna imagen. Así que te

vido, por favor, que la elimines.

—Vaya, vaya... No te ha gustado mi recuerdo... Bueno, verás, Penélope... eso que me pides no es posible... En realidad, no es una imagen; son varias. Un vídeo da para mucho...

—Pero ¿qué estás diciendo...? ¿Cómo que un vídeo? ¿Qué clase de...?

—¡Shsss...! Tranquila, Penélope, no te pongas nerviosita... No vayas a decir algo de lo que luego te arrepientas —dijo Lluís con su calma calculada— y escúchame con mucha atención: lo que has recibido es solo una de las muchas imágenes nuestras que guardo en un servidor. Esta es de las más... digamos, prudentes. Y estas imágenes pasarían a

la red solo con que yo apriete un botón, incluso, desde mi móvil. ¿Vas viendo por dónde voy?

Activó el altavoz del móvil. Ana seguía la conversación, horrorizada.

—¿Me estás amenazando, Lluís? — dijo Penélope.

—Eso sería poco elegante... — respondió él cínicamente—. Digamos que nos vamos a ver de nuevo, como dos buenos amigos, y me vas a hacer un obsequio. Mira, a ti que tanto te gustan los lápices... ¿Qué tal si me regalas un estuche de lápices en el que vas a meter seiscientos euros? Me lo entregarás el próximo miércoles, a las cuatro en punto de la tarde, en la cafetería del hotel

Doña Lola. Está cerca de tu trabajo, así llegarás puntual. No digas que no miro por ti, reina.

—Eres despreciable...

—Se nota que tienes nivel, nena. Las demás me suelen llamar cabrón.

—¿Y si no lo hago?

—Pues te harás famosa... especialmente entre tus compañeros de trabajo —dijo Lluís—. Piénsatelo, preciosa. Es una presión muy grande... Alguna no lo ha resistido.

—Cabrón —le espetó Penélope sin emoción.

—¡No me decepciones, Peti, Peki o como coño te llamara la gilipuertas de tu amiga! —dijo Lluís—. ¡Ah, por cierto!

Dos cosas importantes: estos encuentros los vamos a tener cada tres meses. Así que haz hueco en tu agenda, preciosa. Ya sabes, cada tres meses, el primer miércoles de cada mes, en Doña Lola. Y la segunda: ni se te ocurra llamar a la policía, porque podríamos encontrarnos otra vez en el portal de tu casa y puede que no sea tan cariñoso. No me falles.

La llamada se interrumpió y Penélope y Ana se miraron estupefactas.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Ana histérica.

—No sé qué decir ni qué hacer... —dijo Penélope mientras bajaba despacio

la tapa del portátil—. Me parece una pesadilla. —De repente, Penélope se levantó como movida por un resorte—. ¡No me puede estar pasando esto! ¡Será hijo de puta! Pero ¿cómo puede tener estómago para hacer algo así? ¡Mierda! —Y se dejó caer en el sofá.

—Pero ¿por qué le dejaste que te hiciera fotos? —preguntó Ana extrañada.

—¡Yo no le dejé! Ni siquiera le vi hacerlas. —Seguía viendo en su mente la imagen que apareció en la pantalla del ordenador—. ¿No has visto que él está ahí conmigo? Él no pudo hacerlas... a no ser...

—Que las hiciera una cámara web...

—Exacto... Por favor, pásame mi taza, necesito tomar algo —pidió Penélope.

—¡Ay, cariño! ¿Quién se iba a pensar esto? —Ana miraba a un lado y a otro desconcertada—. Yo tampoco sé qué podríamos hacer, Penny... Pero lo mejor será llamar a la policía.

—¿Y qué les digo? —dijo Penélope mirándola con angustia—. Además de que me moriría de vergüenza, no tengo ninguna prueba de sus amenazas: solo una imagen que está en un servidor, y sus palabras no han quedado registradas en ningún sitio... Es mi palabra contra la suya.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —

preguntó preocupada Ana.

—No lo sé, Ana, aún no lo sé. Estoy muy confusa. Necesito tiempo para pensar.

—Solo tienes cinco días, Penny.

—¡Ya lo sé! Pero ahora soy incapaz de encontrar el modo de librarme de este canalla. ¡No va estar chupándome la sangre toda la vida por un error!

—No fue un error, Penélope —dijo Ana—. Fue una experiencia, como tanta gente, que tú no tienes por qué pagar. ¡Él sí que debe pagar lo canalla que es! Y encontraremos el modo. Aunque ahora no se me ocurra nada...

—Gracias, Ana, cariño. Ahora, si no te importa, quisiera quedarme a solas...

—Claro, claro... —Se despidió de su amiga con un beso—. ¿Nos vemos mañana en el taller?

—Sí, lo necesito más que nunca. Buenas noches, Ana.

—Hasta mañana, Penny. —Ana se giró y la miró con ternura—. Procura descansar.

La profesora del taller de pintura observaba la pintura que Penélope se empeñaba en recomponer. Sabía que los errores que había cometido esa tarde su alumna más aventajada no tenían buen arreglo. También sabía que no era lo habitual en ella. Debía de tener alguna preocupación. No acertaba con la mezcla de colores, ni había encajado bien la figura. Aquella tarde no estaba siendo demasiado provechosa.

—Mejor no insisto, ¿verdad? —dijo resoplando Penélope.

—Creo que es mejor que lo intentes en casa —respondió la profesora—. Por alguna razón, hoy no estás afinada y es mejor no forzar. Además, ya es la hora de recoger.

—Yo también creo que es lo mejor, gracias —dijo Penélope y comenzó a limpiar los pinceles.

—¡Penélope! ¡Shsss! —la llamaba en voz baja Ana enfundada en un guardapolvo blanco—. Ven, mira. ¿Qué te parece lo que he hecho hoy?

—No está nada mal. Es un perro muy naíf.

—No es un perro, Penny. Es un caballo.

—Bueno... —Penélope trató de

enmendar—. De todas formas, sigue siendo naíf.

—Mira, Penny, que no te llamaba para esto. Es que no quiero que se me olvide decirte que se me ha ocurrido una idea... Por lo de Lluís, ya sabes.

—¿Sí? —dijo Penélope con ojos muy abiertos—. ¿Qué podemos hacer?

—Irnos de balneario.

—¿Cómo? —preguntó, desconcertada, Penélope.

—Sí, mujer. Ya que no podemos evitar el pago, por lo menos, nos relajamos.

—Mira, Ana, ¡no sé si reírme o echarme a llorar con tu ocurrencia! —suspiró—. Anda, vamos a dejar los

cuadros en el almacén, que ya se están yendo todos.

Cogieron los respectivos lienzos y caballetes y los llevaron a una sala amplia que hacía las veces de almacén de la galería. Dos largas filas de neones recorrían su techo dispuestas a iluminarla, pero a esas horas únicamente se mantenían encendidos los dos primeros tubos. Caminaron con cuidado por entre las obras y caballetes de los compañeros de taller y los enseres repartidos por aquella sala, y buscaron hueco para los suyos.

—Ten cuidado —dijo Penélope—, no lo apoyes en la sábana que cubre esa escultura.

—¡Es que hay que ver cómo está esto de trastos! —se quejó Ana—. Si es que parecen fantasmones...

—Sabes, Ana, que estoy dándole vueltas a lo que me acabas de proponer y no está mal pensado, no. —Dejó apoyados su caballete y su lienzo, se recogió el mechón que se le había soltado de la coleta y miró seriamente a Ana con sus ojos oscuros—. La verdad es que a las dos nos vendría muy bien relajarnos.

—Igual allí se nos ocurre algo, no sé —dijo Ana.

—A lo mejor —admitió Penélope—. Pero no le veo la salida.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer?

—Sí —respondió—. Pagaré este primer mes y así gano tiempo para pensar más serenamente, porque ahora no puedo. Estoy demasiado asustada, avergonzada y enfadada. ¡Es que siento una impotencia cuando pienso que los pocos ahorros que tengo se los va a llevar ese malnacido y no los voy a disfrutar yo!

—¡Por eso! Porque la vida son dos días y hay mucho cabrón suelto, mejor nos gastamos el dinero en nosotras, que nos lo merecemos.

—¿Has pensado algún sitio, Ana? Yo no conozco balnearios.

—El que es una pasada es El Palasiet. Allí...

—No me digas que te llevó Vicente...

—¡No! Al revés —dijo molesta—. Es donde le dije tantas veces que me llevara. Me hacía mucha ilusión ir a un balneario de lujo para que me cuiden y me mimen con masajes,... ¡Pero el muy cerdo nunca lo ha hecho! Así que el fin de semana que viene, nos vamos.

—¡Entonces, no se hable más! Nos vamos...

Un ruido sobresaltó a las dos amigas. Provenía del fondo de la sala. Estaba bastante oscuro pero pudieron distinguir en el suelo un caballete pequeño que había caído.

—¿Ves? —justificó Penélope—.

Alguien que lo habrá apoyado en una de esas sábanas. Ya te lo dije.

Ambas salieron de la sala y cerraron la puerta tras ellas. Cuando ya se encontraban en la calle, el pomo de la puerta del almacén comenzó a girar despacio y silenciosamente.

Las campanas del Fadrí anunciaron que faltaba un cuarto de hora para las cuatro de la tarde. Mientras sonaban los cuartos, Penélope atravesaba la plaza Mayor para dirigirse a la cita con Lluís. Llevaba una bolsa comercial en la que portaba lo acordado: seiscientos euros dentro de un estuche de lápices. Llegó cinco minutos antes. Lluís ya estaba esperándola sentado relajadamente en una silla tapizada en negro detrás de una mesa roja, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos en los apoyabrazos.

Al verla, la recibió con la mejor de sus sonrisas. Ahora, a Penélope, le pareció perversa.

Ella se sentó frente a él e hizo ademán de arrojar la bolsa sobre la mesita que los separaba.

—No. Aún no —dijo secamente Lluís—. ¿No te vas a tomar nada?

—No, gracias.

—Yo sí. Es lo normal entre dos amigos que se encuentran en una cafetería ¿no te parece? —Y al acercarse un camarero dijo—: Una tónica, por favor.

Se mantuvieron las miradas retadoras en silencio hasta que el camarero terminó de vaciar el contenido

de la botellita de cristal en el vaso de tubo y se retiró. La efervescencia de la bebida acaparó el silencio hasta diluirse. Cuando descendieron las burbujas, Lluís tomó el vaso y bebió de él sin prisas, marcándosele la nuez en cada trago.

Penélope puso la bolsa en la mesa.

—Cuéntalo si quieres.

—No hace falta. Sé que lo habrás hecho bien, por la cuenta que te trae. Luego lo comprobaré.

Penélope se puso en pie para marcharse, pero Lluís la detuvo tirándole del brazo y obligándolo a sentarse de nuevo.

—¿No pensarás marcharte sin pagar

la consumición? —dijo Lluís acercando su rostro al de ella mientras la mantenía sujeta por el brazo. La soltó y se puso en pie—. Recuerda, preciosa, que nuestra próxima cita será aquí dentro de tres meses —y añadió con sorna mientras se colocaba unas gafas oscuras—. Me parecerán una eternidad.

—Hazme un favor... —le dijo Penélope, y él se volvió—. ¡Muérete!

Penélope bajó del altillo del armario una maleta pequeña. La abrió de par en par sobre la cama y comenzó a rebuscar en sus cajones y armario todo lo necesario para disfrutar de unos días de

descanso y relajación bien necesarios. A pesar de todo lo sucedido no sentía arrepentimiento, sino rabia de que se aprovechara de ella un desalmado. También abrigaba la esperanza de encontrar el medio para acabar con el chantaje.

Ahora era el momento de dirigir la mente hacia otras miras. La perspectiva de disfrutar de unos días de desconexión de todas las tensiones le daba aliento y tenía que reconocer que la compañía de Ana en estos momentos era tremendamente valiosa. Todo sería mucho más amargo sin ella y su deliciosa forma de ser. Estaba segura de que iban a pasarlo muy bien juntas, que

reirían, que se dejarían seducir por un ambiente selecto y un mar y un paisaje renombrados por su belleza.

Las prendas iban encontrando su lugar en la maleta junto con el neceser y los juegos de zapatos. Cerró la cremallera y sonrió: «Lista para acudir a palacio».

Tres toques de claxon alertaron a Penélope para que saliera de su portal y se subiera al coche de Ana. Esta vez iría de copiloto y la conduciría a ese lugar al que le adjudicaba cualidades casi mágicas. Confiaba en que tuviera algo de razón y las aguas de aquel balneario tuvieran, además, la propiedad de restañar heridas, borrar decepciones y

devolver la alegría perdida.

Ana se dirigió hacia Benicassim. Circulaban por la carretera con calma y disfrutando de la música *chill-out* que pusieron en el reproductor. Penélope se abandonó a la serenidad de ser llevada, detuvo sus pensamientos y se dedicó a contemplar el paisaje que iban dejando atrás y el que iba viniendo hacia ellas a medida que avanzaban. Árboles frutales a los lados de la carretera anunciaron que se habían alejado lo suficiente de los problemas como para que no las pudieran alcanzar. Pronto, en la lejanía, comenzaron a despuntar las siluetas de unos edificios que al reconocerlos hicieron sonreír de satisfacción a las

dos amigas. Su destino ya estaba muy próximo.

Antes de lo que hubieran imaginado ya estaban recorriendo la larga avenida que las llevó hasta una entrada franqueada por una verja abierta de par en par, como dos brazos dando la bienvenida. Aparcaron en el lugar reservado y se encaminaron por la senda de losas engarzadas y cubierta por una bóveda vegetal formada por árboles, palmeras y plantas trepadoras. Una ráfaga les trajo el olor del césped recién cortado.

—¡Qué lugar tan delicioso! —dijo Penélope mirando a un lado y a otro mientras tiraba de su maleta con ruedas.

Una vez en la habitación que compartían, se dejaron caer en la cama y comenzaron a reír.

—¡Te dije que era una pasada! —dijo Ana.

—¡Me encanta! Pero tendrías que haberme avisado... —replicó—. No sé si he traído ropa adecuada.

—¡No digas tonterías! Tú siempre sabes estar —la disculpó Ana, y añadió—: Lo más importante es el bañador y el gorrito...

—Bueno, ¿por qué circuito empezamos? —preguntó Penélope.

—¡Por el siguiente que vaya a comenzar! ¿Qué más da? ¡Los vamos a hacer todos sin dejarnos ninguno! —dijo

Ana, y rieron a gusto.

Durante la mañana disfrutaron de circuitos termales y al mediodía de un delicioso menú. Se regalaron una larga siesta y por la tarde una sesión de sauna y masaje aromático del que salieron con la sensación de flotar envueltas en sus albornoces. De nuevo una ducha en la habitación y el placer de arreglarse para la cena con vistas a dar un paseo nocturno.

—Ana —llamó—, mientras te duchas y arreglas, me voy un rato a la terraza. Te espero allí.

—¡Vale!

Penélope había escogido un vestido ligero de gasa rosa palo y un chal de punto gris claro para la cena. Se recogió el pelo y se adornó con dos pendientes que dejaban colgar a su aire una graciosa perla cada uno. Antes de abandonar la habitación se miró en el espejo y dio el visto bueno al resultado. Se dirigió a la terraza del balneario. Bajó la escalinata que conducía a la zona de la piscina exterior. El suelo de lamas de madera oscura ahogó el sonido de sus tacones. Una amplia piscina reflejaba los colores del cielo al atardecer y la ausencia de un bordillo final la convertía en infinita al fundirla con el mar al fondo. La luz del día

estaba próxima a extinguirse. Se detuvo extasiada frente a un abeto que remarcaba su silueta en aquel atardecer de mágicos colores incandescentes que quería retener en sus ojos. Desde allí divisaba un mar camaleónico que en la calma de sus aguas reflejaba los amarillos, naranjas, malvas y azules empujados por las nubes, de una parte a otra de la inmensidad del cielo y que silenciosamente iba absorbiendo el horizonte. Aquella maravillosa duplicidad, aquel espectáculo grandioso y sereno, emocionó a Penélope y la hizo tremolar ligeramente al roce de una suave brisa.

—Sería una lástima que nadie

inmortalizara tanta belleza —escuchó Penélope decir a sus espaldas y se giró.

—¡Arturo! ¡Qué sorpresa! —saludó Penélope y sintió un súbito rubor en las mejillas al contemplarle tan atractivo, con su traje de lino beis, camisa blanca y pañuelo marrón en la garganta, que vestía con una prestancia inigualable a sus muy bien llevados sesenta años.

—Yo también me he sorprendido al verla —dijo Arturo—. Pero en mi caso, me he alegrado.

Penélope sonrió y añadió:

—Es muy grato encontrarle aquí, Arturo. ¿Viene a menudo?

—Sí, con cierta frecuencia. ¿Y usted?

—Es la primera vez.

—¿Ha venido sola o acompañada?

—Acompañada —respondió—. He venido con mi amiga Ana, usted ya la conoce. Ella también acude a los talleres de su galería.

—Sí, sé quién es. Una joven encantadora... Me deja más tranquilo, por un momento temí que la acompañara algún caballero.

—No, Arturo. No hay ningún hombre que merezca ese nombre en mi vida, y menos el título de caballero.

—Me ha parecido captar un cierto tono de desencanto en sus palabras. ¿Puede ser?

Penélope se sonrió y dijo:

—Digamos que si algún día pretende poner en marcha su Tabla Redonda, mucho me temo que se va a quedar usted solo.

—Bueno, bueno... No será tan terrible. Seguro que alguno encontraría, pero espero que este fin de semana no aparezca por aquí. —Se sonrió y le dedicó una golosa mirada a Penélope—. Me gustaría poder disfrutar de su compañía sin tener que competir con ellos.

—Eso lo tiene usted asegurado —dijo ella devolviéndole la sonrisa con los labios y los ojos—. En estos momentos, su compañía es un bálsamo para mí.

—Cuánto lo celebro. —Dio el paso que definitivamente le puso a la altura de Penélope, junto a la piscina. Tras unos minutos de contemplación de aquel espectáculo de colores, preguntó—. ¿Y su amiga, dónde está?

—Pues, debería... ¡Ah, ya viene por ahí!

—¡Uy, qué sorpresa, don Arturo! —dijo Ana haciendo ligeros equilibrios para no introducir sus finos tacones en las ranuras de las lamas.

—Arturo para ustedes, señoritas. ¿Me harían el honor de dejarme acompañarlas en la cena?

Las dos amigas se miraron con complicidad y respondieron sonrientes

al unísono:

—¡Claro que sí!

La cena transcurrió deliciosamente para los tres en el comedor acristalado con cuarterones y con vistas al paseo marítimo iluminado por las farolas.

—Me vais a disculpar, chicos — dijo Ana al acabar los postres y se levantó—, pero me duele la cabeza y necesito echarme para que se me pase. Vosotros quedaos aquí... que yo estoy bien. No tengas prisa, Penny.

—Pero, Ana..., si querías salir a tomar algo después de cenar... —se sorprendió su amiga.

—Sí, pero ya no me apetece. Prefiero descansar.

—Te acompaño —insistió Penélope.

—¡No, no te preocupes! Se me pasará... Buenas noches, Arturo.

—Buenas noches —respondieron Penélope y el galerista.

—Lamento que tu amiga no se encuentre bien... —dijo Arturo cuando se quedaron solos—. Pero me alegro de que tú estés aquí.

Penélope se sonrió y preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro, por supuesto.

—¿Estás casado? No das la impresión de tener pareja y no acabo de entender cómo un hombre tan interesante como tú no la tiene.

—Mi querida Penélope, esa pregunta es complicada de responder, porque no lo sé.

—¿Cómo que no sabes si estás casado? —preguntó intrigada Penélope.

—Así es, por raro que pueda parecer. —La voz del hombre se quebró ligeramente al recordar—. Mi segunda esposa desapareció y aún no ha sido hallada, ni viva ni muerta.

—¡Dios mío! ¡Qué tremendo! —Por prudencia, no le preguntó qué había ocurrido.

—La verdad es que no he tenido mucha suerte con las mujeres, aunque me consideres, y te lo agradezco mucho, un hombre interesante. Es algo que no está

en la mano de uno, ¿sabes? En ese aspecto, toda mi vida ha sido un cúmulo de despropósitos. Con la primera...

—No tienes por qué contarme nada, Arturo —le dijo—. Solo si crees que te va a hacer bien.

—Quiero contártelo, Penélope —dijo Arturo clavando sus ojos pardos en los de ella—. Te considero una amiga y me gustaría ganar tu confianza y creo que la mejor manera es que sea recíproca, por lo que debo dar el primer paso. Entre amigos no debe haber secretos. Por eso soy un firme partidario de la amistad, más que de la pareja. Con la pareja siempre hay rincones ocultos y sombras en los armarios de las que no

queremos hablar. Con un amigo, con una amiga, es distinto. El alma se abre y se vierte todo su contenido con la tranquilidad de que no le añadimos peso, sino que solo nos lo alivia.

—No me sorprende que tengas esa reticencia a tener pareja y que la imagines como una persona que siempre te va a ocultar algo o que te puede decepcionar, si has tenido experiencias amargas.

—Así es —dijo Arturo asintiendo—. Mi primera esposa, Erika, era danesa. Nos conocimos un verano en el que ella viajó con sus amigas a esta costa de España. Me enamoré nada más verla. Nuestra historia fue

tremendamente apasionada desde el principio. Estaba loco por ella y logré que se quedara conmigo. Ya no regresó a su país. Nos casamos y todo iba bien. Al menos, lo parecía. Durante el primer año de matrimonio Erika mostró algunas rarezas, que yo achacaba a nuestras diferentes costumbres. Pero en el segundo año las rarezas fueron en aumento hasta que en el tercero sufrió una terrible crisis que declaró su enfermedad: esquizofrenia. Por desgracia, Erika no admitía su enfermedad y no consentía en tomar tratamiento alguno. Se volvió terriblemente agresiva, no solo contra mí, sino también con las personas que

cuidaban de ella y de la casa. Al final, tuve que ingresarla en un centro psiquiátrico.

—¡Dios mío! Qué tremendo — exclamó Penélope afectada—. ¿Y qué ocurrió con Erika?

—Erika fue mejorando con el tratamiento y las terapias durante su estancia en el centro, donde estaba siendo atendida por buenos especialistas y los mejores cuidados. De hecho, en la última visita, ya en el jardín, la encontré francamente mejorada, era difícil imaginar que aquella mujer de rasgos celestiales y cabellos luminosos podía haberse transformado meses atrás en una criatura oscura y desfigurada que rompía

cuanto la rodeaba y atacaba a quien encontrara en su camino. —Arturo arqueó las cejas y suspiró—. Planteé a los médicos si ya podían darle el alta para que regresara a casa y emprender de nuevo nuestra convivencia con el tratamiento adecuado. Los médicos se mostraron optimistas, pero por prudencia decidieron que debería permanecer un mes más en observación. Así fue. Cuando apenas quedaba una semana para finalizar aquel plazo, Erika sufrió una nueva crisis. Burló a sus cuidadores no tragándose las pastillas y logró escapar del centro. En su loca carrera por huir, cruzó la carretera sin percatarse de que un camión circulaba a

toda velocidad hacia ella. Murió en el acto.

—Es muy triste lo que me cuentas, Arturo —dijo Penélope—. Después de este golpe tan duro, tardarías en reponerte, ¿no?

—Ya lo creo —suspiró Arturo—. Prácticamente, toda mi juventud. Había enviudado siendo un hombre joven, pero no me sentía con fuerzas para emprender un nuevo matrimonio. Tuve algunas relaciones, esporádicas y sin vocación de continuidad. Hasta que apareció Mila. Ella tenía treinta años y yo iba a cumplir los cincuenta. Nos conocimos en una feria de arte. Era marchante de arte, representaba a varios artistas. Me

deslumbraron su inteligencia y su estilo, pero sobre todo que despertara en mí un interés que tenía casi olvidado. Comenzamos a salir y terminamos casándonos. Ella abandonó voluntariamente su profesión, que la obligaba a viajar de continuo, para estar conmigo, al menos eso fue lo que me dijo. Cometí el error de hacer caso a su sugerencia de que la añadiera como titular en mis cuentas bancarias, para que, según ella, cuando yo me encontrara de viaje, pudiera gestionar pagos de la galería o de la casa.

—Bueno —dijo Penélope—, en principio, es algo bastante razonable lo que te propuso.

—Efectivamente, y así lo pensé —respondió Arturo—. Pero ella lo tenía todo calculado. Una vez que efectué los cambios en las cuentas, Mila actuó rápidamente. Una semana después, a mi regreso de Londres, no encontré a Mila en casa. Tampoco respondía a mis llamadas a su móvil. En su armario no quedaba ninguna prenda, ni en el cuarto de baño estaban sus cremas ni sus cepillos. Nadie sabía darme razón de adónde había ido. Se había marchado sin dejar rastro. —Arturo respiró hondo antes de continuar—. Una llamada de mi asesor financiero me arrojó contra la realidad: «Mira que te lo advertí, Arturo. Que esperaras un tiempo...». Le

pregunté lo que ya intuía, porque necesitaba oírlo para creerlo y me respondió: «Se lo ha llevado todo. Solo te ha dejado mil euros en la cuenta de gastos corrientes. Le habrás dado lástima».

—¿Se llevó todo tu dinero? — preguntó Penélope anonadada.

—Así fue. Me dejó en la ruina — asintió Arturo—. Tuve que pedir préstamos con urgencia porque tenía que atender pagos inminentes y las nóminas de mis trabajadores. Ellos no podían pagar mis errores. Mientras, denuncié lo ocurrido, pero de nada me sirvió. Mila no había cometido ningún delito porque había cogido el dinero de una cuenta que

también era suya.

—¿Y qué hiciste?

—Contraté a un detective privado para que le siguiera la pista y, al menos, saber dónde estaba y hacerme con ella.

—¿Dio con ella?

—Sí, estaba en los Alpes suizos, disfrutando en un hotel de lujo de mi dinero y de la compañía de su amante, un joven artista al que había estado representando.

—¿Fuiste hasta allí? —preguntó Penélope.

—Por supuesto. Quería recuperar lo que me pertenecía —justificó Arturo con convicción—. Me encontré con el detective en un hotel próximo a donde

ellos se alojaban y me entregó un informe completo con sus movimientos. En ese momento se encontraban en una pista de esquí y se disponían a iniciar un ascenso junto con un grupo de excursionistas. Regresarían al mediodía. Decidí que me presentaría ante ella a su regreso, cuando se encontrara en la habitación de su hotel.

—¿Y qué le dijiste?

—No pude decirle nada —dijo Arturo mirando a los ojos de Penélope—. Un alud los sepultó.

—¡Ah! —gimió ella impresionada.

—Murieron una veintena de personas. También hubo varios desaparecidos. —Arturo hizo una breve

pausa—. Entre ellos estaba Mila. El cuerpo de su amante, un tal Emilio Escobar, no se me olvidará ese nombre, sí que lo hallaron. El de Mila nunca lo llegaron a encontrar. —La miró a los ojos—. Por eso no se la puede declarar oficialmente fallecida hasta dentro de tres meses, cuando se cumplirán diez años de su desaparición. Mientras tanto, oficialmente estoy casado con Mila.

—Estoy impresionada, Arturo. No sé qué decir. Es una historia muy dura —dijo Penélope y tras una pequeña pausa añadió—: Confío en que hayas podido ir rehaciéndote de nuevo, poco a poco.

—Sí, afortunadamente, me ha ido

bien. He saldado mis deudas y ya duermo tranquilo. En cuanto a los sentimientos..., no estoy muerto, que ya es bastante —se sonrió—. Y en cuanto a las mujeres... Todo lo ocurrido me ha marcado profundamente. Para mí ya no priman ni el sexo ni las apariencias, solo la auténtica belleza: la del alma. En estos momentos de mi vida, lo único que me interesa es recibir cariño y darlo.

Desde la terraza al aire libre llegaban las notas desenfadadas de un piano que anunciaban el inminente comienzo de una actuación de *jazz* al aire libre.

—Es una evolución muy interesante —le sonrió con benevolencia Penélope

—, pero intuyo que no te conformas con cualquier mujer que sea cariñosa. Así hay muchas y, sin embargo, no tienes pareja.

—No olvides, mi querida amiga —dijo Arturo y se le escapó una amplia sonrisa—, que soy coleccionista de arte: solo me conformaré con una obra maestra.

—Pues te pones el listón muy alto y el mundo está muy complicado —replicó Penélope.

—Bueno, ¿es que acaso tú no lo has hecho también? —le respondió.

Penélope asintió sonriendo, sintiéndose adivinada y comprendida.

—Es cierto. Después de veinte años

de un matrimonio que prefiero olvidar y de una mala experiencia... No estoy para nadie que no sea una maravilla.

—¿Sabes lo que he aprendido sobre eso, amiga mía? —dijo Arturo con rostro distendido y sonriente—. Que las maravillas son sencillas. Pasan desapercibidas para quien no tiene el ojo entrenado por el dolor y el desengaño. —Frunció el ceño—. Las personas extraordinarias tienen apariencia ordinaria. Fluyen por el río de la vida revueltas con la arena y los desperdicios que arrastra la corriente. Solo se ha de mantener la paciencia del buscador de oro y su fe en que, aunque lleve años removiendo arena

infructuosamente, algún día el río llevará hasta él la preciosa pepita. Y que un día, sin dar aviso ni señales, aparecerá en su cedazo. Entonces — Arturo tomó delicadamente la mano de Penélope entre las suyas—, todos los desvelos habrán valido la pena al tener entre las manos la maravilla de las maravillas —los ojos pardos de Arturo se volvieron más luminosos al mirarla abiertamente al rostro—, la constatación de que existe algo eterno, puro y elevado, que no se contamina a pesar de rozarse y convivir con materiales innobles. La confirmación de que la búsqueda tenía sentido y que, por fin, se ha encontrado un tesoro.

—Entonces, Arturo, habremos de tener paciencia —le dijo devolviéndole la sonrisa y sintiendo la calidez de sus manos grandes y masculinas.

—Así es, mi querida Penélope. Seremos pacientes —dijo Arturo suspirando. Y añadió, sin soltar la mano de Penélope—: Ahora te toca a ti. Cuéntame tu vida. —Y levantó graciosamente sus pobladas cejas grisáceas.

—Bueno, no es tan apasionante como la tuya, te lo aseguro —respondió ella—. Es más, después de escucharte, lo mío me parece... no voy a decir una nadería, porque no lo es... Pero sí menos impactante.

—No se trata de competir. El dolor siempre es íntimo. Solo pretendía comprenderte mejor.

—Lo sé y no esperes una diatriba contra mi ex... No es mi estilo. Te contaré tal y como han sucedido las cosas y cómo me sentía yo.

—Me parece muy bien y muy justo por tu parte —dijo Arturo.

—Preferiría que me diera un poco el aire... ¿Te apetece que vayamos por el paseo marítimo?

—Me parece una idea magnífica —respondió él levantándose y retirando cuidadosamente la silla a su acompañante—. Hace una noche estupenda...

Durante un recorrido pausado y sereno por el paseo marítimo de Benicassim, Penélope fue desgranando capítulos de su vida, que comenzaba a ver como lejanos y ocurridos a otra Penélope que no era ella misma. Porque de todo lo que iba confesando a su amigo Arturo, lo que más le sorprendía era haber pasado por ello, haberlo consentido. Ahora sí que era consciente de ella misma y de que no se dejaría aplastar fácilmente. Todo ese doloroso proceso había servido para fraguar a una nueva Penélope de una aleación más resistente y firme. Al menos, todo aquel sufrimiento no había sido en balde sino reconvertido en evolución.

Caminaban sin prisa bajo una cálida noche estrellada, acompañados por el sonido del roce de las olas mansas en la orilla y la delicia de disfrutar de buena compañía y de una amistad reciente que se solidificaba a cada confesión mutua, con sabor a venida de muy hondo, nacida de la complicidad en el dolor y de compartir una esperanza: la de ser amados.

Eran más de las tres de la madrugada cuando Penélope se despidió de Arturo en la puerta de su habitación. Apenas se sentía cansada. La conversación no había podido ser más amena y, sobre todo, sincera y auténtica. Había sido un placer conocer a Arturo

más íntimamente, más allá del superficial trato en la galería. Tenía que retenerse para que no se le disparara la ilusión y comenzar a fantasear con él. No quería arruinar una preciosa amistad con implicaciones de otro tipo. Recordó las amargas experiencias que Arturo había vivido y su prevención hacia la fórmula de pareja, haciéndole más proclive a una amistad profunda y sin los desgastes de una relación. En el fondo, tenía razón. La amistad era la fórmula perfecta. Pero como en cualquier ámbito de la vida, habría que dejar que el tiempo lo pusiera todo en su lugar.

Se lo habían asegurado sus contactos. La habían visto entrar y salir de ese portal de la calle Puerto Rico con las otras dos chicas. Valencia no era lo suficientemente grande como para escapar. Tenía ojos y oídos bien pagados en muchos rincones. Nadie podía traicionar al Verraco sin pagar por ello.

Arrojó la colilla al suelo y cambió la pierna que apoyaba en la pared. Se mantenía en la acera de enfrente, oculto entre las sombras, en una zona que no

alcanzaban a iluminar ni las farolas tapadas por los árboles ni los letreros luminosos.

Una hora después, escuchó la risa alegre de unas muchachas y su inconfundible acento cubano. Se puso alerta y tiró la colilla. Cruzó la calle con las manos en los bolsillos de la cazadora y se situó de manera que las mujeres no le vieran cuando entraran en el portal. Puso el pie para impedir que la puerta se cerrara por completo detrás de ellas. Cuando las mujeres entraron en el ascensor, se introdujo en el zaguán y comenzó a subir escalones de dos en dos hasta alcanzar el piso en el que las oyó salir. Las acechó mientras abrían la

puerta de la casa. Cuando describieron los pestillos de la cerradura, se abalanzó sobre ellas empujándolas al interior de un empujón.

Las mujeres comenzaron a gritar asustadas y el Verraco cerró la puerta de una patada y les ordenó que se callaran.

—¿Dónde está la rubia? —preguntó a la que llevaba el pelo recogido en una coleta, tomándola violentamente por el brazo y retorciéndoselo hasta hacerla gritar de dolor.

—¡No lo sé! —repetía—. ¡No lo sé!

—¡Sí que lo sabes, hermana! —decía el Verraco una y otra vez, y añadió —: ¿Dónde vive? —Y la zarandeó cogiéndola por la coleta.

—¡No lo sé, no lo sé...! —gritaba la compañera de piso de Roxana, a la que sacudía de un lado a otro y a la que comenzó a golpear en la cara hasta hacerle sangrar la boca—. ¡Aaahhh! ¡Nooo! ¡Por favor, por favor!

—¡Déjala, que la vas a matar! —gritaba llorando la otra mujer de pelo corto y rizado.

El Verraco soltó como a un trapo a la mujer herida. Se volvió hacia la otra con ojos desorbitados.

—¡Tú me lo vas a decir! —dijo dibujando una mueca de desprecio entre sus labios gruesos y con la piel del rostro sudada.

—¡Nooo! ¡Por favor! —gritó

desesperada y comenzó a recibir los golpes que le propinaba el Verraco con su puño demoledor.

—¡Aquí voy a acabar con la quinta y con los mangos! —gritaba el Verraco mientras le propinaba patadas en el suelo—. Si no quieres que te mate... Dime, hija de puta, ¿dónde vive la rubia? ¿Vive aquí?

La mujer de pelo corto, tirada en el suelo y encogida de dolor, temblaba de miedo. Miró al Verraco con su ojo hinchado por los golpes, apenas entreabierto, y asintió temblorosa.

—¿Dónde está? —volvió a repetir el Verraco.

—Salió con alguien... —dijo la

mujer de la coleta.

—¿Con quién? ¡Maldita sea! ¿Con quién?

—Con un hombre... ¡No, no! ¡Aaahhh! ¡Por favor, no más!

—¡Me singo en tu madre, perra! ¿Con quién? ¡La puta...! —gritaba el Verraco. La subió cogiéndola por el cuello y apretó como para estrangularla —. ¿Con quién? —preguntó con los dientes apretados.

—Con... el... policía... — respondió con los ojos desorbitados y entre estertores de ahogo, mientras su compañera lloraba con desesperación.

—¿Qué policía? —preguntó el hombre—. ¿Cómo se llama ese cabrón?

—Santiago... Inspector Santiago Ramírez... —respondió ella con las manos de él en su garganta.

—¿El mismo que me detuvo? —dijo el Verraco con los ojos entrecerrados.

La mujer asintió como pudo. La soltó dejando que cayera al suelo como un saco de plomo. La de la coleta se fue arrastrando hacia su compañera, que tosía medio ahogada por el estrangulamiento.

El Verraco miró a su alrededor y eligió un asiento cómodo.

—Entonces volverá... —terminó la frase—. La esperaremos. Ya me estáis buscando una tenaza, hermanas...

Las mujeres, abrazadas, rompieron a

llorar juntas.

A la salida del cine, Roxana estaba tan entusiasmada que dudaba que pudiera dormirse esa noche. El rostro de Santiago era de auténtica satisfacción por ver a Roxana tan feliz y dando sus primeros pasos libres. Ya había subido su primer escalón para poder marchar a los Estados Unidos a cumplir su sueño. Estaba seguro de que triunfaría. La muchacha lo tenía todo para lograrlo: talento, tesón, carácter y una belleza que le abriría puertas a más de un corazón.

Roxana sintió vibrar su móvil. Había olvidado restaurar el sonido a la salida

del cine. Miró el mensaje y dio un paso atrás. Santiago la miró preocupado y le preguntó qué ocurría. Roxana miraba con ojos muy abiertos el mensaje y se tapó la boca para no gritar en público. El móvil de Santiago comenzó a vibrar también. Lo miró. Era una llamada del centro de control de dispositivos de localización. Se tensó. Sabía lo que significaba y comprendió el terror en el rostro de Roxana. Respondió a la llamada y le comunicaron que hacía veinte minutos que no recibían señal del localizador que se le colocó a Manuel López Pérez, conocido como el Verraco.

—¿Dónde se le ha localizado por última vez?

La respuesta del centro de control le heló la sangre. Era la calle donde vivía Roxana. Debía de estar esperándola.

—Es el domicilio de la víctima. Den la alerta y que se dirijan para allá dos coches patrulla. Es un tipo muy fuerte y peligroso. Es posible que vaya armado. Extremen las precauciones porque es posible que se encuentren allí retenidas dos mujeres, las compañeras de piso de la víctima. Yo me encargo de la víctima, la tengo localizada —dijo Santiago y guardó el móvil—. Vamos, tenemos que marcharnos de aquí. Cuanto menos te dejes ver, mejor.

—¿Qué dicen? ¿Que está en mi piso? —gritó Roxana agitando las

manos alarmada—. ¡Ay, Señor! Mis niñas... ¿Qué habrá sido de ellas? ¡Dios mío!

—Ya se verá, seguro que están bien —trató de tranquilizarla Santiago—. Ahora lo que importa es ponerte a salvo.

—¿Pero adónde voy a ir? ¿Qué voy a hacer ahora? —lloraba Roxana.

—No te preocupes por eso —dijo Santiago tragando saliva—. Eso está solucionado.

Santiago abrió la puerta de su casa e invitó a pasar a Roxana. La muchacha entró con timidez, como si no quisiera que se notara su presencia en la morada

del hombre que tanto respeto le merecía. Se quedó a mitad del vestíbulo que llevaba al comedor de la casa.

—Pasa sin temor, mujer. Tranquila, estás en tu casa —le recalcó—. Ven, deja aquí tus cosas.

Suspiró y la sujetó delicadamente por los hombros.

—Será mejor que hoy pases la noche aquí y mañana ya veremos. Según cómo quede todo esto, así haremos, ¿vale? —dijo Santiago, y la chica asintió obediente.

—Mañana —añadió Santiago—, hablaré con el dueño de la cafetería para que te dé unos días libres hasta que todo esto se aclare y este tipo esté de nuevo

entre rejas. Ahora, lo mejor será que descanses. Ven, aquí tienes esta habitación. Es la que sobra, como vivo solo... Tiene pestillo. La cama es estupenda y en el armario puedes poner tus cosas si quieres. Hay un aseo justo al lado. Descansa y mañana hablamos.

—Santiago... —dijo Roxana.

—Dime...

—¿Tienes una camiseta grande?

Para usarla de camisón, ya sabes.

—¡Ah, sí... claro! Ahora te traigo una —respondió Santiago.

Le trajo una camiseta que tenía sin estrenar dentro de su bolsa. Era una de propaganda de una conocida de marca de ron cubano. Roxana la desplegó y se

sonrió.

—Te estaba esperando la camiseta... —bromeó—. Buenas noches.

—Santiago...

—¿Qué?

Roxana, que apretaba la camiseta contra su cuerpo, levantó la mirada, clavó sus cristales verdes en los ojos de Santiago y dijo:

—Gracias, papito.

Él se sonrió, sacudió la cabeza como negando merecerlas y cerró cuidadosamente la puerta.

Al día siguiente, se informó del

desarrollo de la operación. El Verraco había logrado escapar. Al escuchar las sirenas de los coches patrulla huyó por la ventana y logró zafarse de la policía. Afortunadamente, sus compañeras fueron atendidas y se encontraban a salvo en el hospital con escolta policial.

No podían estar tranquilos hasta que ese malnacido volviera a estar entre rejas. Pero por el momento el lugar más seguro era su casa. Si se registraba en un hostel o volvían a verla por la zona, los mismos informadores podrían delatarla de nuevo al Verraco.

Roxana asumió la situación cuando se la explicó Santiago. Por una temporada, hasta que detuvieran al

Verraco, no era aconsejable que saliera de la casa, al menos sola. Cabía esperar que fueran unos días o unas semanas, a lo sumo. Después, podría vivir tranquila.

—No, papito —dijo Roxana—, no saldré. Cuando pase todo, arreglaré los papeles para entrar en los Estados Unidos. Necesito un visado.

Santiago suspiró y asintió. La muchacha tenía razón. Lo mejor que podría hacer era poner tierra de por medio y desaparecer. Tendría que acelerar su sueño.

—Vale, si quieres vamos adelantando trámites. Me informaré de qué necesitas para que te lo concedan y

así ganas tiempo. ¿Te parece?

—Eres un cielo, mi niño.

Sonrió y añadió:

—Anda, pon la mesa, que ya tengo la cena lista.

—¡Uhm, huele sabroso!

—Bueno, espero que también sepa bien... ¡Al menos hoy no se me ha pegado!

Los días transcurrían sin que las patrullas encontraran al Verraco, ni los confidentes dieran noticias de dónde podría estar oculto. Podría haberse convertido en una pesadilla para Santiago si no hubiera sido porque la

preocupación que le embargaba durante su búsqueda se tornaba en bienestar al regresar a su casa al final de la jornada.

Roxana había volcado sus energías en limpiar y arreglar la casa, en rescatar los vinilos y discos compactos que estaban esparcidos y perdidos por entre los libros de las estanterías y en cocinar para los dos. Al llegar Santiago a su casa cada día, le recibían música alegre y el olor a limpio, visillos que habían recuperado su original blancura, bombillas que iluminaban con mayor intensidad, cojines que tenía olvidados y que aparecieron en el sofá y las camas hechas. Y, en ocasiones, el cuerpo alegre y vibrante de la fibrosa chiquilla

marcándose unos pasos mientras terminaba de poner la mesa.

Santiago sonreía con sincera satisfacción al regresar a casa y encontrar a aquella joven hada que había encantado su casa y la había convertido en un hogar. Un hada con unas alas que la llevarían muy lejos de él. Y sería pronto.

La lámpara de casco iluminaba la mesa del comedor donde cenaban Santiago y Roxana. Su haz de luz los abrazaba excluyendo todo lo que hubiera a su alrededor, como a dos actores en el escenario.

—Traigo dos noticias —le dijo Santiago mientras se le entrecerraban

los ojillos oscuros, como cada vez que sonreía con el corazón—. Una buena noticia para ti... —y pinchó un corazón de alcachofa guisada y se dispuso a partirlo en dos con ayuda del cuchillo— y otra no tan buena para mí.

—¿Sí? Dime qué es —quiso saber ella tras limpiarse con la servilleta.

—Te lo contaré si te portas bien y te comes todo el plato —dijo Santiago divertido al hacerla rabiar.

—¡Papito! ¿Por qué me haces esto?

—¡Uhm! Están deliciosas... ¡Cómo cocinas! —y se sonreía socarrón.

—¡Venga ya! Si no me lo cuentas, no comeré... —le seguía el juego Roxana fingiendo que la enfadaba.

—Bueno, como veo que has rebañado el plato... —le dijo limpiándose con la servilleta—. Te lo contaré: han detenido al Verraco y está en la cárcel. Esta vez no saldrá hasta que se celebre el juicio y luego tendrá que cumplir pena.

Los gritos de alegría de Roxana le interrumpieron y ella hizo bocina para ahogar los gritos y no alarmar a nadie. Comenzó a saltar de alegría y se fue a abrazar a Santiago y le sujetó la cara y se la llenó de besos.

—¡Tranquila, mujer, tranquila... Ja, ja, ja...! —decía divertido el inspector—. Cálmate o te dará algo.

—¡Cómo me voy a calmar! Si esto

es lo más grande, papito... ¡Ya soy libre, podré salir a la calle y volver a mi trabajo! —Roxana se limpió las lágrimas que se le habían saltado de alegría—. ¿Y cuál dices que es esa noticia que no es buena para ti?

—Que tu compañera de trabajo, la que está en la sección de pastelería, ha roto con el novio y te ofrece compartir piso —dijo Santiago.

—¿Y esa noticia no es buena para ti? ¿Por qué, papito? —preguntó Roxana tomando asiento de nuevo.

Santiago miró a ambos lados antes de responderle mirándola a la cara:

—Porque sé que te voy a echar de menos.

Roxana se emocionó.

—Eso es muy grande, ¿sabes, mi niño? —dijo Roxana tragando un poquito de saliva y se secó unas lágrimas con sus dedos morenos de uñas rosadas.

Santiago se mantenía algo cabizbajo mientras jugueteaba despacio con un cubierto cuando Roxana se levantó. Llevaba en la mano su plato con intención de llevarlo a la cocina. Se detuvo y regresó a la mesa. Lo volvió a colocar sobre el mantel. Se acercó a Santiago y le levantó el rostro hacia ella. Tuvo que contener un pequeño sobresalto al ver avanzar hacia él desde tan cerca los enormes ojos atigrados de

la muchacha. Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Le oyó musitar «y yo a ti, mi niño» y sintió la repentina calidez de sus labios en los suyos y cómo se abría paso entre ellos con su lengua suave. Un sofoco de sangre caliente le subió desde su sexo y se irradió por toda la anchura de su pecho, entrecortándole la respiración. Creyó que el impulso que había sentido la muchacha quedaría ahí, pero las manos de Roxana le desabrocharon la camisa y comenzaron a recorrerle el pecho enredándose en su vello masculino, reptando por cada uno de sus relieves y palpando su extraordinaria calidez. Santiago apenas tuvo tiempo de tragar saliva cuando ella

había bajado sucesivamente, y con una gracia infinita, los tirantes de su camiseta dejándola resbalar a lo largo de su cuerpo hasta caer al suelo. La visión de aquellos senos tan sensuales, firmes y turgentes recogidos en su coqueto sostén le inflamó el pubis y le provocó una reacción que creía perdida para siempre. Con la vista nublada, ya solo sentía los labios de ella en los suyos, rebuscaba ansiosamente con su lengua en la boca de la muchacha, recorriéndole el cuello con labios ardorosos y estremeciéndola con su aliento caliente. Santiago notó cómo rugía su cuerpo y se sentía capaz de todo, capaz de honrar a aquella mujer

como se merecía y hasta donde ella quisiera, de demostrarle su admiración como hombre y su cariño como amigo.

Roxana se desprendió del sujetador.

—Ven, papito —oyó decir Santiago y se dejó guiar por la mano de Roxana, que le condujo hasta la cama del dormitorio principal.

Se mostró desnudo ante ella. Perdió todo temor cuando ella acarició sus testículos con una suavidad infinita y creyó morir cuando ella se arrodilló y notó la calidez de sus labios en su miembro completamente inflamado. Roxana le regalaba sensaciones deliciosas con las caricias de su boca, que le hacían perder el sentido.

La joven se desprendió lentamente de las braguitas y se colocó de rodillas en la cama, ofreciéndole a Santiago su regalo de despedida. Se acercó a ella cubriéndola con su cuerpo, acariciando los senos y apretando con cuidado los pezones endurecidos. La muchacha jadeaba de excitación y se rozaba con su miembro a punto de estallar.

—¡Dame, papito, dame! —pedía suplicando Roxana—. ¡Cálmame, mi niño!

Santiago gimió de placer al penetrarla, creyendo que se hundía en un delicioso pastel de mantequilla. Ella le animaba con su movimiento de caderas a que continuara acariciándola por dentro

con su miembro, tan rígido y grueso como él no se había conocido antes. Él se balanceaba detrás de ella rítmicamente haciéndola gozar. Sentirla disfrutar le satisfacía la virilidad hasta el punto de verse capaz de continuar hasta el amanecer. El grito de placer de Roxana le provocó que un estallido eléctrico le recorriera la espalda y le hizo desbordarse en pleno éxtasis sobre la espalda de la joven.

Penélope no sabía qué era peor, si que en la notaría todos los días fueran iguales o que hubiera días especiales. Los aburridos garantizaban que todo transcurría dentro de sus cauces, y los especiales, que tenía un problema.

—Penélope —dijo la oficial mayor acercándose a la mesa de trabajo—. ¿Ha encontrado ya la escritura que le pedí?

—No, doña Elvira —respondió conteniéndose en no devolver el tonillo irónico empleado por su superiora—. Ya he mirado en todos los sitios

posibles y no la encuentro. Pero estoy completamente segura de que se la entregué junto con las demás que me pidió.

—Ya le digo yo que no está con ellas —le espetó la oficial mirando por encima de sus lentes de cerca—. Hay que encontrarla de inmediato porque el notario ya me la ha pedido dos veces y no hay excusa para que no esté controlada —insistió acariciándose la gargantilla de perlas—. Esa escritura es muy valiosa.

—Le insisto, doña Elvira, en que la escritura estaba en su sitio, la saqué de su expediente en el archivo cuando usted me la pidió junto con las otras, se las

entregué todas juntas y usted las pasó al despacho de don Ignacio.

—Esa es su palabra, pero los hechos son tozudos —dijo levantando la barbilla y estirándose de la chaqueta de pata de gallo blanca y negra—. Encuéntrela hoy sin falta o habrá consecuencias.

Penélope soltó el lápiz sobre la mesa con fastidio y al levantar la vista se encontró con la mirada de Magdalena, que la interrogaba. Se encogió de hombros. Su compañera se acercó a ella.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó

Magdalena.

—Que el lunes me pidió la oficial unas cuantas copias de escrituras archivadas. Se las entregué y ella las pasó a don Ignacio, que se las había pedido. —Penélope gesticulaba irritada—. Entonces, no sé qué ha ocurrido con una de las escrituras que di a la oficial. Ella dice que no se la entregué. Desde el martes me está insistiendo en que hay que encontrarla porque es muy importante y que de hoy no puede pasar, por no sé qué plazo que se acaba.

—¡Vaya! —se lamentó Magdalena—. Tú estás completamente segura de que se la diste, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —dijo Penélope—.

Es la escrituración de la compraventa de una nave industrial. ¡Si hasta me acuerdo del nombre de la empresa! Me llamó la atención, tenía un nombre muy curioso, «El Cucurucho», y se dedican a la elaboración de patatas fritas.

—¿Y no estará traspapelada en la mesa de doña Elvira o de don Ignacio? —dijo Magdalena.

—Yo también lo he pensado... —dijo Penélope cruzándose de brazos—. Es más, se lo he dicho a doña Elvira, pero no atiende a razones. —Dirigió sus vivos ojos marrones a Magdalena—. Se ha empeñado que soy yo la que lo ha perdido y ya está.

—Siempre hay niños para que

paguen... —Y, tras una pausa, añadió Magdalena—: Venga, vamos a buscar juntas. Dicen que cuatro ojos ven más que dos.

—Te lo agradezco —dijo Penélope—. Ojalá tú la encuentres. Vamos al archivo.

Tras más de veinte minutos de búsqueda en todos los sitios posibles y sus variantes, se rindieron.

—La verdad es que no lo entiendo —dijo Magdalena dejándose caer en su silla de trabajo—. Y ¿ahora qué?

—Pues decirle que no la encuentro. ¿Qué voy a hacer? —dijo Penélope con gesto de resignación y fastidio—. No creo que me vayan a comer por eso.

—Pues ahora nos vamos a enterar...

—dijo Magdalena y añadió entre dientes —: ¡Se acerca la fiera!

—Soler —preguntó la oficial inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás y levantando una ceja—, ¿ha encontrado ya la escritura?

—No, no la he encontrado —respondió Penélope.

—Acompáñeme, por favor, a mi despacho.

Las dos amigas se miraron extrañadas. Penélope siguió a la oficial mayor, que tomó asiento sin invitarla a que hiciera lo mismo.

—Bien, así están las cosas —dijo la oficial entrelazando los dedos de ambas

manos y cabeceando para acompañar sus frases—. Ha quedado palmariamente demostrado que usted no ha guardado el celo debido en la custodia de los documentos que se le confían —le espetó con tono de impertinente superioridad—. Es más, ha traicionado la confianza que se había depositado en usted y en su buen hacer.

Penélope no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Así que voy a abrirle expediente sancionador y ya le adelanto que, al menos, durante un año no podrá acudir a su puesto de trabajo.

—Pero... ¿qué está... diciendo? ¿Cómo que un año sin trabajar? ¿Sin

sueldo?

—Por supuesto, señora Soler — afirmó con rotundidad la oficial arrancándose las gafas de un tirón—. ¡No pretenderá usted estar un año cobrando sin trabajar! Esto es un castigo disciplinario, no un premio. —Se volvió a colocar las gafas de cerca y añadió—: Haga el favor de salir. Gracias.

Al salir de la notaría, Penélope llamó al móvil de Ana para contarle lo sucedido y desahogarse. Después de intentarlo tres veces, desistió. Tres pitidos sonaron en su móvil, era un mensaje: «Estoy con Vicente. Te llamo. Muac». Penélope

resopló con fastidio. Otra vez había caído su amiga en los brazos de ese aprovechado y, además, la había privado de comentar el problema con Ana y poder asumirlo mejor. Estaba realmente nerviosa y preocupada. Se le abría un panorama angustioso si se quedaba sin su sueldo. A su edad, ¿dónde iba a encontrar trabajo? ¿De dónde iba a sacar el dinero para vivir y para pagar a ese maldito extorsionador? Se le agarró la angustia al pecho y comenzó a caminar hacia su vehículo. Cuando iba a abrirlo, retrocedió y volvió sobre sus pasos. Recordó que ahora tenía un amigo más, contaba con Arturo. Le llamó al móvil y le preguntó

si tenía prisa por cerrar o estaba muy liado. Arturo le respondió que no, que aún estaba liado con algunos papeles sin importancia y con un «para ti siempre estoy disponible, querida» que le puso alas en los pies.

—Pasa, ven a mi despacho —la recibió Arturo en la galería—. ¿Ocurre algo? Te noto alterada.

—Es que no te lo vas a creer cuando te lo cuente... —dijo Penélope dejándose caer en la silla de diseño que él le ofreció abandonando su bolso a la ley de la gravedad.

—Seguro que no será tan grave... —

apostó él.

—Espera a que te lo cuente y luego me dices —le replicó ella—. Te lo resumo: me van a abrir expediente sancionador por haber perdido una escritura que no he perdido y me quedará sin sueldo durante un año. ¿Cómo lo ves? ¿Es grave, doctor?

—Calma, calma... —pidió Arturo—. Vamos a ver, si no la has perdido, ¿cómo es que te quieren sancionar?

—Eso es lo absurdo de todo esto. Pero la oficial es la que tiene el poder, ella dice que lo he perdido y no hay más que hablar.

—Pero tu notario algo tendrá que decir en todo esto, ¿no? ¿Él también

cree que la has perdido? —preguntó Arturo.

—Yo no sé lo que piensa don Ignacio, porque no tengo el gusto de conocerle en los veintitantos años que llevo en su notaría.

—¿Me tomas el pelo? —dijo Arturo quitándose de un gesto las gafas de cerca.

—En absoluto, querido. Jamás se me ocurriría. —Penélope alzó los brazos en señal de impotencia y de abandonarse al destino—. ¡Es todo tan absurdo...! ¡Cómo odio a esa bruja envidiosa!

—¿Crees que es cosa de ella, de la oficial? —preguntó él.

—Desde luego, no creo que sea cosa

del notario... —dijo Penélope—. Pero ella es la factótum, su palabra es ley allí y él firmará lo que ella le ponga por delante...

—¿Tan vaina crees que puede ser tu jefe como para imponerte un castigo sin hablar contigo antes? —dijo Arturo.

—¡Caramba, eso no lo había pensado! —se sorprendió Penélope como despertando de una pesadilla—. Me tiene que escuchar primero... —Y tras un breve instante, añadió—: Pero no servirá de nada, hará lo que ella le diga. —Y se desinfló en la silla.

—Bueno, admitamos que esa bruja consigue sus propósitos... hechiza al notario y te sancionan con un año de

suspensión sin sueldo... Vale... Veamos qué posibilidades tienes de encontrar otro empleo.

—En otra empresa, ni soñarlo con mi edad. —Se le saltaron involuntariamente algunas lágrimas a Penélope—. Tendré que buscar casas donde limpiar o donde necesiten cuidar ancianos. Pero hay mucha competencia... No sé... no sé.

—Pues a mí se me está ocurriendo algo... —dijo Arturo acariciándose la barba entrecana—. Verás, ¿conoces a Isabel, mi secretaria?

—Sí, claro. Está aquí todos los días —dijo Penélope.

—Bien, pues llevo tiempo buscando

a alguien de confianza que ocupe su puesto. Isabel se jubila la semana que viene y es un problema para mí y no pequeño. —Se retrepó en su mullido sillón—. No le puedo confiar la galería a cualquiera y menos cuando estoy de viaje, ¿comprendes? —Arturo apoyó los brazos en la mesa y se inclinó ligeramente hacia Penélope—. Además, no sirve cualquiera. Es conveniente que, además, sea alguien con conocimientos de arte y una cierta sensibilidad artística. —Se volvió a apoyar en el respaldo del sillón y le espetó—: ¿Qué te parece ese puesto para ti?

Penélope no daba crédito, incluso sintió que se apoderaba de ella un leve

vahído.

—¿Te encuentras bien, querida? — preguntó preocupado ante la palidez de su amiga.

—Sí, claro que sí... Es solo que... Bueno, que es un sueño... —dijo Penélope y añadió—: Estoy un poco aturdida, acabo de salir de una pesadilla y ahora esto... Es demasiado para una sola tarde.

—Entonces... ¿aceptas?

El rostro y los ojos de Penélope se iluminaron al pronunciar con una amplia sonrisa:

—¡Claro que acepto!

Las semanas transcurrían alegres y ligeras en la galería de arte para Penélope. Absorbió con facilidad y rapidez los conocimientos que le transmitió Isabel antes de jubilarse. Además, el perfecto orden en el que llevaba la gestión de la galería ayudó a que viviera el traspaso de funciones con absoluta naturalidad y mínimas dudas. Tenía muy claras sus funciones de relaciones públicas y la gestión de la galería, así liberaba a Arturo de esas tareas y podía ir y venir a las ferias y subastas de arte, tanto nacionales como internacionales. Acudir cada día a

gestionar la galería en aquel local luminoso y poder ver desde su mesa lo que sucedía en la calle a su alrededor, a través de los enormes escaparates de la galería le parecía un sueño del que no quería despertar. Era como si, de repente, hubiera despertado a la vida, como si hasta entonces hubiera estado sumida en un letargo de mil años. No había sido un príncipe azul con un tierno beso quien la había rescatado de su sueño eterno, aún había sido mejor: un caballero con su amistad.

Arturo le había expresado en su último correo electrónico desde Londres su satisfacción por la forma en la que estaba conduciendo la galería y aceptó

de muy buen grado sus sugerencias para modernizarla y atraer más público. Le comunicó que muy pronto regresaría y que las pondrían en marcha. También le pidió un favor: que entregara por él la estatuilla de bronce que tenía en su despacho a un cliente que se había encaprichado de ella y al que no podía negársela. Había que llevársela a su domicilio sobre las ocho de la tarde. A él no le sería posible hacerlo a tiempo, porque la quería tener el viernes próximo por la tarde. Penélope le respondió al instante aceptando el encargo y deseándole un feliz regreso, y añadió un sincero «deseando darte un abrazo».

Intentaba adivinar qué cliente sería ese con el que mantenía Arturo tanta confianza, y si estaría entre los que ella había conocido en los cuatro meses que llevaba trabajando para él. A continuación, Arturo le pasó el enlace del mapa que indicaba el punto exacto y la ruta. Respondió con un «Ok» y que se pasaría después de cerrar la galería una hora antes de lo habitual, si él no le indicaba otra cosa. «Perfecto, Penélope, y muchas gracias». «No hay de qué. Hasta pronto y cuídate».

Poco antes de las siete de la tarde del viernes, ya tenía envuelta en papel de seda y plástico de burbujas la estatuilla de bronce, versión moderna de

un guerrero íbero a caballo, armado con escudo y lanza, que tanto le gustaba. Le dolía tener que separarse de ella. La manipulaba con cuidado por su valor, por el cariño que le había tomado a aquella pieza que la atraía inexplicablemente y por su considerable peso, aun cuando su tamaño no iba más allá del de un libro. Finalmente, la introdujo en una caja de madera con el anagrama de la galería y pasadores metálicos artísticamente trabajados, y la cerró.

Al dar las siete en el Fadrí, fue apagando luces. Comprobó que todo estaba bien, cerró la galería y se encaminó hacia su coche con la caja.

Había introducido en el GPS de su móvil la dirección que le facilitó Arturo. Confiaba encontrarla sin problemas. Era un punto en la costa de Oropesa. No le llevaría demasiado si no tenía ningún contratiempo. De repente, cayó en la cuenta de que Arturo no le había facilitado ningún teléfono del cliente para anunciarle que iba hacia allá o por si surgía algún incidente. «Supongo que es por confianza... Bueno, esperemos que no pase nada. Y si ocurre algo, llamo a Arturo y que él le avise».

Puso en marcha el GPS y el vehículo, y se encaminó hacia la carretera de la costa. Eso siempre resultaba gratificante; además, ese

viernes no tenía ningún plan especial. Ana estaba de nuevo enganchada a su Vicente y ni siquiera había mirado la cartelera. Además, en casa la esperaban un novelón que la tenía en ascuas y no podía soltar, y su última pintura, totalmente diferente a las anteriores. Aquellos matices luminiscentes del atardecer en Benicassim la habían hecho evolucionar hacia otras gamas de tonos que no había explorado hasta entonces. Pictóricamente hablando, aquel ocaso para ella fue un amanecer. Se podía hablar de un antes y un después de esa espectacular visión. Pero ese nuevo estilo no fue lo único que nació allí. También marcó el comienzo de una

deliciosa amistad en la que Arturo y ella se movían como peces en el agua, casi como en un baile acompasado en el que cada nota estaba en su sitio y se recargaban mutuamente de alegría y de una contenida tensión que resultaba estimulante. La halagaba descubrir fugaces destellos en los ojos de un hombre tan exquisito, apuesto y generoso como Arturo, que le hablaban de que, por instantes, la miraba como se mira a una mujer, de que escondía una secreta aspiración, puede que incluso para él, tan receloso de las relaciones comprometidas.

El aroma del mar se filtró en el interior del vehículo de Penélope

cuando ya se encontraba en las proximidades de la dirección que introdujo en el GPS como final de destino. Distinguió la silueta de la torre de la Colomera vigilante al borde del mar. Aminoró la marcha y siguió las indicaciones del GPS hasta llegar a la valla de un chalé iluminado que se levantaba a pocos metros del borde de la costa rocosa. Detuvo el vehículo y se bajó de él. Llamó desde el portero automático y se identificó: «Buenas tardes, de la galería de arte». Para su sorpresa, no se abrió la puerta para peatones, sino las dos hojas de la verja, invitándola a pasar con su coche al interior.

Penélope regresó al vehículo y entró con él a la propiedad. «Espero que no me entretengan mucho». Al bajarse del coche, se colocó la gabardina sobre la vaporosa camisola de algodón blanco y el pantalón beis. Cogió la caja y se dirigió con ella hacia la puerta de entrada de la vivienda, con sumo cuidado de donde pisaba. Fue a llamar al timbre, pero la puerta estaba abierta de par en par. Quiso llamar a los propietarios, pero se dio cuenta de que no sabía aún sus nombres. «¿Se puede?». «¿Oiga?». Dudó si entrar o no. Miró a su alrededor por si alguno de los moradores estuviera fuera de la construcción. Nadie. Ningún sonido que

no fuera el de un mar amable chocando contra las rocas. Suspiró hondo y se decidió a entrar apretando la caja contra su pecho. No estaba dispuesta a estar allí toda la noche y tampoco quería faltar a su palabra.

Sus pasos resonaban en el mármol del amplio vestíbulo que distribuía las estancias de aquella planta. Se detuvo en medio y vio a su derecha una habitación a modo de despacho en la que no había nadie. Continuó adentrándose, dejando a su izquierda la escalera que conducía al piso superior, y a su derecha encontró una cocina de amplias dimensiones en la que parecía que jamás se hubiera cocinado nada. «Como no haya nadie, no

sé cómo se lo voy a explicar a Arturo. Pero alguien tiene que haber... la puerta estaba abierta... Quizás han huido por algo y yo estoy aquí... ¡Dios mío, por qué todo será tan complicado!». Continuó su avance y llegó a un amplio y despejado salón en el que el buen gusto de toda la decoración de la casa llegaba a ser la sublimación de un elegante minimalismo.

—¡Hola! —gritó Penélope.

Unos visillos en la pared de la derecha ondearon con la brisa del mar como fantasmas juguetones invitándola a atravesarlos. Daban paso a una inmensa terraza con vistas a toda la bahía. Fue a apartarlos para atravesarlos y se percató

a través de ellos de que junto a la balaustrada había una mesa perfectamente dispuesta con candelabros y velas. «¡Válgame, Dios! ¡Qué inoportuna! Me estoy metiendo donde no me llaman... Seguro que está a punto de venir algún invitado y el anfitrión estará afuera... y yo aquí... Llamo a Arturo...».

Penélope le llamó. «¡Por Dios, cógelo!».

A la tercera llamada, obtuvo respuesta; pero no como ella esperaba. Oyó decir claramente a la voz de Arturo «¿Me llamabas, Penélope?», pero no había sido a través de su teléfono. Miró desconcertada a su alrededor. Vio a través de los visillos a Arturo venir

hacia ella en la terraza. No daba crédito a sus ojos. Avanzó y apartó los visillos.

—¿No estabas... en Londres? — balbucía—. ¿Y el cliente...?

Arturo sonrió de oreja a oreja.

—Soy yo —respondió Arturo—. Ha sido una pequeña broma, que espero que me perdones, para hacerte venir a mi casa —dijo sonriendo.

—¿Y la figura? —preguntó Penélope, todavía intentando comprender—. Era un señuelo, ¿no?

—No exactamente —dijo Arturo—. Sé lo mucho que te gusta y he pensado que lo mejor sería que eligieras tú el sitio donde colocarla... —La voz le tembló levemente—. Así tendrás un

aliciente para venir a mi casa.

Se sintió enrojecer y trató de disimular.

—¡Vaya, qué honor! —respondió dirigiéndose hacia unas estanterías de pladur—. ¿Puedo...?

—Por favor, estás en tu casa —le dijo Arturo—. Dispón las cosas a tu gusto. Mientras, voy a vigilar lo que tengo en el horno... —Le guiñó un ojo—. Espero que te guste lo que estoy preparando.

Arturo abrió la portezuela del horno y se ayudó de un paño de cocina para extraer la bandeja de su interior lo suficiente como para comprobar que al asado le quedaban pocos minutos. Cerró

el horno y se dirigió hacia la nevera con la intención de servir un par de copas de champaña para darle la bienvenida a su apreciada amiga. Sobre el mármol de la isla de la cocina comenzó a vibrar enérgicamente su móvil. Se detuvo, miró la pantalla y vio quién le llamaba.

—Hola, Juan. Sí, podemos hablar. Dime.

—Me dijiste que te llamara fuera la hora que fuera y que te pusiera al corriente —dijo su interlocutor.

—Así es. Tengo planes muy importantes y necesito saber la verdad, para actuar en un sentido u otro —dijo Arturo.

—Esta tarde me ha llegado la

confirmación. —Tras unos instantes, Juan rompió su silencio—. Lo tengo todo preparado, incluso tus billetes de avión a Estados Unidos. No hay tiempo que perder.

—Bueno, desde luego no es lo que esperaba que me dijeras —dijo suspirando—. Al menos, no tendré que hacer las maletas —dijo escapándosele una sonrisa irónica—: aún no las había deshecho. Acabo de regresar de Londres.

—En esta ocasión, quisiera acompañarte —dijo Juan.

—Muchas gracias, pero no es necesario. Esto es algo que tengo que hacer yo y prefiero hacerlo solo —se

justificó Arturo—. Gracias por avisarme y por prepararme el viaje.

Apagó el móvil, volvió sobre sus pasos sin prisa y apagó el horno. Apoyó las manos sobre el mármol de la isleta de la cocina y dejó caer, vencida, la cabeza entre sus anchos hombros. Cuando levantó el rostro, aún mantenía cerrados los ojos y gritó para sus adentros «¡Maldita sea!» dando un fuerte puñetazo sobre el mármol.

En el salón, Penélope terminaba la reubicación de los libros que había desplazado para situar en un lugar de honor su figura favorita. Un foco empotrado en la balda superior la resaltaba contra el fondo vainilla de la

pared. El brindis de *La Traviata* comenzó a sonar, y Arturo apareció en el salón portando una bandeja con dos estilizadas copas llenas de líquido burbujeante. Las dispuso sobre una mesa baja y ofreció una de ellas a Penélope.

—¿Qué celebramos exactamente? — preguntó ella feliz mientras aceptaba la copa.

—La maravilla de habernos conocido y de que hoy estés aquí. — Los ojos de Arturo no sonreían, eran tan profundos que estremecieron a Penélope. Él le pasó el brazo por encima del hombro y la invitó a salir a la terraza mientras daba un sorbo a su copa.

El atardecer que se les ofrecía era infinitamente más hermoso que aquella tarde que se encontraron en el balneario. Arrancó una expresión de asombro a Penélope, que se giró hacia él con ojos emocionados.

La estrechó fuertemente contra él.

—No llores, mi niña, que yo soy muy blandito y me harás llorar —dijo Arturo con los dorados del atardecer tiñendo el borde de su rostro—. Brindaremos porque la vida es una obra de arte que jamás se repite. Y porque todo lo que nos ofrece solo puede suceder una vez. —Se detuvo un instante a contemplar el terciopelo marrón de los ojos de Penélope, la serenidad de sus

cejas, la brevedad de su nariz recta y la promesa de su boca. Grabó en su memoria cada milímetro de la belleza sencilla del rostro de Penélope iluminado por el rosa anaranjado del cielo y chocaron sus copas mirándose con todo el cariño que se tenían.

Al caer la noche, disfrutaron de una deliciosa cena y de una charla amena que prolongó la velada hasta casi la media noche.

—¡El tiramisú estaba delicioso, y el asado, espectacular! —dijo Penélope entusiasmada, disfrutando del manto de estrellas, de la brisa del mar que se entregaba a las rocas del breve acantilado y del mágico ambiente que

creaban las decenas de velas que les rodeaban.

—Pues no sabes cuánto me alegro de que te haya gustado... es la primera vez que los hago. —Se sonrió socarronamente.

—No me lo puedo creer —dijo ella—. Esa debe de ser otra de tus bromas...

—Ja, ja, ja... —Río a gusto Arturo—. Quiero decir... que es la primera vez que los hago bien, las diez anteriores fueron un desastre... —Y rieron a gusto los dos.

Arturo tomó la mano de Penélope y la estrechó con ternura con su mano grande y cálida.

—Esta noche deseo ser algo más que tu amigo —dijo Arturo presionando suavemente la mano menuda de ella entre las suyas y añadió clavando sus pupilas en las de ella—: lo deseo con toda el alma. —Su voz se truncó levemente pero continuó con firmeza—. Pero también te digo que no podré ser más que eso, que el más fiel y leal de tus amigos.

Penélope escuchaba en silencio.

—Mi compromiso no es el que tú necesitas, pero es eterno. —Suspiró Arturo y prosiguió—: No quiero convertirme en tu Ulises, siempre viajando y tú esperando mi regreso despreciando pretendientes y ocasiones

para vivir. —Apretó suavemente la mano de Penélope—. Si tú me lo permites, esta noche valdrá por toda una vida. No me la niegues, querida mía, dame la oportunidad de demostrarte cuánto y qué bien te habría querido si las cosas hubieran sido de otra manera. —La miró severo—. Quiero que descubras cuánto mereces ser amada. Para que no te conformes con un hombre que te ame menos que yo o que no sepa amarte como yo lo haré, si tú me dejas.

Penélope retiró con suavidad su mano de entre las de él. Miraba cabizbaja de un lado a otro. Se sentía momentáneamente perdida. No dudaba ni por un momento de la sinceridad de

los sentimientos de Arturo, pero no comprendía esa contradicción en la que se debatía, ni aun cuando las experiencias anteriores hubieran sido tan terribles.

—Discúlpame, Arturo, pero no acabo de comprender... —terminó diciendo ella—. Dices que me amas y que te dé una oportunidad para demostrarme cuánto y qué bien me quieres... pero no entiendo por qué te quedas ahí, en esa noche única. Me has dicho muchas veces que la vida es hermosa si tienes alguien al lado con quien compartirla. ¿Por qué renuncias a continuar? ¿A ser mi compañero de vida?

—Lo he meditado mucho, créeme. Le he dado muchas vueltas —dijo cabizbajo Arturo, y levantó el rostro—. Tengo casi veinte años más que tú. Dentro de diez años tú seguirás siendo una mujer joven, y yo, un anciano. No puedo ser el compañero que tú necesitas.

—Pero tú no me has preguntado la opinión... —alegó Penélope—. Esa es una cuestión que yo debo decidir.

—Te conozco lo suficiente como para saber que si te encariñaras conmigo, sacrificarías lo que te queda de juventud. Sería muy egoísta por mi parte privarte de vivir lo que te corresponde. —Arturo suspiró—.

Además, tengo que viajar con demasiada frecuencia, incluso pasar largas temporadas en el extranjero, y no podría atenderte como te mereces.

—Pero yo podría acompañarte en muchas ocasiones... —dijo Penélope—. Me encanta viajar y a tu lado sería maravilloso.

—Sí que lo sería, pero mis circunstancias me lo impiden. Solo puedo ser honesto contigo y conmigo, y decirte esto aun a riesgo de que me rechaces. Pero no me perdonaría nunca que te crearas unas expectativas que difícilmente podré cumplir. —Arturo hizo una pausa y prosiguió con la voz un poco velada—. A mi pesar, no puedo ser

el compañero de vida que tú necesitas y te mereces. Este lunes mismo tendré que emprender otra gira, esta vez aún más lejos y por varios meses. Compréndeme. Solo puedo quererte en la distancia y recordar esta noche en la que te sorberé el alma si tú me lo permites. —Los ojos de Arturo eran ascuas y cristal líquido.

Tomó de nuevo la mano de Penélope entre las suyas, aún más cálidas.

—¿Estás dispuesta a ser amada de verdad, como nadie te ha amado antes?

Asintió, emocionada.

—Pues cierra los ojos —dijo Arturo con voz aterciopelada— y déjate llevar, mi niña.

Ana y Penélope escogieron un lugar tranquilo donde poder charlar sin demasiado ruido alrededor. Una bocatería tranquila en la que el bajo volumen del televisor parecía marcar el ritmo de las conversaciones.

—¿Cómo no me lo has contado antes? —dijo Ana masticando una patata brava.

—Porque esto se merece hablarlo con sosiego, no deprisa y corriendo como nos hemos visto últimamente —respondió pinchando un trocito de sepia

a la plancha.

—Chica —le dijo dando un sorbito a su cerveza—, me parece una pasada... Es una historia preciosa esta que tienes con Arturo, pero...

—Eso, el «pero». —Se ajustó la coleta—. ¿Cómo lo ves tú? Porque yo no sé qué pensar.

—Que no te lleva a lo que tú quieres —concluyó—. Así de sencillo. Por eso no te acaba de llenar esta situación.

—Es que todo es tan raro... —se debatía Penélope—. Me quiere, pero no quiere ser mi pareja... Sí, pero no... Y lo peor de todo es que sé que me quiere. ¡No te imaginas cómo se daba Arturo, cómo me hizo el amor, con qué ternura,

con qué delicadeza...!

—Sí, como si se lo hiciera a una de esas esculturas que tiene por la galería... —dijo Ana comiéndose otra patata brava.

—Ja, ja, ja... —Rio Penélope—. En el fondo, no dejas de tener razón.

—Pero, vamos, a mí lo que me interesas eres tú, cielo —dijo Ana—. Vamos a ver, ¿tú le quieres o no?

—No sé... Sí, pero no...

—Entonces es que no. Punto —dijo Ana rotunda.

Dejó su cubierto sobre el mantel, apoyó los brazos en la mesa y añadió:

—Yo sé lo que te pasa, Penny. Te sientes querida, pero no como te

gustaría, es decir, con compromiso y una vida en común... —Dio un sorbo a su cerveza y prosiguió—: Y eso te retiene los sentimientos que podrías tener por él. ¡Ya tienes un par de malas experiencias auestas y no quieres una tercera! Y eso te hace daño.

—¡Oye, Ana! —Dejó la jarra de cerveza sobre la mesa con gesto pasmado—. ¡Me estás dejando alucinada! Lo has clavado. Yo no me hubiera analizado mejor —dijo Penélope asombrada de la lucidez que presentaba esa noche Ana.

—Bueno, llevas analizándome tú a mí tres años, así que algo se me habrá pegado. —Y se rio mientras le clavaba

el tenedor a la sepia—. Tú lo que necesitas es conocer a alguien que sí esté dispuesto al compromiso, que quiera una relación estable... Deberías conocer a más gente y no estar tan centrada en Arturo... Porque muy buen amigo, muy buen amante, pero a la hora de la verdad... se coge un avión y dice: *Ciao, bambina!*

—Venga, dílo, no te lo calles o reventarás —dijo Penélope con una sonrisa cómplice.

—¡Todos son iguales! —exclamaron las dos al unísono y rompieron a reír.

—Y si todos son iguales ¿para qué me animas a que conozca a más hombres? Por lo menos con Arturo tengo

amistad, cariño y lo que pueda surgir, cuando esté, claro.

—No me lo puedo creer, Penny. ¿Tú te estás oyendo? Si parece que sea yo la que esté hablando. Eso es lo que me pasa con mi Vicente y tú, sin embargo, no te lo ves con tu Arturo.

—¡Es diferente! —protestó Penélope—. Vicente está casado y te está haciendo perder el tiempo.

—¡Mira qué bien! Peor me lo pones. Porque Arturo ya está declarado «viudo» y, por lo tanto, libre... —dijo Ana mirando fijamente a Penélope con los ojos muy abiertos y añadió—: No sé yo quién es más tonta de las dos.

—¡Dios mío! Necesito aclararme las

ideas. ¿Vas a querer un té?

—No, mejor nos lo tomamos en tu casa, que tengo una idea —propuso Ana—. Y no necesitas aclararte las ideas. Al contrario, piensas demasiado. Fíjate mejor en lo que sientes. Si estuvieras feliz, no tendrías ninguna duda. Si tienes dudas, es que no eres feliz. Así que, salta por encima de donde estás, como en la oca, y muévete de casilla, a ver qué pasa.

—Ana, Anita... Me estás dejando muerta esta noche... Estás iluminada o te has fumado algo. Me estás aclarando las ideas una barbaridad —dijo Penélope con admiración.

—Pues lo único que hago es repetir

de memoria las cosas que tú me dices cuando rompo con Vicente —respondió Ana juntando el dinero de las dos y dejándolo en el recipiente donde habían traído la cuenta—. Venga, vamos. Que te voy a enseñar una cosa.

Entraron en la casa de Penélope y dejaron los bolsos y las rebecas sobre el sofá. Mientras Penélope preparaba unos té, su amiga tomó la iniciativa.

—¿Dónde tienes el ordenador? —le preguntó.

—Debe de estar cerrado sobre la mesita del comedor, delante del sofá —respondió Penélope.

—¿Tienes clave para entrar? —  
continuó.

—No —dijo y añadió intrigada—:  
¿Qué quieres enseñarme?

—Ahora verás. —Y le indicó con la  
mano que se acercara.

Penélope llevó las tacitas de té en  
una pequeña bandeja y la puso sobre la  
mesita junto al ordenador portátil.

—Toma, este es el tuyo, con limón  
—dijo Penélope dando un sorbito del  
suyo—. ¿Eso qué es?

—Esto es una página para encontrar  
pareja —dijo Ana.

—¿Pareja... por internet? —gritó su  
amiga—. Pero ¿tú te has vuelto loca? ¡A  
saber qué clase de tipos se apuntan ahí!

Todos los Lluíses del mundo deben estar ahí metidos.

—Pues mira, lo de Lluís te ha pasado conociéndole por el método tradicional... Así que ese no te da ninguna seguridad. Al menos aquí se supone que quieren una relación estable, no un ligue de una noche.

—Claro, y me lo tengo que creer —dijo Penélope levantándose del sofá.

—¿Quieres calmarte y no cerrarte en banda? —se quejó Ana y, señalando a la pantalla del ordenador, añadió—: Esta es de las más serias. Porque hay cada página por ahí... muy rara... Otros rollos que no son los tuyos, Penny. Esta es para encontrar pareja estable.

Ana pulsó el ratón sobre la opción de registro que se mostraba en la pantalla y dijo:

—Al menos, podríamos mirar a ver qué encontramos por esta, qué impresión nos dan. ¿No sientes curiosidad?

Se encogió de hombros. Ana dio un sorbo a su té y prosiguió:

—Además, ¿de qué te preocupas, Penny? Solo saldrías con quien te parezca bien, no te acuestes con él hasta que no lo veas claro, y ya está.

—Empiezo a agobiarme —confesó Penélope—. Me estoy hartando de tener que poner un hombre en mi vida. Mejor me iría si me olvidara de tener pareja.

—Mira, Penny, no te engañes —le

dijo—. Tú no eres así. Puedes estar sola tan ricamente, pero lo que no puedes es estar sin dar cariño y sin recibirlo, porque te pones mala. ¿O es que ya se te ha olvidado? —Y con una voz más tierna, le tomó una mano y añadió—: El propio Arturo te lo ha advertido porque te conoce: que hagas tu vida, que sigas tu camino porque él no puede acompañarte.

—Vuelves a tener razón —admitió Penélope abrazando a su amiga—. Empiezo a pensar que me conoces mejor que yo.

—Ya son muchas horas de vuelo juntas, reina —le dijo Ana devolviéndole el abrazo—. Hemos

reído y llorado juntas y, al final, pues nos conocemos.

—Venga, va. No pierdo nada por echar un vistazo. ¿Qué hay que hacer? —dijo con resignación.

—Pues no sé, iremos siguiendo las instrucciones... —dijo Ana—. Mira, tienes que registrarte, crear un perfil. A ver, sí, aquí... Venga, ve rellenando los datos.

—¿Todo esto? —dijo mirando asustada a su amiga—. ¿Es una ficha policial?

Ana puso los ojos en blanco y suspiró con resignación.

—Bueno, supongo que es mejor así —admitió—. Estará todo más

controlado.

Al acabar Penélope de rellenar los datos del perfil, dijo Ana:

—¿Has visto? No ha sido para tanto. ¡Vamos, vamos, dale a ver qué chicos hay apuntados!

—Habrá que pinchar aquí... A ver... ¡Por Dios! —exclamó Penélope mirando horrorizada a Ana—. ¿Has visto qué pintas?

—Mujer, acabas de empezar a mirar, date un poco más de tiempo... Tendrá que haber de todo, digo yo —le respondió—. ¡Mira, mira! Este chico no está nada mal... 47 años, abogado, 1,75

de estatura, 70 kilos...

—¡Déjalo, Ana, por favor! Que parece que estás anunciando a los toros que van a salir al ruedo.

—Bueno, tú te lo miras de vez en cuando, tranquilamente, que a lo mejor ves a alguien que te hace tilín.

Una serie de alertas con sonido de burbujas hicieron volver los rostros de las dos amigas hacia la pantalla del ordenador.

—¿Esto qué significa? —preguntó Penélope señalando a los recuadros con perfiles de varones que surgían en la pantalla, superponiéndose como palomitas de maíz en plena cocción.

—Parece que quieren saludarte por

el chat —dijo Ana—. Mira lo que pone aquí: «Antonio quiere conocerte», «Julio quiere saludarte», «Le gustas a Francisco»... ¡Uy, Penny! ¡Qué exitazo! Más de diez tíos te quieren conocer y acabas de entrar... ¡Fíjate en ese! No está nada mal y tiene buena pinta... ¡Ese, ese! Huele a pasta desde lejos... Y puestos a elegir, mejor un rico que te solucione la vida.

—Ana, si es verdad lo que dice en su perfil: ejecutivo de alto standing, 1,77, delgado, le gusta la música, el cine, el teatro, viajar y hace deporte, y es atractivo, no hay más que verlo, con estilo, y en la foto está apoyado en un coche de una marca que ni conozco, de

lo cara que debe de ser.

—Es un Lamborghini —interrumpió Ana—. Una vez vi uno que tiene un amigo de Vicente. Son ultramegacaros.

—Entonces, ¿alguien quiere explicarme cómo está sin pareja? A ver, que yo lo entienda —dijo Penélope—. En fin, tú me dirás. O es mentira o debe de ser más raro que un perro verde.

—Pues no pierdes nada averiguándolo —dijo Ana—. Chatea con él, así le vas conociendo, ves cómo se expresa.

—Pero es que yo prefiero hablar y no le voy a dar a ninguno de estos mi teléfono —dijo Penélope.

—Mujer, para algo está el Skype y

esos programas para hablar por el ordenador y no te comprometes.

—Es verdad —dijo Penélope—. Hoy no estoy muy fina. Mañana le echaré un vistazo. Esta noche no tengo ganas.

—Vale, preciosa —dijo Ana—. Descansa y mañana lo verás más claro.

Penélope siguió a su amiga hasta la puerta de la calle.

—Gracias por todo, Ana. Por escucharme y por preocuparte por mí.

Se abrazaron y se dieron un beso de despedida.

—Hasta mañana, Penny. Buenas noches —dijo Ana mientras su amiga Penélope cerraba despacio la puerta de

la calle.

Al día siguiente, Penélope cogió su taza de té y unas galletas y se las llevó en una bandeja hasta la mesita del comedor. Encendió el televisor y se dispuso a disfrutar de la mañana del sábado antes de marcharse a la galería. Fue pasando de canal y se detuvo en un reportaje de Discovery Chanel. Terminó su desayuno y quitó el volumen al televisor. Permaneció empotrada en el sofá pensando en el fin de semana que tenía por delante y las tareas que había dejado destinadas a hacer en ese tiempo. Uno, su obra, que ya iba bastante adelantada;

dos, limpieza de la casa, que acababa rápidamente porque el apartamento era muy pequeño, ella sola apenas ensuciaba y todo estaba en orden; y tres, acabar el último capítulo del novelón que la había enganchado. Mentalmente hizo la distribución de tareas durante el tiempo del fin de semana y no le cuadraron las cuentas. Aún quedaban bastantes horas por rellenar y sabía que volvería a echar a faltar la compañía de alguien querido.

Se acordó de Arturo y de cuando estuvieron juntos en aquella noche tan inolvidable como él le había prometido. Le enviaría un correo electrónico, le preguntaría cómo le iba por los Estados

Unidos y si estaba consiguiendo obras interesantes. También le diría que le echaba de menos y le reprocharía un poquito que él llevara más de una semana sin dar señales. ¿No decía que la quería? Ana tenía razón, esto no es querer: «te quiero mucho, mi niña, pero me tengo que ir», y a toda prisa. Por cierto, te dejo llevándome el negocio. Bueno, ahí no debía ser muy dura con Arturo, porque la había salvado en un momento muy difícil y era una prueba de confianza total. Tenía que reconocer que él tuvo una fantástica idea cuando le sugirió que solicitara una excedencia voluntaria en la notaría antes de que le abriesen el expediente disciplinario.

Vamos, que llegaba otro fin de semana en el que notaba la ausencia de esa otra persona con quien compartir, a quien abrazar y por quien ser abrazada. Demasiado sola como para descartar por completo la idea de buscar pareja en la red. También habría hombres en su misma situación. No todos serían como Ildefonso, Lluís o Arturo, tiranos, canallas o fugitivos del compromiso. Los habría con los mismos deseos que ella de que los quisieran y con necesidad de continuidad. Debía de existir un semejante, aunque solo fuera por una cuestión estadística.

Apagó la televisión. Levantó la tapa del ordenador y entró en la página en la

que se registró la noche anterior. Lo hacía despacio, con tiento; temía cometer algún error y provocar algún malentendido pulsando en donde no quisiera... Sintió una repentina curiosidad por esos hombres que se habían interesado por ella. ¿Qué les habría llamado la atención? ¿O es que disparaban a todo lo que se movía en la página? Quería estudiar con atención sus perfiles, intentar descubrir si ellos también buscaban lo mismo que ella, una estabilidad emocional o solo utilizaban ese señuelo para atraer mujeres y garantizarse carne fresca con cierta asiduidad.

Desplegó el listado. Aún se habían

sumado más peticiones. Casi se asustó. Pasó revista a las fotografías de los aspirantes y leyó con curiosidad lo que declaraban en sus perfiles. La mayoría mentían a las claras en su edad, en la apariencia física y, casi con toda seguridad, en los estudios. Otros se habían dirigido a ella en un tono de excesiva confianza cuando no rozando la procacidad. De los más de cuarenta hombres solo superaron la criba tres: el ejecutivo de alto standing, un abogado y un funcionario. Eran los que se habían dirigido a ella con un lenguaje respetuoso y cordial.

Descartó al abogado, las palabras que le había dedicado podían servir

igualmente para dirigirse a un ministro. Demasiado profesional y poco personal. Borrado. Quedaron ocupando la pantalla dos hombres de mediana edad, ambos tenían barba. A la derecha, con cabellos ligeramente rizados y barba castaños, el ejecutivo que la noche anterior le había enviado la solicitud de contacto, apoyado en un Lamborghini; en mangas de camisa, sin corbata, sujetaba con una mano desenfadadamente sobre el hombro una chaqueta de *sport* y mantenía desplegada una amplia sonrisa de triunfador. A la izquierda quedó un hombre de cabello y barba muy oscuros. Algunas canas asomaban entre el cabello y abundaban a la altura de las

orejas y por entre la barba. Sus ojos oscuros, uno más pequeño que el otro, miraban con intensidad enmarcados por cejas negras abiertas como las alas de un águila imperial, destilando una calidez y nobleza que perturbaron a Penélope. Su nariz recta acabada en forma de flecha le habló de un hombre de acción y decisiones rápidas. Sus labios sonreían acogedores, pero traslucían un punto de tristeza contenida que impedía que se expandieran libres. Vestía una cazadora de piel marrón y una camisa azul oscuro con el primer botón desabrochado. Le resultó magnéticamente masculino y le desarmaba al transmitirle una

inconfundible sensación de seguridad y de resultarle inofensivo. Era el funcionario.

El timbre de la puerta de la calle sonó. Penélope se vio, de repente, arrancada de un instante placentero, y con cierto malestar se dirigió a la puerta y miró por la mirilla.

—¡Ana, qué sorpresa!

—¡Hola, guapa! —la saludó al besarla y añadió—: Me ha dejado colgada el cliente de las nueve y hasta las doce no tengo otra visita. Así que como estaba cerca de aquí y sé que los sábados abres más tarde... ¿Interrumpo algo?

—Nada importante —dijo Penélope

— Pasa. A ver qué te parecen a ti.

—¿El qué...? —se interesó mientras avanzaba unos pasos hacia el sofá, y gritó al ver la pantalla del portátil—: ¡Ay, que estás eligiendo chicos! ¡Qué bien!

—Estoy echando un vistazo y descartando —dijo Penélope y mirando a su amiga añadió—: Estos dos que ves aquí son los únicos que se han salvado del naufragio. El resto es para gritar o salir corriendo.

—¡Oye, oye, que este de la izquierda no está pero que nada mal! Y el de la derecha es el que vimos anoche ¡el ejecutivo del cochazo! —Y le dio un empujoncito.

—Estaba mirando el perfil del de la izquierda —le dijo mientras se sentaban frente a la pantalla—. Como hombre, me gusta más.

—La verdad es que tiene muy buena planta y un punto canalla que pone... —dijo Ana deteniéndose bruscamente—. Bueno, pero lo más importante, ¿a qué se dedica?

—¿El moreno?

—Sí, el de la izquierda —insistió su amiga.

—Es funcionario.

—¿Funcionario, nena? —gritó Ana con cara de asco—. ¡Ni te lo pienses! El ejecutivo, de todas, todas —decidió mirándola con los ojos muy abiertos—.

Puesta a elegir, hija, prueba con el que te puede solucionar la vida...

—¡Y dale con el que me solucione...! Que lo que quiero es que me quieran.

—¿Y qué pasa? ¿Que un rico no te puede querer o qué? Vamos, digo yo que también, que lo mismo, pero aún mejor: ¡viviendo como una reina!

—Supongo que sí, pero prefieren a otro tipo de mujeres, más... más aparentes.

—Pues seguro que en esta página habrá mujeres así y, sin embargo, cuando ha visto tu perfil ni se lo ha pensado.

—También es cierto y es lo que me

extraña —dijo Penélope con acento triste y desconfiado.

—¡Oye! ¿A ti qué te pasa? Desde lo de Lluís estás muy quemada con los hombres —le recriminó Ana.

—Pues sí, Ana, desconfío. —Siguió mirando la pantalla—. De hecho, no utilizo mi verdadero nombre, me hago llamar Paula —se detuvo a pensar—. No sé... La verdad es que el moreno de la izquierda me gusta... Pero reconozco que el ejecutivo es más elegante, se le ve alegre y da la impresión de ser un tipo con la vida resuelta —la miró—. Pero eso me hace desconfiar, y más que busque pareja por internet.

—No veo nada raro en que recurra

un hombre así a una de estas páginas para encontrar pareja —dijo Ana y añadió—: Además, piensa una cosa, estos ejecutivos, con la vida que llevan, no tienen ocasión para conocer mujeres más allá de su círculo de trabajo. Así que no tiene nada de raro que traten de saltárselo y darse una oportunidad de encontrar compañera.

Ana miró por unos instantes la pantalla y se volvió hacia Penélope.

—¿Sabes lo que te digo, Penny? Que no deberías perder la oportunidad de conocer al ejecutivo y siempre te quedará el funcionario.

—O no, porque puede conocer a otra.

—¡Hija, pues sí que te ha hecho tilín!

—No creas, también me gusta el ejecutivo. Es más refinado, se le nota más culto, debe de tener una conversación interesante y ¡a nadie le amarga un dulce!

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Esta tarde responderé al ejecutivo y ya veremos por dónde sale.

—Bueno, reina, yo me marcho, que no quiero llegar tarde —dijo Ana levantándose del sofá como con resorte—. A ver... —rebuscaba en su bolso—, sí, llevo las llaves del piso. Venga, ya me dices cómo quedas.

—Sí, ya te cuento. Que yo también

tengo que marcharme. Hasta luego —  
dijo cerrando la puerta.

Asunto: Me he lanzado al agua

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: lunes, 18 de mayo de 2015  
17:12:43

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

Hola, Arturo. ¿Cómo estás?

Espero que tu recorrido por los Estados Unidos esté resultando provechoso y estés disfrutando de la grandiosidad de ese país. Si has adquirido alguna obra, envíame alguna foto, por si corresponde a las demandas de nuestros clientes, que cada vez aumentan en número y en interés. Por la galería, todo en orden.

Cuéntame cómo te va y si me echas de menos. Yo te echo en falta y, siguiendo tu consejo, he comenzado a dar pasos tratando de facilitarle a la vida que me acerque a un compañero. Tenías mucha razón, me conoces bien. Necesito que se atiendan mis reclamos de cariño y he tenido que reconocerme que, pese al afecto infinito que me suscitas, nuestra relación no puede ser definitiva para mí.

Así que me puse días atrás a explorar una página de búsqueda de pareja que Ana me ha recomendado. Ayer conocí a un hombre de los que estableció contacto conmigo. Accedí a conocerle después de chatear y de charlar cara a cara a través de Skype. Es un alto ejecutivo de una multinacional. Es encantador. Recelaba en un principio de que un hombre atractivo, que ha alcanzado el éxito profesional y aún joven, 47 años, buscara pareja por este

sistema. Pero después de conocerle personalmente, tengo que reconocer que tiene su lógica, él mismo me ha dado la explicación: no le resulta nada fácil conocer mujeres fuera del ámbito laboral y que estén a la altura de su cultura, de su estilo y puedan ser dignas representantes con él en todos los ámbitos en los que se mueve socialmente. Esto me lo dijo con la mejor de sus sonrisas dibujada en su barba castaña oscura. Le respondí que entonces se había equivocado al citarse conmigo. Él se sonrió, me tomó de la mano y me dijo «Eres tú la que se equivoca. Nunca he estado tan cerca de lo que buscaba».

En fin, Arturo, querido amigo, no quiero echar las campanas al vuelo, pero me he sentido exquisitamente tratada y me ha propuesto un viaje sorpresa. Como me parece muy pronto, le he dicho que de momento no. Que sigámonos viendo y más

adelante ya veremos.

Espero tus noticias.

Te mando un abrazo muy fuerte.

Tu amiga, Penélope.

Asunto: Una escapada de ensueño

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: lunes, 1 de junio de 2015  
18:20:35

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

Hola, Arturo:

Anoche regresé de mi escapada con Víctor. No te lo vas a creer cuando te lo cuente. Quisiera hacerlo en persona. ¿Cuándo vuelves de EE.UU.?

Un beso,  
Penélope

Asunto: Fwd: Una escapada de ensueño

De: **Arturo Colomer**  
(artucol@hotmail.com)

Enviado: lunes, 1 de junio de 2015  
18:20:35

Para: Penélope Soler  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Mi querida Penélope, siempre tan intensa. Yo también estoy deseando regresar a casa y que me cuentes todo lo que ha pasado con ese príncipe azul de alto standing, pero la feria de arte no se acabará hasta el 1 de julio y continuaré aquí, D.m., hasta el 15 de julio. Y no descarto que tenga que prolongar la estancia. Está resultando muy intensa y espero que productiva. Además, he conocido profesionales maravillosos. Ya te contaré yo también con calma. Pero no me dejes así, cuéntame qué te ha pasado,

aunque solo sea por encima. Y sé cautelosa con los pasos que des.

Espero tu correo contándome todo lo que puedas y deseos.

Un beso muy sentido.

Tu amigo, Arturo.

Asunto: Fwd: Fwd: Una escapada de ensueño

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: lunes, 8 de junio de 2015  
11:42:53

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

Hola, Arturo:

Cuánto me alegra que este año esté más animada la feria y traigas para la galería obras de calidad. Tampoco me extrañaría que te trajeras a alguna guapa

artista. Encanto y percha no te faltan.

Veo que sientes curiosidad por lo que haya podido pasar con Víctor el pasado fin de semana. Sé que hay algo en él que no te acaba de gustar, aunque haya que reconocer que Víctor es el sueño de cualquier mujer, pero lo que ha sucedido acabará con tus recelos.

A lo mejor es que estás un poco celosillo, porque ahora le dedico a él más atención y te escribo menos. Pero tú sabes que eres mi amigo del alma y que nadie se va a interponer en nuestra amistad.

Te cuento: sabes que me propuso que pasáramos un fin de semana por algún rincón con encanto de la costa de Castellón. La idea me pareció genial y le dije que sí. ¿Qué mejor manera de conocernos después de unas cuantas citas protocolarias, en las que su sonrisa y el brillo de sus ojos al mirarme lo decían

todo?

Me hace sentir orgullosa de mí misma haber sido capaz de despertar el interés de alguien como él, a quien teniéndolo todo le falta lo principal, una compañera. Ya sé que te hace desconfiar que sus anteriores parejas no le hayan durado mucho, pero eso no significa necesariamente que sea un tipo difícil, sino más bien exigente. Y eso sí que lo es, no se conforma con cualquier cosa, ni siquiera con lo bueno, solo quiere lo mejor. Los mejores vinos, los mejores mariscos, los mejores coches... Por cierto, me recogió esta vez con un Aston Martin descapotable de color negro. Nos fuimos sin que me dijera adónde. Era una sorpresa. A mi insistencia a que dijera cuál era nuestro destino, respondía con una sonrisa, una y otra vez, mientras conducía. Al final confesó que íbamos hacia un lugar de ensueño.

Arturo, debo decirte que Víctor no me mintió. Al contrario, jamás podría haber imaginado lo que me esperaba: un castillo levantado en un paraje paradisíaco. Víctor tomó un desvío al poco de sobrepasar la población de Altura. Allí nos esperaba una antigua masía fortificada, reconvertida en un hotel encantador. El castillo está totalmente integrado en el entorno, rodeado de pinares y con unas vistas preciosas a las sierras Calderona y de Espadán.

Bajamos del coche y nos dirigimos a la recepción, y aquí, mi querido Arturo, es donde estaba la verdadera sorpresa: la reserva que había hecho Víctor no era de una habitación con vistas a la sierra, ni de una suite con jacuzzi, ni de las preciosas casas rurales individuales integradas en el patio del castillo. No. Víctor había reservado todo el castillo para nosotros,

para que yo eligiera la suite o la casa que se me antojara o disfrutáramos de las que nos apeteciera durante esos tres días. No daba crédito. Creí que no lo estaba entendiendo. No podía ser cierto. Me sentí tan desbordada que me dio por llorar. Nadie me había ofrecido tanto ni con tanto desprendimiento ni me había hecho sentir tan valiosa. Así que sequé mis lagrimitas y, con alegría, recorrimos el complejo y me decidí por una de las suites más encantadoras. ¡Qué vistas, Arturo, tras los visillos ondeando con el aire limpio de la sierra! ¡Qué luz restallante y qué azul amable del cielo mediterráneo en vísperas del verano!

Todo y todos estuvieron a nuestra disposición en cada momento. No faltó detalle en las cenas, ni siquiera una banda de jazz que tocó al aire libre junto a la piscina para nosotros en exclusiva. ¿Sabes

qué gusto disponer de la piscina solo para ti? ¿Hacer tantos largos como quieras sin que nadie te estorbe? Eso sí, eché en falta que él se bañara conmigo, hubiera sido muy romántico y más de noche, con la piscina iluminada desde el fondo; pero parece que le dé miedo el agua. Debe de ser lo único a lo que tema Víctor.

Bueno, lo cierto es que ha sido un placer tomar el sol y disfrutar de los olores de la vegetación natural que nos rodeaba: a pino, retama, tomillo, romero... Me acordé de ti al contemplar los cambios de luz al ocultarse el sol detrás de la sierra desde la piscina.

No llegamos a dar un paseo por el pinar por evitar los insectos, que tanto le desagradan a Víctor. La verdad es que me habría gustado que accediera a mi deseo de bajar al pueblo y callejear, y tomarnos algo en un bar o en un restaurante. Pero a

Víctor no le gustan los lugares bulliciosos, ni el parloteo de la gente extraña. Prefiere lugares tranquilos como este al que me llevó, donde puede fumar con deleite mientras se toma un gin-tonic con su ginebra y su tónica exclusivas.

En honor a la verdad, casi lo olvidaba, tengo que decirte que la última noche terminó por acceder a que bajáramos a cenar al pueblo. Le rogué, una y otra vez, que saliéramos del castillo; comenzaba a sentirme un poco agobiada. Sin mucho entusiasmo, condujo el coche hasta un restaurante que él conocía. Pero no pudimos entrar pese a sus exigencias como cliente asiduo, porque estaba ocupado por una excursión de peregrinos y no quedaban mesas libres. Víctor se enfureció. Traté de calmarle haciéndole ver que el dueño del restaurante había sido tan razonable como educado y que el hombre no podía hacer

otra cosa.

Conseguí que nos encamináramos hacia una pizzería que anunciaban unos luminosos intermitentes en verde, blanco y rojo. Creo que no escuchaba demasiado lo que le iba diciendo sobre que no necesitaba que fuera un lugar especial, que lo importante era cenar juntos y que unas pizzas bien hechas serían más que suficientes, además de algo divertido. Con un gesto de desagrado retiró mis manos de su brazo y se encendió un cigarrillo.

A medias lo llevaba cuando lo arrojó contra el suelo y me pasó el brazo por los hombros achuchándome con fuerza contra él mientras me decía «¡Ay, chiquilla, chiquilla!». Al final, entramos en la pizzería y yo elegí una de cuatro quesos. Él no se decidió por nada tras repasar una y otra vez la larga lista de especialidades en ensaladas, antipasti, pastas y pizzas. Solo

tomó una copa de vino y un café. Estaba inquieto, la verdad; le incomodaba no poder fumar, así que procuré entretenerme lo menos posible y nos marchamos pronto de la pizzería. Estuvo un poco serio durante el regreso al hotel, pero a la mañana siguiente ya se le había pasado.

Ya te digo, toda una sorpresa.

Un abrazo para ti, Arturo.

Penélope

Asunto: Fwd: Fwd: Fwd: Una escapada de ensueño

De: **Arturo Colomer**  
(artucol@hotmail.com)

Enviado: miércoles, 10 de junio de 2015  
19:13:42

Para: Penélope Soler  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Hola, mi muy estimada Penélope:

He leído con mucha atención tu correo en el que me cuentas cómo ese Víctor te ha deslumbrado con las armas de lo único que puede ofrecerte: lujo. Mi querida niña. Niña, sí, porque cuando tratas con hombres te conviertes en una niña ingenua y fácil de manipular, y este Víctor tiene muchos recursos para encandilarte y para que, antes de que te des cuenta, estés por él y comiendo de su mano.

Te recuerdo, por si lo has olvidado, que has salido hace apenas dos años de una relación en la que tu ex llevaba la sartén por el mango y debes andarte con cuidado no vaya a ocurrirte algo parecido. No me gusta mi papel de Pepito Grillo, pero por el cariño que te tengo no quiero ni imaginar que te hagan sufrir.

Aún no sabes por qué te estoy diciendo todo esto, ¿verdad? Sé que no. Como si te viera frente a mí con tu cara de

desconcierto por lo que te digo en una de nuestras cenas amigables en mi casa, con una copa de vino en nuestras manos y disfrutando de los caprichos culinarios que tanto me gusta que compartamos al tiempo que nuestras confidencias. No es porque sienta celos, mi preciosa Penélope soy tu mejor amigo y los dos sabemos que hasta ahí voy a llegar, sino porque soy consciente de que tu vida será más plena si encuentras un hombre junto a quien ser feliz.

Te lo digo porque he echado en falta lo principal, que me hablaras de lo amada que te has sentido, de cómo ha dado cumplimiento a todos tus deseos y caprichos, no a los suyos, y de cuán feliz te sientes a su lado. No entro en cuestiones amorosas, porque supongo que no has querido entrar en esos detalles por correo. Pero no deja de llamar mi atención que no

hayas hecho referencia a ello, aunque sea de pasada y con tu elegancia habitual, para hacerme saber que todo ha ido bien en la intimidad.

No me tengas en cuenta que con estas palabras te baje de la nube en la que sin duda ahora estás, pero soy tu amigo y para poder seguir siéndolo me exijo lealtad y evitarte sufrimientos innecesarios, aunque tú misma no quieras escuchar ciertas cosas. No olvides cuál fue mi propósito al hacerte el amor: no debes aceptar a nadie que te ame menos que yo.

Te envió un fuerte abrazo.

Arturo, tu caballero, siempre.

Asunto: Fwd: Fwd: Fwd: Fwd: Una escapada de ensueño

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: viernes, 12 de junio de 2015  
19:30:11

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

Hola, Arturo:

Claro que no te tengo en cuenta que me bajas de la nube, mi amistad está muy por encima de eso. Pero sí que tus palabras me han caído como un baño helado. No es tuya la culpa, sino de mi tendencia a creer que detrás de cada puerta que se abre en mi vida voy a encontrar la felicidad. Solo has puesto sensatez, pero los enamoramientos no entienden de lógica. Tanto es así, que se podría pensar que todo es una maniobra de Víctor para seducirme y conseguir una conquista más. Sé que ese es tu temor. Que sea un donjuán que se entretiene coleccionando mujeres. Y el mío también lo era.

Pero piensa por un momento que, si así fuera, no habría tenido solo tres parejas, se contarían por decenas las mujeres que habrían caído bajo el influjo de su encantadora sonrisa, saber estar y atractivo, por no mencionar su tarjeta American Express Platinum y las inimaginables ganancias de su empresa de apuestas on-line. ¿Sabes que está negociando comprar una compañía de seguros española? No puedo comentar nada más, pero es de las más conocidas. Estuvo dando instrucciones a sus delegados por teléfono desde la habitación. Es alucinante escucharle hablar con esa tranquilidad de miles de millones. Me perturbó tanto que me fui al baño. No quería seguir oyendo y aproveché para darme una ducha. No quería saber nada más del asunto, pero él lo hablaba sin pudor ante mí, con la confianza de estar

con quien quiere pasar el resto de su vida.  
¿No es maravilloso?

Tienes razón al echar en falta alguna alusión a cómo se ha desarrollado nuestra intimidad; pero es que ese es precisamente el detalle que hace que se derrumbe tu teoría de que se trata de un depredador y mi temor de que su único interés es sumarme a su colección de muñecas rotas.

Mi querido Arturo, te puedo asegurar que no trató en ningún momento de pasar más allá de algunos besos y carantoñas. ¿Qué más pruebas quieres de que no trata de aprovecharse de mí? ¿De que le intereso de verdad? Habría sido de esperar que tratara de que fuéramos a mayores en la intimidad de la habitación; pero para tu sorpresa, y confieso que para la mía, ni lo intentó. Todo el tiempo se comportó como un caballero. Creo que con esto tus

temores disminuirán. ¿A que sí?

No puedo evitar sonreírme cuando pienso qué cara se le quedaría a doña Elvira y a cuantos han murmurado sobre mí si me vieran entrar del brazo de Víctor Alcalá, uno de los clientes más importantes de la notaría, donde tiene escriturada buena parte de sus negocios. ¡Qué pequeño es el mundo!

Un beso, amigo mío.

Penélope

Asunto: No es normal

De: **Arturo Colomer**  
(artucol@hotmail.com)

Enviado: viernes, 12 de junio de 2015  
19:13:42

Para: Penélope Soler  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Mi querida amiga, lo que me cuentas no

es normal. Una cosa es que se comporte caballerosamente y otra muy distinta que si siente atraído por ti no te lo demuestre. Es inevitable la pasión entre dos personas que se atraen. No es normal que no haya habido ni un episodio subido de tono. No me cuadra, mi niña. Tú misma esperabas algo más, ¿verdad? Claro, lo natural, y esto no lo es. No sé yo, pero hay algo en ese individuo que no me acaba de convencer y no sé qué es. El tiempo lo dirá, pero tú, tesoro, ve con cuidado. ¿Me lo prometes?

Tenme al corriente, perla.

Un montón de besos.

Arturo

Asunto: ¿Estás bien?

De: **Arturo**  
(artucol@hotmail.com)

**Colomer**

Enviado: viernes, 12 de junio de 2015

19:13:42

Para: Penélope  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Soler

Hola, Penélope. ¿Cómo estás, querida?  
No sé nada de ti en varios días. Supongo  
que estarás viviendo intensamente en tu  
nube con Víctor. Ya me dices algo.

Besos, Arturo.

¿Cómo que por qué te llamo al teléfono de la galería, Penny? ¡Porque no hay forma de hablar contigo por el móvil! No me lo coges desde que regresaste del castillo. Quería saber de ti. No me has contestado a los últimos whatsapp que te he enviado. ¡Si hasta te enviado un email desde la inmobiliaria! ¿Que no has podido mirar el correo? ¿Y eso, nena? ¿Tan atareada estás? ¡Qué me dices! ¿A Canadá? ¿A las Montañas Rocosas? ¿Cuándo? ¡Pero si eso ya está ahí! Que cierras la galería por vacaciones de

verano. Si eso lo entiendo. Pero bueno, vamos a ver, explícamelo más despacio porque estás desatada, querida. Sí, que Víctor quiere llevarte como su pareja a una convención de su empresa, sí, ya me lo has dicho tres veces, reina. Sí, que te va a presentar como su pareja ante los directivos. ¡Habrá que buscar un vestido precioso! ¡Ah! Vale. Seguro que es precioso, pero habría sido mejor que el vestido te lo hubieras elegido tú misma, ¿no crees? Me habría encantado acompañarte a elegirlo. ¡Qué rabia! Ah, comprendo. ¿Más vestidos de gala? ¿Cuántos? ¡Qué barbaridad! ¿Es que todas las noches vais a estar de fiestón? ¡Qué nivel, nena!

Mira no sé, a mí todo esto me descentra. Pero ¿qué quieres que te diga? Pues que lo disfrutes antes de que se acabe. ¿Que no se va a acabar? ¿Y eso?... ¿Que te ha pedido qué...? ¿Ya? ¡Pero si acabáis de conoceros! Mejor dicho, ¡no habéis acabado de conoceros! Ni siquiera habéis empezado. Penélope, cariño, no sé qué decirte. Mira que yo he sido partidaria del ejecutivo desde el principio... pero entre algunas cosas que me has contado y estas prisas... Mira, nena, que has salido de Guatemala, no te metas en Guatepeor.

¿Cómo que dejar tu trabajo? ¡Ni se te ocurra! ¡Ah, vale, me habías asustado! Menos mal que no has perdido la cabeza

del todo. Eso sí, cuando estéis casados te lo piensas. ¡Ni se te ocurra hacerlo sin haber firmado los papeles en el juzgado! Que ya sabes cómo son los hombres, que luego donde dije digo, digo Diego.

Bueno, Penny, que me alegro de encontrarte tan feliz.

Una cosa, casi se me olvidaba ya, lo del móvil. ¿Qué pasa que no contestas? ¿Estropeado? Ah, que Víctor se dio cuenta de que no funcionaba bien y lo ha enviado a reparar. Oye, nena, pues con ese novio tan rico que tienes bien podría regalarte uno nuevo en vez de retirarlo de tus manos para que lo reparen... Oye, ¿y cómo supo él que no funcionaba bien?

Ya veo, él se quedó sin batería y le hizo falta el tuyo... No sabía que esa ordinariez también les ocurre a los millonarios.

Mira, cariño, no sé yo, pero no me hace ni pizca de gracia que te quedes incomunicada. Ponte seria, que te devuelva tu móvil o que te procure uno ya mismo y con el número que tenemos tus amigos. ¿Me escuchas? Pues que sea verdad lo que dices. Llámame en cuanto tengas el móvil. Tenemos que vernos antes de que te marches a las *Rockies*. Yo también, guapa. Cuídate. Besitos.

Asunto: Regreso a casa

De: **Arturo Colomer**  
(artucol@hotmail.com)

Enviado: lunes, 10 de agosto de 2015  
10:20:15

Para: Penélope Soler  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Mi querida niña:

Ya estoy en casa. Anoche pude dormir en mi cama tras tantos meses de ausencia. Es uno de los placeres más sencillos y completos que concibo en estos momentos de mi vida.

Sin embargo, no pude evitar que me embargara la tristeza al saber que no íbamos a coincidir, ya que ibas de camino a

Canadá cuando yo estaba volando hacia España.

Por fin conocerás las nieves perpetuas y la majestuosidad de las Rocosas, pues aun en pleno mes de agosto, sus glaciares y sus bosques te ofrecerán un espectáculo único en el mundo.

Espero que tengas un feliz viaje y cuando llegues a tierras americanas este correo amigo te reciba con cariño.

Habría dado cualquier cosa por darte un abrazo al regresar. Lo reservaré para tu retorno.

Tu amigo, que te quiere,  
Arturo

Octubre deslizaba a Santiago Ramírez por la pendiente de la melancolía. Los días acortados y la lluvia le recordaban los años pasados en el País Vasco. También le causaba el efecto de que las noches eran más largas y solitarias. Apenas eran las diez de la noche y no podía concentrarse en la lectura del último título de su escritora de novela negra favorita, ni sentía necesidad de dormir. Tampoco sirvió de mucho apretar el botón del mando a distancia para pasar de canal en canal de

televisión. Las series policiacas le cargaban. Era como llevarse el trabajo a casa, pero encima envidiando los medios que despliegan sin pudor los guionistas norteamericanos.

Encendió el ordenador. Una cosa le fue llevando a otra, y esta otra, a la página en la que varios meses atrás se registró con la esperanza de encontrar una aguja en un pajar. Apenas la había visitado y pronto se rindió. Solo se había decidido a solicitar contacto a una mujer, pero ella nunca respondió. Era cierto que la irrupción inesperada de Marisa también tuvo que ver. Sin embargo, aún influyó más en que no volviera a intentarlo con otras mujeres

que se habían registrado en el portal en el que, a las claras, la mayoría mentía en su edad, estudios y gustos. Resultaba llamativo que la mayoría hablase tres idiomas, adorase la música clásica y practicara deporte habitualmente y que, sin embargo, las fotos de sus perfiles no reflejaran una vida saludable. Incluso muchas de las imágenes habían sido tomadas antes de aparecer la fotografía digital. Pero, sobre todo, perdió el interés porque la mujer a la que le envió su solicitud desapareció de entre las disponibles. Era lógico que un rostro tan refrescante y dulce durara lo que un caramelo en la puerta de un colegio.

Aún la recordaba con detalle. Le

había impactado la expresión del rostro de aquella mujer, aún joven, de aspecto frágil, pero con una gran fuerza interior. Sus ojos serenos, marrones como su cabello, le habían transmitido una paz que solo alcanza quien ha atravesado desiertos, soportado tempestades, sobrevivido a naufragios y remontado ríos de fuego. Sin embargo, su sonrisa, que remarcaba sus pómulos, hacía aparecer unos hoyuelos y transmitía una expresión de alegría auténtica y sin aditivos. Le habría encantado poder charlar con ella y conocer su voz.

Dio por sentado que aquello era algo que ya no podría ocurrir. Por eso, cuando esa noche la vio de nuevo entre

los perfiles que se habían incorporado recientemente, su sorpresa fue mayúscula. No se lo pensó dos veces. No podía perder esta segunda oportunidad. Le envió de nuevo la solicitud para contactar. Se controló para no volverla a enviar a los pocos minutos.

Para evitar tentaciones, decidió que lo mejor sería salir de la página o la impaciencia le reconcomería y ella podría rechazarle por su insistencia. Un sonido semejante a una gota de agua le detuvo. El corazón le dio un vuelco. «Buenas noches, Santiago». Ella le había respondido. «Gracias por enviarme tu gentil invitación para estar

en contacto. Saludos. Paula».

Buenas noches, buenas noches... ¿cuánto hacía que no le dedicaban esas palabras con la dulzura que intuía tras ellas? Su instinto le decía que aquella mujer era especial y que no quería quedarse sin comprobarlo. «Buenas noches, Paula. Gracias por aceptar mis saludos. Me siento muy honrado por ello y me has dado una gran alegría. Me encantaría conversar contigo por el chat y que nos conociéramos mejor...».

Santiago ansiaba que llegase cada noche la hora convenida para conversar por el chat. Se sentaba frente al ordenador con un cosquilleo interno que reconoció como una antigua emoción: la

ilusión. Tecleaba cada noche con dedos ágiles respondiendo a las conversaciones que mantenía con Paula, el seudónimo utilizado por Penélope. Sonreía con las ingeniosas respuestas de la mujer e intuía la sonrisa de ella al otro lado a sus galanterías, sinceras y espontáneas, ante la impresión que recibía de su forma de expresarse, de su punto de vista en los temas que abordaban cada día.

Una noche sorprendió a su corazón latiendo alborozado al comprobar que ella había tomado la iniciativa y le invitaba a conversar de nuevo. Santiago no se lo pensó y le envió su número de teléfono por si algún día ella se decidía

a mantener una conversación más personal, a conocerse mutuamente por la voz. Le ofreció la posibilidad a Penélope de que utilizara el modo de llamada con número oculto, para que ella se sintiera segura. Solo conocería su número de teléfono cuando ella lo decidiera. Mientras tanto, seguirían manteniendo sus conversaciones por el chat.

A la espera de la reacción de aquella mujer, cuya sonrisa impresa en la fotografía del perfil no podía dejar de mirar, Santiago sintió el vértigo del trapecista cuando se lanza al vacío. Confió en que el trapecio no oscilara descompasado y alcanzarlo en su vuelo

a ciegas. Se conocía muy bien, sabía que una vez en el aire como se encontraba, si caía, el recorrido le resultaría escalofriante y, el golpe, demasiado duro. Difícilmente volvería a arriesgarse con un nuevo salto nunca más.

Junto a su portátil, el móvil de Santiago por un instante vibró ligeramente sobre la mesa y comenzó a sonar. Alguien le llamaba con número oculto.

Tras charlar un rato, Penélope se despidió de Ana a la salida del taller de dibujo y pintura. Habían retomado sus clases después de que la galería reiniciara su actividad tras las vacaciones de verano.

Aún hacía calor en Castellón y Penélope conducía su coche en dirección a su casa, con la ventanilla bajada y disfrutando de la agradable temperatura del anochecer. Dejó aparcado su vehículo cerca de su apartamento y se dirigió hacia el portal.

Introdujo la llave en la cerradura y la cerró con cuidado, para que no vibraran los cristales con un portazo innecesario ni molestar a los vecinos. Fue a encender la luz para subir los escalones que llevaban hasta el ascensor, cuando vio en la oscuridad del fondo un punto incandescente y percibió olor a tabaco mentolado. Se le heló la sangre. Reconoció la silueta de quien la estaba esperando allí, cubierto por las sombras junto al ascensor. Al instante, el volumen de una figura emergió de la oscuridad y dio unos pasos hacia ella, deteniéndose al borde de los escalones. La luz que provenía de las farolas iluminó los ángulos del rostro de Lluís.

Comenzó a descender los escalones con parsimonia y una sonrisa cínica. Se acarició la barba.

—Hola, preciosa.

—¿Qué quieres? —respondió

Penélope.

—Saludarte... Es lo que hacen los amigos, Penélope.

—Tú no eres amigo mío y límpiate la boca antes de pronunciar mi nombre.

—¡Ja, ja, ja,...! ¡Pero qué melodramática eres! —dijo el hombre, y se aproximó a Penélope y la tomó por la barbilla—. ¿Sabes que eso me pone, preciosa?

—¡No me toques! —gritó ella apartándose de un salto.

—¡Tranquila, nena! —dijo Lluís soltándola con brusquedad—. Solo he venido a recordarte que tenemos una cita el mes que viene —dio una calada al cigarrillo—. Vamos, para que vayas organizándote... Y para verte, que siempre es una gozada... —Soltó el humo lentamente, hacia abajo—. La verdad es que cada vez que te veo estás mejor... —Lluís se rio y añadió acariciándole un mechón de la coleta—: Yo creo que a ti esto también te pone, aunque no lo reconozcas.

—Si ya has dicho todo lo que tenías que decir, márchate —dijo irritada ella dando un manotazo en el aire para que dejara de tocarle el cabello—. Y haz el

favor de no dejarme más «avisos» debajo del felpudo.

—¿Avisos? ¿Qué avisos? — preguntó, serio, Lluís—. No sé de qué me hablas.

—De las revistas asquerosas que dejas...

Lluís la interrumpió:

—Pero ¿qué me estás contando? Tú sabrás en qué te has metido. A mí no me líes —dijo amenazante Lluís—. Si estás tramando algo para deshacerte de mí, ¡ten cuidado! El mes que viene, no lo olvides.

Abrió el portal y se largó dando un portazo que hizo temblar los paneles de cristal de la puerta y resonó en todo el

inmueble.

Penélope subió despacio los escalones que la condujeron al descansillo del ascensor. Estaba aturdida, ahora no sabía a quién más debía temer.

Ana aliñaba la ensalada que habían pedido para compartir. Penélope regresaba junto a ella después de ir al cuarto de baño de la pizzería. Al instante, la camarera les servía las respectivas comandas: una *pizza* cuatro quesos para Ana y unos *tagliatelle ai funghi porcini* para Penélope. El aroma de aquellas dos especialidades italianas resultaba irresistible.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a ir o no? —preguntó Ana mientras dividía en porciones su *pizza*

ayudándose del cuchillo de sierra y el tenedor.

—Me lo estoy pensando —respondió su amiga mientras utilizaba una cuchara para enrollar en el tenedor una porción de *tagliatelle*—. No sé, Ana, qué pensar de mí misma. Debo de estar loca. Al final, va a tener razón mi ex.

—¡Ni se te ocurra pensar esta tontería! ¿A qué viene eso?

—Viene a que no hace dos meses que he roto con Víctor y ya estoy chateando con otro hombre y, encima, me atrae mucho —dijo Penélope tras limpiarse con la servilleta. Hizo una pausa y prosiguió—: Tendrías que oír su

voz, Ana. ¡Es tan masculina! —Se detuvo y su mirada quedó suspendida en el aire—. Pero, sobre todo, es la sensación de sinceridad que me da. —Y centró de nuevo la mirada en Ana—. No habla más de la cuenta ni es zalamero. Por otro lado, no sé... —dijo dejándose caer contra el respaldo de la silla—, me da miedo estar construyéndome otra vez un ser imaginario y que luego la expectativa no se cumpla.

—No sé por qué te martirizas con que si dos meses, dos años o dos siglos... —dijo Ana—. Víctor está muerto para ti y, espero, que bien enterrado. ¡Menuda sorpresa con el ejecutivo de alto standing! ¿Quién lo iba

a pensar? —dijo Ana, y tras dar un sorbo a su copa de vino de Chianti, añadió—: Lo importante es que has sabido escapar de sus garras y tienes que seguir adelante. ¡Y eso es lo que estás haciendo!

—Esa es mi sensación —asintió Penélope—. Que he dejado atrás una etapa que no volverá. Fíjate, Ana, ¿sabes lo que pienso cuando miro atrás? —dijo abandonando los cubiertos a ambos lados del plato—. Que tenía que vivir esta terrible experiencia con Víctor para terminar de purificarme, para estar en disposición de merecer un amor de verdad.

—¡Pero qué dices, Penny! ¿Que hay

que pasarlo mal para que te vaya luego bien? —rió sarcásticamente Ana—. Pues no parece que funcione así. ¡Mira cómo estamos la mayoría de las mujeres!

—No te hablo de mujeres ni de hombres... —replicó Penélope—. Ni de que el sufrimiento te garantice la felicidad —negaba con la cabeza—. ¡No es eso, Ana! Lo que te quiero decir... —se ayudaba de gestos para dar más énfasis a sus palabras— es que... no es el sufrimiento lo que purifica, sino el aprender de él, el ser consciente de que si he sufrido no es porque Ildefonso o Víctor me hayan hecho daño queriendo o sin querer, sino porque yo les he

permitido que me lo hagan.  
¿Comprendes?

Penélope se detuvo, dio un sorbo a su copa de vino y prosiguió:

—Es más, me he preguntado a mí misma por qué lo he consentido con Víctor, teniendo la experiencia tiránica de Ildefonso. Y creo que sé por qué.

Ana dio otro sorbo a la suya y asintió para animar a su amiga a que continuara.

—Es muy difícil decir esto —dijo en tono confidencial y tragó un poco de saliva—. He descubierto que lo que me ataba a Víctor eran mis expectativas. Me ataba a él un espejismo de lujo y ascenso social. Con él a mi lado, todo

un mundo material estaría a mi alcance, pero un mundo sin alma. —Penélope dirigió una mirada arrepentida a Ana—. Por eso me empeñaba en no perder a Víctor, en aferrarme a él por mucho que Arturo y tú me insistierais en que tuviera cuidado y que saltara cuanto antes de esa relación que me estaba absorbiendo. Yo no lo veía, porque no quería verlo —dijo con firmeza—. Pensaba que él iba a ser mi última oportunidad.

—¿La última oportunidad de qué, Penny?

—De que me quisieran y también de ser más de lo que soy. Creía que teniéndole a él iba a tener lo que nunca podría conseguir por mis propios

medios. —Se sonrió con tristeza—. Fíjate, creí que iba a tenerlo todo, cuando en realidad me estaba perdiendo a mí misma. ¡Qué ilusa! Creerme que iba a vivir en un paraíso y me encontré metida en un infierno. Que tendría la vida resuelta cuando, en realidad, quedó disuelta.

Penélope se detuvo, dio un par de sorbos al Chianti y añadió mirando fijamente a su amiga:

—¿Sabes, Ana? ¡Nunca me he sentido más pobre que alojada en el hotel más exclusivo del mundo junto a Víctor! Ya no quiero sentir más esa maldita sensación de que todo lo que me rodea son formas caprichosas que

adopta la materia, fría y vacía, y que no tienen sentido por sí mismas —relajó las cejas arqueadas por la expresión—. Ana, ahora sé que lo que nos rodea solo adquiere sentido si se lo damos nosotros con nuestra voluntad. Nuestro entorno permanece a la espera de que lo llenemos de contenido. Basta con una molécula de amor, cuya presencia todo lo transforma y la realidad adquiere una maravillosa vibración: la de la vida auténtica, la que te conecta con lo más profundo del Universo. —Penélope sonrió—. Y ese no es un lugar lejano, sino que está aquí, Ana, está aquí mismo: en los ojos de quien nos mira con cariño.

Ana terminó de masticar y se limpió con la servilleta. Dio un largo sorbo al vino y habló:

—¡Buff, te habrás quedado nueva después de lo que has soltado! Anda, come, que se te va a quedar fría la cena. —Ana se sonrió y le tomó la mano a su amiga—. Cuánto me alegro, Penny, de que hayas aprendido tanto, y lo dices de una manera... ¡que hasta creo que te he entendido!

Las dos amigas rieron a gusto la ocurrencia de Ana, que se detuvo al recordar algo que le intrigaba y preguntó:

—Oye, Penny... Por cierto, lo del asunto ese tan feo de las revistas

pornográficas que te encuentras debajo de tu felpudo... ¿ya sabes quién te las pone? ¡Tiene que ser Lluís, para presionarte, seguro! ¿Quién si no?

—No lo sé... —respondió, preocupada, Penélope—. Yo también pensé las primeras veces que era Lluís, para que no me olvidara de pagar su chantaje —y añadió mirando fijamente a Ana—, pero con lo último que ha ocurrido no creo que sea él.

—¿Lo último, nena? ¿Qué ha pasado? ¡No me has contado nada!

—Ayer, cuando regresaba a casa después de que acabáramos el taller de pintura, me lo encontré en mi portal. Me estaba esperando.

—¡Qué me dices! —dijo asustada su amiga—. ¡Qué susto! ¿Te hizo algo?

—No, no; pero pasé mucho miedo, aunque no se lo quise demostrar. Pero ¿sabes?, le dije que no me dejara más avisos debajo del felpudo y no sabía de qué le estaba hablando.

—Estaría disimulando, es un canalla —dijo Ana con rabia.

—No. Sé que no mentía. Se le notó el desconcierto de quien no sabe nada del tema. Es más, se pensó que era una patraña mía, que yo estaba tramando algo contra él —y añadió Penélope, dejando los cubiertos a cada lado de su plato—. Pero ha sido lo de esta mañana lo que me ha convencido de que se trata

de otra persona...

Ana se limpió con la servilleta y dejó sus cubiertos sobre el mantel.

—¿Otra persona, Penny? ¿No será el tipo ese anónimo que te lleva frita insistiéndote por el chat de la página de contactos? No sé, por pensar en alguien.

—Pero no tiene sentido... —dijo Penélope—. ¿Cómo va a saber dónde vivo el pesado del chat? Además, no me ha dicho nada que me haga pensar que me conoce. ¡Y como su perfil no tiene foto...! Pero la verdad es que es insistente hasta la náusea.

—¿Y no será Víctor de incógnito con un perfil falso?

—No —negó rotunda Penélope con

la cabeza—, estoy segura de que no. No es su estilo ni tiene nada que ver con él. Además —añadió mirando de frente a su amiga—, desde que le envié la carta, Víctor dejó de insistir y de molestarme. Incluso retiró ese detective privado que me seguía a todas partes.

—Pero Víctor no es de los que se rinden fácilmente, ¿eh?... —dijo Ana dando un sorbo a su copa.

—Ya lo sé, Ana. No es que no se rinda, es que no admite un no. Pero esta vez tendrá que rabiar de soberbia y tragarse cómo una mindundi como yo le deja y no quiere saber nada más de él ni de sus lujos —dijo Penélope enarcando las cejas y tras dar un sorbo a su copa.

—¡Pero cuéntame ya qué ha pasado esta mañana! —reclamó su amiga en tono de reproche cariñoso.

—¡Ah, se me olvidaba! —rio Penélope y añadió con semblante serio —: Cuando fui a coger el coche esta mañana para ir a la galería —dijo Penélope—, me encontré con unas frases escritas con rotulador grueso en los cristales de las ventanillas... —Tragó saliva—. Eran asquerosas... Decían las guarradas que me haría si... ¡Imagínate!

—¡Dios mío, Penny! Eso es cosa de un loco, ¿no?

—Eso es lo que parece y más viendo su letra... Por eso no pienso que sea Víctor: ni es su estilo, ni su letra, ni las

intenciones.

—¿No será su detective? —dijo

Ana.

—No lo creo para nada... —afirmó Penélope—. No tendría sentido asustarme con algo así. Ya te digo que no tengo ni idea de quién puede ser.

—¡Pero esto tienes que denunciarlo, Penny! —dijo con temor—. No me gusta nada y me da miedo que te haga algo ese chalado...

—Ya lo he denunciado esta misma mañana. Me fui de inmediato a la policía. —Hizo una pausa y trató de relajarse con un suspiro—. La verdad es que ahora se me ha pasado el susto, pero cuando me encontré esta mañana con la

sorpresita... Me dio mucho miedo, la verdad. —Tragó saliva—. ¡Temí que pudiera estar cerca observándome! Solo de pensarlo, se me pone la carne de gallina.

Penélope dio otro sorbo a su Chianti y añadió:

—Menos mal que con los asuntos de la galería y con darle vueltas a si quedo o no con este chico, con Santiago, he tenido la cabeza ocupada.

—Bueno, en definitiva, Penny, después de estar tonteando todo este tiempo por teléfono con el funcionario, ¿vas a salir con él o no? —Se sonrió y añadió—: Con lo mono que es, con esa barbita y ese cabello tan negro y esas

canitas, las justas, por encima de las orejas y esa mirada... ¡Yo no me quedaría sin probarlo! —Y le dio un malicioso bocado a la porción de *pizza* que tenía en la mano.

Penélope enrolló sus *tagliatelle* y los masticó despacio manteniendo en vilo a su amiga, que se impacientaba esperando la respuesta.

—¿Qué vas a hacer? —insistió Ana con un soniquete infantil—. ¡Venga, va, dímelo, que seguro que ya lo tienes pensado!

Penélope se sonrió, se mordió el labio con picardía y respondió:

—Lo que me pide el corazón: quedar con Santiago.

Ana también había retomado con nuevas energías sus clases de dibujo y pintura tras la reapertura de la galería después de las vacaciones de verano. Durante las dos horas que duraba la clase, Arturo se encargaba de atender personalmente a los clientes para que Penélope no la perdiera y siguiera progresando en su evolución artística. Era curioso observar como sus últimas obras eran muy diferentes a las primeras que produjo y, sin embargo, conservaban un estilo que las hacía perfectamente

reconocibles como suyas.

De vez en cuando, Arturo se paseaba por entre los caballetes de los alumnos del taller y, al llegar a la altura de la espalda de Penélope, cruzaba miradas cómplices con la profesora, que asentía discretamente haciéndole partícipe de su aprobación y admiración por la calidad de la obra de la alumna. Arturo no podía reprimir una sonrisa de satisfacción como la de quien disfruta viendo crecer un tesoro.

Arturo continuó su recorrido entre los alumnos y al llegar junto al caballete de Ana, le susurró al oído:

—Ana, le ruego que tenga la amabilidad de quedarse unos minutos

después de acabar. Necesito hablar con usted.

—¿Y Penélope? —preguntó Ana en voz baja.

Él continuó en el mismo tono confidencial:

—Lo que tengo que decirle, ella no lo debe saber.

—Está bien... —asintió intrigada por el misterio con el que se conducía el amigo y jefe de Penélope.

Al acabar la clase, Ana se las apañó para convencer a su amiga de que tenía que hacer unas cosas por el centro. Se aseguró de que Penélope se había marchado en su coche, para regresar a la galería. Arturo la esperaba con la

persiana metálica a medias, y cuando Ana entró en la galería, la recibió con un galante beso en la mano, agradeciéndole que hubiera atendido su petición.

—Se preguntará qué es lo que pretendo, ¿verdad?

—La verdad es que sí —respondió—. No sé qué intenciones lleva, pero antes de que empiece a soltarme algún rollo, ya le digo yo que a mi amiga no le voy a hacer daño, ¿le queda claro?

Arturo sonrió y la invitó a que pasara al fondo de la galería, donde se encontraba la zona destinada al despacho de Penélope. Le ofreció uno de los cómodos asientos que disponían para los clientes. Él acercó otro y se

sentó frente a ella, dejando a un lado la mesa de cristal templado.

—Los dos la queremos mucho, Ana. No tema. Se trata de todo lo contrario y necesito su ayuda para conseguir lo que me he propuesto.

—¿Mi ayuda? —dijo ella extrañada.

—Sí. Necesito que me facilite ciertos datos que usted, como buena amiga de Penélope, debe conocer.

—¿A qué datos se refiere?

—Cosas que usted sabe de Penélope. Sobre gente que ha tenido relación con ella.

Ana miró al jefe de su amiga entrecerrando los ojos y respondió:

—No sé si me gusta esto, Arturo...

Gente que ha conocido... Ella le cuenta a usted lo que considera oportuno. Es más, tengo entendido que lo sabe todo. ¿Qué más quiere?

—Precisamente por eso —asintió con la cabeza—, porque estoy enterado de todo. Me he propuesto un objetivo.

—¿Qué demonios quiere? —preguntó Ana con inquietud.

El hombre se envaró ligeramente en su asiento, respiró hondo y pronunció con tono solemne:

—Hacer justicia, Ana. —Los ojos pardos de Arturo adquirieron una ligera tonalidad amarilla al levantar teatralmente las cejas y clavarlos en los de ella—. Hacer justicia.

El aire soplaba suave de levante en el paseo marítimo de Peñíscola. El sol no acababa de asomar, velado por un entramado de nubes grises. El mar mantenía sus aguas tan mansas en la playa que las gaviotas flotaban agrupadas en círculo. Una gaviota levantó el vuelo, sobrevoló la arena y planeó con sus alas abiertas hasta posarse en el paseo. Caminó graciosamente hasta llegar cerca de Santiago, que daba vueltas delante de la figura de un dragón de *trencadís* que

surgía de las entrañas del suelo.

Un cierto nerviosismo, más propio de un novato, comenzaba a apoderarse de él. Se pasó mentalmente revista para convencerse de que todo estaba en su sitio y a la altura de las circunstancias: chaqueta gris sobre una camisa y pantalón negros, y una gabardina; le daban un aspecto muy varonil y relajado a un tiempo.

Quedaban cinco minutos para que fueran las doce del mediodía, la hora acordada. El levante empujó con suavidad las últimas nubes liberando un sol cálido que llenó el espacio de una luz repentina, descubrió el celeste del cielo, pintó de azul el mar y doró la

arena. Una mujer menuda se aproximaba hacia él con una sonrisa. La reconoció sin lugar a dudas.

Santiago se acercó sonriente y le extendió su mano. «Encantado de conocerte, Paula». Ella sonrió y se la estrechó sintiendo su calidez masculina. «Igualmente, Santiago». Los dos recibieron la piel del otro con la naturalidad de lo familiar y la sensación de conocerse desde muchos años atrás, de antes de su propia memoria. Ella le había llamado por su nombre y él descubrió al escucharlo una sonoridad hasta entonces desconocida, que en la boca de Penélope cobraba sentido y, por primera vez, lo encontró hermoso.

Santiago temió que ella pudiera escuchar el alboroto de su corazón. Era infinitamente más bonita y deliciosa que en fotografía.

Se encaminaron sin prisas hacia el castillo. Él acompañó su caminar al de ella. Su feminidad le envolvía y su charla le estimulaba a seguir conversando y disfrutar de la controversia y de los puntos en común.

A medida que se iban adentrando en el corazón secreto de la fortaleza medieval, caminando por estrechas calles de fachadas blancas y añil salpicadas de geranios, iban acercándose entre ellos sin proponérselo. Se detuvieron admirados

ante el encanto mágico de la casa de las conchas, cuya fachada totalmente cubierta por caparazones de moluscos perfectamente dispuestos parece surgida del fondo del mar.

La visita al castillo les impactó más de lo que habrían esperado. Ambos lo habían visitado muchos años atrás. Sin embargo, les resultó como si lo descubrieran por vez primera y percibieron una magia que no recordaban. La sobriedad y majestuosidad de la construcción los sobrecogió y disfrutaron de los detalles de su historia con una intensidad que no recordaban en la ocasión anterior.

Al mediodía eligieron un lugar

típico para comer con vistas al mar. A Santiago, la manera de hablar de Penélope, su sentido del humor y su risa le arrancaron carcajadas que dormían en rincones olvidados. El largo paseo por las callejuelas en torno al castillo le supo a poco a Penélope. Su acompañante era de conversación interesante y sus sabias reflexiones le iban descubriendo a un hombre paciente, sensato y contenido, de mirada honesta y limpia, que le sonreía con los ojos y con su boca sugerente. Estuvo a punto de confesarle su verdadero nombre en un par de ocasiones, pero decidió reservarlo para una posible futura cita.

La tarde se les voló de las manos.

Las nubes regresaron comenzando a tomar posiciones apretándose entre ellas. El hechizo que hizo posible disfrutar de un día de primavera en otoño se iba agotando con la caída del sol tras los montes.

Desde lo alto de la fortaleza, apoyados en la muralla junto al faro, Santiago y Penélope se asomaban al mar que se abría ante ellos llenándolo todo de azul majestuoso, remarcando la curvatura del planeta. Veían dibujar estelas de espuma salobre a los barcos que se recogían al abrigo de la bahía. El mar no cesaba de enviarles su olor fresco y salado hasta lo alto de la muralla con cada chasquido amable de

las olas contra el peñasco. Había llegado el momento de despedirse y se resistían en silencio a dejarse ir mutuamente.

—Debo marcharme, Santiago. Lo he pasado maravillosamente bien.

—Yo también he disfrutado mucho —dijo él asintiendo—. Podríamos quedar otro día, si te apetece, Paula —propuso con ojos y labios sonrientes.

Penélope sonrió feliz y asintió:

—Claro, ya nos llamamos.

—Bueno, ya me llamas tú, que no tengo tu número —dijo él.

—Vale, yo te llamaré —asintió mirándole a los ojos.

—¿Y cómo sé que lo harás? —dijo

Santiago sonriente—. Dame una garantía.

—¿Una garantía? ¡Uhm! Bueno... —dijo Penélope riendo—, ya que estamos en un castillo medieval, te daré una prenda en prueba de que cumpliré mi palabra. —Y se desprendió del pañuelito de seda que llevaba anudado al cuello y se lo entregó.

Santiago lo tomó con cuidado y aspiró respetuosamente el aroma que desprendía. Penélope se conmovió al percibir en él una ternura que contrastaba con su aspecto tan masculino y viril.

—Lo conservaré como un tesoro y te lo devolveré cuando nos veamos —dijo

él con su voz vibrante y cálida y vio en los ojos de Penélope un destello de ilusión que le contagió de alegría y energías renovadas—. Vamos, te acompaño al coche.

—Aún no me has dicho en qué administración trabajas, Santiago —preguntó ella mientras se encaminaban hacia donde había estacionado su vehículo.

—Digamos que me dedico al tratamiento de residuos sólidos urbanos —dijo él—. No es tan glamuroso como tu galería, pero alguien tiene que hacerlo.

—Entonces, ¿trabajas para alguna empresa de reciclaje? —preguntó ella.

—Bueno, podríamos llamarla así. —

Y se sonrió.

Al llegar al coche él le ofreció su mano y ella se la estrechó. Sin soltar la de ella, cambió a un tono más solemne:

—Puedes contar conmigo para lo que necesites, Paula. Espero que me aceptes como amigo y me reveles pronto tu verdadero nombre. —Y añadió con simpatía—: ¡No olvides que tengo tu pañuelo!

Ella asintió sonriendo.

—Entonces no me dejas otro remedio que llamarte para quedar — observó con una gran sonrisa iluminándole el rostro y los ojos—. ¡Tengo que recuperarlo y descubrirte el

secreto!

Entró en su vehículo y lo puso en marcha. El hombre se apartó para que maniobrara. Respondió con su mano al saludo de Penélope y vio cómo se alejaba. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sería que la temperatura había bajado bruscamente al ocultarse el sol tras los montes de la sierra de Irtá. O, sencillamente, que ella ya no estaba a su lado.

Santiago se encontraba prestando vigilancia en un coche camuflado en las inmediaciones de un local próximo al puerto de Valencia. Taylor estaba en otro vehículo en un lugar algo más apartado. Les había llegado información que aseguraba que allí se operaba para la distribución de droga sintética a Gran Bretaña y que, además, traficaban con mujeres.

Estaba saboreando los recuerdos de la cita del día anterior con Penélope cuando recibió por radio un aviso

urgente. Nada más recibir la noticia maldijo y arrancó el vehículo de mala gana. Comunicó a la central y a su compañero Taylor que interrumpía la vigilancia y que abandonaba la posición por una emergencia.

Una vez lejos de allí, colocó el prioritario y, a medida que los coches se apartaban, fue recorriendo y atravesando a toda velocidad calles y avenidas de Valencia hasta llegar al nuevo Hospital La Fe. Aún logró dar alcance a la ambulancia justo cuando se detenía en la puerta de urgencias.

Bajó del coche y corrió hasta la parte trasera de la ambulancia que los camilleros ya habían abierto. Estaban

desplegando las patas de la camilla. Pudo ver la melena rubia desbaratada de Marina y su rostro cubierto por una mascarilla transparente. Iba semiinconsciente, sujeta por dos correaes que la aseguraban.

—¡Esperen! —gritó Santiago—. Soy su marido.

Respiraba agitado. La carrerita le recordó que no tenía completo un pulmón.

—La vamos a llevar a un box de urgencias —le respondió en medio del trajín uno de los camilleros—. En administración le darán más información.

Los vio encaminarse deprisa

empujando la camilla hacia el interior del hospital. De repente, se sintió ajeno a lo que pudiera pasarle a Marisa. Se había repetido demasiadas veces esta escena. La había vivido en tantas otras ocasiones, que le parecía una pesadilla recurrente. Otro intento de suicidio de Marisa. Cada vez más espectaculares. Hasta ahora había recurrido a los tranquilizantes. En esta ocasión había elegido un lugar público, las vías del tranvía. Afortunadamente, uno de los guardias de seguridad se percató de sus movimientos y pudo salvarla en el último instante, pero no pudo evitarle un fuerte golpe en la cabeza cuando la retiraba del alcance de la máquina.

Santiago no preguntó en el departamento de administración, sabía adónde dirigirse y habló con los médicos cuando la hubieron reconocido. Tenía un traumatismo encefálico leve, un auténtico milagro. Permanecería ingresada en observación tres días y luego, si todo iba bien, le darían el alta. Santiago asintió y les dio las gracias. Esperó a que le adjudicaran una habitación en la planta correspondiente y entró a verla.

La penumbra de la habitación invitaba a la relajación. Le pareció que entraba en una dimensión que no le correspondía, a pesar de que aquella mujer que yacía dormida en la cama de

la habitación fuera aún su esposa. La miró y vio a una extraña, como si la descubriera de repente, como si Marisa hubiera perdido la máscara que él conoció todo el tiempo como el rostro de su mujer. Escuchó su respiración confinada dentro de la mascarilla. Tampoco la reconoció. Se acercó a ella, la miró con detenimiento. Sí, se parecía a Marisa, pero ella ya no estaba. La Marisa que le había abandonado hacía dos años por un tipo que conoció en internet ya no volvería.

En su anterior reaparición, solo habían regresado los restos del naufragio de Marisa. ¡Qué forma de reaparecer entonces! ¡Y vaya modo de

irrumper de nuevo en su vida con otro espectáculo suicida! Y precisamente ahora, que comenzaba a asomar la cabeza fuera del pozo en el que había estado hundido. Ahora que veía la luz al final del túnel. Pero ¿qué hacía ella por Valencia de nuevo? ¿No había vuelto a Málaga con aquel tío después del numerito del quimono? Seguro que el tipo le habría dado la patada o sería otro... ¡qué más daba! El caso es que habría terminado bajo las ruedas del tranvía, si no hubiera sido por el chico que lo arriesgó todo por una desconocida.

Después de los tres días de observación en el hospital, tendría que

llevarse a casa para que se repusiera. No la iba a dejar en la calle en esas condiciones. Solo consentiría que se quedara en su casa mientras siguiera una terapia para desengancharse del alcohol y de los tranquilizantes. A ver si con el aliciente de poder continuar en la casa, conseguía que se desenganchara y emprendiera una nueva vida. Luego él recuperaría su soledad y su paz, pero mientras no renunciaría a seguir viendo a la mujer que había conocido si ella le volvía a llamar.

Se desprendió de la chaqueta y se quedó en mangas de camisa. Se acomodó en un sillón junto a la cama para velar el gotero. Miró por entre las

lamas de la persiana y vio brillar el sol fuera de aquella habitación sombría. Un sol que le hablaba de que existía un mundo luminoso más allá de los límites de la penumbra que le envolvía cuando estaba cerca Marisa. Cerró los ojos y se dispuso a pasar allí muchas horas y a soportar la presencia de Marisa por algún tiempo en su casa de nuevo.

Pasa y cierra la puerta. Ven, Santiago, siéntate. Te he mandado llamar porque tenemos que hablar.

Los del servicio secreto inglés han presentado una queja contra ti. No pongas esa cara. ¿Pensabas que iban a pasar por alto lo que le hiciste a Taylor? Allí no funcionan como nosotros. ¡Ya sé que te ofuscate cuando Taylor insultó a Marisa! Sí, ya sé. Tienes razón en que él no tendría que haberla llamado borracha de mierda. ¡Pero él no sabía que se trataba de tu mujer! ¡Entiéndelo, le iba a

joder casi un año de investigación! Taylor los viene siguiendo desde que salieron de Gran Bretaña y llevaba meses preparando la detención. Os podrían haber matado a vosotros, y a ella también, ¡joder!, si con la borrachera que llevaba os llega a delatar al veros allí.

Por cierto, Santiago, ¿podrías explicarme cómo apareció Marisa por aquel local de carretera? Asuntos Internos cree que te fuiste de la lengua. Pero yo te conozco bien y no me puedo creer que le hubieras contado nada a ella... Me lo estaba temiendo. Es lo que suponía. ¡Hay que joderse! Ahora, también puta...

Está claro que tienes un problema en casa que se te ha escapado de las manos. Pero tú, Santiago Ramírez, inspector de policía con más de veinticinco años de servicio, no te puedes permitir, ni por un instante, perder los estribos con un colega extranjero en una misión, estamparlo contra una pared y apretarle los huevos hasta que pidiera allí mismo perdón a tu mujer, por todo lo que le había dicho ¡maldita sea! Pero ¿en qué estabas pensando, Santiago? ¿A qué vino esa estupidez?

La verdad, te miro y no te reconozco. Me cuesta mucho encontrar algo del Santiago animoso y echado para delante con el que compartí carrera en

Ávila, en la Academia de Policía. Y luego, destino en el País Vasco... Nos tocaron los peores años, ¿verdad, Santiago?... ¡Cuántos compañeros nos hemos dejado en el camino! Asesinados o mutilados. Tú mismo te dejaste en aquella tierra un trozo de pulmón por salvarme... Resulta muy triste que ahora no le convenga a nadie acordarse de lo que hemos pasado. No resulta políticamente correcto, ¡tiene cojones! Mejor no pensarlo, porque se le revuelven a uno las tripas...

Lo cierto es que en aquel entonces tú eras el mejor infiltrándote entre los terroristas y desmantelando sus planes. ¡Cuántos llegarán a viejos sin saber que

te lo deben a ti! ¿Eh, Santi? Empezando por mí, que no olvido cómo me salvaste la vida en aquella encerrona. ¡Cabrones, cómo me la jugaron! Si no llega a ser por ti...

Por eso y porque conozco el calvario que has pasado todos estos años atrás con Marisa... Y el que estarás pasando otra vez al recogerla después de lo que te ha hecho... La verdad, ¡no me explico cómo la has vuelto a aceptar en tu casa después de que se fuera con aquel tipo...! Ya te dije entonces que ese te había hecho un favor. Te había liberado de los reproches de Marisa y de ese sinvivir constante por si cometía una locura bajo

los efectos de los tranquilizantes y el alcohol...

Tú sabrás por qué la has vuelto a meter en tu casa. Aunque yo también lo sé. Tu mayor virtud es tu peor defecto: la lealtad. Piensas que no ocuparte de ella, ahora que la ha dejado ese tío en la calle, sería una canallada y te sale el protector que llevas dentro. La generosidad está muy bien, Santi, pero solo cuando está bien enfocada; si no, te estalla en la cara.

¿Oportunidad de qué? ¿De que deje sus adicciones? ¿De que te vuelva a querer? ¡Ah, menos mal que eso lo tienes claro! Te hablo como tu mejor amigo que soy. Pero ¿cómo puedes creer

algo así? Eres demasiado orgulloso para admitir lo mal que lo estás pasando, pero a mí no me puedes engañar. Veo la derrota en tu mirada, el gris de tu vida te sale por la piel en cada poro, en las contestaciones fuera de tono a los compañeros, tan impropias del Santi que yo conocí, que solo pueden ser estallidos de rabia porque no terminas de solucionar algo que te retuerce el alma y que no tienes el valor de afrontar. ¡Maldita la gracia! Tú, Santiago Ramírez, el que fuera el ejemplo a seguir de todos los «secretas» de este país, ¡que tenga miedo!

¿Qué temes, Santiago? ¿La soledad? No, no me mires así. ¿Qué te piensas,

que yo no sé también lo que es llegar a una casa vacía que no huele a nadie, que hace años que no tiene reina? Como mucho, alguna amiga casual que quema en la cama en cuanto amanece. Con lo que estás haciendo no vas bien. Marisa es pólvora quemada. Y ya tenemos una edad, amigo. ¿Qué tienes, dos años menos que yo? Vamos, cuarenta y ocho. Pues ni tú ni yo podemos perder ni un minuto más de nuestra vida en dar palos de ciego. Pon tus cosas en orden y vuelve al Santiago Ramírez que conocí.

Bastaría con que te enfrentaras de una vez por todas con el problema que tienes en casa para mejorar los que tienes aquí. Porque aquí los tienes y muy

graves. ¿Sabes qué expediente tengo en la mano? No, ese no es. El que te ha abierto Asuntos Internos con la queja lo tengo guardado en el cajón, de momento. Este que ves es con el que voy a tratar de salvarte el culo, Santiago. Para tratar de demostrar ante Asuntos Internos que no has perdido la cabeza ni eres un policía al que hay que atar corto o expulsarlo. Que fue un mal momento y fruto del estrés y la tensión... ¿Es que aún no te has dado cuenta de que estoy tratando de que no te suspendan de empleo y sueldo o, lo que es peor, te expulsen del cuerpo?

Así están las cosas de mal para ti. Por eso, vas a dejar al UCRIF por una

temporada y te vas a ir a Castellón a investigar un homicidio... ¿Cómo que no? ¡No te estoy dando a elegir! ¡Ramírez, no estires más de la cuerda, que se va a romper! Me da igual si tienes un seguimiento a medias, ¡que lo haga otro, joder!

Vas a dedicarte a lo que yo te diga, al menos hasta que se marchen los ingleses y se olviden de ti. De esta manera, estarás alejado de ese tocapelotas de Taylor. Además, trataré de que se aplaque invitándole a una buena cena y poniéndole de *whisky* hasta el culo para convencerle de que retire la queja o, al menos, que no sea demasiado duro en su declaración ante Asuntos

Internos.

Por otro lado, les demostrarás a todos que sigues siendo un buen policía. Así que te vas a hacer cargo de la investigación de un caso doble: un homicidio y un intento de homicidio. Trabajarás en colaboración con la Guardia Civil de Castellón. ¡Haz el favor de no resoplar, cojones! Es una operación conjunta y estarán bajo tus órdenes.

Aquí tienes la carpetilla con el atestado, las fotografías y datos que ha recopilado la Guardia Civil: se trata de dos mujeres. Una fallecida, y otra que recibió un fuerte golpe en la cabeza... No, sospechoso, de momento no hay.

Pero sí que quiero que no pierdas de vista al tipo que las encontró, y que parece que es algo más que amigo de la mujer que está en el hospital.

Bueno, Santiago, ponte las pilas, macho. Los de Asuntos Internos irán en serio y de poco te va a servir tu hoja de servicios. Lo que cuenta es el presente.

No me des las gracias como jefe; no es el comisario Calabuig quien te está echando una mano, él no puede. Dáselas a tu amigo Ramón. ¿Qué te crees? ¿Que no sé que atacaste a Taylor por no embestir a Marisa al descubrir su degradación en aquel tugurio? ¿Que la rabia te cegó cuando Taylor te dijo la maldita verdad a la cara? Te conozco

bien. Sé que el alma se te partió al ver que todos tus esfuerzos por rehabilitarla habían sido inútiles.

Ahora, dedícate a arreglar tus cosas. No lo estropees, Santi. Ya no podré hacer más.

Por cierto, quiero que me tengas informado de tus progresos en este caso. Y que no me entere yo de que no te tratan bien los de la Benemérita, que para algo les envió mi mejor hombre. Venga, en marcha. Cierra la puerta cuando salgas.

La algarabía de conversaciones simultáneas en una franquicia de tapas y pinchos en un centro comercial no era el mejor entorno para hacerse confesiones mutuas, pero Roxana y Santiago no tenían muchas más opciones de ponerse al día de sus respectivas vidas si querían disfrutar de ver juntos una película en una sala de cine.

Antes de que comenzara la sesión que habían escogido, entre pinchos y sorbos de cerveza, Santiago le fue comentando su experiencia con la tal

Paula, de la que no conocía el nombre verdadero pues le confesó que era un alias para protegerse y que llegado el momento le revelaría el auténtico.

—¡Cuánto misterio, caballero! —dijo Roxana, divertida—. Pues sí que se vende cara...

—No la culpo —la justificó—. Hay mucho loco suelto y hace bien en tomar precauciones al quedar con un desconocido.

—Pero esta mujer yo creo que te dio fuerte, papito —dijo sonriente la muchacha—. Se te ilumina la cara cuando hablas de ella..., pero se te apaga después.

—Será porque no me ha vuelto a

llamar y no responde a los mensajes que le he enviado por el chat —se lamentó con fastidio—. Es la segunda vez que desaparece.

—Pero dices que estuvieron ustedes todo el día juntos y que les costó separarse... —dijo Roxana—... y que se la veía contenta y feliz... Yo te digo una cosa, papito —añadió colocando sus brazos en jarra—, si a mí no me gusta un tipo, no como con él y menos aún paso todo el día... Le cuento una milonga y ¡me esfumo!

—Ya lo sé... —asintió él—. A mí tampoco me cuadra. Por eso no se me va de la cabeza. Si hubiera notado que ella no estaba a gusto conmigo, pues me

hubiera resignado... Pero sé que estaba tan a gusto como yo... —y añadió apesadumbrado—: Pero hoy hace ya dos semanas y no ha llamado. No lo entiendo, la verdad. —Suspiró dolido y añadió—: Las mujeres sois muy complicadas. Supongo que habrá encontrado otro mejor.

—¡Eso sí que no, papito! Eso sí que no te lo consiento —dijo brava Roxana—. No sé qué mosca le habrá picado a esa mujer, pero te digo una cosa... —y añadió clavándole sus ojos atigrados en la cara—, si no te aprecia, es tonta del todo y no te merece.

—Vale, vale... —Se sonrió Santiago con benevolencia—. De todas formas, y

al margen de todo esto, te quería decir que he interpuesto la demanda de divorcio. —Cerró los ojos—. Necesito vivir tranquilo y con Marisa es imposible. —Los abrió y miró con intensidad a su amiga—. Además, no quiero volverla a ver. Ya me ha traído suficientes problemas. —Suspiró fuerte y añadió—: Al menos, hoy Marisa ya se ha ido de casa definitivamente. Incluso para ella ha sido demasiado que descubriera que está prostituyéndose y que llevaba casi dos semanas en mi casa sin acudir a la terapia.

Y dando un golpecito en la mesa, añadió:

—¡Pero hablemos de otra cosa! Que

mañana comienzo a trabajar en Castellón y quiero llegar con buena cara —y cambiando el tono de voz a uno más jovial—. Bueno, de lo tuyo qué. ¿Has pensado algo?

—Lo tengo decidido, papito: me voy a los Estados Unidos. Ya he comenzado a arreglar los papeles para la visa.

—¡Vaya! Estarás ilusionada ¿verdad?

—Ya lo creo. Mucho. —Levantó la cabeza y se limpió alguna lagrimilla que escapaba de su cristalina prisión—. Tengo allí a una prima hermana a la que no veo desde que éramos niñas... Ella me ofrece su casa. ¿No es maravilloso, papito?

—Sí que lo es, sí. Te lo mereces — dijo Santiago, y echando un vistazo al reloj, añadió—: Bueno, anda, vamos terminando de cenar que la película comienza dentro de quince minutos.

—¡Ay, papito —dijo ella aplaudiendo entusiasmada—, y la mía comenzará cuando llegue a los Estados Unidos!

Chocaron con alegría las jarras empañadas y llenas de espumosa cerveza fría, brindando por el prometedor futuro de Roxana en el país de las oportunidades.

El inspector Santiago Ramírez estacionó el coche de policía camuflado junto al Hospital Provincial de Castellón. Se dirigió hacia la entrada y localizó en el panel explicativo la Unidad de Críticos, y se encaminó hacia ella.

No era la primera vez que se adentraba en un hospital para hacer sus averiguaciones; pero sí la primera fuera de Valencia. Estaba claro que el comisario Ramón Calabuig, su jefe y amigo, *el Boss*, para sus subordinados entreverando las bromas con el respeto

que les producía, había tomado la determinación de enviarle a Castellón para poner tierra de por medio, tratar de que las aguas volvieran a su cauce y él pudiera regresar a la jefatura superior de policía en Valencia.

Al fin y al cabo, en coche apenas le suponía una hora de camino ir de su casa a Castellón y, a decir verdad, se había sentido muy cómodo y bien recibido el día anterior en la comandancia de la Guardia Civil. Incluso le habían dedicado un pequeño despacho con ordenador donde coordinar la investigación. Además, aunque no quisiera reconocerlo, albergaba la esperanza de coincidir en alguna

ocasión con Paula, que vivía en la capital de la Plana. Incluso recordaba que le comentó cuando se conocieron, que trabajaba en una galería de arte y no resultaría demasiado complicado averiguar cuál podría ser. Ese pensamiento le arrancó una sonrisa aquella madrugada, mientras aparcaba su coche en la comandancia.

Hasta el amanecer se leyó con detenimiento el atestado elaborado por los agentes de la Guardia Civil del caso de homicidio que se le había encargado investigar. Iba acompañado de un reportaje fotográfico que dejaba a las claras que había sido obra de un sádico, por la brutalidad de las agresiones que

presentaba en el rostro y en la cabeza la víctima mortal. A medida que lo leía, iba tomando notas en su libretita.

Había tenido lugar unos quince días atrás, en las inmediaciones de la torre de Colomera, una antigua torre medieval de vigilancia, levantada sobre un promontorio de la costa para avisar a la población de los ataques de los berberiscos.

La víctima mortal era una mujer de mediana edad, rubia, de baja estatura y cierto sobrepeso. En las fotografías se podía apreciar el cráneo fracturado y hundido. Había sido golpeado varias veces con un objeto contundente, al parecer una piedra que se encontró

cerca con restos de sangre y cabellos. El rostro estaba bastante desfigurado por la pérdida de un ojo y el aplastamiento de los pómulos, nariz y dientes.

Hojeó el informe y comprobó que la fallecida estaba casada, no tenía hijos y trabajaba en una notaría de Castellón. Sin antecedentes penales ni denuncias previas de malos tratos. Era vecina de la mujer que apareció con vida a su lado y que se encontraba en coma en la Unidad de Críticos del Hospital Provincial.

Del entorno de la fallecida, Magdalena Llopis Cruz, se conocían bastantes datos y ya se había tomado declaración del marido. De la mujer hospitalizada no se conocía más que su

nombre, Penélope Soler Delgado, filiación, domicilio, que era vecina de la fallecida y que trabajaba para el hombre que las encontró, Arturo Colomer, un galerista de arte.

Dadas las circunstancias, la declaración de la lesionada era fundamental para conocer qué había pasado y quién o quiénes podrían haberlas atacado o si se había tratado de una agresión mutua. Esta última posibilidad que le propuso uno de los agentes, la descartó de inmediato, dado que no aparecieron signos de que se hubiera producido lucha entre ambas. La mujer herida, al ser examinada por los médicos que la atendieron en urgencias,

no mostró arañazos que pudieran haber sido producidos en un forcejeo previo con la fallecida. Tampoco encontró el médico forense restos de ADN de la mujer herida en las uñas de Magdalena Llopis tras la autopsia.

Que hubiera tanta diferencia en las agresiones recibidas le hacía pensar que algo debió de hacer huir al agresor antes de rematar a la mujer herida o conseguir agredirla sexualmente, pues según manifestó Arturo Colomer, Penélope Soler fue encontrada boca abajo con la ropa interior bajada, aunque sin signos de violencia.

El que se encontrara en coma era una circunstancia que le dificultaría avanzar

en la investigación, pero que podría servir para localizar con mayor facilidad a personas de su entorno que se acercaran por el hospital. También necesitaba que los médicos le dieran una aproximación sobre el estado de la lesionada y si cabía la esperanza de que pudiera despertar y llegar a contar lo sucedido. Mientras tanto, dio orden a su equipo de que se solicitara con carácter urgente al juez que llevaba la causa una autorización para que les dejara acceder a los correos electrónicos, mensajes y llamadas de móvil que mantuvieran las víctimas en los últimos meses, a fin de identificar posibles sospechosos.

El silencio de la planta de intensivos

siempre le sobrecogía. Le traía recuerdos que no conseguían borrar los años. Santiago tenía clavada, en lo más profundo de su ser, la última mirada de su colega y amigo de la infancia, Roberto, cuando luchaba por respirar intubado, con sueros conectados a su cuerpo acribillado por la metralla y privado de piernas por una bomba lapa. Aún podía sentir la pegajosidad de su respiración pesada y densa bajo la mascarilla del respirador artificial. El inspector Ramírez hizo un esfuerzo por apartar el aluvión de imágenes que se le agolpaban de otros colegas ingresados en la sección de quemados, tras la explosión de bombas detonadas al pasar

patrullando por San Sebastián. Trató de distraerse leyendo los carteles fijados en un panel de corcho donde se ofrecían señoras y estudiantes para cuidar enfermos por las noches y observando el ir y venir de los sanitarios.

Continuó caminando hasta llegar a una puerta doble y se abrió paso dando un suave empujón a sus dos hojas, que oscilaron en silencio mostrando intermitentemente en su vaivén una advertencia escrita en ellas: «Solo personal autorizado». Prosiguió hasta la antesala de la unidad de cuidados intensivos y preguntó a las enfermeras que se disponían a entrar si había algún familiar de Penélope Soler. Una de ellas

le indicó que su hija se estaba colocando la ropa protectora para poder acompañarla un rato, y que un caballero que también venía a visitarla se encontraba en la salita de espera.

El inspector Ramírez se dirigió a la única persona que había en la salita. Se encontraba sentado un hombre aún más alto y corpulento que él. El cabello gris y blanco todavía resultaba más señorial con el abrigo negro de buen paño que llevaba desabrochado, dejando ver un traje gris oscuro, una camisa violeta y una corbata de seda a gruesas rayas plateadas y beis.

El desconocido le saludó educadamente al verle entrar en la sala

de espera, y Santiago Ramírez se dirigió a él presentándose al tiempo que le mostraba la placa que le identificaba como inspector del Cuerpo Superior de Policía.

Santiago se sentó frente a él y le estudió detenidamente.

—Usted dirá, inspector —dijo Arturo acompañando a sus palabras de un ligero movimiento de cabeza y un leve arqueamiento de cejas.

—¿Es usted familiar de Penélope Soler?

—No, pero soy un buen amigo —respondió Arturo.

—¿Podría decirme su nombre, por favor? —preguntó mientras abría su

libretita por donde había anotado los nombres de los implicados conocidos.

—Me llamo Arturo Colomer Villarreal.

—Ya veo... Es usted la persona que encontró a las dos mujeres y trajo al hospital a Penélope —dijo Santiago—. Además, también es su jefe, ¿no?

—Así es. Trabaja en mi galería. Ella es quien lleva la gestión, pues yo me ausento con frecuencia.

—¿Tendría inconveniente en que me pasara un día de estos por su galería para hacerle algunas preguntas? —dijo Santiago.

—No, en absoluto. Cuando quiera —se ofreció Arturo poniéndose en pie

al tiempo que él y tendiéndole la mano. Al estrecharla Santiago, Arturo apretó la del inspector impidiéndole que la pudiera apartar y le espetó—: Tenga siempre presente una cosa, inspector, yo nunca le haría daño a Penélope. No lo olvide —añadió liberando la mano del policía.

—Yo no olvido nada, pero tampoco me creo nada —dijo este muy serio—. Solo persigo la verdad hasta que la encuentro.

La irrupción de una preciosa joven en la salita logró que la tensión entre ambos desapareciera como por encanto.

—Inspector Ramírez —dijo Arturo—, permítame que le presente a Lidón

Miralles, la hija de Penélope. Lidón, hija, este señor es el policía que se va a encargar de investigar qué le ha ocurrido a tu madre.

—¿Cómo está usted, Lidón? Lamento lo ocurrido a su madre —dijo—. Como muy bien ha dicho el señor Colomer, soy el responsable de la investigación y voy a poner todo mi empeño en lograr detener a los responsables.

—Se lo agradezco mucho —respondió la muchacha—. Mi madre no se merece esto. No sé qué ha podido ocurrir y tampoco cómo va a acabar... —La joven se detuvo emocionada.

—¿Cómo se encuentra su madre?

—Sigue igual, inconsciente. Aún no ha salido del coma y los médicos no saben qué ocurrirá —explicó, angustiada—. Le hablo y le cuento cosas por si me oye. Los médicos me dicen que eso es bueno, que puede hacer reaccionar a la persona en un momento dado... Pero ya son dos semanas sin una sola respuesta...

—Pero sin empeorar —intervino Arturo—. Sus constantes se mantienen y eso es importante. —Tomando cariñosamente la barbilla de la joven, le levantó el rostro—. No hay que desfallecer, debemos confiar.

La joven asintió con una sonrisa forzada, agradeciendo el interés del

amigo de su madre a quien había conocido en aquellas tristes circunstancias.

—Disculpe, Lidón, una pregunta —dijo Santiago—: ¿Su padre no está por aquí?

—Mis padres están divorciados desde hace cuatro años. Él vino hace unos días y yo le mantengo informado.

—Claro, comprendo —respondió Santiago—. ¿Sería tan amable de darme un teléfono de contacto de su padre y el nombre? Tendré que hablar con él. ¿Podría escribirlo aquí, en esta libretita?

—Sí, desde luego —contestó Lidón y al terminar de escribir, añadió—:

Bueno, yo ya me marchó. —Y miró hacia atrás—. Todo sigue igual.

—Una pregunta, Lidón —dijo Santiago—: ¿tiene alguna idea de quién o quiénes han podido hacerle algo así a su madre?

La joven negó con la cabeza.

—Le aseguro que no. Si la tuviera, ya se lo habría dicho. Lo siento, debo marcharme. Gracias por todo, Arturo. Gracias, inspector.

—Una última cosa —dijo el inspector Santiago Ramírez—. ¿Tiene inconveniente en que pase a ver a su madre? Quisiera hacerme una idea de cómo la atacaron.

—Por supuesto que no, inspector.

Haga lo que tenga que hacer. —Clavó sus grandes ojos marrones en el policía—. Espero que atrape a quien le ha hecho esto a mi madre, y que lo pague.

Santiago asintió y vio marcharse a la joven cuyo rostro le resultaba extrañamente familiar.

—Pase usted, inspector —dijo Arturo—. No dejan más que a un visitante. Yo estaré con ella después.

—Gracias, señor Colomer.

En una habitación contigua, el inspector Ramírez se colocó la ropa protectora necesaria para poder entrar en la Unidad de Críticos: gorro, mascarilla y unas fundas en los zapatos. Abrió la puerta de acceso a la sala

donde los enfermos que se debatían entre la vida y la muerte yacían en camas rodeadas de aparatos electrónicos y conectados a tubos de diferentes grosores que invadían sus cuerpos por diferentes orificios, a través de los que se les suministraba aliento vital, gaseoso y líquido, para que continuaran aferrados a este mundo.

El inspector avanzó con cuidado de no hacer ruido ni tropezar con ninguno de los artilugios que por allí iba encontrando. Le habían indicado cuál era la cama de Penélope Soler. Sabía de ella que tenía cuarenta y siete años, una hija adulta, ahora se había enterado de que estaba divorciada y de que tenía un

amigo que la encontró con vida. Sabría algo más sobre cómo la agredieron cuando pudiera examinarla de cerca.

Llegó a los pies de la cama donde se encontraba tumbada e inconsciente. Tenía la cabeza vendada. Una mascarilla transparente que le suministraba ventilación, una sonda gástrica y dos goteros de suero y antibióticos la ayudaban a sobrevivir en su estado de coma.

Esperó a que llegara la enfermera para realizar un examen superficial de las señales que aún conservaba de la agresión. Nada más llegar, la enfermera miró al inspector y a una señal de este levantó con cuidado la sábana para que

podiera examinar los pies y las piernas de la mujer. No tenían señal alguna de lucha. Miró los brazos y las manos. Estaban intactos. Ni siquiera una uña rota o agrietada.

Santiago miró a la enfermera y ella le confirmó que la única herida la tenía en el hueso occipital. No era profunda, pero no iba a moverle la cabeza porque podría sufrir daños. Le separó la mascarilla por un momento para que pudiera apreciar cómo el rostro de la mujer presentaba algunos signos de violencia: una tumefacción y unas escoriaciones.

—Debió de hacérselo al caer al suelo —dijo la enfermera—. No hay

señales de ningún objeto contundente en el rostro, solo en la nuca.

Al ver el rostro descubierto de la mujer intubada, una oleada de calor invadió el cuerpo de Santiago y el corazón le dio un vuelco. Un ligero vahído le hizo tambalearse ligeramente.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó alarmada la enfermera ante el ligero vaivén del inspector y su súbita palidez tras la mascarilla.

—Sí, sí... —respondió Santiago titubeante—. Solo ha sido un vahído, pero ya estoy bien.

—¿Quiere que le acompañe afuera? —propuso la enfermera.

—No, gracias —dijo Santiago sin

apenas poder apartar los ojos de la mujer que yacía en la cama monitorizada —. Si no le importa, estaré aquí unos minutos...

—Claro, estaré al otro lado del cristal. Cualquier cosa que necesite...

Santiago asintió y esperó a que se marchara la enfermera. Al quedarse a solas, dio unos tímidos pasos hasta situarse a la altura de la cabeza de aquella mujer. Varios monitores a los que estaba conectada informaban con pitidos de sus constantes. Le apartó con extremo cuidado el cabello que se le había pegado en la mejilla, se la acarició con extrema delicadeza y tomó cariñosamente la mano que tenía libre

de cánulas y la mantuvo estrechada con la suya por unos instantes. Santiago notó que la mascarilla de celulosa que él llevaba sobre el rostro comenzaba a reblandecerse. Unas lágrimas sin permiso habían desbordado su contención ablandando y pegando los bordes a sus mejillas. Sintió una necesidad imperiosa de salir de allí. Soltó con suavidad la mano de la mujer. Ahora la conocía por su verdadero nombre: Penélope. Se desprendió de todas las protecciones en la habitación contigua y las arrojó en un depósito. Salió disparado del habitáculo y en el pasillo, sin detenerse, se despidió a lo lejos de Arturo Colomer con un saludo

de la mano y sin dejarse ver el rostro.

Santiago Ramírez regresó donde había dejado estacionado su vehículo. Activó la apertura de la puerta con el mando a distancia y se sentó ante el volante, cerrando tras de sí el vehículo de un golpe seco. Se colocó el cinturón de seguridad, introdujo la llave en el contacto y cuando fue a arrancar el coche, se detuvo. Se enderezó en el asiento y respiró hondo. «Por favor, ahora no», pensó. Comenzaba a sentir esa espesa sensación de ahogo que se apoderaba de él de vez en cuando, a percibir cómo los pulmones se le densificaban y eran incapaces de absorber más aire. Agobiado, se

desabrochó el cinturón y rebuscó en la guantera hasta encontrar el aerosol que le había prescrito la neumóloga para estos casos. Le quitó la tapa y lo agitó varias veces con energía. Exhaló el aire que le quedaba en los pulmones, sostuvo el inhalador frente a su boca abierta y apretó para lanzar el medicamento que debía administrarse. Respiró hondo y contuvo la respiración hasta contar diez, para que la lluvia salvadora llegase hasta lo más profundo de sus bronquios. Ahora debía esperar un minuto antes de la siguiente inhalación.

Sin embargo, Santiago Ramírez solía evitar la segunda descarga con una maniobra muy particular. Pulsó un botón

en la parte central del salpicadero y un disco compacto fue expulsado por una ranura. Introdujo otro que tenía guardado en un recoveco. Pronto comenzó a sonar un clave con los primeros acordes de *Lascia chi' o pianga*, de Haendel, suaves, aterciopelados, constantes, parsimoniosos. Se les sumaron el punteo del contrabajo y el vaivén de los arcos de los violines. Elevó el volumen hasta sentirse completamente envuelto por la voz de la soprano, aguda y ambigua como la de un *castrati*, que comenzaba a desplegar todos los matices de una escala asombrosa por la que el alma de Santiago Ramírez ascendía dejándose llevar, tratando de alcanzar la serenidad

en esos momentos en que se sentía tan vulnerable.

*Lascia ch'io pianga mia cruda sorte, e che sospiri la liberta...*

Aquella música le apaciguaba y conseguía que su corazón y pulmones se acompasaran. Su mente quedó suspendida junto a aquella voz etérea en un dulce limbo, al que no podían acceder sus preocupaciones ni sus miedos, más densos y pesados. Porque eso fue lo que le diagnosticó su neumóloga. «Santiago, tú no tienes ataques de asma, sino de miedo». Por eso ella siempre renegaba cuando le pedía que le recetase el inhalador. «Solo para emergencias, que no te hace falta.

Es psicológico». Ambos sabían que no padecía asma, ni la había padecido nunca. Era cierto que le faltaba parte de un lóbulo del pulmón derecho, pero ya le había repetido una y otra vez la neumóloga que aquellos episodios en los que sentía que el aire no entraba en los pulmones no estaban justificados por su falta, ni las pruebas de esfuerzo y capacidad pulmonar daban motivos para que pudiera ocurrir. «Son nervios, Santiago. Estrés puro y duro. Algo tienes atravesado que no te deja respirar. Mírate a ver qué es». No hacía falta que mirara muy lejos. Bastante bien sabía él qué era lo que tenía atravesado en el pecho como una lanza en los radios de

una rueda. Lo mismo que llevaba arrastrando desde hacía ¿cuánto ya? ¡Cómo pasa el tiempo, veinticinco años! Bueno, seamos justos, veinte. Los cinco primeros años fueron razonablemente felices, sin pretensiones, pero con alegrías.

Todo cambió cuando le destinaron al País Vasco. Fue duro, muy duro para él; pero insufrible para Marisa, a quien se le volvió la piel de cera. Su mirada acudía a varios sitios a la vez temiendo que la siguieran o que la asaltaran en el portal. Metía la llave en la cerradura de la casa, temblorosa, y cerraba con rapidez. Llamaba a Santiago a voces, por si había llegado. Como no había

respuesta, iba calentando la comida mientras se retorció las manos frías una y otra vez. «¿Otra vez te tienes que ir? ¿Cuántos días? ¿Cómo que no lo sabes? ¿Y yo qué, a esperar sin saber cuándo vuelves?». Cuando pasaron un par de años, se mostró más tranquila aunque le dedicara miradas cansadas entre párpados abotargados. Todo parecía ir mejor, su carácter se había suavizado y se tomaba la vida con más sosiego. Hasta que un día Santiago invitó a un compañero a subir a su casa y le ofreció de beber y descubrió, con sorpresa, que todas las botellas estaban prácticamente vacías, sin recordar que las hubieran estrenado.

Cuando el colega se hubo marchado, Santiago se dirigió al dormitorio de donde Marisa no se había dignado a salir durante la visita. La encontró profundamente dormida y a duras penas reaccionaba a sus llamadas entreabriendo los ojos y balbuciendo «¡Déjame en paz!». Un escalofrío le recorrió de arriba abajo la espalda al joven agente Ramírez. Abrió los cajones de la mesita de noche de Marisa hasta que encontró la explicación: una caja de difenhidramina, un antihistamínico con efectos sedantes. Solo faltaban dos comprimidos. Eso le tranquilizó, no obstante la llevó al hospital como pudo. Allí le dijeron que había sido el efecto

de mezclar tranquilizantes con alcohol.

Cuando Marisa despertó varias horas después en la cama del hospital, regresaron a casa. Durante el regreso, Marisa le contó a Santiago que se las tomaba por una alergia que le había salido, pero que solo sería por una temporada. Sobre cómo era posible que las botellas estuvieran prácticamente agotadas, Marisa le dio razones vagas.

Dos meses después, Santiago comprobó que las botellas seguían estando llenas, pero también había observado que, de vez en cuando, las bolsas de basura pesaban más de lo habitual o era ella quien se empeñaba en bajarlas al contenedor. También

descubrió que Marisa escondía cajas del medicamento en un altillo.

Santiago consultó con el médico de su mutua y este le explicó que, efectivamente, se trataba de un medicamento para tratar alergias, pero con un potente efecto sedante y que al no necesitar receta, era muy habitual que la gente lo comprara como tranquilizante. Le advirtió, muy serio, que tenía un peligroso efecto secundario: la adicción. «Y como se le ocurra mezclar con alcohol, Santiago, te la puedes encontrar muerta. Vete con ojo».

Desde entonces, trató por todos los medios de que acudiera a un psiquiatra para que le ayudara a romper el círculo

vicioso en que se había convertido la existencia de Marisa y su propio infierno: siempre alerta, siempre en tensión, temiendo un ataque de los de fuera y encontrar una tragedia al regresar a su casa. Marisa se avino a visitar a un psiquiatra y comenzó a mejorar. La terapia contribuyó, sin duda, pero lo que más impulsó su mejoría fue conocer la noticia del ascenso de Santiago, que pondría fin a quince años entre abertzales.

Iniciaron una nueva vida en Valencia, su nuevo destino. Tras unos meses iniciales de ilusión, Santiago Ramírez volvió a comprobar que Marisa seguía tan enganchada a los

tranquilizantes y al alcohol como antes o quizás aún más. Su vida volvió a ser tan árida y seca como los últimos quince años, con continuos sobresaltos temiendo una locura de Marisa y sin que ella consintiera una caricia ni el más mínimo acercamiento. «Aparta, no me toques. Déjame tranquila. Me das asco. No te arrimes a mí, después de estar con esas fulanas». «No son fulanas, las están explotando esos cabrones. Por eso tratamos de liberarlas». «¡Déjate de cuentos! ¡Que lo único que hacéis tus colegas y tú es arrimar la cebolleta a esas desgraciadas y luego vais de héroes infiltrados!». «¡No sabes lo que dices, hostia, Marisa. Duérmete de una

puñetera vez!».

Santiago Ramírez indagó y le recomendaron una psiquiatra en Valencia con fama de tratar con éxito las adicciones. Primero acudió él solo a la consulta de la doctora, a informarse. Consiguió que Marisa le acompañara durante cuatro sesiones. La víspera de la quinta sesión, Marisa se había marchado del domicilio sin avisar. Se llevó algo de ropa, algunas pertenencias y las cajitas de tranquilizantes que escondía en la cómoda.

Tras varios días de desesperación, recorriendo hospitales y comisarías, pidiendo favores a colegas para que le avisaran si tenían noticia de ella, una

noche Marisa consintió en responder a las llamadas de Santiago. Estaba en otra provincia, le dijo sin aclararle cuál. Se había marchado a vivir con el amor de su vida. Le había conocido en un chat de internet. Que no la esperase, que no pensaba volver. Que estaba harta de que la controlara y quería ser libre.

A Santiago, sentado como estaba al borde la cama, se le escurrió el móvil de las manos. Cayó en su muslo y luego a la alfombra, junto a su pie derecho. Allí se quedó, no tenía fuerzas para alcanzarlo. Junto con el teléfono, se le había caído su mundo. Un mundo que, hasta hacía un instante, había girado siempre en torno a Marisa, a conseguir

que se rehabilitara y retornaran a aquellos primeros cinco años de casados. Todos aquellos esfuerzos y sinsabores habían sido en balde. Ahora todo el tiempo vivido juntos había quedado sin sentido.

Fue en aquella ocasión cuando Santiago experimentó por primera vez aquella horrible sensación de ahogo, de estar rodeado por un espacio del que habían extraído toda partícula de oxígeno, un vacío en el que resonaban con fuerza creciente los latidos en el interior de su pecho, hasta el dolor.

No recordaba cómo, pero llegó hasta la puerta de la casa y salió buscando aire. Corrió a lo largo del corredor del

inmueble. Respiraba con desasosiego y se asomó por los ventanales del corredor, que en verano se mantenían abiertos. Su pecho agitado apenas conseguía atrapar briznas de aire en aquella noche serena. Miró hacia abajo. El amplio solar que se abría bajo la finca, convertido en cine de verano como cada temporada, estaba lleno de gente sentada en silencio. En la gigantesca pantalla se proyectaba una película que mostraba a un cantante de ópera del XVIII ataviado de forma estrambótica. El público guardaba en completo silencio en la oscuridad. Solo se oía el golpeteo de los abanicos contra el pecho de las mujeres. Aquel

personaje de rostro empolvado, cabellos negros recogidos en una descuidada coleta, cubierto por una capa roja bordada en oro arrancó a cantar con su voz de cristal superando los terribles recuerdos de cuando fue castrado en su infancia y que replicaba la pantalla.

*«Lascia ch'io pianga mia cruda sorte, e che sospiri la liberta, e che sospiri, e che sospiri la liberta...».*

*(Déjame llorar mi cruel destino, y que suspire por la libertad, y que suspire, y que suspire por la libertad...).*

Aquellas notas suaves, pausadas y armoniosas, capaces de ir más allá del dolor y transmutarlo en belleza,

atravesaron el cuerpo y el alma de Santiago Ramírez hasta alcanzar las fibras de su desbocado corazón y sosegaron sus palpitaciones y sus pulmones. Quedó clavado en el suelo, contemplando aquel gigantesco rostro empolvado en el centro de la pantalla que asumía con dignidad su terrible pérdida y la tristeza que le consumía.

Al acabar el canto, mientras en la pantalla los personajes que habían asistido a la actuación del cantante prorrumpían en aplausos encendidos puestos en pie, Santiago tuvo una reacción insólita en él: arrancó a llorar como nunca lo había hecho antes, con un desconsuelo desconocido, hasta alcanzar

una placentera liberación. Aquella música celestial y aquella voz exquisita, que penaba por la libertad perdida y se elevaba por encima del dolor, le estremecieron al ver reflejada en la privación de aquel *castrati* la grisura de su propia vida, lastrada por las debilidades de Marisa, sin alicientes ni sexo, y cotidianamente triste.

El horror al vacío del mañana al que le había arrojado Marisa sin previo aviso ni preparación y el temor a haber desperdiciado el ayer, que le atraparon al escuchar decir a Marisa que ya no volvería con él, se amansaron poco a poco con el bálsamo de aquella voz y de aquellas gloriosas notas.

Santiago Ramírez descubrió que durante veinte años se había empeñado en resucitar una relación muerta hacía mucho tiempo. Sin embargo, continuaba sintiéndose sujeto a Marisa por invisibles hilos. «Me siento como suspendido en mitad de un puente colgante, indeciso hacia qué extremo dirigirme, si a lo que quiero o a lo que debo, Ramón. Si me divorcio de Marisa, ¿qué será de ella?». «Esto es lo que te pierde, Santiago —ya le decía su amigo Ramón antes de que Marisa le abandonara, mientras tomaban juntos unas cervezas—. Fuiste un niño demasiado formal, debiste jugar más».

¿Que cómo me enteré? Me llamó mi hija y me dijo que habían encontrado a su madre malherida, cerca del mar, junto a otra mujer a la que habían matado. Sí, ya fui a verla una vez. Sigue igual, así que no veo la necesidad de perder el tiempo. Bueno, dejémoslo en el presunto padre de mi hija. No, en realidad no albergo ninguna duda sobre mi paternidad. Como habrá observado, Lidón es clavada a mí. Sencillamente, no tenía por qué creerla. No, para nada. Nunca me dio motivos para pensar que pudiera serme infiel.

Además, inspector, entre usted y yo, que somos hombres, Penélope nunca ha sido nada del otro mundo. Puede que resultona, con cierto encanto quizás, pero nada más. Así que nunca he temido que otro se fijara en ella. Simplemente porque soy científico y, por principio, rechazo las cuestiones de fe, y la paternidad lo es.

Sí, así es. Soy psiquiatra especialista en adicciones. ¿Que por qué fumo? Porque estoy en mi consulta particular y hago lo que me sale de los huevos. ¿Le parece correcta mi respuesta o quiere otra? Le voy a dar otra, aunque no me la haya pedido: he elegido estar enganchado al tabaco

porque al menos yo sé a lo que estoy enganchado. No se engañe, inspector. ¿Quién no es adicto, realmente? A la comida, al trabajo, al dinero, al poder, a las compras, al sexo, al juego, al tabaco, al alcohol, a los tranquilizantes, a mil sustancias, al dolor... incluso, al desamor y al sufrimiento. ¡Le podría hablar de adicciones que ni imagina! Nadie está libre de adicciones, solo que en unos son más evidentes que en otros.

Mire, inspector, al fin y al cabo, todos queremos lo mismo: estar a gusto, ser felices. Todos somos adictos a la felicidad. La buscamos desesperadamente. Somos capaces de cualquier cosa por ese instante sublime

de plenitud que nos hace sentir eternos y sin carencias, como si fuéramos el Universo mismo y lo contuviéramos todo. Patético, ¿no cree?

Y cada uno la buscamos donde queremos o donde podemos, sin darnos cuenta de que no hay nada ahí fuera, nada que pueda convertirnos en seres felices, nada que valga más que nosotros mismos. Sin percatarnos de que lo único que vamos a encontrar en nuestra existencia son provocaciones para descubrir lo que somos, oportunidades para ser. Pero también para arrancarnos lo que no nos gusta de nosotros mismos o, por el contrario, dejarlo crecer y enredarse hasta asfixiarnos. Esa es

nuestra elección. Aunque muchos, la mayoría, inspector, no son capaces de elegir bien porque tienen miedo, bien porque está enferma su mente o, lo que es más triste, porque ignoran que pueden elegir. Para eso estamos nosotros, los profesionales, para ayudar a la gente a liberarse de sus propias tiranías.

¿Que si quería a mi mujer? Bueno, depende de lo que se entienda por querer. Mi respuesta es: sí, claro que la quería. A mi manera, no como ella esperaba. Y ese es el gran error. Esperar. En el amor no hay que esperar ni nada ni a nadie. Y menos aún hay que esperar a que el otro cambie. ¡El otro no va a cambiar, joder! ¡Pero qué empeño

más absurdo: la gente es como es y no se la puede cambiar! Solo se puede cambiar a uno mismo. Es más, si quería que cambiase es que no me quería tal y como soy. Entonces ¿a quién quería? ¿Al que soy o al que esperaba que fuese? Pues si prefiero el último modelo de iPhone a un viaje o a buen polvo, es cosa mía. El iPhone lo disfruto cuando quiero, lo demás si a ella le apetece.

Claro que prefiero las cosas a las personas. Resultan agotadoras, sobre todo cuando tratas de conseguir de ellas tus propósitos. Y Penélope me agotaba, se resistía bajo esa apariencia de mansedumbre. ¡No se fie de las mosquitas muertas, inspector! Era una

roca a la que una y otra vez había que empujar para colocarla en su sitio. Hasta que me cansé. No sé qué día me cansé de escuchar todo lo que esperaba de mí. Pero ¿qué coño esperaba? ¿Un marido ideal? Ya se podía dar con un canto en los dientes con que me hubiera fijado en ella, una administrativa de tres al cuarto, y me casara. ¡Sí, claro que me casé! Era la mujer ideal para formar un hogar estable y sólido, para encargarse de llevarlo adelante y ocuparse de todo. Es necesaria la estabilidad para progresar.

¿El amor? ¿Que dónde estaba el amor? Mire, inspector, el amor es una gaita. No existe. Soy científico y no creo

en esas pamplinas. Solo es un concurso de intereses. La gente no se enamora de nadie, sino de sí misma. El que dice que está enamorado solo ve en el otro sus propias expectativas: asegurarse compañía y sexo, seguridad y bienestar. No se engañe, inspector. Los humanos nos enamoramos de nuestras propias expectativas y, encima, exigimos al otro que las cumpla. ¿No le parece el amor el colmo del egoísmo?

Y eso fue lo que le pasó a Penélope. Ni más ni menos. Y yo llegaba a casa harto de las veleidades de mis pacientes, como para tener que aguantar en mi casa la fragilidad y las limitaciones de mi mujer. ¿Comprender?

Pero ¿qué tenía yo que comprender? Las cosas son como son. Eso es lo que nunca comprendió ella. Siempre empeñada en que sean como le gustaría que fuesen ¡y encima, el tirano soy yo!

Ese es el error de Penélope: soñar. No hay que soñar, inspector, hay que despertar. Y yo, como estoy despierto, fumo, inspector. El humo me ayuda a no ver la nada que es la realidad y a no ver que, en realidad, yo no soy nada. Al menos, sin ella.

Santiago salió del portal del inmueble donde el psiquiatra Ildefonso Miralles tenía su consulta. Miró de nuevo la placa dorada que lo anunciaba en un lateral «Dr. D. Ildefonso Miralles Soto. Psiquiatra. Especialista en adicciones». Le habían turbado las respuestas del médico. También sus ojos verdes fríos, indefinidos, rodeados de bolsas marcadas de color oscuro. Su aspecto pulcro, de cabellos y barba grises y espesos, entreverados de canas blancas y bien recortados, y su seguridad en sí

mismo contrastaban con la dentadura amarillenta de fumador compulsivo. Lo cierto es que su imperturbabilidad y falta de empatía le produjeron una desagradable impresión, pero no la suficiente como para detectar en él signos que le señalaran como el autor del horrible crimen de Magdalena y de la agresión sufrida por Penélope. Era un egoísta sin límites, eso estaba claro, pero carecía de la pasión y violencia necesarias para cometer un crimen tan brutal y con tintes de improvisación. Le pareció demasiado perezoso como para encajar en el esfuerzo que suponía matar a dos mujeres. Además, ¿qué conexión podría tener él con Magdalena? ¿Una

antigua paciente, quizás? Negó reconocer a la fallecida en las fotos que le mostró. De todas formas, seguiría en su lista de candidatos a presunto autor del crimen de Magdalena y agresión a Penélope. Se guardó la libretita de notas en el bolsillo interior de su cazadora y se dirigió caminando hacia la notaría donde trabajaba la fallecida, en el centro de la ciudad.

Un portalón señorial abierto fue la primera frontera que hubo de atravesar para llegar a la notaría. Al instante le recibió un portero. «En la primera planta, señor» dijo nada más ver la placa que le mostró Santiago. Subió por las escaleras y una gruesa puerta de

madera entornada invitaba a entrar. La empujó suavemente y un sonido estridente advirtió de su presencia. Tras un mostrador de mármol con un frente de madera de nogal se adivinaba el resto de la cabeza de un hombre que estaba inclinado. Era menudo y levantó su rostro para darle los buenos días y preguntarle qué deseaba.

—Soy el inspector Ramírez, quisiera hablar con el notario.

—Espere aquí un momentito... Mi compañera le atenderá... —dijo el empleado y levantó la voz—. ¡Pili! ¿Te puedes hacer cargo tú? Es que yo ya me marcho... Ya sabes...

—Sí, claro. Márchate, que ya me

hago yo cargo —respondió la compañera.

—Despídeme de doña Elvira... —pidió lastimosamente.

—Claro, descuida... —dijo Pili y añadió al verle fuera del mostrador disponiéndose a marcharse—: Mucho ánimo, Damián.

Santiago reaccionó al oír el nombre.

—Disculpe —reclamó Santiago con prudencia—. ¿Es usted el marido de Magdalena Llopis?

—Sí, señor —asintió compungido y estrechó la mano que le ofrecía el policía.

—Lamento su pérdida —concedió—. Sepa que estamos investigando el

asesinato de su esposa y que haremos todo lo posible por detener a los culpables.

—Gracias, inspector, y disculpe que no le atienda. He pedido unos días... Comprenda, ahora se me hace muy duro venir aquí a trabajar y que ella no esté...

—Claro, es normal —dijo Santiago—. Ya hablaremos cuando pasen unos días y se encuentre usted algo mejor.

Damián asintió con una triste sonrisa en los labios.

—¡Pobre hombre! —dijo la compañera dirigiéndose al policía al marcharse el viudo—. No sé qué va a hacer sin ella... Pero, dígame, ¿en qué puedo atenderle?

—Soy el inspector Ramírez, el encargado de investigar el crimen de su compañera Magdalena. ¿Podría hablar con el notario?

—Espere un momento aquí, por favor. Ahora mismo le atiende doña Elvira.

Mientras esperaba en la recepción de la notaría, Santiago comenzó a fijarse en la antigüedad de los cuadros colgados en las paredes que hablaban de una vieja estirpe de hombres de leyes y se asomó discretamente a la oficina. Era amplia, por ella se distribuían las mesas de los empleados y estaba presidida al fondo por un vetusto espejo rodeado por un impresionante marco de madera

tallado. Unos ventanales la conectaban con el exterior, y las lamas de las persianas lo filtraban reforzando el ambiente grisáceo de sus paredes ensombrecidas.

De repente, a sus espaldas, escuchó que alguien le llamaba.

—¿Inspector? Soy Elvira Urrutia, la oficial mayor de esta notaría y responsable del personal.

—Mucho gusto, señora —dijo el policía mostrándole la placa—. ¿Sería posible que pudiéramos hablar en un lugar más tranquilo?

—Por supuesto, acompáñeme —invitó la mujer y se dirigió a la pared de madera frente al mostrador, empujó un

resorte y abrió una puerta disimulada que dio paso a un despacho visiblemente en desuso—. Siéntese, por favor. Usted dirá.

—Le agradezco que me haya recibido —dijo Santiago mirando a su alrededor aquel despacho conservado intacto desde un par de siglos atrás—, pero quisiera hacerle las preguntas al notario.

—Ya le he dicho que la responsable del personal soy yo. El señor notario no tiene contacto alguno con el personal.

—Entonces, me gustaría que me hablara de Magdalena. Si conoce usted a alguien que quisiera hacerle daño y qué podría estar haciendo en aquel paraje

ese día.

—Tengo que advertirle que de la vida privada de los empleados conozco lo justo —dijo doña Elvira dando dos pequeños estirones a su chaqueta—. En cuanto a si conozco a alguien que pudiera hacer daño a Magdalena, le puedo asegurar que aquí no. Era muy querida por todos y yo, personalmente, la apreciaba mucho. Era muy trabajadora, cumplidora y discreta —y añadió envarando la voz—: No le puedo decir lo mismo de la señorita Penélope.

—¿De la señorita Penélope? —preguntó extrañado Santiago—. ¿La conocía usted?

—Por supuesto, inspector —dijo

muy seria doña Elvira—. Trabajó en esta notaría durante veintidós años antes de marcharse a la galería.

—¿Y qué me puede decir de ella? — cuestionó él intrigado.

—Bueno, no era mala chica... En realidad, hay que reconocerle que era una trabajadora infatigable, educada,...

—Pero... —invitó Santiago a que soltara la lengua la oficial.

—Pero no acataba ciertas normas necesarias en un ambiente como el que requiere esta notaría.

—¿A qué se refiere exactamente?

—No es fácil de explicar... Su actitud, sobre todo después de divorciarse: se mostraba alegre, algo

contagioso e impropio de un lugar respetable como este. También cambió su forma de vestir, más... femenina. Tampoco aceptaba las órdenes como antes, exigía un trato más...

—¿Considerado? —apuntó Santiago.

—Si quiere expresarlo así, inspector —dijo la oficial mayor ajustándose la chaqueta con incomodidad—. En cualquier caso, apuntaba cierto grado de rebeldía. Incluso llegué a avisarla de que le iba a abrir un expediente y sancionarle con la suspensión de sueldo por un año.

—¿Qué hizo para una sanción tan grave?

—Perder un expediente.

—¿La sancionó?

—No, ella presentó una solicitud de excedencia voluntaria antes de que se iniciara.

—¿Cómo la habría sancionado si no hubiera llegado a irse antes?

—No la hubiera sancionado nunca, porque el expediente nunca se perdió.

—No lo entiendo —dijo el inspector, extrañado—. Entonces ¿por qué le dijo que la iba a sancionar?

—Solo seguí las instrucciones que me dejó el notario —dijo doña Elvira ante la mirada atónita del inspector Ramírez.

—Así que el notario la obligó a hacerlo aun a sabiendas de que no había

motivo... —dijo Santiago y preguntó—: ¿Tiene idea de por qué el notario hizo eso?

—Ni la más mínima, inspector —dijo doña Elvira—. Porque él ni la conoce. Ni a ella ni a ninguno de sus empleados. Solo a mí.

—¿Me está diciendo que ningún empleado conoce al notario?

—Así es —respondió rotunda doña Elvira.

—¿Y este despacho de quién es?

—Este es el despacho del abuelo del señor notario.

—¿Y el del actual dónde está?

—En el otro extremo de la oficina, al fondo. Era el despacho del padre, el

anterior notario. Se entra por la puerta que hay junto al espejo, al lado de mi mesa —dijo doña Elvira.

—¿Podría entrar a verlo? —preguntó intrigado Santiago Ramírez.

—Lo lamento —respondió levantando la nariz respingona la oficial mayor—. No podemos pasar. Con el anterior notario tenía acceso en cualquier momento. Actualmente, solo tengo acceso a ese despacho cuando el notario me lo permite. Él me avisa y le paso los despachos. Los recojo cuando me da nuevo aviso.

—¿Solo puede pasar usted?

—Así es —afirmó doña Elvira—. Si no tiene más preguntas, debo volver a

mis obligaciones.

—Sí, tengo una pregunta más: ¿hubo algo diferente ese día en que trabajó Magdalena aquí por última vez?

—No, que yo recuerde... —hizo memoria, pensativa, la oficial—. Bueno, quizá sí. No es que sea nada del otro mundo, pero no es habitual —y añadió—: Se trata de que, en ocasiones, el notario ordena que se envíen escrituras y sean entregadas en mano a determinados clientes. Aquel día me ordenó que se hiciera así con determinadas escrituras y di instrucciones a Magdalena para que llamara a un servicio de mensajería para que las llevara su destino. Pero en aquella ocasión hubo algo diferente.

—¿Le llamó algo la atención? — preguntó el inspector.

—Que el notario me exigió que la redacción de las escrituras le fuera asignada exclusivamente a Magdalena —dijo la oficial acariciándose la gargantilla de perlas y estirando el cuello—. Y que las instrucciones para su redacción me las hizo llegar don Ignacio en un sobre cerrado que solo debía abrir Magdalena y solo ella podía conocer su contenido.

—Entonces, ¿usted no conoció el contenido de esas escrituras ni a quién se referían?

—No, señor —respondió doña Elvira levantando ligeramente la punta

de la nariz.

—¿Tampoco leyó nada cuando las pasó a la firma del notario?

—No las pasé a la firma de don Ignacio —dijo la oficial cruzando las manos sobre su regazo y adelantándose a la próxima pregunta del policía, añadió —: Sus instrucciones fueron que se entregaran sin firmar.

—¿Recuerda la dirección a donde se llevaron las escrituras?

—No exactamente, pero sí que recuerdo que era una dirección en una carretera de Benicassim a Oropesa — tocándose uno de los pendientes de perlas cultivadas que adornaban sus orejas.

—¿Oropesa? ¿Cerca de donde tuvo lugar el asesinato?

—Lo ignoro, inspector. Pero podemos averiguarlo... Preguntaré a Pili a qué agencia de envíos se le encargó y ellos nos podrán decir la dirección. Acompañeme.

Santiago siguió a doña Elvira fuera del despacho decimonónico y esperó a que la oficial preguntase a la empleada que estaba al tanto de los envíos. Las veía hablar a cierta distancia. La empleada negaba con la cabeza y le daba una explicación que hizo dar un respingo a doña Elvira.

La oficial se dirigió vacilante hacia Santiago y, sujetándose la gargantilla de

perlas, dijo con voz afectada:

—Magdalena no llamó a ninguna empresa de mensajería —miró al inspector con cierta inquietud—. La escucharon decir que lo llevaría ella personalmente —y añadió con voz vacilante—; si no tiene ninguna pregunta más, inspector...

—Por ahora es suficiente, gracias —respondió Santiago guardándose la libreta de notas.

Al salir a la calle, el ruido del tráfico le devolvió a la realidad. Santiago se alejó unos pasos del portal de la notaría y tecleó en el buscador de su móvil la

dirección de la galería de arte donde trabajaba la otra víctima, Penélope. El mapa representado en la pantalla le indicó que se encontraba a escasos metros del lugar. El local se hallaba en la calle de atrás de la notaría, formando parte de la misma manzana de inmuebles. Giró la esquina y se encaminó hacia donde le indicaba el mapa. Al llegar pudo ver, sobresaliendo de la pared, el cartel negro con letras doradas que anunciaba la presencia de la galería de arte «Sybaris». Un letrero en la puerta pedía disculpas por las molestias, estaba cerrado y se continuaría atendiendo en breve.

Santiago miraba a través de la puerta

de cristal para escudriñar en el interior de la galería, sin lograr ver a nadie dentro, cuando le sonó el móvil. Era de la comandancia. Uno de los agentes a su cargo le informaba de un aviso que habían recibido del Hospital Provincial que le heló la sangre: alguien había intentado asesinar a Penélope en la Unidad de Críticos.

Llegó al aparcamiento del hospital tan veloz que no recordaba ni qué calles había recorrido. Subió por las escaleras sin esperar a los ascensores y llegó a la Unidad de Críticos con el corazón encogido y el rostro descompuesto. Allí le esperaban un par de agentes de la Guardia Civil.

—¿Cómo está? —les preguntó Santiago—. ¿Qué ha pasado?

—A sus órdenes, señor —respondió uno de los agentes—. La mujer no ha llegado a sufrir daño, por lo que parece. Por suerte, la hija de la mujer se presentó por sorpresa fuera del horario de visita y sorprendió a un enfermero que estaba apoyando la almohada con fuerza sobre la cara de su madre. La hija lo vio desde aquí, a través de estos cristales, y comenzó a gritar pidiendo auxilio y el individuo huyó. Acudió el personal de enfermería y rápidamente le volvieron a poner la máscara del respirador y le calmaron la tos.

—¿Vio al que lo hacía?

—Le vio de espaldas —respondió el otro agente—. La hemos interrogado y lo único que sabemos es que era un varón. No recuerda más datos. El cabello estaba oculto por el gorro y la cara por la mascarilla.

—Pero podrá decirnos si era corpulento o menudo, joven o mayor... —dijo con cierto nerviosismo Santiago a los agentes.

—La chica está bloqueada —dijo el primer agente—. Han tenido que darle un tranquilizante para que se calmara, y su padre la ha recogido.

—Comprendo... —dijo Santiago con resignación—. ¿Nadie más le vio?

—Una de las enfermeras le vio un

instante antes de escapar. Dice que no le reconoce como nadie que trabaje en el hospital.

—Muy bien. Gracias por acudir. Quédense vigilando, no vuelva a intentarlo de nuevo. Pediré a la comisaría de Policía que nos envíen agentes de la Nacional para establecer un turno de vigilancia, y se podrán marchar en cuanto lleguen.

Santiago se acercó a los cristales y pudo ver como seguía respirando Penélope a través de la máscara. Le habían retirado la venda de la cabeza. El cabello oscuro estaba recogido en un gorrito de celulosa. Le pareció aún más frágil y delicada, como de cristal.

Confió en que solo fuera una impresión y que su organismo sacara fuerzas para continuar adelante y despertar.

Salió del hospital con el propósito de ir a la comisaría para solicitar la protección necesaria y con una inquietud atormentándole el cerebro: ¿quién querría matar a Penélope? No pudo evitar que pasara por su mente que Ildefonso había recogido a su hija del hospital en un tiempo récord y que él mismo había comprobado que Arturo Colomer no se encontraba en su galería cuando ocurrió el nuevo ataque.

Tras salir de la comisaría, pasó por el juzgado y recogió la autorización para poder acceder a los correos electrónicos

de las víctimas. El inspector Ramírez llegó a la conclusión de que había llegado el momento de regresar a su despacho en la comandancia y empezar a leerlos. Sus agentes le confirmaron que no se había encontrado ninguna cuenta de la que fuera titular la víctima mortal, Magdalena. Solo les constaba una dirección de Penélope.

En la solicitud que formuló al juez para intervenir las cuentas de correo electrónico que pudieran tener abiertas las víctimas, Santiago Ramírez tuvo cuidado en no solicitar autorización para las redes sociales. En la página de búsqueda de pareja de Penélope aparecería él y eso le obligaría a

apartarse del caso. Además, no le favorecería nada de cara a Asuntos Internos figurar como uno de los posibles sospechosos. Continuar ocultando esta circunstancia le colocaba en una posición muy delicada, pero le permitía mantener el control de la investigación para lograr averiguar la identidad del asesino y que nunca se llegara a conocer su conexión personal con Penélope.

Lo cierto era que necesitaba esa información que le podrían facilitar las redes sociales y, especialmente, la página en la que ambos estaban registrados y por la que se conocieron. Penélope podría haber conocido a

alguien que se sintiera despechado y le quisiera hacer daño. Aunque no veía la relación con Magdalena.

Por otro lado, sobre este caso él poseía información privilegiada: la noche en la que ocurrieron los hechos fue la del día en que se conocieron en Peñíscola. No tenía sentido que Penélope quedara con otro hombre esa misma noche y que fuera acompañada por Magdalena. Santiago cayó en la cuenta de algo que le horrorizó: el último que la vio antes de la agresión, fue él.

Arturo Colomer se levantó del confortable sillón que disfrutaba en su minimalista y elegante despacho en la galería de arte. Le ofreció un café al inspector Santiago Ramírez y este aceptó. Le gustaban los cafés de cápsulas que anunciaba un guaperas de Hollywood. Arturo preparó dos tacitas de aromático café y le acercó una al inspector, que tuvo la impresión de que el galerista había crecido en estatura y corpulencia visto desde el otro lado de la mesa de despacho de cristal

templado.

—Supongo que tendrá una orden judicial que le permita husmear en mis correos y en los de Penélope —dijo Arturo.

—Solo la tengo para los de la cuenta de su amiga. No tema —respondió Santiago Ramírez.

—No temo nada, inspector. Solo que confío en que le mueva una buena razón.

—Desde luego. Se trata de identificar a varones con quienes haya mantenido la víctima una relación sentimental y puedan ser los autores de la agresión. La única que tenía cuenta de correo electrónico era Penélope. Magdalena no tenía abierta ninguna.

—Entonces, si los ha leído, ya sabrá de la existencia de ese tal Víctor que tanto ha hecho sufrir a Penélope.

—Sí, Víctor Aguilar Ribes, el todopoderoso ejecutivo de la multinacional de apuestas online Games & Bets Planet.

—¿Cree usted que Víctor Aguilar pudo haber atacado a Penélope y a Magdalena, si esta le acompañaba?

—No lo creo —respondió Arturo tras meditarlo—. Aunque es posible, desde luego, que Víctor se encolerizara. No sería la primera vez... Pero no acabo de verlo... Pienso que es un cobarde y tendría mucho que perder si se descubriera que fue él.

—¿A qué se refiere? —preguntó el inspector Santiago Ramírez.

—Digamos que he tomado medidas para que Víctor no intente de nuevo hacer daño a Penélope. Medidas... legales, claro. Eso no será un problema, ¿verdad, inspector?

—Si son legales, no —asintió con frialdad el inspector.

Arturo se sonrió y añadió:

—Le aseguro que son muy legales —y dio un sorbo a su café.

—He venido para que usted me hable de ese tal Víctor. He investigado sobre él y es un hombre muy poderoso. ¿Cómo fue la relación con Penélope? ¿Le conoció usted?

—Sí, había sido cliente mío y, posteriormente, coincidí con él hace un par de años en un evento celebrado en el Westing de Valencia. Intercambiamos unos saludos de cortesía y poco más. Pero sobre todo le conozco a través de Penélope y sus efectos sobre ella.

—¿Qué destacaría de él? Defínamelo con una frase —dijo el inspector Santiago Ramírez.

Arturo Colomer se sonrió y dio un último sorbo a su café. Dejó la tacita sobre un platito que la esperaba sobre la superficie de cristal de la mesa, se recolocó el *foulard* que pendía a ambos lados de su cuello, cruzó una pierna sobre la otra, ladeó graciosamente la

cabeza fijando sus ojos pardos en la profunda oscuridad de los de Santiago Ramírez y le espetó:

—Un hombre que puede comprarlo todo, menos el amor de Penélope.

Asunto: Ya estamos en Canadá

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: lunes, 10 de agosto de 2015  
12:02:17

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

¡Ya estamos en el Parque Nacional de Banff! Ha sido increíble, Arturo. Llegamos ayer a Vancouver y después de pasar allí la noche en un hotel de ensueño, ¡qué suite, qué moquetas!, esta mañana temprano hemos salido en dirección a las Rocosas. Son impresionantes.

A medida que nos internábamos en el Parque Natural de Banff, íbamos

atravesando un paisaje mágico, con montañas de dimensiones colosales tapizadas de interminables abetos y lagos de ensueño, hasta llegar al corazón de las Rocosas; donde el paisaje parece irreal, pues no hay más colores que el blanco y el gris porque la nieve todo lo ha cubierto. Si no fuera por el cielo celeste y limpio, se diría que nos hemos deslizado dentro de una gigantesca postal en blanco y negro. Todo lo que nos rodea es de una belleza y grandiosidad sobrecogedoras. Te hacen sentir diminuto y aceptar que aquí la naturaleza adquiere una solemnidad propia de dioses. Comprendo cuánta veneración debieron producir estas montañas en los indígenas que habitaban originariamente estas tierras.

Acabamos de llegar al corazón del parque nacional. Nos alojamos en el hotel The Fairmont Banff Springs. Es una

maravilla. Me han comentado que es donde se rodó la película El resplandor. Bueno, no sé si resultará tan inquietante de noche, pero de día es magnífico. Fíjate, estamos a los pies de un lago y rodeados de montañas nevadas impresionantes y, sin embargo, este lugar parece disfrutar de una particular primavera con prados verdes y con alces moviéndose por ellos a sus anchas. En este país las personas tienen un gran respeto a la naturaleza y los animales son respetuosos con las personas, siempre que no se les perturbe. ¡Es todo tan ideal!

Víctor y yo tenemos asignada una suite especial en un edificio independiente del principal. Es fantástica, casi tan grande como mi piso. Te mandaré fotos. El baño es espectacular, con una bañera con jacuzzi que está pidiendo a gritos un bañito relajante para dos. Cuando Víctor salga de

la ducha, colocaré mis cosas en el baño y que elija qué armario quiere para él. ¡Estoy tan ilusionada!

El efecto del jet lag se empieza a notar. Esta noche me ha costado coger el sueño y ahora es cuando quisiera dormir. Supongo que poco a poco se irá pasando. Tendré que descansar un poco para estar estupenda esta noche. No es una de las noches de gala, pero sí bastante formal. La cena de gala más importante será en la que todos los directivos y empleados que nos acompañan nos saludarán y mostrarán sus respetos a Víctor y a mí. No me extraña que entre ellos lo llamen con cierta sorna «el besamanos». Por cierto, me presenta a todos con orgullo como su mujer y les anuncia que en breve nos casaremos y nos iremos a vivir a Galicia en un pazo que se ha hecho reconstruir. ¿No es fantástico?

Te mando un beso y ya te cuento cosas,  
que creo que Víctor ya ha terminado y va a salir.

Penélope

Asunto: Disfruta, cielo, disfruta

De: **Arturo Colomer**  
(artucol@hotmail.com)

Enviado: lunes, 10 de agosto de 2015  
23:04:36

Para: Penélope Soler  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Pásalo muy bien, querida. Ya hablamos.  
Un beso,  
Arturo

Asunto: Desde Banff

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: domingo, 16 de agosto de 2015  
20:27:18

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

Hola, Arturo:

No he tenido ocasión de escribirte. Ya sé que eres paciente y soportarías la espera para que te lo contara todo en persona pero soy yo la que necesita hablar contigo. No te preocupes, estoy bien; pero las cosas no son como prometían ser. Estoy muy desconcertada.

Todo iba bien, salvando las manías de Víctor en relación con el tiempo que paso en el cuarto de baño arreglándome o duchándome (reconozco que en esto me recordó a Idefonso); siempre le parece demasiado, aun cuando sea un cuarto de hora.

Me siento todo el tiempo muy

acompañada por personas del entorno de Víctor, que no me dejan sola. Él dedica la mayor parte del tiempo a sus directivos. Lo que no acabo de comprender es por qué todos tienen en la mirada la marca del miedo. ¿A qué temen? Por otro lado, me resulta muy curioso que sus mujeres, o ellos mismos, aprovechen las ocasiones en que Víctor está ausente para pedirme que interceda por ellos ante él en tal o cual cuestión. ¿Por qué no se lo plantean a él directamente? Cuando he tratado de hacerlo, Víctor me ha despachado con «tú no te preocupes por eso, cariñito. Ya lo solucionaré a mi manera».

El día que llegamos a Banff tuvo lugar una cena con cóctel de bienvenida. Estaba ilusionadísima con estrenar el vestido negro que dijo Ana que parecía el de Audrey Hepburn en Desayuno con diamantes y los zapatos de salón que

compré con ella. Cuando ya estaba lista para la cena, le quise mostrar orgullosa el resultado. ¡Ay, Arturo, jamás me había visto tan elegante! Él continuó mirándose en el espejo de la habitación mientras se anudaba la corbata. No debió de oírme decir: «¿Qué te parece?». Insistí porque no había respondido nada. Se volvió hacia mí para que terminase de ajustarle la corbata. Cuando acabé, me repasó con la vista de arriba abajo y con ojos duros y el entrecejo apretado me espetó: «¡Quítate eso ahora mismo!».

No acababa de entender por qué. El vestido era impecable y nada en él había que pudiera resultar indecoroso ni inapropiado. «¿Cómo se te ocurre ponerte unos zapatos blancos con un vestido negro?». «Porque el vestido está rematado en las sisas y el escote por un vivo blanco, ¿no lo ves? Combina perfectamente y con

los guantes largos blancos es puro glamour».

Su mal humor y su ira iban en aumento. Tuve que ponerme unas sandalias negras que llevaba y, claro, ya no me puse los guantes largos blancos. Continuaba siendo un conjunto elegante, pero ya no era lo mismo. Ya no era lo que yo había elegido.

Me sentí muy mal, Arturo, por esa reacción que tuvo Víctor y, sobre todo, porque yo no he tenido el coraje suficiente para desafiarle y defender mi voluntad. ¿Qué me pasa, Arturo? ¿Por qué me siento tan vulnerable con él y cedo a sus pretensiones?

Mándame fuerzas, amigo mío.

Un beso,

Penélope

Asunto: Sigo en Canadá, pero no debería

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: martes, 18 de agosto de 2015  
20:13:41

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

Arturo, no sé por dónde empezar. Todo está ocurriendo muy deprisa y con la angustia de verme rodeada de gente ante la que tengo que poner mi mejor cara. No sé si podré soportar hasta que acabe el viaje, porque ya no puedo más. Hasta el punto de haberme planteado en el valle de Banff huir, regresar por mi cuenta a Vancouver y tomar un avión para volver a casa. Tengo ahorrado lo suficiente como para poder pagarme el billete. Sin embargo, ya estamos de vuelta a Vancouver y no sé qué hacer.

Anteanoche tuvo lugar la cena de gala

en Banff y la ceremonia del «besamanos» a Víctor y a su pareja, o sea, tu amiga Penélope, esa idiota que se creyó que la querían.

Para esa noche de gloria reservé ese maravilloso vestido amarillo de gasa que dejó boquiabierta a Ana y las sandalias con incrustaciones de Swarovski. Si creí que con el anterior vestido había llegado a mi cenit, me equivoqué. Jamás me volveré a ver tan hermosa como con este.

Cuando ya estaba lista, Víctor dedicó una breve mirada a mi reflejo en el espejo mientras se ajustaba la pajarita y me apremió «¿Ya estás lista? Venga, ponme los gemelos y vamos bajando. No soporto la impuntualidad». Una vez en el interior del ascensor, me preguntó: «¿Qué tal voy?». «Impecable», le respondí. Era cierto. Nadie vestía con más estilo y mejores hechuras un esmoquin que Víctor.

Habría hecho empalidecer de envidia a cualquier galán de Hollywood. Sus labios se estiraron con una sonrisa de satisfacción, que se transformó en una sonrisa plena de triunfo cuando, al abrirse las puertas del ascensor, nos encontramos en el vestíbulo con una marea de esmóquines y vestidos de gala que nos recibieron con un entusiasta aplauso. Los directivos nos esperaban formando un pasillo por el que avanzamos hasta llegar a un magnífico salón enmoquetado y lujosamente decorado. Todos y cada uno de los afortunados que nos acompañaban en aquel viaje nos saludaron, perfectamente formados en fila.

Al acabar el último de ellos, Víctor subió a un escenario donde un atril con micrófono le esperaba. Un foco le iluminó y dirigió un breve pero entusiasta discurso de agradecimiento a todo el personal de la

empresa, especialmente a los directivos que le acompañaban con sus esposas. Al finalizar, un estruendoso aplauso cerró el capítulo de las formalidades y comenzó la cena.

En nuestra mesa, redonda como todas las demás, se sentaron los principales directivos con sus esposas, con quienes ya comenzaba a tener cierta familiaridad por el trato constante, lo que nos llevó a tratar temas más personales durante la cena. Así supieron de mi afición por pintar y que algunas de mis obras están expuestas en tu galería. Una de las esposas de los directivos la había visitado y recordaba algunas de mis pinturas que le llamaron la atención.

El tema despertó una animada conversación y una corriente de simpatía, que les hizo sentirse más relajados y muy interesados en conocer más sobre el

mundo del arte. A todos, menos a Víctor, quien, de repente y sin previo aviso, se levantó con brusquedad de su asiento y se marchó con evidentes muestras de fastidio. En la mesa se hizo el silencio más profundo. No parecían tan sorprendidos como yo de aquella reacción. Me quedé anonadada, sin comprender a qué venía aquello.

Una de las mujeres se atrevió a comentar indignada «¡Es que no soporta que se hable de otra persona que no sea de él, ni aunque sea de su mujer!». Su marido le pidió que se callara, pero uno de los directivos se atrevió a añadir: «Si no aprecia a este ángel que tiene al lado, es que no tiene arreglo. Es un cabrón, siempre lo ha sido y lo será». Un rumor de inquietud recorrió como una ola el círculo que se detuvo en la silla vacía que había a mi izquierda. Otro directivo intervino: «Lo

hemos comentado entre nosotros y lo tenemos hablado. Si vuelve a tratarte en el próximo desayuno como lo hace, porque te niegas a ir a servirle, en vez de ir él mismo al buffet a coger lo que le apetezca, le vamos a parar los pies». Me quedé estupefacta y asombrada de la calidez de aquellas miradas en círculo que estaban dispuestas a la rebelión por mí, cuando no lo habían hecho ni por ellos mismos. Me emocionó, Arturo. Te lo juro. Les pedí que no hicieran nada, porque no podría evitar que les perjudicara. Que lo dejaran en mis manos. Esa rebelión solo me correspondía a mí.

Salí del salón en su busca a ver qué pasaba, a hacerle entrar en razón y para que regresara a su sitio antes de que los rumores se desataran por toda la expedición. Recorrí el pasillo alfombrado y le vi a través de los ventanales del corredor

en una terraza exterior. Se había levantado las solapas del esmoquin, fumaba y lanzaba con fuerza el humo de sus pulmones lejos de él. La temperatura exterior era muy baja. Habían anunciado nieve para esa noche y comenzaban a caer los primeros copos. Sin necesidad de que yo le dijera nada, al verme, me echó el brazo por los hombros y amigablemente volvimos a la cena, como si nada hubiera pasado. Pero tratándose de Víctor, debería haber imaginado que todo no iba a quedar ahí.

Una vez acabada la fiesta en el edificio principal, la plaza que lo separaba del pabellón donde se encontraba nuestra suite estaba cubierta por una capa de nieve y aún seguían cayendo copos. Así que regresamos a nuestro pabellón a través de unas galerías subterráneas perfectamente acondicionadas.

Al llegar a la suite, Víctor cerró con fuerza la puerta, se deshizo con rabia de su pajarita y me espetó que jamás se había sentido tan ridículo como aquella noche. Traté inútilmente de que me razonara por qué. Sus incoherencias no lo explicaban y recordé lo que aquella mujer había dicho. Sencillamente, por un instante, alguien que no era él había sido el centro de atención del grupo y no podía soportarlo.

A mí no se me ocurrió otra cosa que mirarme en aquella enorme luna de espejo mientras él seguía lanzando reproches sentado en la cama y a medio vestir. Me pregunté qué hacía allí, aguantando todo aquello. ¿Qué oculto resorte me impide mandarle lejos de mi vida? Rompí a llorar. Me sentía débil, impotente, por no ser capaz de despertar ni una brizna de cariño en aquel hombre en el que he puesto mis expectativas de ser amada. Ni siquiera

envuelta en las telas más deliciosas y el glamour más refinado.

Después de calmar mi berrinche y él su enfado, nos fuimos a dormir. Él pronto se durmió, pero yo no podía conciliar el sueño. Sin embargo, cuando comenzaba a quedarme dormida, Víctor me despertó. No se encontraba bien, ardía de fiebre y llegó a vomitar varias veces. Sin duda, se había enfriado mientras fumaba en la terraza. No llevábamos medicamentos, pero recordé que una de las señoras con quien compartíamos mesa me dijo que si necesitaba alguno, la avisara. Ella se alojaba en el edificio principal, así que viendo lo mal que se encontraba Víctor, recurrí a ella. Lamenté despertarla a esas horas llamándola por teléfono, pero fue muy comprensiva y me confirmó que disponía de medicamentos adecuados para la fiebre y los vómitos. Como ella no

conocía los pasadizos, y bastante hacía compartiendo sus medicamentos, me ofrecí a acudir a su habitación a recogerlos. Ayudé a Víctor a volver a la cama y mientras él tiritaba bajo las mantas y el edredón, me abrigué para ir a por las medicinas.

Recorrí los pasillos que llevan a los corredores subterráneos que comunican con el edificio principal. Me encontré con la sorpresa de que el camino estaba cortado por una puerta cerrada. Tuve que deshacer lo andado, armarme de valor y atravesar en mitad de la noche la plaza que separa ambos edificios en plena ventisca de nieve. Conseguí los medicamentos y regresé por el mismo camino. Se los di a tomar a Víctor. Le fue bajando la fiebre y pudo dormir. Yo, apenas. La mañana siguiente la dedicamos a buscar un centro sanitario donde le atendieron y completaron el

tratamiento. Fue mejorando notablemente a lo largo de aquel día hasta encontrarse completamente bien.

A la noche siguiente, fue a mí a quien le tocó enfermar con los mismos síntomas que él había sufrido antes. Me levanté a media noche tiritando de fiebre. Tomé pastillas de las que le habían administrado a él para cortar la fiebre y los vómitos y comencé a prepararme una tisana en la cafetera exprés que había en la habitación a disposición de los clientes. El ruido del chorro de vapor despertó a Víctor, que refunfuñó y maldijo por haberle despertado en plena noche. Le expliqué el motivo y me respondió «¿Y tengo que pagar yo el que tú te pongas enferma? Vuelve a la cama y deja de hacer ruido, ¡coño!».

Arturo, amigo mío, jamás me he sentido más sola ni más pobre que en aquella suite de moquetas del grosor del

césped y una suavidad de seda, rodeada de muebles de maderas exóticas y de todas las comodidades imaginables, en un paraje de ensueño, con un armario lleno de prendas que serían la envidia de cualquier millonaria. Sentí que me faltaba lo principal, lo que yo esperaba de Víctor: aprecio, cariño, estima... Comprendí que Víctor no puede darme lo que no tiene ni puede comprar: ternura, generosidad... amor. Ni puede ver en mí lo que no conoce en él.

Ahora, querido amigo, solo aspiro a regresar a mi tierra, a mi casa cerca del Mediterráneo y reunir el valor suficiente para cortar las amarras que me atan a este hombre. Arturo, dime ¿por qué se apodera de mí? ¿Qué poder ejerce sobre mi voluntad que, aun sabiendo que me resulta dañino, no logro reunir el valor para cortar con él?

Un beso,  
Penélope

Asunto: La segunda rebelión debe llegar  
De: **Arturo Colomer**  
(artucol@hotmail.com)  
Enviado: martes, 20 de agosto de 2015  
20:32:11  
Para: Penélope Soler  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Mi niña, no quiero ni imaginar lo que debes de estar pasando. Tu corazón estará hecho jirones. ¡Qué decepción! No temas, querida, que no te voy a reñir. Aquí tienes el hombro de este amigo para llorar cuanto quieras y luego nos beberemos una copa de buen vino disfrutando del atardecer. Perdona si no te contesté antes, pero es que yo también he caído con el virus y he estado fuera de circulación.

Me preguntas que por qué se apodera de ti. No estoy muy seguro de si realmente quieres que te responda. Yo creo que en el fondo de ti sabes la razón, pero que no la quieres ver. Desde fuera resulta evidente. En mi opinión (y solo tiene ese valor, tú luego juzgas), creías haber encontrado en Víctor alguien que apreciaba lo mucho que vales como persona y como mujer. Pero confundiste las muestras de ostentación con las de generosidad, y las de posesión por las de interés por ti.

Y en realidad sí que le interesas, pero no por las razones que tú querías y esperabas. Por lo que me cuentas, el interés de este Víctor respecto a ti es el de presentarse ante sus «súbditos» como un triunfador en todos los aspectos. Para ello necesita hacerse acompañar por una mujer con saber estar y que su valía le sirva para que le admiren por tenerte a su lado. De

paso, también le viene bien para acallar cualquier rumor sobre su virilidad. Ya sabes a lo que me refiero.

Fue él quien tomó la iniciativa con tanto impulso, que no te ha dado tiempo ni a respirar. Sé que te sientes elevada porque él te ha elegido. Craso error, Penélope. Nadie eleva a nadie. Somos nosotros mismos quienes nos rebajamos ante los demás.

Piénsalo, ya sé que te sientes sobre la alfombra de Aladino sobrevolando mágicos reinos que te resultaban inalcanzables desde tu puesto de gestora cultural y que ahora están a tus pies. Reconozco que es muy tentador moverte entre grandes inversores y que te traten de señora y te reverencien. No te digo que renuncies a todo eso sin haberlo vivido; al menos, vívelo. Pero cuando te encuentres rodeada de todos esos esmóquines, gargantillas de

diamantes y aduladores, pregúntate, mi querida Penélope, ¿dónde está el amor que tanto anhelas?

Dicho esto, paso a responder a tu pregunta, medítalo: lo que te impide cortar con él es que aún abrigas en el fondo de ti la esperanza de cambiarle y de que él sea la «fórmula mágica» para vivir como una reina y que te ame. Y estás anteponiendo el conseguir vivir como una reina al ser amada. Por eso sufres. Tratas de conseguir un imposible: que sea como te gustaría a ti que fuese.

Cariño, lamento decirte que, colorín colorado, este cuento se ha acabado. ¡Despierta y sal de esa pesadilla!

Un grande y fuerte abrazo.

Tu amigo, Arturo.

Asunto: Hogar, dulce hogar

De: **Penélope Soler**  
(pe\_soler1965@hotmail.com)

Enviado: lunes, 24 de agosto de 2015  
11:03:27

Para: Arturo Colomer  
(artucol@hotmail.com)

Hola, Arturo:

Ya estoy en casa. Te preguntarás por qué te envío un correo en vez de llamarte para decírtelo. Tengo dos buenas razones. La primera es que antes de que nos veamos, quiero decirte unas cosas y en persona no sé si seré capaz de hacerlo.

Verás, tomé buena nota de tu respuesta a mi pregunta. Al leerla, tus palabras resonaron en mi interior y las reconocí como algo escondido en mí. Supe que tenías razón, pero no acertaba a ver con claridad qué era aquello que me retenía junto a él, hasta que sucedió algo.

En nuestro regreso a Vancouver estaban previstas unas excursiones. Entre ellas, la visita al Parque Capilano, donde nos mostraron, entre gigantescos abetos, tótems originales de los antiguos habitantes de aquellas tierras. Pero esa no era la gran maravilla que nos esperaba.

Se trataba de un increíble bosque de árboles milenarios con rincones maravillosos que se encuentra al otro lado de un puente colgante de 137 metros de longitud. Reconozco que pasar por un puente oscilante suspendido a 70 metros de altura, por encima de las bravías aguas del río Capilano, es un reto para los nervios.

Víctor se negó a cruzarlo, se escudaba en que tanto verde le aburría y que prefería quedarse en la terraza de la cafetería tomando un gin-tonic. Pero caminar entre abetos de más de 300 años y de 30 metros

de altura era una experiencia que no estaba dispuesta a perderme. Víctor no daba crédito a que no me quedase a su lado y que fuera a cruzar el puente sin él. Aquello, querido Arturo, me animó más aún a cruzarlo. Sin decir nada, me dirigí tranquilamente hacia el puente y comencé a caminar por su suelo tembloroso y flotante. Víctor me llamó con insistencia, me limité a avanzar por aquella temblante tarima que él jamás se atrevería a pisar. Llegó incluso a acercarse a unos metros del inicio del puente para seguir llamándome a voz en grito para que regresara. Abandonó cuando se le acercaron un par de directivos y le convencieron para que regresara a la cafetería con ellos. El más mayor me dirigió un gesto de complicidad y me sonreí.

Fui avanzando por aquella pasarela. Me

detuve al llegar al centro, apoyándome en la barandilla para contemplar aquella perspectiva única que me ofrecía estar suspendida a esa altura. El río bajaba indómito, con unas irresistibles ganas de recorrer su camino. Sus aguas no se detenían con los choques contra las rocas y piedras del lecho, sino que producían en su roce violento fresca espuma y un ruido que daba cuenta del poder de su corriente. Sentí resonar aquella energía en mi interior, la reconocí como propia. Era aquello lo que quería realmente, recorrer mi propia vida sin estancarme. No tenía sentido que detuviera mis aguas contra la roca de Víctor, iba contra mi propia naturaleza. Solo tenía que recordar la fuerza desbordante del impulso que me llevó a romper mis cadenas con Ildefonso. Comprendí que pude romperlas porque necesité imperiosamente recuperarme a mí misma y

no vivir al servicio de nadie ni a través de nadie.

Me estaba volviendo a ocurrir. Sí, ahora por otros motivos, pero estaba cayendo en el mismo error. Era preciso que lo reconociera y que me palpara hasta distinguir mis debilidades. Había vuelto a caer en la adormidera de que «él» me hiciera feliz, me procurara unas comodidades, incluso lujos, y un estatus social que por mí misma no podría conseguir. Comprendí, amigo mío, que vivía una adicción, sutil, invisible, pero absolutamente alienante: una adicción emocional. De la misma manera que Víctor no podía liberarse de la suya al tabaco y fumaba más de treinta cigarrillos diarios con la esperanza de llegar a disfrutar uno de ellos, comprendí que yo hacía lo mismo, pero con mis emociones. Seguía enganchada a sentir la sensación de ser

amada. Caí en la cuenta de que era capaz de pasar días esperando unas migajas de cariño, ese gesto o esa palabra amable, que me crearan la ilusión de ser querida.

Si en un principio no faltaron palabras y gestos cariñosos en los momentos que pasé con Víctor, pronto empezaron a desaparecer. Cada vez fueron más frecuentes sus comentarios desabridos, sus silencios, su desapego desconcertante y sus continuos celos enfermizos. Aquellos síntomas de que era amada por él resultaron cada vez más escasos, y los esperaba con tanta ansia que, cuando aparecían, lograban que se borrasen de mi memoria los sinsabores y las ingratitudes que de él antes había recibido. Pero puede que de la memoria desaparecieran; pero no así de mi alma, de mi dignidad herida.

Entendí que aquel torrente bravío que brotaba de mi interior, con aquella fuerza

que me oprimía el pecho, no era más que unas inmensas ganas de amar y de que me amaras; pero estaba equivocada creyendo que había llegado a mi remanso de paz. Si me estaba golpeando contra las rocas era porque no había llegado a mi destino. Si estaba removiendo los lodos del lecho era porque aún había fango en mi interior. El fango de la codicia, el de la vanidad, el de vivir por encima de mis posibilidades.

Mi querido Arturo, como muy bien dijiste, si algo me seguía atando a él eran mis propias debilidades, mis impurezas: el deseo de tener más de lo que necesito para vivir en paz y el temor a que nadie me ame. Parecía estar dispuesta a soportar cualquier cosa por no perder esos instantes de sucedáneo de amor.

Ese no es el camino; al menos, no es el mío. Y en aquel momento el mío estaba ante mí. Dos opciones: en un extremo,

Víctor, lo conocido y la seguridad económica sin cariño; en el otro, un destino desconocido y misterioso hacia algo auténtico.

Continué avanzando por el puente y me interné en aquel bosque mágico, gobernado por el silencio; caminé entre abetos gigantes y cedros centenarios, rodeada del verdor de una vegetación exuberante, sintiendo dentro de mí el olor de la tierra fértil virgen y el frescor de las torrenceras. Invitada por el canto de aves desconocidas, vagué serena; encandilada con los rayos de sol que atravesaban las ramas y adivinando el cielo entre las copas de los árboles.

Víctor no podría ver aquel bosque con mis ojos. Ese lugar maravilloso y su magia eran para mí, como otros a los que a buen seguro me llevará mi torrente interior. Respiré hondo, agradecida por todo lo que

la naturaleza había sabido revelarme con su silencioso lenguaje, y tomé la determinación de que no iba a seguir adulterándome.

Arturo, lo vi claro, cómo me había ido despersonalizando plegándome a sus caprichos por asegurarme briznas de lo que yo creía amor. Mi querido amigo, no estoy dispuesta a seguir mendigando cariño por más tiempo. He roto definitivamente con Víctor. Mi alma le rechaza. Ya se lo he hecho saber. Ante su empecinamiento a negarse a aceptar la ruptura, le he enviado una carta despidiéndome definitivamente de él, que aquí te incluyo:

«Estimado Víctor:

Ha sido mucho y muy profundo el cariño que he sentido por ti como para que nuestra apenas esbozada historia acabe de forma penosa y triste.

Al menos para mí ha acabado la

zozobra de navegar en aguas poco claras y turbulentas, cambiantes de rumbo y sin destino fijo. Espero que tú también te sientas aliviado y más calmado al cesar una relación que sospecho te arrepentiste de iniciar al poco de comenzarla, agobiado por el desenlace matrimonial que tú mismo te habías marcado y que tantas veces me propusiste. No te reprocho nada. No eres el primer varón, ni serás el último, que confunde la satisfacción que le produce su vanidad masculina al conquistar una mujer valiosa con la plenitud del cariño verdadero y, una vez pasada la euforia primera, se angustia por el compromiso adquirido. Tampoco serías el primero que se ocultara a sí mismo sus pulsiones auténticas y que tratase de hacerlo ante los que le rodean con un matrimonio de conveniencia que su alma rechaza, una y otra vez, amargada por tanta simulación.

Reconoce que nunca te has sentido cómodo conmigo, de ahí tus continuos rechazos y tus constantes negativas a estar juntos, pese a tus planes de boda. Nunca he ocupado en tu mente ni en tu corazón el lugar de tu pareja, el que me prometías; solo ante tu empresa. Tus actos no se han correspondido con tus palabras ni con tus intenciones, pues lo que define a una pareja es tener un proyecto común y afrontar unidos los sinsabores, algo para lo que no has dado muestra alguna de estar preparado.

Me voy con la tranquilidad de haber obrado de acuerdo a los dictados de mi corazón y de no haberte fallado nunca. No puedo continuar inmersa en una relación que me perjudica, incluso hasta el extremo de desestabilizar mi salud física.

No te culpo de nada. Tú no me has hecho daño. Me lo he infligido yo misma al

poner el acento en lo que nunca me haría feliz y con mi empeño en dedicar el amor que albergo a quien no sabe qué hacer con él. Deposité sobre ti una responsabilidad para la que no estás preparado. No eres un mal hombre que haya querido jugar con mis sentimientos; solo eres un hombre ofuscado y desorientado.

Mientras no te aceptes, nunca podrás amar ni ser amado. Piensa que si yo he vislumbrado cariño y dulzura, es porque las guardas en algún secreto rincón. Ponlas de manifiesto.

Si alguna vez pensaste que los intereses materiales iban a atarme a ti, es que no me has conocido. Me deslumbraste, sí; pero solo habrías logrado retenerme ofreciéndome los besos, caricias y abrazos que tanto esperaba de ti.

Te estoy profundamente agradecida por haber aparecido en mi vida y

proporcionarme no solo la oportunidad de comprobar hasta qué punto puedo amar, sino la de conocerme a mí misma y qué debo superar. Lamento que nos hayan quedado por vivir tantos hermosos momentos y una posible existencia juntos, que habría podido resultar deliciosa y satisfactoria.

Te deseo lo mejor.

Penélope».

No sé durante cuánto tiempo seguirá llamando a todas horas, unas identificándose y otras no. Llama al fijo, al móvil,... En todas partes me encuentra. Debe de haber puesto tras de mí a alguno de sus detectives, sé que alguien me sigue. Me siento agobiada, pero fuerte. Cada vez más firme en mi decisión. Cada vez más a gusto conmigo misma. Espero que en cuanto lea negro sobre blanco mis explicaciones, le resulte más fácil de

asumir mi decisión y deje de perturbarme.

Por cierto, mi segunda razón para habértelo dicho por escrito y no en persona es porque quería que lo supieras antes de vernos y que me recibas con uno de esos abrazotes tuyos que tanto echo de menos.

Un beso,  
Penélope

Santiago bajó al mínimo el volumen de la radio del coche patrulla camuflado. Prefería ir repasando mentalmente los contenidos de los correos entre Penélope y Arturo mientras conducía hacia Peñíscola. Especialmente aquel en que Penélope relata cómo suspendida en un larguísimo puente colgante, ve con claridad lo que le está ocurriendo y lo que necesita: apartar los obstáculos que le impiden fluir y continuar su camino hacia la paz. Se le encogió el corazón cuando lo leyó. Él también había

experimentado esa misma sensación de estar suspendido en una encrucijada sin saber hacia dónde dirigirse, si hacia la insatisfacción de lo conocido o hacia la incertidumbre de aquello por conocer. Así se lo expresó, en cierta ocasión, a su amigo el comisario Ramón Calabuig tomando unas cervezas.

Al recordar aquel mensaje, se imaginaba a Penélope caminando despacio por el interminable puente, avanzando alegre, paso a paso, por aquella pasarela oscilante y sintió el impulso irresistible de seguirla, de adentrarse de su mano en aquel bosque selvático de dimensiones colosales, donde se encontrarían integrados a la

tierra que pisaran, abrazados por la vegetación y bendecidos por los rayos de luz que se filtraran entre las copas de los árboles rectos y esbeltos, de copas lejanas, tubos de un gigantesco órgano que resonara armonioso en el silencio de una inmensa catedral vegetal. Volvió a sentir el deseo imperioso de estar cerca de ella, imaginándola despierta y recuperada, en pie frente a él, sonriéndole; de rodearla con sus brazos y sentir su delicadeza, de ofrecerle protección con su cuerpo y envolverla con él, de acariciar sus mejillas y rozar sus labios con los suyos.

El rugido del motor de un camión que adelantó su vehículo le devolvió

bruscamente a su realidad. Le situó de nuevo en que se dirigía en busca de alguien de quien no le había hablado Arturo, pero sí Ana: un tal Lluís, que al parecer estaba extorsionando a Penélope bajo amenaza de difundir fotos comprometidas. No le resultó difícil dar con su paradero. El tipo era preparador físico en un hotel de lujo de Peñíscola. Ironías de la vida, el mismo hotel junto al que él aparcó su vehículo particular cuando se citó con Penélope y donde estaba ahora estacionando el coche camuflado.

Santiago bajó del vehículo. Se palpó con disimulo bajo la cazadora de piel marrón la pistola reglamentaria.

Mientras simulaba limpiar los cristales de las gafas de sol pasó revista a todos los coches aparcados en las cercanías. No vio ningún Mercedes descapotable con matrícula española, como le había contado Ana que tenía Lluís. De los dos que se encontraban aparcados cerca, uno era de matrícula alemana y la del otro, francesa. Podría ser uno de esos y estar equivocada Ana.

Decidió entrar al magnífico vestíbulo del hotel. Se guardó las gafas oscuras y preguntó en recepción por Lluís, el preparador físico. Allí le indicaron que se encontraba en las instalaciones deportivas y dónde estaba el gimnasio. Agradeció con un gesto y

fue a echar un vistazo. En el gimnasio había hombres de diferentes edades. Los fue observando. Localizó a un tipo de cabellos largos y ondulados recogidos en una coleta que daba instrucciones a otro que le observaba con atención. Estaba explicándole cómo debía subir y bajar las pesas sentado. Al acabar la serie, dejó las pesas sobre el suelo para que continuara el otro en su propio asiento. Él se puso en pie. Encajaba perfectamente con la descripción que le dio Ana de Lluís: «alto, moreno, melena larga y ondulada, con barba y bigote, sonrisa irresistible y está buenísimo, inspector». Santiago se sonrió para sí mismo al recordar la puntualización

final de la mujer. Vio como se secaba el sudor con una toalla y luego se soltaba el cabello. Decidió acercarse a él. Observó que aquel individuo se tocaba la nariz y sorbía con frecuencia.

—Qué malas son las alergias, ¿verdad? —le dijo Santiago sorprendiéndole por la espalda con intención de cortarle el paso hacia la salida donde se encontraban los vehículos aparcados.

—Sí, son muy desagradables —dijo un tanto sobresaltado Lluís dedicándole una mirada aviesa y desconfiada a Santiago.

—¿No conocerás a un tal Lluís? —le preguntó mientras buscaba con calma en

el bolsillo interior de la cazadora su placa de inspector para mostrársela—. Un chico aficionado a la fotografía.

—No conozco a ningún Lluís — mintió y fingió que iba a continuar con las pesas. Tomó la toalla que había dejado en el suelo y golpeó con ella en la cara al inspector. Aprovechó su desconcierto para huir corriendo hacia otra salida.

Santiago se apartó el trapo, saltó por encima del aparato de gimnasia que había dejado libre Lluís y corrió tras él. Persiguiéndole, salió a la calle y vio que Lluís trataba de arrancar una moto BMW de última generación. «¡Coño, pues sí que da la fotografía!», se dijo Santiago

mientras corría a toda prisa hacia él. Al ver que arrancaba y se marchaba a todo gas, corrió hacia su vehículo por la acera del edificio. Entró en el coche y lo puso en marcha. Aceleró el coche en segundos y giró en la esquina. Rechinaron las ruedas contra el asfalto y rodeó el perímetro del hotel en sentido contrario para ir a su encuentro.

En la siguiente la esquina, la moto de Lluís se encontró de bruces con el coche de Santiago. Giró bruscamente dejando una gruesa marca de neumático en el pavimento y un fuerte olor a goma quemada. Aceleró la moto haciéndola rugir más y huyó. Tomó la larga avenida que asciende al castillo esquivando a

gran velocidad los coches que encontraba a su paso y los que se le acercaban de frente. A medida que se le echaba encima el vehículo de Santiago, que le seguía de cerca, sus quiebros a los vehículos que circulaban por delante de él se iban haciendo más bruscos y arriesgados. Los vehículos que circulaban en dirección contraria se apartaban como podían. Algunos se subieron a las aceras para dejar paso libre a la locura del motorista que eludía, una y otra vez con sus giros repentinos, la persecución de un coche que rugía enfebrecido.

En cada bocacalle, Lluís trataba de escapar de la encerrona que suponía

llegar a las faldas de la fortaleza, pero el vehículo de Santiago se le atravesaba una y otra vez, impidiéndole huir por las calles laterales y obligándole a continuar en dirección al castillo.

La avenida se le agotó. Continuó huyendo decidido a atravesar la puerta de las murallas de la antigua Peñíscola y perderse por sus callejuelas, donde no podría darle alcance su perseguidor. Tuvo que frenar bruscamente al llegar frente a la puerta de Santa María. Un vehículo fúnebre, cubierto de coronas de flores, comenzaba a atravesar la puerta desde el interior de la ciudad ocupando todo el espacio de su abertura. Un cortejo de numerosos familiares y

amigos le seguía a pie. De repente, se encontró atrapado en un callejón sin salida, rodeado por los entrantes que forman los muros de la fortaleza a los lados de la puerta.

Se detuvo jadeante. Miró hacia atrás. Vio venir hacia él a toda velocidad el coche negro que le perseguía dispuesto a recoger a su presa. Giró la moto y esperó a que el coche se detuviera frente a él. Justo en el instante en que la puerta del vehículo se abrió y bajaba su perseguidor, Lluís arrancó la moto a toda potencia y avanzó hacia el coche negro y, a punto de chocar con el morro, levantó la rueda delantera elevando la moto por encima

del capó del vehículo y saltó al techo, se deslizó por el maletero y de nuevo tomó tierra huyendo a toda velocidad por una empinada cuesta pegada a la muralla que lleva al interior de la fortaleza.

Santiago no daba crédito. «¡La madre que lo parió!», gritó. Volvió a sentarse delante del volante. Giró todo lo deprisa que pudo aquel coche abollado y comenzó a perseguir al motorista por la cuesta de subida al castillo. Chirriaron las ruedas del coche en el quiebro de la pronunciada curva del primer nivel de la rampa. Lo vio remeterse como una exhalación por el portal Fosc, un túnel de acceso a las calles de la ciudadela, con el ancho

justo de un vehículo. De repente, se vio obligado a realizar un forzado zigzag en su interior para no chocar contra las paredes del túnel y salió de nuevo a la claridad de una recoleta plaza. Vio a Lluís, que giraba precipitadamente a la izquierda. Santiago giró a toda velocidad y continuó detrás del fugitivo. Dejó a los lados de la plaza a los turistas, que se habían apartado asustados por la embestida de la moto. Siguió la estela de gente que gritaba asustada y se apartaba a los lados de la calle del Olvido. El suelo de piedra de morrillo le hacía vibrar el coche como si estuviera dentro de una batidora mientras perseguía al motorista.

Salieron los dos al ensanche del parque de Artillería, la moto giró estrepitosamente en la última curva de la calle del Olvido y continuó su ascenso por las empinadas calles de la fortaleza sorteando coches aparcados y turistas que salían de los establecimientos. Santiago le seguía, acelerando y frenando continuamente. Apretaba los dientes mientras golpeaba el claxon para avisar a la gente. Maldecía al tomar las curvas cerradas de las callejuelas mientras esquivaba a un lado y a otro a la gente que huía de la moto, enloquecida. Lluís llegó a la calle del castillo. La estatua de Benedicto XIII le miró severo al pasar veloz a sus pies.

Un «¿será cabrón?» salió de la boca de Santiago al ver como Lluís, ante una bifurcación de la calle delante de la entrada al castillo, huía por el nivel más elevado espantando a los turistas que hacían cola para entrar. Una barandilla lo partía en dos mitades tan estrechas que no podía seguirle con el coche. Santiago aceleró y continuó en paralelo a él por la calle más baja, una cuesta pronunciada llena de comercios de recuerdos para turistas salvada por escalones de tanto en cuanto y que se estrechaba peligrosamente. El vehículo bajaba dando tumbos. Derribó el cartel de un comercio de recuerdos ante la mirada atónita de los turistas que se

encontraban en el interior de los establecimientos. Al llegar donde los dos niveles de la calle se unían de nuevo en un único camino, Santiago giró bruscamente a la izquierda cortando la salida a Lluís. La moto derrapó y chocó contra el vehículo. Su piloto se levantó del suelo y, al ver salir del vehículo al inspector, echó a correr cuesta arriba, hacia la entrada del castillo.

El policía se lanzó a perseguir a Lluís corriendo tras él. Tuvo el tiempo justo de ver el revuelo que se había formado al remeterse entre un grupo de turistas que entraban al castillo. Sacó la placa y la mostró extendida mientras atravesaba corriendo el control de la

entrada. Pasó al interior y miró hacia un lado y hacia otro. Aún vio al fugitivo subir por las escaleras que llevan a la parte superior del castillo. Tomó aliento y subió las escaleras con calma. Necesitaba reponerse. Al llegar, le reconoció mezclado en un grupo numeroso. Trataba de camuflarse entre los turistas que disfrutaban entre muretes almenados de unas vistas insuperables del mar Mediterráneo y de la sierra de Irtá. Santiago también se ocultó entre un grupo de visitantes. Fue acercándose a él cuidando que no le viera y confiara en que le había despistado. Cuando le tuvo a su alcance, le empujó y le derribó. Le tumbó contra el suelo y le puso las

esposas. Los visitantes se apartaron asustados y curiosos mirando lo que ocurría entre aquellos dos hombres jadeantes.

—Ahora me vas a explicar un par de cosas —dijo Santiago mientras le ponía las esposas contra el suelo—. Y me vas a decir dónde tienes las fotos de Penélope.

—¡No me hagas nada, joder! —gritaba, llorando, Lluís con la cara contra el suelo—. Ya se lo dije al viejo, que no volvería a molestarla. He borrado las fotos. ¡Lo juro!

—De que no la vuelvas a molestar, ya me voy a encargar yo, cabrón —dijo Santiago apretándole las esposas hasta

hacerle gritar.

—¡Lo juro! ¡Lo juro! Díselo al viejo, que no las tengo. Que ya no existen las putas fotos —gritaba y lloraba.

Le levantó el tronco tirándole del cabello.

—Ahora me vas a contar lo del viejo. ¿De qué viejo me hablas?

—¡Joder! ¿Quién va a ser? El que te envía —dijo entre sollozos Lluís—. Para cortarme los huevos.

—A mí no me envía ningún viejo, gilipollas. Mira esto, imbécil —le espetó Santiago y le mostró la placa—. Y ahora me lo cuentas todo despacito.

Le soltó y la mejilla de Lluís se

golpeó contra el suelo. Le hizo levantar y le apoyó de espaldas contra una almena. Ambos quedaron cara a cara, con la respiración agitada.

—¿Eres policía? —Lluís miró desconfiado a Santiago.

—¡Sí, coño! ¿Qué más quieres que te enseñe?

Tragó saliva y tomó aire ya más tranquilo.

—Hace cosa de un mes —dijo—, un tío mayor me vino con un montón de fotos mías, de donde vivo, donde trabajo, de mis padres... Conocía todos mis movimientos... —contaba entre jadeos—. El muy cabrón me amenazó con que si publicaba las fotos de

Penélope o a ella le ocurría algo me enviaba a un sicario que me cortaría los huevos y se los enviaría a mis padres. —Lluís miró aterrorizado a Santiago—. ¡Y el tío lo decía de verdad! Tendría que ver su cara... ¡No me quedó ninguna duda! Se le veía un tío con pelás, con muchas pelás, que podía pagar a cualquiera que fuera capaz y yo... —Lluís rompió a llorar—... ¡me acojoné al verte! Creía que eras el sicario, ¡coño!

Santiago lo cogió por el cuello de la camisa.

—No soy el sicario —dijo apretando los dientes—, pero te juro que no descarto hacerlo yo mismo si vuelves

a hacer esa canallada a una mujer.

Lluís lloraba y negaba con la cabeza.

—¡No, no más! Lo juro, no lo volveré a hacer —lloriqueaba.

—Ahora, dime una cosa, cabrón, antes de que no pueda sujetarme por más tiempo las ganas de tirarte almena abajo... —dijo verdaderamente enfadado Santiago—. ¿Cómo era ese viejo que dices?

—No sé... Muy alto... corpulento... Llevaba un pañuelo largo alrededor del cuello y un bastón con un punzón que me puso en el cuello mientras me decía todo lo que me dijo...

—Así que un viejo te puso un punzón en el cuello... —dijo Santiago

mientras le subía más las solapas y le apretaba más contra la almena.

—Sí, sí... —asintió con vehemencia Lluís—. ¡Y no es tan viejo! El tío es mayor, pero está fuerte... Como al principio no le hacía caso, al querer marcharme me hizo tropezar con el bastón... Caí al suelo y vi como salió de la punta del bastón un punzón con el que me apretó en el cuello y me dijo todo eso...

—Ya me lo has contado —dijo impaciente Santiago—. Venga, nos vamos.

—¿Adónde me llevas? —preguntó asustado Lluís.

—Con los chicos de verde, que

están deseando hacerte unas preguntitas que tú —dijo dándole un empujón dirigiéndole hacia la salida—. Vas a responder muy educadamente y con todo lujo de detalles. —Santiago le mostró una sonrisa cómicamente exagerada—. Os vais a llevar muy bien. Ya lo verás —dijo enarcando las cejas—. Ellos también coleccionan fotos. No olvides sonreír cuando te las hagan... Por tener un bonito recuerdo tuyo, ¿sabes? —le dijo mientras fingía que le apartaba de los hombros restos de polvo—. Las pegarán en su álbum de cabrones y cobardes —inclinó la cabeza como quitando importancia al asunto y dijo con tono irónico—. Es por si, al verlas,

te reconocen las quince mujeres que te han denunciado por sacarlas en las fotos un poco... «movidas». Pero, tú, tranquilo. Que, total, como mucho, un añito de cárcel por cada una de ellas...

Santiago arrojó sobre la mesa de su despacho el informe que le había pasado su equipo de la Guardia Civil sobre el caso. Las conclusiones no eran definitivas, pues aún no habían conseguido pruebas concluyentes, pero todo apuntaba a que Arturo Colomer había sido el agresor.

Sin embargo, no le cuadraba que hubiera matado a Magdalena ¿qué relación podría tener con ella? Quizá el hecho de que estuviera en el lugar equivocado en el momento inoportuno...

Si por alguna razón Penélope se había hecho acompañar de Magdalena, quizás Arturo se hubiera visto obligado a matarla al presenciar cómo agredía a Penélope. Pero, entonces, ¿qué sentido tenía que Arturo llevara a Penélope al hospital? Puede que se arrepintiera en el último momento de lo que había hecho al descubrir que aún vivía.

Apartaba la vista del informe, pero los indicios resultaban abrumadores: Arturo fue quien apareció en el lugar del crimen, tras recibir un mensaje de whatsapp desde el móvil de Penélope pidiéndole que acudiera allí en su ayuda. Era cierto lo del mensaje, lo comprobaron; pero pudo habérselo

enviado él mismo después de agredirla. Vivía en un chalé próximo a lugar de los hechos. Tampoco perdía de vista que el día que trataron de matar a Penélope en el hospital, él no estaba en la galería, que tenía a sus espaldas dos esposas fallecidas en extrañas circunstancias y últimamente viajaba al extranjero con una frecuencia fuera de lo común y no se habían recibido en la galería piezas que justificaran sus ausencias. Y todo apuntaba a que él era el personaje que amenazó a Lluís con castrarle si publicaba las fotos de Penélope, aunque esto resultara contradictorio con lo anterior. ¿Por qué primero la protege y luego la intenta matar? ¿Por celos?

El instinto de Santiago se resistía a creer que el homicida fuera Arturo, por quien no sentía ninguna simpatía. Más bien al contrario, saber que él ocupaba un lugar muy especial en el corazón de Penélope no le agradaba. Tenía que reconocer que por primera vez en su vida sentía la punzada de los celos por ese cariño y por la simple idea de que él hubiera disfrutado del lugar al que él aspiraba a llegar algún día.

Descolgó el teléfono del despacho y comenzó a marcar un número. Se imponía hablar de nuevo con Arturo. Ahora le interrogaría sobre él, no sobre los demás. Tenía mucho que explicar.

No había terminado de marcar el

número del móvil de Arturo, cuando recibió una llamada en su móvil personal. Era Lidón, la hija de Penélope. Se le hizo un nudo en la garganta. Colgó el fijo y dio paso de inmediato a la llamada del móvil. Cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Sí, Lidón? Dime, ¿cómo sigue tu madre?

—Inspector, ¡venga, por favor! Mi madre ha despertado.

Un bálsamo caliente se derramó por el interior del pecho del inspector Ramírez aliviándole la inquietud que le escaldaba por dentro. Una gota cristalina se escapó por la ranura de sus ojos.

—Gracias por avisar. Voy enseguida —dijo Santiago—. Por favor, dile que va a ir a verla un amigo.

Hacía décadas que el inspector Santiago Ramírez no se cubría el rostro con los dedos entrelazados para dar gracias al cielo como estaba haciendo en aquel momento bajo la luz del flexo de su despacho provisional, con todo su corazón.

En el hospital, se informó del número de la habitación a donde habían trasladado a Penélope al recuperar la consciencia. Se dirigió a la planta y localizó la habitación. Golpeó con los nudillos la

puerta y pidió permiso para entrar. Oyó decir a Lidón «Adelante». Se adentró despacio, midiendo los pasos. Cuando estuvo dentro, vio junto a la cama a Lidón y a Ana. Le saludaron. La mujer que yacía en la cama levemente incorporada le miró. Le habían liberado el cabello. Por un instante, Santiago, temió que no le reconociera ni ahora ni nunca. Vio en su mirada que había un indicio de que su cara no le resultaba extraña y, lo que más le tranquilizó, parecía haber recuperado la consciencia completamente. Ahora habría que ver hasta dónde le llegaba la memoria.

—Hola, Penélope. ¿Te acuerdas de mí? —preguntó Santiago sonriente.

—¿Es que os conocéis? —preguntó extrañada Lidón.

—Sí —respondió Santiago.

—Es una larga historia —añadió Ana sonriendo.

Penélope sonrió dolorida por los labios resecos y cortados.

—Hola, Santiago. —Y una dulce sonrisa le activó el rostro—. ¿Cómo te has enterado de que estoy aquí?

—Bueno, no te mentí cuando nos conocimos. Soy funcionario. Pero no dije toda la verdad —dijo encogiéndose de hombros—. Soy policía. En realidad, soy el inspector encargado de investigar tu caso.

—Qué pequeño es el mundo —dijo

Penélope con voz apagada, y su hija le acercó un vaso de agua para que se refrescara la garganta reseca.

—Así es —le dijo y esperó a que bebiera—. Pero hoy estoy aquí como amigo, para cuidarte. —Continuó tomándola cariñosamente de la mano—. Ya hablaremos de otras cosas.

—Ha venido varias veces, Penny —dijo Ana—. Y te ponía unos auriculares para que escucharas música.

Penélope apretó suavemente la mano de Santiago.

—¿De veras? ¿Y qué me música me ponías? ¿*Heavy metal*, a ver si reaccionaba?

—Veo que incluso has recuperado tu

sentido del humor. —Rio Santiago—. Te daba a escuchar una pieza que para mí es muy especial: *Lascio qu'io pianga*, de Haendel.

—Seguro que me ha ayudado —dijo Penélope sonriendo agradecida y un poco dolorida.

—Te he traído esto —dijo Santiago sacado del bolsillo interior de su cazadora el pañuelito que le entregó Penélope en Peñíscola.

Ella sonrió.

—Gracias —le miró con dulzura—. Me alegro de que lo conservaras.

—Esta noche me quedo yo a cuidarte, si no tienes inconveniente —dijo Santiago sonriente.

Penélope miró a su hija, que sonrió.

—Vale —dijo Lidón—, pero mañana por la tarde vuelvo yo. —Y le dio un beso sentido a su madre—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, tesoro —dijo Penélope con voz emocionada al percibir el sentimiento de su hija.

—Yo vendré mañana por la mañana —dijo Ana y se dirigió al inspector—. Me alegro de que haya venido a verla. Arturo no ha podido hacerlo, se ha tenido que despedir por teléfono.

—¿Se marcha de nuevo? —preguntó Santiago.

—Sí —respondió Penélope con tristeza—. Me hubiera gustado mucho

verle...

—Seguro que a él también... —dijo Ana tratando de suavizar la tristeza que le producía a su amiga—. Se ha pasado aquí muchas horas a tu lado.

—Lo sé. Me lo ha dicho Lidón —dijo Penélope—. Solo es que no le entiendo, la verdad.

—No le des más vueltas —dijo Ana—. Descansa, guapa, que te quedas muy bien acompañada. —Y al darle un beso a Penélope aprovechó para decirle al oído «nena, esta noche ceno con Vicente»—. Adiós, inspector. ¡Mañana nos vemos!

Cuando Lidón y Ana hubieron salido de la habitación, Penélope se dirigió a

Santiago:

—Bueno, al fin solos. —Y rieron los dos—. ¿Vas a interrogarme?

—No. Debes dormir y descansar todo lo que puedas —dijo Santiago acomodándole las sábanas—. Ahora, lo primero eres tú —perdiéndose en la oscuridad castaña de los ojos de ella—. Al menos, para mí.

—Pero si no me conoces —le dijo Penélope con una sonrisa triste.

Él se sonrió mientras la arropaba con la sábana y con su mirada.

—Te equivocas. Lo sé todo de ti.

¡Me dijiste que pasaríamos juntos este fin de semana! ¿Otra vez? Mira, Vicente, siempre estás igual. Cuando no es un congreso, es una feria. Y cuando no, una boda de un pariente o que no le puedes decir que no a tu mujer... ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¿Que yo tengo la culpa? ¡Qué valor! Pero ¿cómo me dices eso? ¿Paciencia? ¿Que no tengo paciencia? ¿Te parecen pocos ocho años de paciencia? ¡No me toques! Déjame, te he dicho que no me toques. ¿Por qué tengo la culpa? A ver explícame, ¿por

qué tengo yo la culpa de que este fin de semana no lo podamos pasar juntos? ¡Y ponte los pantalones! ¡No te interrumpo! Es que se me hace muy difícil discutir contigo viéndote solo en calcetines.

Pero ¿qué tiene que ver que ahora me vaya al hospital a cuidar de mi amiga? Es viernes por la mañana. Al mediodía irá su hija y yo me vengo a casa. Cuando salgas esta tarde del despacho de la fábrica, me recoges y ya está. Yo estaré lista, cariñín, como siempre. ¿Por qué dices eso? ¡Yo no soy la criada de nadie! ¿Me oyes? Ni siquiera tuya. Estoy cuidando de una amiga que está pasándolo muy mal. ¿Que le está bien empleado? Pero... ¿qué

estás diciendo? ¿Que se merece eso y más? ¿Cómo que irse con cualquiera? No sabemos qué ha pasado ni quién se lo hizo. Nadie sabe nada... y menos tú. Porque tú no sabes nada de ella, ¡ni de mí!

Mi amiga no es una cualquiera, ¿sabes? Ella no es como yo, que me voy con el primero que me gusta por olvidarme de ti y que me dejo engañar para creerme que te importo. Para creerme que soy algo para alguien... Es mi venganza porque sé que me utilizas, porque me siento usada, abaratada... Las cobardes y los miserables como tú nos veis como a unas zorras, no como lo que somos. ¿Sabes lo que somos? No, tú

no lo sabes, no. ¿Qué vas a saber tú? Somos mujeres generosas, que dan todo lo que tienen a cambio de lo que les falta: cariño. ¿Por qué nos equivocamos tanto las mujeres? Y otra equivocación y otra. Y no aprendemos: lo damos todo una y otra vez.

¡No me toques! ¡No te acerques, tío mierda! Sí, eso es. ¿Cómo no lo he visto antes? No eres un hombre. ¿Tú qué vas a ser un hombre? Ser un hombre de verdad es algo que te viene grande... Tú solo eres una mierda de tío. ¡Baja la mano o te clavo esto! ¡Ni se te ocurra ponerme la mano encima! ¡Te juro que te lo clavo! Aunque sea lo último que haga... Sí, eso es lo que eres, un tío mierda. Y

aunque no seas capaz de verlo, ¡yo!, yo soy una joya que no te mereces. ¡No, no merezco lo que me haces! ¡No, ni un minuto más! ¡Y ella no se merece lo que le has dicho! Ni que su nombre esté en tu boca. Ni el mío. No quiero oírtelo más. Tu boca está sucia, porque tú eres sucio. ¡Aparta! Ya lo creo que me voy. ¡Y tanto que me marchó! Esto se acabó. Ahora estoy libre de ti, de como te veía. Sí, ahora te he visto de verdad, tal y como eres y ¡me das asco! Mucho asco... Ya no tienes poder sobre mí. ¡Apártate te digo o te lo clavo en las entrañas! Voy a atravesar esa puerta y, si es preciso, por encima de ti. ¡No! ¡No pienso soltar el abrecartas! No, hasta que salga de esta

pocilga de lujo a la que me traes para restregarte conmigo. ¡No más, Vicente, no más! Eso es, no te acerques. Sí, mejor, así, apártate despacito, eso es. Que yo vea dónde tienes tus sucias manos. ¿Cómo es posible que yo haya...? Te miro ahora y me das tanto asco... ¡Atrás! ¡Apártate de la puerta, Vicente! Eso es. ¿Ves? Si te apartas, no te haré nada. ¡No, no lo suelto! ¡Quédate quieto ahí! Eso es. Cuando cierre la puerta, ¿vale?, no me sigas. ¡Ni se te ocurra!... Estoy muy nerviosa y no sé qué podría hacerte.

¡Ah! Antes de cerrarte la puerta para siempre... quiero que sepas una cosa, Vicente: que la tienes muy pequeña y

floja, ¡cabrón!

La voz grabada de una operadora exasperaba a Santiago insistiendo una y otra vez en que el móvil de Arturo no estaba disponible. Tampoco se le encontraba en la galería ni en su chalé al borde del mar en la costa de Oropesa. Ya lo había comprobado una patrulla de la Guardia Civil. Allí no había nadie. Era extraño. Se había marchado hacía dos meses sin decir adónde. Ni siquiera había ido a ver a Penélope una vez que había despertado. ¿Estaba huyendo? Probablemente temiera que Penélope

llegara a recordar quién la atacó.

Penélope, desde que despertó, no había logrado recordar nada más que lo que le contó la primera vez en el hospital. En esta ocasión, la visitaría en su domicilio para que se encontrase más relajada y quizás pudiera aportar algún dato. También había llegado el momento que tanto había retrasado: el de insinuarle que Arturo pudiera estar implicado en los hechos.

—Lo siento, no recuerdo nada más —repetía Penélope sentada en el sofá de su casa y ante unas tazas, de café para Santiago y de té con canela para ella.

—Relájate —le decía él—. Vamos a intentarlo de nuevo. Empezaremos por el

principio... A ver... —dijo consultando su libreta—, regresas de nuestra cita en Peñíscola, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Bien, llegas a tu casa... Vale. Antes de llegar a tu casa ¿te encuentras con alguien o ves algo que te llame la atención?

—Nada extraño... Cuando estoy en el portal esperando el ascensor, bajaba en él Damián con una bolsa de basura. Le pregunto por Magdalena y me contesta que ha ido a llevarle unos papeles al notario a su chalé y que aún está esperando que regrese.

—¿Se le ve preocupado? —preguntó Santiago.

—Sí, más bien extrañado por la hora que se había hecho... —contestó Penélope—. Entré a casa y al rato recibí el mensaje de Magdalena. Me asusté mucho y me extrañé de que me lo enviara a mí y no a su marido. Pero pensé que tendría sus motivos...

El sonido de un teléfono móvil se oyó lejano a través de la ventana de la cocina y Penélope se sobresaltó.

—¿Sí? —preguntó Santiago observando cómo ella se había tensado.

—Eso es... —musitó prestando atención a un recuerdo repentino.

—¿Decías algo?

—Sí, que ahora recuerdo algo más.

Santiago asintió para que continuara.

—Al llegar a casa, dejé mis cosas en el dormitorio y desde allí llamé al móvil de Magdalena a ver si tenía más suerte que Damián y me respondía. No lo hizo, pero me di cuenta de que lo estaba oyendo sonar a través del patio. Me asomé y el sonido venía de su casa.

—¿Y qué hiciste?

—Bajé a casa de Magdalena —explicó mirando a los ojos de Santiago—, por si ella se hubiera olvidado el móvil en casa y Damián no se hubiese dado cuenta. Llamé a la puerta y Damián me abrió enseguida. Le dije que había oído el móvil de Magdalena en su casa. Me respondió que no era el de Magdalena, sino el suyo, que sonaba

igual. Me dio las gracias y subí a mi casa. Al cabo de un rato, recibí el mensaje de Magdalena.

—¿Recuerdas el mensaje? Lo tenemos de todas formas, no te preocupes.

—Sí, que me esperaba en la torre de la Colomera por un asunto muy urgente. —Se puso en pie y comenzó a deambular por el estudio—. Que ya me lo explicaría todo y que no asustara a su marido. Acudí —se detuvo y miró al vacío— y al llegar vi a Magdalena tendida en el suelo, boca abajo. Corrí hacia ella y me agaché para ayudarla. Fui a darle la vuelta cuando sentí un fuerte golpe en la cabeza.

—¿No le enviaste un mensaje a Arturo?

—¿A Arturo? —preguntó Penélope extrañada—. No, ni a nadie. No tuve tiempo. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque esa es la coartada de Arturo —dijo Santiago.

Le miró horrorizada.

—Pero ¿qué dices? ¿Que crees que Arturo nos atacó? ¡Estás loco! Nunca me haría daño y tampoco a Magdalena ¡Pero qué locura! ¡Él fue quien me salvó!

—Comprendo que la idea te resulte muy dura de aceptar, pero todos los indicios van apuntando hacia él...

—Pues a lo mejor es que tú apuntas

hacia él y ves los indicios donde quieres verlos.

—Penélope, soy un profesional y actúo por encima de mis simpatías... — La miró con firmeza—. ¿Me quieres decir qué hacía él allí?

—¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

—Interrogarte —dijo seriamente Santiago—. Pienso que es mejor para ti hacerlo en tu casa que llevarte a la comandancia.

—Di toda la verdad, Santiago —exigió irritada, poniéndose en pie—. ¡Díla entera! —Sus ojos se volvieron desafiantes—. Ahora soy yo la que te interroga: ¿solo estás aquí porque tienes que interrogarme? A lo mejor tienes

algún interés que te hace mirar con malos ojos a mi amigo...

Santiago se levantó despacio y avanzó hacia ella haciéndola retroceder con su envergadura, hasta que chocó con el sofá. Penélope se mantuvo firme frente a él, sin demostrarle debilidad. Santiago aproximó sus labios a los de ella, a punto de rozarlos. Por un instante, Penélope sintió la suavidad del roce de su barba.

—Estoy aquí solo para interrogarte —musitó Santiago al límite de rozar los labios de Penélope con los suyos—. Soy un profesional —dijo manteniéndolos en suspenso a unos milímetros de los de ella. La mirada de la mujer comenzaba a

extraviarse ante la proximidad de los ojos de Santiago, tan oscuros y envolventes— y nunca me dejaría llevar por las emociones cuando trabajo... aunque me estuviera muriendo de ganas de hacerlo. —Y se apartó lentamente de la atracción magnética de los labios entreabiertos de Penélope, que había cerrado los ojos.

Un golpe suave al cerrar la puerta de la casa hizo que abriera bruscamente los ojos y experimentara una desagradable sensación de vacío y de vergüenza.

El agente de la Guardia Civil de la máxima confianza de Santiago cerró la puerta del despacho al salir. El inspector, al verle marchar, tuvo la certeza absoluta de que podía contar con su total discreción. Santiago decidió revelarle su relación personal con una de las víctimas del caso, algo que desconocía cuando se lo encargaron, y le encomendó la localización del ordenador del tipo que acosaba a Penélope a través del chat de la página de contactos por la que se conocieron.

Cuando leyó la copia de la denuncia que había interpuesto Penélope, poco antes de ser agredida, por las amenazas escritas en el coche, Santiago pensó que podría tener relación con lo que le contó Ana sobre la insistencia de un tipo anónimo en el chat de la página.

Había valorado también la posibilidad de que se tratara del tal Víctor Aguilar con un perfil falso. Sin embargo, la agresión solo podría haberla llevado a cabo a través de un encargo, ya que el día y a la hora que se produjo el crimen, Víctor Aguilar se encontraba detenido por un escándalo financiero que había destapado un periódico local al que habían hecho

llegar anónimamente escrituras que demostraban las malas artes con las que había conseguido hacerse con propiedades de adictos a las apuestas. Podría tratarse de un encargo de Víctor, pero ¿por qué iba a avisar a Arturo Colomer? Porque era cierto que desde el móvil de Penélope se envió ese mensaje.

Santiago cada vez lo veía más claro. Solo una persona pudo hacerlo: el asesino. Y este conocía la relación entre Penélope y Arturo.

Una llamada al móvil le entresacó de sus cavilaciones.

—¡Hola, Roxana! —dijo con sincera alegría—. ¿Todo bien?

—¡Qué caro está verte, caballero!  
—exclamó riendo, la muchacha—.  
¿Puedo hablarte ahora?

—Sí, claro, cuéntame —dijo  
Santiago con la sonrisa en la boca—.  
¿Cómo van tus trámites para marcharte a  
los Estados Unidos?

—De eso, precisamente, quería  
hablarte, mi niño —dijo agitada, Roxana  
—. Ya está listo mi visado, pero ha  
habido un problema, ¿sabes? Que me lo  
enviaron a casa y como no había nadie,  
lo devolvieron. Me han llamado de la  
embajada, ¿sabes? Me han dicho que si  
no les doy otra dirección en la que  
alguien se haga cargo del envío, tendré  
que ir a por él a Madrid. Yo he pensado

en ti. No tengo a nadie más, mi niño.  
¿Puedo dar la tuya?

—A mí me pasa igual, Roxana —  
explicó Santiago, pensativo—. Vuelvo a  
casa por la noche. —Y cambió el tono  
—. Mira, vamos a hacer una cosa. Vas a  
dar mi dirección de trabajo, el de mi  
despacho en la comandancia. Así no  
habrá problema. Que lo envíen a mi  
atención. Daré instrucciones para que  
sepan que se va a recibir aquí. Te envío  
los datos por WhatsApp.

—¡Ay, qué lindo eres! Te mando un  
beso grande, muy grande, mi niño.

—No hay de qué, mujer. Cuídate —  
le deseó Santiago sin poder evitar  
recordar esos besos tan cálidos y

provocadores que aquel monumento de mujer le regaló aquella noche en la que se reencontró con su virilidad.

Se quedó mirando el móvil y decidió llamar a Penélope. No lo había hecho desde que se marchó de su casa de aquella forma tan impropia. Esta vez no le movía incidir en la investigación. Era una llamada personal. Necesitaba conocer si lo que había ocurrido entre los dos había lastimado seriamente la atracción que sentían. Sabía muy bien que Penélope era perfectamente capaz de eliminarle de su vida si detectaba que pudiera hacerle el más mínimo daño, y él se lo había hecho dudando de su amigo, y eso era algo en lo que él no se

iba a echar atrás. Es más, estaba empeñado en llegar hasta el fondo de aquel caso y descubrir qué se traía entre manos Arturo Colomer, aunque ello le supusiera la incompreensión de Penélope. Volvería a entrevistarse con él ahora que acababa de regresar a España. Había recibido el día anterior un aviso del departamento de fronteras del aeropuerto Adolfo Suárez y una patrulla de la Guardia Civil le había confirmado que ya se encontraba en su chalé.

Los tonos de línea ocupada se sucedían en el móvil de Penélope. Esperó unos minutos y volvió a llamarla. Ella no respondía. Lo intentó una vez más. Los tonos parecían sonar

con mayor claridad y fuerza, como si la intensidad del deseo de Santiago de hablar con ella les diera más ímpetu.

—¿Sí, dígame? —respondió Penélope.

—Soy Santiago. —Y con su voz más aterciopelada dijo—: Quería saber de ti. Te llamo como amigo.

—Quien desconfía de mis amigos, no puede ser amigo mío ¿comprendes? —dijo con tono seco Penélope.

—Me gustaría verte y que pudiéramos aclarar esto en persona —dijo escondiendo, en el lugar más profundo que encontró, el matiz que pudiera adquirir su voz por el temor que se estaba apoderando de él a recibir una

drástica negativa.

—¿Qué es lo que tenemos que aclarar, si puede saberse? —dijo provocadora Penélope—. Aquí lo único que hace falta es que averigües de una vez quién nos atacó a Magdalena y a mí.

—Y eso es lo que estoy tratando de hacer —dijo firme el inspector—. Pero cuando las respuestas no te gustan, las derrumbas de un manotazo y te encierras en tu torre de princesa donde solo tiene acceso ese Arturo. —Y emitió un profundo suspiro que hizo subir y bajar su pecho—. Y ve con cuidado, no sea que no encuentres la llave para salir de la torre y te pierdas lo que hay fuera de ella.

—¿Y qué me iba a perder? —se rio con sorna Penélope—. ¿Alguna maravilla?

—No, maravilla, ninguna —dijo serio Santiago—. Pero sí un hombre que, si tú quisieras, no se separaría de tu lado ni te abandonaría en los momentos en los que más le necesitas.

El silencio al otro lado de la línea le hizo dudar si estaba asimilando el duro golpe de la verdad de su relación con Arturo o si estaba preparando una andanada final con la que hacer saltar por los aires la de ellos y hundirle a él en la miseria. Aquellos cinco segundos se le estaban haciendo eternos.

—¿Para qué me habías llamado? —

se interesó finalmente Penélope con voz tensa, pero neutra.

—Para invitarte a cenar esta noche y hablar —respondió Santiago y se sorprendió a sí mismo diciendo—: No quisiera perderte por tratar de protegerte.

Ella guardó dos segundos de silencio:

—Habría estado bien, Santiago —reconoció ella—. Pero acaba de invitarme Arturo a cenar en su chalé. Está recién llegado y quiere decirme algo. No nos hemos visto aún desde que desperté del coma.

—Comprendo —dijo con entereza, sin que se apreciara en su voz ni el más

leve matiz de derrota y suspiró—. Pásatelo bien y ve con cuidado. No te molestaré más. Si quieres algo de mí, ya sabes dónde estoy.

Se quedó con ganas de decirle que esa cita con Arturo no significaba nada más que el reencuentro de dos amigos que hacía mucho tiempo que no se veían, pero él ya había cortado la llamada.

Estuvo dándole muchas vueltas y al final decidió que lo haría. Más aún, sería esa noche. No quiso ni analizar si lo que le impelía a hacerlo era una cuestión profesional o personal. Al final determinó que lo haría por sus huevos. No quería quedarse con la duda. Había algo que no permitía que encajaran las piezas que había ido encontrando por el camino. Además, necesitaba conocer la IP de los ordenadores que utilizaban Penélope y Arturo en la galería, para comprobar si se correspondía alguno de

ellos con el del acosador de Penélope cuando se localizara. El equipo de la unidad de delitos informáticos le había comunicado por la mañana que era cuestión de horas que lograrán identificar con exactitud el número IP del acosador. Posiblemente, también pudieran averiguar su localización física con bastante exactitud.

Él opinaba, al igual que Penélope, aunque no se lo hubiera confesado, que quien le insistía tan obsesivamente en el chat con mensajes para citarse y tener sexo debía de ser el mismo individuo que le escribió los mensajes denigrantes en los cristales de su vehículo.

Pero lo que más le preocupaba a

Santiago era que debía de ser alguien que la conocía bien. No le cuadraba que fuese Arturo, pero era su única amistad masculina y alguien que conocía dónde vivía y cuál era su vehículo. De repente cayó en la cuenta de que quizás estaba cometiendo un error al dar por sentado que el acosador era un varón y los celos exclusivamente masculinos.

Aparcó la idea y miró su reloj de pulsera. Eran las ocho y cinco de la tarde. Era sábado y la galería no abría por la tarde. Si era cierto que Arturo la había invitado a cenar aquella noche en su casa, era bastante improbable que se encontrara en la galería a esas horas y, en cualquier caso, tenía la tranquilidad

de que dispondría de toda la noche para investigar dentro sin que apareciera ninguno de los dos.

En poco más de veinte minutos, el inspector Santiago Ramírez pasó conduciendo su coche muy despacio por delante de la galería «Sybaris». Estaba cerrada, con la luz apagada y la verja metálica hasta abajo. Aparcó en las inmediaciones y se acercó caminando con cautela. Al llegar al escaparate, miró dentro y comprobó que en su interior no había nadie. Se fijó en el tipo de cierre de la verja metálica y en la alarma. Se volvió al coche y regresó a los pocos minutos. Activó un inhibidor que bloqueó la alarma y tiró un manojito

de llaves al suelo junto a la cerradura de la verja para que le sirviera de excusa para agacharse junto a ella y manipularla. La liberó y la levantó lo suficiente para remeterse por ella. Abrir la cerradura de la puerta de cristal templado fue un juego de críos. Bajó la persiana metálica y se encerró por dentro en la galería. No encendió luz alguna, se ayudaba con una pequeña linterna que resultaba muy discreta. Se dirigió al ordenador de Penélope y lo puso en marcha. Antes de que acabara de instalarse el sistema operativo, Santiago se saltó el protocolo, entró directamente en él y buscó la dirección IP. Tomó nota en el móvil y se dirigió al

piso de arriba, donde se encontraba el despacho de Arturo. Hizo lo mismo y tomó nota de la IP de su ordenador.

Al salir del despacho, iluminó la pared de enfrente. Vio una puerta que en su anterior visita recordaba haber visto abierta y que daba paso a un almacén. Se dirigió hacia ella y probó a abrirla. La puerta estaba cerrada con llave. Santiago frunció el ceño con fastidio. Sacó de nuevo su juego de ganzúas. Introdujo una muy fina en el interior de la cerradura y la manipuló hasta oír saltar el pestillo. Giró el pomo y abrió la puerta. Alumbró con la linterna hacia el interior de la habitación. Era una estancia diáfana llena de lienzos con

pinturas por terminar, objetos de arte y algunos muebles pequeños. No tenía ventanas, solo unas rejillas de ventilación en el techo. No había temor a que vieran luces desde el exterior, así que pulsó los interruptores, se encendieron los tubos de neón y aparecieron ante él los objetos en todo su colorido y volumen. Aún resultaba más espaciosa de lo que le había parecido con la linterna. Se adentró esquivando con cuidado aquel caos de botes con pigmentos, lacas, pinceles y todo tipo de materiales destinados a pintura y escultura repartidos por el suelo. Al llegar al fondo del almacén, encontró un caballete con un pequeño

óleo por terminar. Se giró y a su derecha, en la pared, le sobresaltó la imagen a tamaño natural de una joven envuelta en un vaporoso vestido de finales del XIX, rodeada de flores, que le miraba con una tímida sonrisa y destellos en los ojos. Era una preciosidad aquella pintura al estilo impresionista cuyo rostro le resultaba familiar.

Notó un fuerte olor a aguarrás y vio en el suelo un líquido transparente que se expandía. Al asustarse, había golpeado con el pie un bote de aguarrás y derramado su contenido. Observó que el líquido se detenía al llegar a la pared, menos por donde se encontraba el

cuadro de la muchacha, pues ahí se filtraba por debajo.

Se acercó y observó el grueso marco que la contorneaba. Le llamó la atención un detalle. En el borde superior del marco había incrustado un pulsador en forma de botón. Miró en todo el contorno y no había otro. Lo presionó con cuidado y comprobó que cedía. Apretó con decisión y se sobresaltó de nuevo al ver avanzar el cuadro hacia él girando sobre unos goznes. Quedó libre una abertura. «¡Dios! ¿Qué es esto?». Entremetió los dedos por ella, terminó de abrir la puerta simulada y con prudencia se asomó. El espacio detrás de la pintura estaba completamente a

oscuras. Atravesó la puerta oculta adentrándose en un nuevo espacio tan solo alumbrado con el reflejo de las luces del almacén. Encendió su linterna. Enfocó a las paredes. Era una estancia grande de paredes forradas en madera. Había cuadros colgados en ellas, pero nada tenían que ver con los que se encontraban en la galería ni en su almacén. Eran vetustos y de poca calidad. Retratos de hombres de rostro severo y piel apergaminada. Localizó unas estanterías con gruesos libros de rancias encuadernaciones. Siguió enfocando a otros ángulos. A su izquierda alumbró una mesa de despacho con carpetas llenas de

documentos.

Dirigió la luz al frente y descubrió una nueva puerta de madera oscura labrada. Continuó rastreando con el haz de la linterna hacia la izquierda, frente a la mesa del despacho, y se le heló la sangre. La luz de la linterna desapareció en la pared. Se aproximó a ella y comprobó que en realidad la luz se perdía en una nueva oscuridad. Un reflejo delató que se trataba de un tabique invisible. Se acercó con el corazón acelerado hasta esa pared que absorbía la luz y la tocó. Su tacto era frío y sin poros. «¡Es un cristal!». Se giró y comenzó a iluminar anárquicamente y las imágenes le fueron

descubriendo los límites de un despacho sobrio y de elementos de madera maciza. Junto a la puerta por la que había entrado vio en la pared un juego de dos interruptores de luz. No se lo pensó. Se dirigió hacia él y accionó uno de ellos. «Que sea lo que Dios quiera». Una lámpara de pie y otra de sobremesa proyectaron sendas luces indirectas creando un ambiente cálido y acogedor en el despacho que se apareció a sus ojos, carente de ventanas al exterior, pero con un enorme ventanal que daba a una zona completamente a oscuras.

Fue a abrir la puerta oscura junto al tabique de cristal y no pudo. Estaba cerrada con llave. Antes de forzarla,

trató de mirar a través del ventanal por si podía adivinar qué había al otro lado. La oscuridad era absoluta y no conseguía distinguir nada. Vio que al otro lado del marco del ventanal había otro interruptor. Lo apretó. No pasó nada. De repente, más allá del cristal y de la puerta maciza, toda una batería de tubos de neón comenzaron a parpadear y a encenderse sucesivamente.

Los ojos de Santiago no daban crédito. Aquella era la oficina de la notaría donde trabajaron tantos años Magdalena y Penélope. La estaba contemplando desde el otro lado del enorme espejo que vio al fondo. Se giró con el corazón batiéndole con fuerza en

el pecho. Pasó su mirada con temor por los elementos de aquel despacho. No podía ser otro que el del notario. Ese que no conocían sus empleados, el mismo que hizo que despidieran a Penélope, el que ordenó que fuera Magdalena, y no otro empleado, quien escribiera las escrituras y las enviara a una dirección en la carretera de Oropesa. Allí debió de llevarlas personalmente Magdalena. Cerca apareció muerta y atacaron a Penélope, donde luego apareció Arturo como por arte de magia... Una dirección como la del chalé de Arturo, donde se encontraba ahora Penélope cenando con él. Penélope, la superviviente de aquella

fatídica noche. Arturo, el de las dos esposas fallecidas en trágicas circunstancias.

La mente de Santiago iba a tal velocidad atando cabos que creyó por un momento que iba a sufrir un vahído. Se dirigió de un salto a la mesa del notario, abrió las carpetas y buscó donde figurara el nombre completo del notario. Los ojos le bailaban por el encabezamiento de los documentos buscando donde constara. En todos los documentos leía el mismo nombre «D. Ignacio A. Colomer Villarreal». «Los mismos apellidos del galerista». «¿Ignacio A.?». «¿A.?». «¡Dios mío, Ignacio Arturo!». El corazón le dio un

vuelco. No cabía duda, Penélope estaba en manos de su asesino.

No había tiempo que perder. Dio orden por teléfono de que dos patrullas de la Guardia Civil se presentaran en el chalé con urgencia y que otra le recogiera a él. Llamó a Penélope. No le cogía el teléfono. «¡Por Dios, cógelo!». Siguió insistiendo mientras apagaba las luces, dejaba todo como lo había encontrado y salía del almacén, bajaba la escalera con cuidado, alumbrado por su pequeña linterna, salía de la galería y dejaba cerradas todas las puertas. Estaba en la acera esperando nerviosamente a la patrulla que le recogería cuando, por fin, escuchó la

voz de Penélope.

—¡Hola! ¿Qué tal? —dijo ella con evidente alegría.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? —dijo Santiago respirando hondo.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Me ha preocupado que no cogieras el teléfono.

—Estábamos en la terraza y no lo he oído. Ahora hemos entrado para cenar.

—Muy bien —dijo asertivo Santiago—. Escúchame con mucha atención, Penélope. No digas mi nombre. Disimula y haz creer que te está llamando tu hija.

—Vale, pero ¿a qué jugamos, si puede saberse?

—¡No! ¡Vale, no! —gritó Santiago—. Esto es muy serio, Penélope. Escúchame con atención. Voy para allá de inmediato a sacarte de allí. Pero hazme un favor, en cuanto tengas oportunidad, huye. —Sintió el silencio de ella—. ¡Créeme y confía en mí! Tienes que salir de ahí como sea y cuanto antes. ¿Qué está haciendo Arturo ahora? ¿Me lo puedes decir?

—Sí... Ha ido... Ha bajado a la bodega, a por una botella.

—¡Perfecto! Aprovecha ahora y escapa. Te recogeré con un coche. He enviado dos patrullas. Deben de estar al llegar. Pero tú márchate lo más lejos posible, que te recogeremos por la

carretera.

—Pero, espera, Lidón... Dime algo, dime por qué todo esto...

—Penélope... —Santiago tragó saliva—. Arturo es el notario para el que has trabajado todo estos años, el que hizo que Magdalena le llevara unos documentos y después la mató. Es quien te atacó. ¡Vete y vete ya!

Se le heló la sangre. Un aluvión de preguntas, de incógnitas y de puntos sin resolver acababan de estallarle en la cabeza; su encuentro en el balneario, su despido, sus desapariciones misteriosas... ¡Y ella abriéndole su corazón! No lo podía creer, pero los hechos eran rotundos. Y por si tenía

alguna duda, acababa de confesarle en la terraza que la había invitado para despedirse de ella. Miró con terror la carta que le había hecho prometer a Arturo que leería tranquilamente en su casa después de la cena.

Sintió que le temblaban las piernas.

—¡Penélope, querida! —escuchó a Arturo llamarla desde la bodega.

—¿Sí? —preguntó con poca voz.

—¿Te importaría bajar? Me vendría bien tu ayuda para elegir el vino.

Tragó saliva y le gritó:

—Voy enseguida. Dame un minuto que vaya al baño y bajo.

Penélope, temblorosa, tomó su abrigo y el bolso. Caminó con sigilo a

través del largo vestíbulo, abrió la puerta con sumo cuidado y, antes de salir, pulsó el interruptor que ponía en marcha la apertura automática de la verja. Disponía de poco tiempo para alcanzarla antes de que se cerrara de nuevo. Bajó aprisa los escalones y corrió alocadamente hacia la verja, con el corazón saliéndose de su pecho y lágrimas en los ojos. No podía imaginar algo así. La verja había alcanzado su tope de apertura y comenzaba a efectuar su recorrido inverso. Penélope no sabía discernir qué le hacía temblar más, si el miedo a que la atrapase y la matara o el dolor de descubrir que fuera un asesino aquel en quien había depositado toda su

confianza, sus emociones y sentimientos.

Consiguió interponerse entre la verja antes de que se cerrara del todo. Oyó a sus espaldas gritar su nombre. Arturo la llamaba a gritos desde la puerta de la casa. Penélope lloraba y quería gritar. Suplicaba que llegara Santiago y la sacara de allí. Un coche rojo apostado cerca de allí encendió sus faros y se acercó rápidamente a ella. Lloró de gozo dando gracias al cielo y maravillándose de que Santiago hubiera podido llegar tan rápidamente.

—¡Gracias, mil gracias! —decía mientras se subía al coche y este arrancaba. Se limpió las lágrimas al tiempo que se giró hacia el conductor—.

Santi...

Penélope se quedó de piedra.

—¿Damián? —balbuceó Penélope—. ¿Qué haces aquí? —dijo con una sonrisa boba.

—Pues mira —dijo Damián encogiéndose de hombros—, que he ido a llevar a mi madre al chalé de mi hermana, que lo tiene por aquí cerca, en la playa de la Renegá. Al pasar por aquí he visto tu coche aparcado y me he dicho «pues a lo mejor veo a la Penélope y la saludo».

—¿Cómo sabías que era mi coche? —se sonrió, tensa, Penélope—. Lo he aparcado dentro de la finca —dijo extrañada—. Desde fuera no has podido

ver la matrícula.

—No me hace falta —explicó Damián con una sonrisa forzada y mirando constantemente por el retrovisor—. Lo reconocería en cualquier parte.

—¿Adónde vamos? Nos alejamos de Castellón.

—Vamos a dar un pequeño rodeo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó con temor Penélope.

—Muy sencillo: me lo has dicho tú misma.

—Yo no te he dicho nada —respondió con cierta irritación.

Damián asintió con un balanceo de la cabeza hacia delante y hacia atrás,

con los labios apretados.

—Sí que lo has hecho —dijo Damián muy serio—. Sé perfectamente cuándo te tiras al notario, zorra. —La miró de repente y le dedicó una sonrisa sardónica que la hizo pegarse al asiento aterrorizada—. Lo sé por la ropa interior que te pones cuando vienes a verle. Te veo cogerla del tendedero. Esas braguitas y esos sujetadores de encaje negro con transparencias... El viejo te pone, ¿verdad, guarra?

—¿Cómo sabes que él es el notario?

—Porque acompañé a la Magdalena a que le llevara unas escrituras para él. Ella lo descubrió y me lo dijo. También me contó lo que pone en esos papeles...

—Soltó una risa jactanciosa—. Estaba claro, nena, que estabais enrollados, que había lío...

—Aún no me has dicho cómo sabías que yo estaba ahí —preguntó Penélope con los ojos entrecerrados.

—Claro que te lo he dicho, pero no me crees. Tu ropita sexy, nena... Esa que tiendes para que yo la vea y me ponga como una moto.

—¿Qué estás diciendo? ¡Es porque me has seguido!

—Esta vez no —dijo negando con la cabeza—. No pienso darle más el gusto a tu exmarido... Es mi psiquiatra, ¿lo sabías? —soltó girándose hacia ella con ojos muy abiertos—. Seguro que se hace

pajas con lo que le cuento de ti. —Se rio Damián—. Mira, guarrilla, a mí no me hace falta seguir tu coche. Te habría encontrado igual siguiendo el rastro del olor de tu coño..., que me vuelve loco. —Y le puso una mano en el muslo tanteando, tratando de llegar hasta su sexo. Penélope cerró instintivamente las piernas. Su cara de asco la vio Damián por el retrovisor derecho y frenó bruscamente. Detuvo el coche en el arcén. La cogió por las mejillas con una mano y, apretándolas, le forzó a mirarle a la cara. Él acercó la suya hasta que recibió su aliento a cerveza rancia.

—Mira, nena, sé que lo que te ponen son los tíos finolis con pelás que vienen

a recogerte con coches caros. Con esos ni te lo piensas ¿verdad, zorra? Pero a mí me has mirado siempre como de lejos, como un bulto sospechoso, como un medio hombre. Sí, sí... —Y siguió apretando las mejillas de Penélope—. Connigo eres dura de pelar para todo, para dejarte follar y hasta para morirte.

Penélope le miraba con ojos aterrorizados y sin comprender lo que le estaba diciendo.

—Sí, sí... —continuó Damián acercando aún más su rostro al de ella y atenazándola por las mejillas hasta hacerla llorar de dolor—. En la torre Colomera, allí intenté follarte antes de que te pusieras tan tiesa como se estaba

quedando la Magdalena, pero no pude... —Y se le disparó una risilla nerviosa—. ¡Fíjate, me pones nervioso hasta estando muerta...! Porque creía que estabas muerta ¿sabes? Que te había matado con el golpe que te di cuando estabas agachada mirando si la Magdalena estaba viva o muerta. Creí que, por fin, vecinita, te iba a follar. Y eso es justo las dos cosas que voy a hacerte hoy, pero aún no tengo claro en qué orden. — La soltó con violencia y la cabeza de Penélope se golpeó contra el cristal. La miró con los ojos entornados—. Creo que me va a gustar más si te mueves.

Arrancó el vehículo y se incorporó a la carretera de nuevo, esta vez a gran

velocidad. El móvil de Penélope sonaba con insistencia.

—Dame el móvil —ordenó Damián—. ¡Venga, es para ya!

—No hace falta... —dijo asustada—. No lo voy a coger. Te lo prometo.

—¡Que me lo des, coño! —Y volvió a golpearla estampándole la cabeza contra el cristal de la ventanilla—. ¿Cómo tengo que decir las cosas? ¡Joder! ¡Me cago en la puta!

Lloraba angustiada y dolorida. Temblorosa, le entregó el teléfono. Damián bajó su ventanilla y lo arrojó por ella.

El llanto de Penélope aún arreció más. Miraba asustada la solitaria y

oscura carretera comarcal por la que circulaban. Tenía la impresión de que se dirigían hacia el Desierto de las Palmas. Un letrero se lo confirmó. Se fueron adentrando curva a curva en continuo ascenso por la carretera.

—¡Por favor, Damián! Tranquilízate, déjame que yo se lo explique todo a la policía. Seguro que se puede llegar a un acuerdo... —suplicaba Penélope—. ¡Por Dios, no hagas nada que aún sea peor!

—¿Explicar? ¿Qué vas a explicarles? ¿Que tenía razón al callarle la boca para siempre al coñazo de mi mujer? —Y poniendo voz en falsete continuó—: ¡Damián, cariño, deja el

ordenador y vente a la cama! ¡Damián, tesoro, deja el teléfono y pon la mesa! ¡Damián, baja la basura! ¡Damián! ¿Por qué no me sacas a dar un paseo! ¡Damián, acompáñame a llevarle unos documentos al notario a su casa! ¡Damián, Damián, Damián...! — Recuperó su voz y continuó—. ¡Damián es mucho más de lo que tú te piensas, nena! ¡Más de lo que os pensáis todos! Que me tenéis por el último mono. Por el gilipollas que está a vuestro servicio, al que todos le pueden dar órdenes y darle por culo cada vez que se os antoje. ¡No, eso se acabó! No lo voy a oír más, no...

—¡Damián, acompáñame! Que nos vamos a Oropesa —le dijo Magdalena con cierto nerviosismo mientras recogía apresuradamente la mesa de trabajo. Se puso el abrigo con prisas, cogió el bolso y agarró con fuerza a su marido del brazo.

—¿Pero qué dices? Si es la hora de comer y esta tarde echan partido por la tele...

—Comemos allí y tampoco vamos a tardar tanto... —dijo mientras empujaba a Damián hacia fuera de la oficina para salir por la puerta de la notaría—. Además, ¿no lo puedes ver a través de ese teléfono enorme que tienes que parece una pantalla de cine?

—¡No me jodas! No es lo mismo. ¿Y por qué coño tenemos nosotros que llevar los papeles?

—¡Calla, que te va a oír Pili, que

está en el mostrador! —le dijo entre dientes.

—¿Y qué si me oye?

—Porque no quiero que se enteren de que los voy a llevar yo.

—¿Y se puede saber por qué los quieres llevar tú en vez de un mensajero?

—Quiero asegurarme de que llegan y de que se firman —dijo y se sonrió—. Sobre todo, de que se firman.

—¿Tú estás tonta o qué te pasa, Magdalena? De que se firman, que se firman... ¿Y a ti qué coño te importa? Como si lo que hay ahí fuera para ti. ¡Hay que joderse!

—Como si lo fuera... —y Magdalena sonrió iluminándosele la cara—. ¡Adiós, señor Ricardo! Buen fin de semana. ¡Venga, vamos, toma las llaves del coche! Conduces tú.

—¿Y adónde hay que ir? —preguntó Damián cerrando la puerta del vehículo.

—A casa de don Ignacio, el notario.

—¡No me jodas! ¿A casa del notario? ¿Es que tú le conoces?

—No, ni yo ni nadie de la notaría. —Y se rio con picardía—. Pero hoy le voy a conocer. Me voy a dar ese gusto... y hasta veré un poco de su casa. Por un poco de cotilleo no va a pasar nada...

—¿Y tú por qué tienes tanto interés en que firme esos papeles? —Y Damián soltó una risita irónica—. ¿Es que vas a heredar algo?

Magdalena apretó los labios mientras decidía si le contaba algo a su marido o no.

—Si me prometes que no se lo vas a contar a nadie, te lo digo, Damián. —Y sin dejarle hablar, añadió—: ¡Que te

conozco y eres un bocazas!

—¿Qué coño voy a contar? ¿Y a quién? —dijo mientras arrancaba el vehículo.

—Eso digo yo, ¿a quién? Si no te relacionas con nadie que esté fuera de un ordenador...

—¡Ya estamos con que la abuela fuma! ¡Hostia! ¡Ya vale! ¿No? ¿No estoy yendo al loquero ese en el que tanto te empeñaste? Pues que sepas una cosa, que me parece a mí que ese está más interesado en que le cuente lo que hace la vecina, que en lo que me pueda ocurrir a mí. ¡Fíjate qué cosas!

—¿Qué vecina?

—La Penélope esa de los cojones.

—¿Qué me dices? —le miró con asombro Magdalena—. ¿Que todavía tiene interés por Penélope? ¡Por Dios Bendito!

—¿Cómo que si todavía tiene interés? ¿Es que ha tenido algo que ver con ella?

—¡Hombre, y tanto! Como que es el exmarido.

Damián se sonrió anonadado mientras tomaba la salida de la nacional que le indicaba Magdalena con la mano.

—¡Hay que joderse! Yo poniéndole al día y, encima, me cobra las visitas, el muy cabrón... Bueno, ¿y qué pasa con esos documentos?

—¡Ni una palabra, eh!

—¡Que no, joder!

Magdalena adoptó una postura y un tono de voz confidencial, como si pudieran escucharlos aun dentro del vehículo.

—¡El notario ha legado bienes a favor de Penélope!

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿A

cuento de qué? ¿Es que la conoce de algo?

—Me parece que ya sé lo que está pasando. —Magdalena insistía en mantener el tono confidencial—. En una de las escrituras de propiedad con las que he tenido que componer la de la herencia estaba el nombre completo del notario: Ignacio Arturo Colomer Villarreal. ¿Sabes cómo se llama el amigo que le dio trabajo en la galería a Penélope? —Damián negó con la cabeza—: ¡Arturo Colomer Villarreal! El galerista es el notario, nene. ¡Estoy segura! Ve parando por aquí, que es la dirección.

—Vamos, que se la está chupando al notario —dijo Damián al tiempo que se apartaba de la carretera y detenía el coche en un arcén frente a un chalet amurallado al borde del mar.

—¡Pero qué guarro y bestia eres!

—Yo seré muy guarro y muy bestia, pero si le deja bienes por algo será...

—¡Mira, no sé para qué te digo nada! ¿Me acompañas o te quedas aquí esperando?

—Paso de ir a lamerle el culo al señor notario.

—Pues yo, por una amiga, lo hago tan a gusto —dijo irritada Magdalena.

Cogió la carpeta con los documentos y se bajó del coche enfadada con ella misma por habérselo contado a su marido. Damián se salió del coche para fumar un cigarrillo. Cuando terminó, miró el reloj. A Magdalena no se la veía salir de la casa. «¡Me cago en la puta!». Se subió de nuevo al coche. Sacó el móvil y abrió la aplicación de la página de contactos. Buscó entre sus perfiles favoritos.

Pulsó el de Penélope. Le volvió a enviar el mensaje de siempre. No se resignaba a que ignorara sus mensajes invitándola a un encuentro ardiente. Recibió un mensaje informándole de que la destinataria le había bloqueado. «La muy zorra... ¡Qué caso me va a hacer a mí, si se tira al notario! Cuando te pille, te vas a enterar, guarra».

La puerta del acompañante se abrió. Era Magdalena. Regresaba sin la carpeta. Los documentos se habían quedado en casa del notario. Los devolvería él mismo a la notaría una vez firmados.

—¿Eso qué es? —preguntó Damián al ver que Magdalena traía una botella de vino tinto.

—Un detalle que ha tenido don Ignacio por haberle traído los papeles personalmente —dijo entusiasmada

Magdalena mostrándole una botella—. Es medalla de oro en la feria del vino de Castellón. Me ha dicho que es una joya y que lo disfrutemos con salud. Qué atento, ¿verdad?

—Qué atento, qué atento... Eso es lo que os pierde a las tías. ¡Mira que sois gilipollas! Os dicen cualquier tontería, os regalan cualquier bobada y se os caen las bragas. Eso es lo que te habría gustado a ti, ¿verdad? Que se hubiera liado contigo, y darme la patada, claro. No lo niegues.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Por qué ibas a conformarte con un desgraciado como yo? ¿Eh? Que todas sois igual de zorras. La que no lo hace es porque no puede. Y tú lo harías si tuvieras la oportunidad..., si no estuvieras tan gorda.

—¡No me digas más barbaridades! Y

que sepas, ahora que le he conocido, que don Ignacio es todo un caballero.

—¡Lo que me quedaba por oír! Claro, montado en el dólar yo también soy un caballero, y las tías se me tirarían a los pies, y no tendría que conformarme con una enana gorda como tú. ¡Hostia!

—¡Basta ya! —gritó Magdalena fuera de sí, terriblemente enfadada—. ¡Para el coche! ¡Para, que me bajo! ¡No te soporto más! ¡Que pares te digo!

—¡No me da la gana! ¡A mí ya no me das más órdenes! Ni tú, ni la oficial ni su puta madre. Que me tenéis hasta los cojones. ¡Todos me tenéis hasta los cojones!

Magdalena miró asustada como su marido se salía de la carretera y continuaba conduciendo el coche por la vía verde reservada a peatones y

ciclistas, por el borde de la costa.

—Pero ¿qué haces? ¡Por aquí no se puede ir! —dijo al ver que circulaban por la vía verde y se acercaban al promontorio donde se levanta la torre Colomera.

—¿Que no se puede ir? ¿Y eso quién lo dice? Pues si a mí me sale de los huevos ir por aquí, voy. ¡Que no me grites más! ¡Que me tienes harto! ¡Para esa boca de una puta vez! —Le empujó la cabeza contra el cristal de la ventanilla y frenó bruscamente al llegar a los pies del promontorio donde se alza la torre vigía.

Magdalena, aturdida por el golpe contra el cristal, se recuperó lo suficiente como para comprobar, asustada, que la sangre que resbalaba por el cristal era suya. Abrió el coche y corrió hacia la zona del mirador junto al

montículo donde se levanta la torre, con la esperanza de que hubiera gente al otro lado y pedir ayuda.

Damián salió del coche tras ella.

—¡Vuelve aquí, maldita seas! — gritaba persiguiendo a Magdalena.

Llegó al mirador sin resuello. Comprobó angustiada que no había nadie, ni tampoco vio venir ciclistas en ningún sentido. Estaba sola entre el mar y la ira de Damián. Le vio llegar hasta ella con la furia en la mirada. Le suplicó que se calmara. Él la abofeteó mandándola callar. «¡No me pegues!», gritó ella llorando. Un puñetazo en la cara de Magdalena la tumbó en el suelo. Trató de zafarse de los golpes y patadas que le seguía propinando Damián gateando a cuatro patas.

—¿Por qué no haces lo que te digo? —le gritaba Damián mientras la pateaba

—. ¿Por qué, zorra? ¿Qué pasa, que solo mandas tú?

La cogió del cabello y la arrastró tirando de él. Ella pataleaba y suplicaba, con llanto entrecortado, que la soltase. Tenía el cuerpo magullado y la cara ensangrentada por los golpes. Respirar le producía un terrible dolor al clavársele una costilla cerca del pulmón. La arrastró hasta un lugar menos visible, junto a unos matorrales.

Magdalena respiraba fatigosamente y pedía que la llevara a un hospital. Juraba que no le denunciaría. Una patada en la cabeza la silenció dejándola inconsciente. Damián fue al coche y trajo una manta. La cubrió con ella de forma que quien pasara por allí pudiera pensar que ella estaba durmiendo una siesta. Él se recostó a su lado y sacó el móvil. Era la hora del partido. Damián

vivía con intensidad los regates y las oportunidades de gol perdidas de su equipo mientras la respiración de Magdalena se hacía más ronca y pesada. Maldijo el resultado y apagó el móvil con hastío. La tarde se había agotado y el viento arreciaba desde el mar. Era hora de marcharse.

—¡Venga, muévete, que nos vamos!  
—dijo Damián meneando a Magdalena.

Ella apenas rezongó. Él insistió al ver que ya no quedaba luz.

—¡Vamos! ¡Me cago en todo! ¡Pero qué floja eres! No aguantas nada. Con las palizas que yo le he aguantado a mi padre... ¡Venga, vamos!

Damián se levantó y apartó la manta de un tirón. Con la escasa luz aún pudo apreciar la cara de Magdalena desfigurada por las inflamaciones. La noche cayó de golpe y desdibujó sus

rostros tornándolos azules.

—Estás que das asco, ¡levanta! —  
dijo tirando de ella para levantarla.

Magdalena dio un alarido de dolor.  
La soltó y cayó contra el suelo como un  
fardo.

—¡Que te levantes, coño!

—Me has matado, Damián, me has  
matado —le repetía con un hilo de voz.

—¡Calla de una puta vez! —gritaba  
encolerizado y fuera de sí con cada  
golpe que le propinaba en la cabeza—.  
¡Calla!

Jadeante, se detuvo al oír un  
tremendo crujido bajo su mano. Se la  
miró. La puso a la altura de sus ojos  
porque le costaba ver en la oscuridad.  
Estaba completamente ensangrentada.  
Le corrían regueros de sangre hasta el  
codo. Sostenía en el puño una piedra  
que no recordaba haber cogido. Soltó la

piedra al ver el rostro de su mujer desdentado a golpes, con la nariz y los pómulos hundidos y una cuenca con el ojo vaciado de su contenido al reventar. Asustado, echó a correr hacia el coche. Se sentó al volante. Las manos le temblaron sin permiso. Arrancó el coche, giró en la oscuridad junto al cuerpo inerte de Magdalena y se marchó de allí...

—De vuelta a casa me di cuenta de que cuando la encontrasen, en el primero en el que iban a pensar era en mí, en el marido, claro. ¡Hay que joderse! Y que iba a tener difícil explicar cómo llegó Magdalena hasta allí sin coche. Y tú te dirás que este gilipollas qué va a ser capaz de idear... Eso es lo que os

pensáis todos... Hasta la policía, que me tiene por tan poca cosa que no me ha prestado atención... ¡Os jodéis! —Y golpeándose la sien con el índice dijo —: Esto que tengo aquí vale más de lo que parece. Lo tuve claro. Tenía que encontrar a quién echarle la culpa. Alguien que pudiera llevar a la Magdalena hasta allí. —Le echó una mirada oscura—. Y por una vez, en mi puta vida, todo fue viniendo a mi favor.

»Cuando me viste saliendo del ascensor con la bolsa de basura ¿te acuerdas, vecina?, primero, me asusté, porque allí llevaba la ropa manchada de sangre. Luego, enseguida comprendí que me venía muy bien tener un testigo de

que a esas horas yo estaba en casa esperando a que regresara mi mujer. ¡Pero no tuviste otra ocurrencia que llamar a la Magdalena! Por supuesto que el que oíste era su móvil. Me había subido su bolso, que se lo había dejado en el coche. Estuve rápido, ¿eh? No me lo negarás, “el que suena es mi móvil, que suena igual que el de ella”. ¡Eso no se le hubiera ocurrido a ninguno de esos tíos con los que has salido! Y te lo tragaste, vaya que sí que te lo tragaste... Cuando te envié el mensaje en el que ella te pedía ayuda, saliste cagando leches. —Se rio con sorna—. Eso hay que reconocértelo; además de guapa, eres una buena amiga. Sí, señor —decía

mientras zigzagueaba curva tras curva por la carretera ascendente del Desierto de las Palmas y aparecían intermitentemente las paredes rojizas de los cortados alumbradas por los faros del coche entre chirridos de frenos—. Porque mira que esa noche venías guapa... Guapa de cojones. No sé si venías de estar con el notario o con otro, pero se te veía feliz. Y me jodió. Me jodió mucho. Pero, al mismo tiempo, me diste la solución, fijate.

»Muy sencillo: te haría ir donde estaba la Magdalena y te dejaría allí tirada con ella, como si hubierais llegado juntitas al sitio y alguien os hubiera atacado. Pero ¿quién? Ahora

necesitaba a otro. ¡Me lo pusisteis a huevo! ¿Alguien cerca de allí y que os conociera a las dos? ¡El notario, coño! Solo habría que enviarle desde tu móvil un mensajito a tu amiguito y seguro que venía cagando leches y babeando a por su zorrita en apuros. Luego, ya me encargaría yo en el trabajo de que la chismosa de la Pili supiera que la Magdalena había ido a casa del notario. Y en cinco minutos, lo sabría todo dios en la notaría y ¡ya está! ¿Ves como no soy un gilipollas?

Penélope había conseguido abrir la cremallera de su bolso con mucho disimulo y sacar de él su bolígrafo metálico. Apretó el extremo superior

para sacarle la punta. No podía faltar mucho para llegar a la fuente de San Antonio. Vio como los faros habían iluminado brevemente un santuario al pie de la carretera. Reconoció el lugar. Estaban llegando a la parte más alta y a punto de sobrepasar un amplio mirador al otro lado de la carretera. Había logrado levantar el seguro de la puerta durante la cháchara de Damián sin que se percatara. Vio la silueta de la gran cruz que anuncia el mirador. Era el momento de sacar valor de donde fuera para atacarle y salir del coche. Pensó en su hija, en que podía ser la que estuviera en peligro y solo dependiera de su madre el salvarla. Ese pensamiento le

llenó de una furia incontenible que se apoderó de ella, y le clavó el bolígrafo en el cuello a Damián. Gritando de dolor, trataba de controlar el coche hasta que lo detuvo bruscamente en el mirador. El bolígrafo se le había quedado clavado entre el cuello y la clavícula. Sangraba y aullaba de dolor mientras trataba de arrancárselo.

Penélope aprovechó para salir huyendo del coche. Solo contaba con la luz de aquella enorme luna llena que todo lo estaba presenciando en silencio. Tomó el viejo camino de tierra que recordaba que llevaba hasta las ruinas de un viejo convento de carmelitanos abandonado en el fondo del barranco.

Jadeante, tropezando con la maleza, cortándose la piel con las rocas y las piedras, se lanzó a una carrera desesperada cuesta abajo por la ladera abrupta del monte, sin saber a ciencia cierta si el camino se cortaría en algún punto o lo llevaría hasta la vieja abadía abandonada. Rodó en un par de ocasiones, lloraba en silencio el dolor de los cortes para que no la oyese. Damián la seguía con los dientes apretados, herido, lleno de ira y gritándole de tanto en tanto.

Penélope llegó sin aliento a las ruinas del convento. Se remetió por entre los muros derruidos y miró hacia arriba. La luna llena se asomaba entre la

ventana geminada de la fachada del viejo convento. «¿Ahora qué?», se preguntó aterrorizada mientras buscaba con desesperación un rincón en el que ocultarse. Palpó el suelo y cogió una piedra lo suficientemente pesada para defenderse. Tembló ante la idea de que si la encontraba Damián, tendría que matarle para sobrevivir, y ahogó el llanto que le sobrevino.

De repente, le pareció oír la respiración agitada de su perseguidor, que se acercaba buscándola entre las ruinas. Se quedó paralizada. Se pegó contra la pared. Tragaba saliva sin mover un músculo en aquel rincón en el que las sombras la ocultaban

completamente. Rezó para que Damián pasara de largo y se marchara de allí a buscarla por otros sitios. Entre las ruinas vio aparecer la silueta del hombre iluminada por la luna y cómo se subía a un muro derruido. Le pareció que giraba la cabeza a un lado y a otro olisqueando el aire como un perdiguero.

Penélope dejó de respirar. Se sintió resbalar el sudor frío por la espalda. Damián se giró bruscamente hacia donde estaba ella y saltó al suelo. Le vio avanzar hacia ella, primero despacio, dubitativo. Luego se detuvo y, de repente, desapareció por un lateral.

Respiró aliviada. Se mantuvo unos minutos en su escondite y muy

lentamente se deslizó por la pared hasta llegar al final del muro. Se asomó casi a ras de tierra con cuidado, para comprobar que se había alejado. Miró hacia un lado y hacia otro y no vio ningún movimiento. Se incorporaba despacio cuando un brazo la atrapó atenazándola por la garganta. Penélope trató de zafarse, pero no podía liberarse de la fuerza de aquella pinza mortal que la ahogaba sin remedio. Con desesperación, golpeó hacia atrás con la piedra que aún sostenía en la mano. Acertó en la frente de Damián, que gritó de dolor. Él se llevó las manos a la herida, soltando a Penélope, que salió corriendo y dando gritos de auxilio que

resonaban en la cárcava desierta y oscura.

Él la perseguía maldiciéndola. Penélope jadeaba agotada y perdida. Damián le dio alcance y la tiró al suelo. Penélope, boca abajo, se defendía con patadas y trataba de zafarse a cuatro patas para huir cuando Damián la sujetó con fuerza por un pie. Ella se giró revolviéndose contra él, lanzándole patadas que quedaban perdidas en el aire. Él la arrastraba de un tobillo. Penélope gritaba mientras se iba clavando en la espalda y en la cabeza las piedras y la maleza. Damián se detuvo y soltó la pierna de Penélope y se agachó. Ella enmudeció de terror al

ver la silueta de su captor contra la luna levantando violentamente el brazo con una piedra en la mano. La iba a matar sin piedad. Pensó en su hija, en que la dejaba sola muy joven. La luna se volvió extraordinariamente brillante, de una potencia increíble, cegadora. Un ruido ensordecedor lo invadió todo y remolinos de un viento repentino removían la tierra y sacudían los matorrales y las ropas con violencia. Todo quedó impregnado de una luz blanquecina deslumbrante. Una voz desde el cielo gritó: «¡Alto a la Guardia Civil!». El ruido del rotor del helicóptero se hizo ensordecedor. Damián no soltó la piedra bajo el

imperio luminoso del foco. De repente, cayó de espaldas contra el suelo empujado por una fuerza invisible. Dos guardias civiles perfectamente pertrechados se deslizaron de cada lado del helicóptero y detuvieron a Damián, que sangraba en un hombro y por la herida del cuello. En ese preciso instante, Santiago y otros dos guardias civiles llegaban junto a Penélope. El inspector se arrodilló junto a ella y la incorporó con delicadeza estrechándola contra su pecho. Penélope rompió a llorar como una niña.

—Ya ha pasado todo —le decía una y otra vez Santiago acunándola contra él, aunque supiera que aún le quedaba a

Penélope un trago bien amargo que no le podría evitar.

Penélope iba en la parte trasera del coche patrulla de la Guardia Civil, envuelta en una manta, con los ojos cerrados y apoyada en Santiago. Él la arropaba con su brazo y le besaba el cabello de vez en cuando. Sabía que contaba con la discreción y la comprensión de sus subordinados, a los que felicitaría en su momento por la espectacular operación que habían llevado a cabo. Estaba francamente impresionado.

Todavía se le aceleraba el corazón

al recordar el desasosiego con el que llegó en el coche patrulla al chalet de Arturo. Mientras conducía uno de los guardias civiles que le acompañaban, iba suplicando al cielo llegar a tiempo antes de que le ocurriera a Penélope algo irreparable.

Saltó del coche tan rápido como habían atravesado calles, avenidas y carreteras hasta llegar allí. En el exterior del chalé, junto a la valla, esperaban dos agentes y dos coches patrulla de la Guardia Civil con las luces azules de los prioritarios activadas. La valla del chalet estaba abierta. Corrieron al interior de la propiedad. En el exterior de la casa,

junto a una zona ajardinada, dos agentes custodiaban a Arturo junto a su Mercedes clase C con el maletero abierto.

—No hemos encontrado a la mujer, señor, ni dentro ni fuera de la casa —dijo uno de los agentes—. Su coche sigue aparcado aquí. El propietario de la casa dice que ella se marchó en el coche de un desconocido.

Santiago se dirigió directamente al notario, quien le miraba con distancia.

—¿Dónde está Penélope?

—Ya se lo he dicho a sus agentes, inspector —justificó grave—. Ella se marchó de repente. La vi correr. Alguien la esperaba en un coche rojo que

apareció junto a la valla. Se subió a él y se marcharon.

—Así que ella desaparece en el coche de un desconocido y se deja el suyo aquí. Poco creíble ¿no le parece? ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Pregúnteselo a ella, inspector —dijo Arturo—. A mí no me responde al teléfono.

—A mí tampoco, señor Colomer —anunció Santiago, desafiante—. A lo mejor es porque usted la ha matado.

—¡No sea estúpido, inspector! —le espetó, indignado—. ¿No lo comprende aún? Si no responde ¡es porque estará en peligro! Alguien, que no soy yo, se la ha llevado. —Y el rostro de Arturo reveló

la angustia que se había apoderado de él al escuchar al inspector—. ¿Es que no se da cuenta? El verdadero asesino quiere acabar lo que empezó.

—De momento, iré detenido a la comandancia para que preste declaración —ordenó Santiago sin apartar la vista de él—. Si es verdad que hay alguien más, lo sabremos esta noche.

—Haga lo que tenga que hacer, inspector —le espetó—. Y lo que haga conmigo, poco me importa. Pero, antes de llevarme, hágame un favor: vaya al interior de mi casa y encima de una mesa del salón encontrará una carta dirigida a Penélope. Quiero que la lea

usted ahora y prométame que se la hará llegar a ella cuando la encuentre... —se le debilitó la voz—... que espero que sea pronto, y viva. ¡Prométamelo, por favor!

Santiago se detuvo a reflexionar y finalmente asintió.

—Así lo haré. Esperen en el coche —les dijo a los agentes.

Mientras veía como se llevaban a Arturo detenido y le introducían dentro de uno de los coches patrulla, Santiago marcó el teléfono de la unidad que le podría localizar la situación geográfica del móvil de Penélope. Los tonos se sucedían y echó un vistazo al interior del maletero del coche de Arturo. Dos

grandes maletas y un par de maletines. El viaje era para una larga estancia. Sacudió la cabeza. Por más que quisiera apartar a Arturo de la lista de sospechosos, cada vez eran más los indicios que le hacían candidato a ser el asesino.

La llamada tuvo respuesta. Dio la información que necesitaban para localizar el móvil de Penélope y pidió un helicóptero de reconocimiento. Había que localizar un coche rojo por los alrededores de donde el teléfono indicara que se encontraba Penélope. «Es de máxima urgencia, la usuaria del móvil puede haber sido secuestrada». «A la orden, señor». Cortó la llamada y

se dirigió al interior de la vivienda.

La puerta estaba abierta y las luces encendidas. Un vestíbulo de mármol, paredes de suave color calabaza y puertas lacadas en blanco le recibieron. Se dirigió al fondo, donde dos grandes puertas blancas con cuarterones de cristal estaban abiertas de par en par. Una mesa exquisitamente dispuesta que ofrecía una gran variedad de delicadezas esperaba en vano que acudieran a cenar el anfitrión y su invitada. No vio la carta que le había indicado. Repasó con la mirada la estancia. En una mesita de velador, apoyado contra una lamparita de pie de forja, había un sobre alargado. Lo cogió

y leyó a quién iba dirigido. «Para mi querida Penélope», rezaba en el frente. Estaba cerrado sin sellar. Dudó si leerla o no. Le producía cierto escrúpulo hacerlo. Era algo que le afrentaba aún más que leer las cartas electrónicas que se habían cruzado entre ellos. El papel resultaba más íntimo. Supuso que si Arturo le había dado permiso para hacerlo, sería porque podría aclarar algo de la situación en la que se encontraban.

Abrió la solapa con cuidado y extrajo varios folios. Comenzó a leerlos a toda velocidad a fin de encontrar información relevante. A medida que sus ojos iban recorriendo las líneas

manuscritas, su rostro iba modificando la expresión desde la neutralidad del profesional a la sorpresa. Al finalizar, sintió que le atenazaba un nudo en la garganta. Dejó caer el brazo que sostenía la carta y se escapó de sus labios un «¡Dios mío!».

Salió de la vivienda y se dirigió al coche patrulla donde estaba detenido, en la parte trasera, Arturo. Le miró y le mostró el sobre.

—¿Esto es cierto? —preguntó Santiago agitando los folios y el sobre.

Arturo asintió y añadió:

—Veo que aún no se fía de mí.

—Lo haré cuando encontremos a quien mató a Magdalena y atacó a

Penélope. —Dirigiéndose al agente que iba de copiloto—: Por favor, custodie esta carta y déjela sobre la mesa de mi despacho.

El sonido de su móvil le sobresaltó mientras veía alejarse el coche que conducía a Arturo a las dependencias de la comandancia.

—Sí, dígame. Lo de la IP del acosador... Sí... ¿Localizada? ¿Cien por cien? Repítame la calle... No puede ser... —Se detuvo Santiago con los ojos muy abiertos—. ¡Esa es la dirección de Penélope...! —exclamó anonadado mientras entremecía los dedos por entre el cabello.

De repente, Santiago cayó en la

cuenta de que también era la del domicilio de la víctima mortal, Magdalena, y de su marido, Damián.

—Rápido, averíguame marca y matrícula de vehículos de titulares de esa dirección que sean rojos. ¡Lo necesitamos ya!

Uno de los agentes se acercó corriendo al inspector.

—¡Señor, nos avisan de que han localizado el móvil de la mujer! Está quieto en un punto de la carretera del Desierto de las Palmas.

—¡Vamos, sin perder un minuto! —ordenó Santiago y al entrar en el coche patrulla se puso en contacto con la tripulación del helicóptero y les dio

instrucciones.

El corazón del inspector se disparó cuando hallaron el móvil de Penélope tirado en una cuneta de la carretera. Temió lo peor cuando le confirmaron que el marido de la fallecida tenía un vehículo rojo y de un modelo que encajaba con la descripción que había hecho Arturo. La tripulación del helicóptero le comunicó que habían encontrado un coche de esas características mucho más arriba, cerca del camino que lleva a las ruinas del viejo convento carmelitano. Allí se dirigieron en el coche patrulla a toda velocidad, sorteando las curvas temerariamente. Se detuvieron en el

mirador junto a la enorme cruz que la presidía. Allí encontraron un coche rojo sin ocupantes, con las puertas abiertas y manchas de sangre. El rastro de sangre por el suelo conducía al camino hacia las ruinas del viejo convento. Bajó por el abrupto camino, enfebrecido, temiendo llegar demasiado tarde.

Ahora, tras el rescate, llevando contra su pecho a Penélope a salvo, trataba de apartar de su mente las imágenes fantasmagóricas de Damián con el brazo levantado a punto de estrellar la piedra contra la cabeza de la mujer, tirada en el suelo junto a las ruinas del convento, en mitad del círculo deslumbrante que creó el foco del

helicóptero. Se estremeció al recordar cuando llegó al final del descenso y presencié aquel instante final en el que Damián iba a bajar el brazo con toda su furia. Recordó cómo, al desenfundar la pistola, se le volvió de acero el brazo y al apuntar a Damián sintió como la bala partió de su alma, continuó por su brazo y salió de su dedo impactando en el hombro del canalla que iba a arrebatarse lo que más amaba. Como respiró con alivio al ver a Damián caer desplomado.

Santiago se acariciaba el cabello mientras se debatía pensando en qué momento le entregaría la carta a Penélope y de qué modo. Su contenido era demasiado fuerte para dársela en

esos momentos, pero ella tenía que saberlo. No podía esperar ni un día. Arturo no podía perder el avión.

Esperaría unas horas para que ella descansara y luego le entregaría la carta.

—Santiago... —dijo Penélope sin apartarse del pecho de él, como si despertara de un sueño.

—Dime —le respondió.

—¿Sabes lo peor de esto?

—No, dímelo tú.

—Que no sé qué le voy a decir a Arturo —dijo Penélope incorporándose y mirándole de frente con desconcierto—. No voy a poder mirarle a la cara después de haber dudado de él de esta manera.

—Por eso, ni te preocupes —sonrió Santiago con benevolencia—. Él lo ha entendido. Los indicios apuntaban a él... —Su rostro recuperó la gravedad—. Échame a mí la culpa, que fui quien te empujó a huir de su casa y el que le ha detenido.

—¿Detenido? —preguntó, alarmada, Penélope.

—Sí, claro que le detuve —dijo Santiago con firmeza—. Cuando llegamos a su casa, tú no estabas y él estaba metiendo unas maletas en el maletero de su coche y, encima, nos cuenta una historia increíble de que te has ido en un coche de un desconocido. —Y miró a los ojos de Penélope—.

¿Qué querías que pensara? —Santiago devolvió la mirada al frente—. Que habíamos llegado tarde y te habría hecho ¡sabe Dios qué!, y que estaba tratando de huir antes de que le descubriéramos.

—Comprendo... visto así... es normal que no le creyeráis —admitió Penélope—. Pero ¿dónde está? ¿Sigue detenido?

—No, por supuesto que no —dijo Santiago levantando ligeramente la cabeza y mirando por su ventanilla—. Ya he dado orden de que le dejen en libertad y de que le lleven a su casa. Ya debe de estar allí y hacia allí vamos, pero antes haremos un par de paradas.

—¿Que vamos a su casa? —

preguntó Penélope—. No creo que quiera vernos ni le queden ganas.

—Lo ha pedido él —le explicó—. A quien quiere ver es a ti —tragó saliva—. A mí, me ha hecho prometer que te llevaría después de entregarte algo que él te ha preparado.

—¿Qué es? —cuestionó intrigada.

—Ya lo verás. Lo tengo en mi despacho en la comandancia. Es a donde vamos ahora en primer lugar.

Penélope le miró turbada, se arrebujo bajo la manta y dedicó el resto del camino a mirar por la ventanilla los bordes de la carretera que iluminaban los faros del coche patrulla bajo aquella noche de luna llena.

Santiago abrió la puerta de su despacho y le ofreció el asiento más confortable que encontró por allí.

—¿Un café o un té? —le sugirió—.  
¿Te apetece comer algo?

—No, comer no. Un té, por favor —respondió ella algo sobrecogida por aquel ambiente de absoluta dedicación de la comandancia. Aún resonaba en su cabeza el rotor del helicóptero que se apareció volviendo blanca la noche en el último instante que le quedaba de vida—. Gracias. —Y dio un sorbo.

—Ahora una agente femenina te acompañará al baño, por si necesitas ayuda. —Santiago se sintió incómodo—. Lamentándolo mucho, ahora tendrás que

prestarte a que te hagamos fotografías. Es para que quede constancia gráfica de tus lesiones. Te reconocerá un médico y te curarán las heridas y esos arañazos que llevas. Es el protocolo.

—Claro, lo entiendo.

—La declaración la podemos posponer para cuando te encuentres mejor. No te preocupes. Ahora no te voy hacer recordar.

—Gracias —dijo Penélope y mirándole a los ojos preguntó—: ¿No tenías que darme algo?

Santiago se sonrió levemente.

—Tranquila, no lo he olvidado. Te lo daré cuando acabemos todos estos trámites.

Dio permiso para entrar en el despacho a quien lo había pedido con la fórmula oficial y apareció una agente femenina.

—Por favor, acompañe a la señora al baño por si se sintiera indispuesta. Gracias.

—A la orden. Acompañeme, señora. Por aquí —dijo la agente cerrando la puerta tras ellas.

Santiago se ocultó la cara con las manos. Resopló y dio gracias al cielo por que estuviera sana y salva. Dejó caer la cabeza contra el respaldo con los ojos cerrados y pidió fuerzas para cumplir la promesa que le había hecho a Arturo.

Al cabo de algo más de una hora, cuando aún Castellón de la Plana estaba durmiendo la noche cerrada y sus calles estaban desiertas, Santiago llevó en su coche particular a Penélope a su casa. Le pareció un sueño regresar a su hogar. Su mayor deseo en esos momentos era darse una ducha que le limpiara el cuerpo, la mente y apartara de ella toda la miseria humana con la que había estado en contacto.

Santiago esperó pacientemente en el sofá a que ella tomara una ducha caliente que la reconfortara, con la que celebrar que estaba viva al notar el

golpeteo de las gotas sobre su piel, calándole entre los cabellos y discurriendo por todos sus recovecos.

Al salir de la ducha, Penélope sintió la punzada de la impaciencia. No podía dejar pasar más tiempo sin conocer qué era aquello que Arturo le había encargado que le entregase.

Penélope, envuelta en un albornoz y con el cabello húmedo recogido en una toalla, preguntó a Santiago.

—¿Qué es lo que me tienes que entregar?

Asintió y con un gesto le invitó a tomar asiento.

—Será mejor que te pongas cómoda —dijo él.

—Cuánto misterio ¿no? —dijo Penélope sentándose en el sofá, frente a la silla en la que Santiago había cambiado de asiento. Introdujo su mano en el interior de su cazadora y sacó un sobre alargado con el membrete de la galería.

—¿Documentos? —preguntó Penélope.

—No, una carta —dijo entregándoselo a ella.

Lo observó y leyó que iba dirigida a ella. Reconoció la letra de Arturo. Por el grosor dedujo que debían de ser unos cuatro o cinco folios.

—¿La has leído? —preguntó ella.

—No —mintió—. Ya ves que está

sellado —dijo el inspector esquivando la mirada de Penélope. Era mejor así. Que ella conservara su intimidad y no azorarla sabiendo que él estaba al tanto de su contenido. Por eso él mismo selló el sobre que nunca lo había estado antes.

—Pero tú sabes lo que hay dentro, ¿verdad?

Santiago suspiró y respondió.

—Algo me ha contado Arturo.

Abrió el sobre con impaciencia y extrajo los folios manuscritos. No había duda de que se trataba de la letra de Arturo, siempre en rotulador extrafino de color negro, y comenzó a leer:

*Mi muy querida Penélope:*

*En cierta ocasión, me contaste por escrito experiencias y sensaciones con una profundidad y matices que, de habérmelas contado en persona, te habrían azorado o se habrían perdido. Ahora soy yo quien va a recurrir a este medio y a tu comprensión por las mismas razones.*

*Te he mentado, Penélope. Todo este tiempo atrás, te he mentado. En realidad, todo no. Al principio, solo te oculté lo que presumo que a estas alturas ya sabes: el notario para quien trabajabas y yo somos la misma persona, aunque no la misma personalidad. No te asustes ni temas. No se trata de ningún trastorno mental, sino de la bifurcación de un hombre entre ser lo que se esperaba de él y lo que*

*realmente es.*

*Vengo de una larga estirpe de notarios, que se remonta incluso a la Edad Media. Puedes hacerte una ligera idea de las expectativas que recayeron en mí al ser hijo único de un matrimonio formado por un notario de larga tradición familiar y una mujer de rancio abolengo. La sola insinuación de que deseaba ser pintor, artista, en definitiva, ni en sueños podía ser efectuada en presencia de mis padres. Habría supuesto para ellos la decepción más absoluta y les habría defraudado hasta el punto de perder en buena medida, si no en toda, su afecto. Algo que no habría podido superar.*

*Puede que te resulte exagerado, pero eran otros*

*tiempos en los que la obediencia y el respeto debido a los padres era la ley indiscutible que imperaba en todos los hogares, grabada a fuego desde la más tierna infancia. Así que, como tantos otros jóvenes, tuve que estudiar una carrera que detestaba y dedicarme a una profesión con la que no comulgaba, pero que era el destino que se me había asignado. Más aún, la vivía diariamente invadido de una profunda sensación de vaciedad. Cada día me veía obligado a hacer un esfuerzo para no ver como ladronas de mi existencia las horas que le dedicaba a la notaría. Pero recapacité y comprendí que no tengo derecho a liberarme de esclavitudes que comparto con el*

*resto de los humanos, aunque sí el de crear un espacio y un tiempo en mi vida para ser yo mismo.*

*Todo se puso a mi favor cuando el local contiguo a la notaría se puso en venta. La idea apareció en mi mente como un trallazo. La vida me daba la oportunidad de compatibilizar mi trabajo con mi pasión. Luego, la realidad se fue imponiendo. Con la galería no ganaba lo suficiente como para mantenerla ni mantenerme. Seguía necesitando la fuente de ingresos de la notaría. No podía renunciar a ella. Fue entonces cuando la solución se me presentó sola. Había alguien que deseaba mantener la posición privilegiada que había disfrutado en tiempos de mi padre: Elvira, su amante.*

*Era el secreto mejor guardado de mi padre y que yo descubrí de adolescente, en cierta ocasión que me escondí en su despacho para darle una sorpresa.*

*Elvira se convirtió en la leal compañera extraoficial y guardiana de los intereses de mi padre en la notaría. De hecho, durante los últimos años de su vida, mi padre se la confió a ella plenamente. Mi llegada como notario le hizo temer que cumpliera los deseos de mi madre y la despidiera. Así que llegamos a un acuerdo: ella conservaría el poder de facto en la notaría y yo me limitaría recibir a los clientes una vez a la semana o cada quince días si tenía que ausentarme. En cuanto a la firma administrativa,*

*acudiría al final de la tarde. Accedería por la puerta que hice abrir para comunicar mi despacho con la galería por el almacén. Todos deberían creer que el notario estaba todo el tiempo en su despacho. Solo ella tendría acceso. Así de sencillas pueden ser las cosas. Elvira era feliz gobernando mi notaría y yo delegando en ella aquella carga que necesitaba mantener para dedicarme a lo que me ilusionaba.*

*Sin embargo, no todo era gris en la notaría, ni lo que ocurría en ella me resultaba indiferente. Al contrario, poco a poco, sin apenas darme cuenta, cada día acudía a mi cita para la firma un poco más temprano, lo suficiente como para contemplar, sin miedo a ser*

*descubierto detrás de la luna del espejo que impide ver el interior de mi despacho, a la única persona que había visto que repartía alegría entre sus compañeros y, sin embargo, con el tiempo, ellos fueron cambiando de actitud hacia ella volviéndose más hostiles y herméticos. Eras tú, Penélope.*

*Curiosamente, en cierta ocasión que pasé al despacho a primera hora de la mañana, te aplicabas máscara de pestañas ayudándote de aquel enorme espejo. Me acerqué al cristal y te miré a los ojos. Vi en ellos una profunda tristeza que me conmovió. No era un estado de ánimo pasajero. Era un sentimiento hondo, que afloraba sin permiso. Vi en tus ojos mi*

*propia pena, las cicatrices del desamor y de la decepción. Como las que a mí me cruzaban el alma desde que me abandonó mi segunda esposa. Tú también eras una criatura en carne viva. Una superviviente. Y estabas al otro lado del espejo, mirándome sin verme. Comprendí que contemplaba mi propia imagen en un cuerpo frágil, pero con una entereza y una seguridad de las que yo carecía y que me abrumaban. Alguien capaz de sobrellevar su pena sin repartirla entre los demás y transmutarla en alegría.*

*Te seguí observando. Aquella pena no se iba y, sin embargo, luchabas contra ella dando a los demás lo que no tenías ni para ti.*

*Yo lo estaba pasando muy mal entonces y empecé a observarte un rato cada día. No era algo enfermizo, sino que acudía atraído por el bálsamo de tu alegría como la mariposa a la luz de la vela. Y empecé a sonreír de nuevo.*

*Una mañana, apareciste al otro lado del escaparate de la galería. Me quité las gafas de cerca para asegurarme de que eras tú. El pecho se me inundó de una algarabía que me censuré a mí mismo. Pero desde aquel momento, aunque yo me lo negara, vivía pendiente de que aparecieras de nuevo por allí. Y las figuras que dibujaba o que esculpía se iban pareciendo sospechosamente a ti cada día más, como la de la pintura que cubre la puerta que*

*comunica el almacén con la notaría.*

*Y volviste a aparecer ante el escaparate. Una, dos, tres... diez veces. Hasta que te decidiste a ir más allá de la barrera de cristal que te impedía disfrutar de lo que tanto te atraía. No se me puede olvidar. Te vi entrar con tu gabardina y tu bolso, el cabello recogido en una coleta. Ibas pasando lentamente revista a las pinturas que colgaban de la pared. Las devorabas con tus ojos oscuros, tiernos o duros, según las sensaciones que te producían. Ni te percataste de mi presencia. Nada te dije para no intimidarte. Para que regresaras libremente, como un gorrión a una rama confortable.*

*Regresaste de nuevo otro día. Me acerqué a ti. Tus ojos aún estaban llenos de los amarillos y naranjas del cuadro que contemplabas cuando los dirigiste hacia mí al oír mi saludo. Sonreíste amable al devolvérmelo. Me atreví a acercarme un poco más, despacio, para no ahuyentarte; despacio, para contemplarte. En ese momento, como tú antes habías hecho con las pinturas, yo estaba acercándome a lo que tanto me atraía, sin las barreras del escaparate ni del espejo. Estabas allí en toda tu realidad. Eras volumen, forma, color, olor; pero, sobre todo, luz. La irradiabas al moverte delicadamente. Al sonreírme, te iluminaste y diluiste todas las*

sombras que me habitaban por dentro. Apartaste de tu cara el mechón de cabello que se te había soltado y me ofreciste tu mano para saludarme. Aquella ofrenda era un sueño para mí. Pude tocar tu piel, sentir su tibieza y llevarme tu mano cerca de los labios al ofrecerte cortésmente mi mansedumbre, para que te sintieras segura y tranquila a mi lado y regresaras una y otra vez... También sentí una laceración al descubrir el anillo de mujer casada que lucías en la mano izquierda, aquella que permanecía inerte, dejada caer a lo largo de tu cuerpo; muda, detenida, inútil...

Durante los tres años siguientes seguí observándote y esperando tus visitas a la galería.

*Fui viviendo contigo tus altibajos, los días de angustia en los que te debatías internamente. Adiviné qué terrible batalla se estaba librando en ti. Tus pómulos estaban más afilados. Te costaba un poco más de esfuerzo mantener una expresión alegre. Acudías con más frecuencia a la galería y dedicabas más tiempo a volar contemplando las obras que te esperaban suspendidas en la pared. Agradecías con tu risa las ocurrencias que te dedicaba y que me daban la oportunidad de embeberme tus rasgos para luego soñarlos en la soledad de mi casa, frente al mar.*

*Soñaba que algún día todo pudiera cambiar, que tú fueras libre y que yo lo fuera*

*definitivamente también. Que te pudiera ofrecer un futuro a mi lado en el que fueras reina de mi reino y yo, el primero de tus súbditos. Y mientras, por las noches, mi espíritu se escapaba junto a ti, para darte fuerzas en esos momentos amargos que, sin duda, estabas atravesando; para aliviar las angustias de tu incertidumbre; para apoyarte a la hora de enfrentarte a lo que tanto temías: que no te quería quien más amabas, y sostenerte cuando lo descubrieras. Sí, lo confieso, mientras dormía, el alma se me escapaba sin mi consentimiento para besarte suavemente en los labios, sin el tuyo.*

*Me armé con toda la paciencia del mundo y esperé y esperé a que*

*tomaras tu dolorosa decisión para dejar de sufrir. Y cuando se produjo, aún esperé más; a que tu mundo se calmara tras la tormenta de la separación. Esa que se llevó por delante tu imagen de esposa correcta, madre perfecta y mujer invisible, levantó suspicacias y cuchicheos, y te etiquetó de sospechosa. Esa que, al reclamar tu derecho a que no te impidan ser feliz, colocó a cada cual en su sitio y a ti en un nuevo punto de partida.*

*Pensé que unos talleres de pintura te ayudarían a recuperarte dando rienda suelta al talento que habías reprimido hasta entonces. Y yo podría verte más a menudo. Pero no me bastó. Entonces, me decidí a entablar contigo breves*

*conversaciones tras las clases y a aparecerme detrás de ti en aquel atardecer en el balneario. No fue difícil adivinar dónde estabas. Los días de permiso los autoricé yo mismo, y algo le sonsaqué a tu encantadora amiga sobre vuestros planes.*

*Allí estabas, envuelta en gasa, en la terraza del balneario, junto a la piscina, contemplando aquella maravilla de colores deslumbrantes que mutaban en el cielo con parsimonia. Me acerqué con cuidado, temiendo romper aquella magia. Pero estaba equivocado, aún no se había producido el encanto definitivo. Cuando volviste el rostro y me miraste fue cuando se produjo aquella transmutación en mi*

*interior. Me heriste con un rayo que me devolvió la fe en que existía alguien capaz de amar y que entendía al igual que yo cómo debe ser: una comunión de almas y de cuerpos.*

*En aquel momento tú no lo podías saber, pero conforme me había acercado hacia ti, con mi mirada ya había rodeado tu cintura y me había fundido contigo en aquel cielo anaranjado rasgado de azules y dorados. Un paisaje tan ardiente como el amor que estalló por ti en aquellos momentos, que nunca me ha abandonado, y que borraba para siempre de mi alma los paisajes desangelados que había recorrido, en los que el amor había pasado como un esperpento diluido con*

*crueldad.*

*Aquella tarde me miraste con terciopelo en los ojos. En ese instante, te habría cubierto de besos y en mis brazos te habría llevado hasta la orilla de aquella playa, para que sus olas suaves hubieran envuelto nuestros tobillos de espuma efervescente. Habríamos sentido arrastrar la arena bajo los pies y al mar empujarnos el uno hacia el otro. Habrías sido mi sirena en aquellas aguas de superficie serena y habría explorado tus grutas inhabitadas, en las que habría encendido el cálido fuego que nunca faltó en mis sueños. En aquel atardecer te habría dicho la verdad desnuda, pero no me atreví.*

*A mi regreso del balneario,*

*algunas molestias hicieron precisas ciertas pruebas médicas. Estaba plenamente convencido de que lo único que me ocurría era que el corazón amenazaba con estallarme de ilusión, así que organicé con los nervios de un novio adolescente una cena en mi casa, para mostrar ante ti mis sentimientos sin pudor y revelarte toda la verdad. Transcurrieron silenciosas y apremiantes esas horas inciertas en las que no sabía si acudirías a la cita. Para asegurarme de que irías, te hice ir a mi casa con un pequeño juego, ¿recuerdas? Yo era el cliente misterioso. Lo quería aprovechar para explicarte que no siempre somos lo que parecemos y revelarte mi doble identidad.*

*Todo estaba listo. Tú acudiste y te sentí receptiva. Mi sueño de encontrar a una compañera estaba muy cerca. Era el día de mostrarme descarnado ante tus ojos y tus oídos. De hablarte de ese deseo por ti que surgía tibio de mis entrañas al verte y avanzaba sin conocer prudencia ni resguardo. De que soñaba con que te abandonarás tiernamente entre mis brazos a lo inevitable. De un deseo que no moriría con el alba tras restallar mi dardo en tu silencio, sino que te cubriría de amor para vestir cada día.*

*Pero algo inesperado sucedió. Cuando acudí a la cocina a disponer la cena, mientras tú escogías un lugar para el guerrero ibero, recibí una llamada. Era mi*

*médico. Insistió en que acudiera de inmediato a su consulta o él vendría a mi casa. Le dije que lo hablaríamos otro día. Me respondió que no había tiempo. Tras un silencio, mi médico, mi amigo, me comunicaba que se confirmaba algo que temió desde mis primeros análisis: padecía leucemia. Estaba en una fase muy avanzada y era de un tipo que solo se había tratado con éxito en Estados Unidos. No había tiempo que perder.*

*Todo mi mundo se resquebrajó en un instante. De un solo golpe el castillo de naipes se derrumbó. Y te tenía allí, en mi casa. Te había hecho venir con el propósito de abrirme en canal ante ti y proponerte un futuro juntos. Pero*

*ahora ¿cómo iba pedirte que te unieras a mí si no sabía si tenía futuro? ¿Qué podía ofrecerte? ¿Que te unieras a un hombre enfermo que va a tener que dedicar todo su tiempo y energías a debatirse entre la vida y la muerte? ¿Que no podría atenderte y darte todo el cariño y la atención que tú esperabas? Di un golpe terrible con mi puño sobre el mármol de la isleta de la cocina, rebelándome contra mi destino y queriéndole devolver el golpe que de él había recibido.*

*Respiré hondo y detuve mi derrumbamiento pensando que, aunque tuviera que desterrar momentáneamente la idea de un futuro en común, nada había cambiado con respecto a aquella*

*tarde. No iba a negarme a mí mismo cumplir el deseo que tanto acariciaba: amarte con todo mi cuerpo y mi alma. Incluso, ahora, si cabía, con mayor razón. Si no superaba el reto que me planteaba la enfermedad y se me negaba vivir, aquella sería mi única oportunidad para amarte hasta sorberte la vida y hacerte morir de placer una y otra vez desnuda y agotada, para que recordaras cuánto podría haberte amado. Confío en que así sea, querida mía.*

*Esto es lo que te oculté, mi amada Penélope. Y te seguí mintiendo al decirte que marchaba a los Estados Unidos en busca de obras de arte. Ahora ya sabes la verdad de mis ausencias.*

*Afortunadamente, cuando te agredieron yo estaba aquí y pude llevarte a tiempo a un hospital antes de que murieras desangrada. Sin embargo, tuve que marcharme de nuevo, aun dejándote en el hospital sin saber si despertarías. Al avisarme tu encantadora hija de que habías regresado a la vida, me insufló nuevas fuerzas para remontar los estragos de la terapia. Regresé a casa con la esperanza de que los tratamientos allí recibidos fueran dando sus frutos. Todo parecía ir bien, pero en los últimos análisis la metástasis ha hecho su aparición de forma desenfrenada y debo marchar de inmediato hacia mi última oportunidad.*

*Confieso que en esta ocasión*

*acudo al tratamiento con pocas esperanzas de volver. Si lo hiciera y a mi regreso no te llamo a mi lado, no insistas, por favor. Respeta mi silencio y mi soledad. Ya lo he dispuesto todo, por si a mi regreso ya no me restara más que apurar los atardeceres que me conceda el monstruo que me devora. También te incumben mis últimas decisiones. Las conocerás en su momento. De ello se encargará doña Elvira.*

*Discúlpame si en algún momento he podido lastimarte con mis silencios y ausencias. Nunca fue mi intención. Para mí, tú has sido el descubrimiento de que existe un semejante con quien puedo conectar a niveles que no es posible con el común de los*

*mortales. Te he recibido en mi alma y en mi casa con la alegría de un náufrago en su isla desierta, con la ilusión de encontrar la llave de la vida en el remanso profundo de tus ojos. Me has enriquecido y has hecho florecer sensaciones y sentimientos que creía perdidos para siempre. He dejado de sentir el vértigo que me producía planear, como un águila nómada, por el abismal silencio de la nada y de errar por el temporal de mis laceraciones. Por todo ello, te entrego mi más profunda gratitud.*

*De la rabia y la indignación que me produjo saber que tenía que renunciar a un futuro contigo, he pasado a la resignación y a la serenidad de descubrir que todo está bien en ese mundo que vibra*

*debajo de las apariencias. Me siento privilegiado porque la vida me ha ofrecido contigo lo que tanto le pedí: mi ocasión de amar de verdad antes de morir. Pocos merecen tanto como tú ser amados. Y como deseo tu felicidad y sé lo fascinadora que resultas, confío en que encontrarás lo que yo no he tenido. Incluso me da la impresión de que lo tienes más cerca de lo que imaginas y que pronto ya no caerán de tu pecho más pétalos secos. Sé que el amor te ronda. Lo he visto en los ojos de ese inspector cada vez que acudía a menudo junto a tu lecho en el hospital y te tomaba de la mano, la besaba con ternura y, aun cuando no le pudieras oír, te hablaba y te llenaba el cuerpo de música a*

*través de unos pequeños auriculares. Lo he visto en su mirada, angustiada al comprobar que no despertabas de tu sueño eterno. Me voy tranquilo después de conocerle.*

*Quiero que sepas que me llevo tanto amor que lo único que me duele es que no podré derramarlo sobre ti. O quién sabe, quizás pueda hacerlo desde el otro lado del espejo o en cada atardecer. Lo haré siempre que tú quieras. Pídemelo con el corazón y sentirás mi abrazo silencioso. Mi cariño por ti, Penélope, no se agotará ni con la muerte. Siempre tendrás en mí, al otro lado del espejo, un amigo, un amante y un caballero dispuesto a cruzar su espada con quien te haga daño.*

*Ahora, Penélope, vive y celebra  
la vida.*

*Arturo*

Santiago miraba por los cristales del balcón del apartamento de Penélope con la vista perdida en la ciudad que despertaba. Había preferido dejarla a solas con la lectura de la carta de Arturo. Sentimientos encontrados se debatían en su ánimo. Le había producido una profunda impresión conocer la verdad de este hombre. Agachó la cabeza y, cabizbajo, se reconoció a sí mismo que había llegado a sentir celos de él por su posición privilegiada en la vida y en el corazón

de Penélope. Que le había mirado como a un contrincante difícil de batir. Él se reconocía falto de la educación, del estilo, de la clase y de la posición que Arturo tenía. ¿Y por qué no decirlo todo? Del nivel económico y las propiedades que él jamás podría ofrecer a Penélope. Cerró los ojos, calculaba que ella estaría ya muy próxima a leer el párrafo terrible. No se equivocó.

Penélope, que lloraba con un llanto lento y caliente, ahogó un grito de dolor y se abrazaba aferrada a la carta en una de sus manos. Santiago tragó saliva y se acercó a ella, con prudencia, con tiento, para no herir los sentimientos que le supuraban por la piel. Ella lloraba y

negaba con la cabeza, sin voz con la que gritar. Se sentó a su lado y la acurrucó contra él. La tranquilizó algo y la animó con un gesto a que continuara. Debía leerla hasta el final, se lo debía a Arturo. Mientras, regresó junto al balcón.

Al acabar, ella cerró los ojos, hinchados y enrojecidos, como sus labios. Plegó la carta, la guardó en el sobre y lo abrazó contra su pecho. Santiago aguardaba apoyado en la puerta de cristal del balcón, de espaldas a ella. Contemplaba como las azoteas de las casas iban apareciendo delante de él, azuladas, hasta despertar a sus colores bañadas por la luz de un sol recién

nacido. Sintió cómo ella le abrazaba por la espalda. Se giró con cuidado y la besó en los párpados y en la frente. Ella le miraba a punto de romper a llorar otra vez. La abrazó con fuerza y luego la separó un poco de él y se puso tras ella, mirando ambos hacia la calle.

—Mira —dijo Santiago—. Hoy también sale el sol.

Penélope asintió. Apretó aún más los brazos protectores del hombre a su alrededor. Le consolaban del dolor que sentía en los huesos y en el alma.

—Sí, hoy también hay que celebrar la vida —observó Penélope.

—Debemos marcharnos en media hora si quieres despedirte de él antes de

que se marche a tomar el avión —le anunció.

Penélope asintió y se fue al baño a recomponerse en la medida de lo posible antes de acudir a despedirse de Arturo.

Cuando llegaron al chalé, el inspector detuvo el vehículo. Penélope bajó de él.

—Estaré aquí cuando salgas —le dijo—. No tengo prisa.

Sonrió conmovida y se despidió de él con un gesto breve. Se encaminó hacia la verja, pulsó el botón del interfono y la puerta de tubos de acero comenzó a desplazarse sobre sus goznes

y no volvió a hacerlo hasta media hora después, en la que Penélope llegó a la verja acompañada de Arturo. Los dos se acercaban hacia el coche y, al verlos venir, Santiago salió del vehículo. Arturo le extendió su mano y él se la aceptó y le transmitió su apoyo y admiración. El notario detuvo por un instante el vaivén amistoso y miró a los ojos de Santiago. Las manos quedaron soldadas por un breve instante, formando ambos un mismo ser de dos apariencias distintas, pero con un mismo sentimiento.

—Que todo vaya bien y regrese pronto, Arturo —dijo Santiago.

—Gracias, inspector —respondió y

vio como Penélope, en el interior del coche, hacía esfuerzos por no llorar—. Tengo que marcharme ya.

Santiago asintió y abrió la puerta del coche. Se puso al volante y arrancó.

Ella hizo un saludo breve con la mano detrás de la ventanilla del coche. Arturo le envió un beso y dejó su mano levantada a modo de saludo hasta que el vehículo giró una curva que, como la de su destino, le hizo perderla de vista para siempre.

¿Que por qué he matado a mi mujer?  
¿Que no he sido yo, se lo juro! ¿Cómo  
iba yo a matar a la Magdalena? Eso se  
lo habrá dicho a ustedes la bruja esa de  
la Penélope, que es una lianta... ¿Que  
no, que no! ¿Que yo no tengo nada contra  
ella! Pero es una falsa... Se lo digo yo,  
que he trabajado con ella y somos  
vecinos... Mucho «buenos días, Damián  
¿cómo estás?», «¿serías tan amable de  
hacer esto...?», «¿te importaría hacer  
aquello, Damián?». Otra cosa es la que  
te haría yo a ti, zorra... No, nada,

hablaba para mí, agente. ¡Vale, vale! Que decía que mucha finura y cuando llega a su casa, lo primero que hace es tender la ropa... ¿Sabe qué tiende mezclado con otra ropa, la muy...? ¡Que no iba a decir nada! Pero si viera qué bragas... Tangas de todos los tipos; lisos, de encaje, negros, rojos... Y los tiende allí, en el patio, ¡para que yo los vea! Disimula tendiendo toallas delante, pero yo me agacho y los veo. Ya se lo dije al psiquiatra y él me dijo que no me creía. ¿A ver por qué le iba yo a mentir? Y como un día se le cayó uno al suelo del patio, lo recogí y se lo llevé. Dijo «hay que joderse, con lo estrecha que era conmigo...», le dio una calada a su

cigarrillo y el muy cabrón se guardó el tanga y no quiso devolvérmelo. A la siguiente sesión, me dio unas revistas guarras y me dijo que se las pusiera debajo del felpudo a la vecina, que era un ejercicio. También me mandó más deberes para soltar tensión y que me la quitara de la cabeza. ¡Ese sí que estuvo bien! Me quedé más a gusto... Tenía que escribir en el coche de la vecinita lo que se me pasara por la cabeza, con un lápiz de labios o un rotulador... ¡Joder, vaya que sí que lo puse! ¡Cuando se lo conté al cabrón del psiquiatra, se sonrió el jodido! Es un fenómeno... ¿Sabía que es el exmarido de la Penélope?

¡Que no, que no he matado a la

Magdalena! Además, yo no iba con ella en el coche... ¿Cómo? ¿Las cámaras de seguridad? ¿Las de tráfico? Bueno, puede que fuera un rato con ella en el coche ¿y qué si luego me bajé? Pero yo no fui quien la mató... Hablando, íbamos hablando... Ella discutía, yo no... Nunca le discuto. ¿Para qué? Claro que se puso pesada, muy pesada, no callaba la tía y dale que te pego, no callaba la boca dando órdenes, como mi madre, como la doña Elvira de los cojones... Todas, todas mandando a Damián esto y aquello, para eso se creen que está el gilipollas de Damián, para hacer lo que ellas quieran ¿y yo qué, un mierda? Ya me tienen hartos, ¡hasta los

huevos! No paraba la tía. No callaba. Puede que sí, que la empujara contra la ventanilla, pero no fue nada..., apenas. Fue para que se callara de una puta vez. ¡La que me lio por un golpecito de nada! ¿La piedra? No sé de qué piedra me habla. ¿Con la que mataron a mi mujer tiene mi sangre? Si la tiene es porque ella me atacó... ¡Sí, Magdalena me atacó con la piedra y yo me defendí! ¡No lo sé! No sé cómo pasó a mi mano... Yo no quería matarla... Ella se empeñó en llevarme la contraria... No callaba. No callaba la puta boca y dale que dale... ¡Quería que se callara! Eso es lo que quería: que se callara y no me dijera más lo que tenía que hacer. Estaba muy

rebelde desde que se juntaba con la vecinita en los almuerzos. Solo quería que se callara y que me obedeciera de una puta vez...

¿A la Penélope? ¡Yo que iba a matarla, si la recogí en la carretera cuando huía de casa del notario!... Porque ella me pidió que diéramos un paseo en el coche... Me provocaba ¿sabe? Yo no quería saber nada, inspector. No, no... Aún está mi Magdalena caliente y yo no tengo el cuerpo para esas cosas... Pero la tía, insistiendo... Claro que le grité. Le dije «¡un respeto, coño, que soy el viudo de tu amiga!». Sí, eso le dije muy serio y paré el coche, ¿sabe?, y la hice bajar.

Yo, ahí, firme. ¿Qué se había creído la calentorra esa? Ya sé que era de noche... Por eso, como era de noche, me dio apuro ¿sabe? Me arrepentí de dejarla sola allí arriba, en el mirador... Sí, eso pasó, que me arrepentí y me bajé yo también del coche y fui detrás llamándola para que volviera. La vi bajar por el camino ese de tierra todo para abajo y, claro, por si se hacía daño bajando, pues me fui detrás. Pero la vi a lo lejos, porque yo estaba lejos, la vi que se metió entre las ruinas del convento... Ya ve, lo que son las mujeres... ¿a quién se le ocurre meterse por las ruinas de noche? Qué tontería, ¿no?... Y yo no la iba a dejar sola, ¿no

le parece a usted? No habría estado bien por mi parte. Al fin y al cabo, somos vecinos.

Porque me asusté, por eso cogí la piedra sí, por eso. Me dio miedo que fuera un animal. Estaba todo muy oscuro... Me preparé, ¿sabe usted? Cogí la piedra así, con ganas de tirársela al bicho que había cerca, porque se veía un bulto en el suelo, ¿sabe? Y por si se me echaba encima cogí la piedra así, de esta manera... Y entonces vino la luz esa tan fuerte, tan blanca, y vi que era ella y solté la piedra... Que no habría hecho falta que me hubieran pegado el tiro, ¿sabe?

¡Que no he matado a mi mujer! Pero

¿es que no me va a quitar las esposas?  
Pero ¡oiga, que le he dicho la verdad!  
¡Se lo juro por la gloria de mi padre!  
¡Eh, abogado! ¡Haz algo! ¿Que no  
puedes hacer nada? ¡Me cago en tus  
muertos! ¡Sácame de aquí! ¡No dejes  
que me lleven otra vez al calabozo! ¡Por  
tu madre, cabrón! ¡Que no la he matado!  
¡Ya te enterarás, abogaducho! ¡Y tú,  
inspector, tú el que más! ¡Ya os  
enteraréis cuando salga de aquí! Porque  
yo voy a salir. ¡Yo no maté a esa  
capulla!

¿Otra vez aquí, inspector? Ya podía haber avisado antes. Ni siquiera son horas de consulta. ¿Qué es lo que quiere? ¿Acompañarle? ¿Adónde? ¡Ni hablar! ¿A cuento de qué? ¡No diga soplapollecés! ¿Inductor? ¿Está usted de broma? ¡A ver si yo voy a tener la culpa de lo que hagan todos los chalados que pasan por esta consulta!

Sí, claro, que conocía la obsesión de Damián por Penélope. Pero yo no la calificaría de idea obsesiva. Al menos, no grave... Soy médico, no adivino,

inspector. Si al tío ese se le va la pinza en un momento dado, ¿qué tengo yo que ver?

¡Por supuesto que no le doy permiso para registrar mi consulta! ¿Mi casa? ¿A qué se refiere como mi casa? ¿Al quinto apartamento que me alquilo porque no encuentro un puto sitio que me acomode? ¿O a ese diván en el que he pasado cada noche de los tres primero meses porque la rabia no me dejaba dormir ni reconocer como hogar otro que el que ella me arrebató?

¿Una orden de registro? Pero ¿esto de qué va? ¿Qué están buscando? ¡Por favor, no me lo puedo creer! ¿Un tanga? ¡Venga, hombre, por Dios! ¿Es que van a

hacer caso al chalado ese? Esas prendas no tienen por qué ser de ella. Demuéstrenlo... No tengo por qué darle explicaciones de esas fotos. ¿Qué tiene de raro que conserve fotos de mi exmujer? Sí, ya sé que son recientes... Todas no las he hecho yo. Algunas sí... La mayoría las hizo un amigo mío... No exactamente, no es que sea fotógrafo profesional, pero en su trabajo hace muchas fotos... Sí, es detective privado, ¿y qué? ¿Eso es ilegal? No, supongo que ella no lo sabe... Tampoco creo que sea tan grave hacerle unas fotos por la calle... Sí, son dentro de su casa... Bueno, esas me las trajo Damián... Sí, me las quedé y las tengo guardadas. No

me pareció conveniente que las tuviera en su poder... Con estos tipos, nunca se sabe.

Pero ¿qué hace? No creo que sea necesario... No opondré resistencia... Al menos, déjeme ir con las manos delante, así podré acabarme el cigarrillo.

El aire del mar pasaba ligero alrededor de la torre de la Colomera aquel atardecer. El coche de Santiago y una furgoneta negra se detuvieron cerca de la torre, al final de una carretera cortada por la vía verde. Bajó del vehículo, fue hasta la puerta del acompañante y la abrió, ofreciéndole su mano a Penélope para ayudarla a bajar. Ella le miró. Le sonrió con cariño y le tomó la mano. Ana hizo lo mismo con doña Elvira, que viajaba con ellos en la parte trasera del vehículo. Ana cogió del brazo a doña

Elvira con una familiaridad que en otras circunstancias la oficial hubiera rehusado, pero que en esos momentos le reconfortó y agradeció con unos golpecitos en la mano de la joven que la sostenía. Los cuatro se dirigieron hasta la vía verde. Caminaban por ella despacio, como al ritmo de un inaudible tañido de campanas fúnebres, entre las elevadas y ásperas paredes de roca viva del montículo en el que se levanta la torre, partido en dos por la vía verde.

Al llegar hacia la zona de mirador, Penélope se esforzó en sujetar los recuerdos amargos que le sobrevenían al volver al lugar donde encontró a su amiga Magdalena brutalmente asesinada

y donde recibió el golpe que la sumió en un sueño que la alejó de la vida por un tiempo. Para evitar que se le desbocaran, los sustituyó por las imágenes que nunca vio de Arturo acudiendo hasta allí en su ayuda tras leer el extraño mensaje, descubriéndola tendida en el suelo, inconsciente, tomándola en sus brazos y llevándola angustiada hacia un hospital donde le pudieran devolver a la vida.

Ahora era ella quien le llevaba a él en sus brazos. Penélope abrazaba con fuerza, hasta blanquear sus nudillos, la urna que contenía las cenizas de Arturo. A cada paso que avanzaba sentía el abrazo de su amigo en su cintura,

animándola a continuar aquel último paseo juntos al borde del mar.

Los cuatro se dirigieron hasta la valla de finos troncos de madera cruzados que marca el límite donde se inicia el acantilado. Esperaron allí a que llegaran los dos hombres y las dos mujeres que los habían acompañado en la furgoneta. Los vieron desplegar junto a la valla tres sillas y un atril. Los hombres, vestidos con levitas negras, camisas blancas y pajaritas, tomaron asiento, colocaron las partituras en sus atriles y se dispusieron para tocar un bajo y un violín. Las mujeres, vestidas de negro, habían depositado en el suelo un arpa. Una de ellas se sentó,

preparada para pellizcar las cuerdas. La soprano posó una partitura sobre el atril.

Santiago miró a los músicos, y asintieron. Tomó con firmeza de la mano a Penélope y ella supo lo que significaba y cerró los ojos. Los arcos del bajo y del violín rasgaron el silencio con la vibración que arrancaron a las cuerdas. El arpa comenzó a pellizcar nota a nota. A Penélope le temblaba el alma en mitad del pecho. La voz inmaculada de la soprano se elevó, y sus agudos vibraban delicados como el cristal.

*Pie Jesu, pie Jesu,  
pie Jesu, pie Jesu.*

*Qui tollis peccata mundi,  
dona eis réquiem.*

Penélope y Santiago avanzaron juntos y caminaron por fuera de la valla de madera, lo más cerca posible del acantilado. Las notas del *Pie Iesu*, de Webber, se esparcían etéreas por aquel espacio y se sobreponían al chasquido acompasado de las olas contra las rocas. Se detuvieron en un saliente sintiéndose suspendidos sobre el mar.

Penélope percibió todo su cuerpo envuelto en el último abrazo de Arturo a través de la belleza arrebatadora de aquella música y de aquel atardecer de grises y azules. Se estremeció. Besó

temblorosa la urna que portaba contra su cuerpo. Extendió sus brazos con fuerza y la lanzó sobre el mar. Sus aguas acogieron la urna con la naturalidad con la que se recibe a un ser querido y continuaron chocando enérgicas y despreocupadas contra el acantilado, bordando encaje salobre.

Penélope hundió su cabeza en el pecho de Santiago y rompió a llorar con desconsuelo. La voz de la soprano les atravesaba el alma como una fina aguja de oro. Se abrazaron con fuerza. Ella se separó levemente de Santiago y le preguntó, mirándole a los ojos:

—¿Celebrarás la vida conmigo?

Asintió con una sonrisa suave en los

labios.

—Cada día, si tú me dejas.

El aire arreció agitando sus ropas y cabellos. Se abrazaron de nuevo. Mientras, la soprano elevaba al cielo el más dulce amén por el descanso eterno de Arturo.

Santiago se levantó de la cama con cuidado de no despertarla. Ni siquiera encendió la luz, para no perturbar su sueño. No temía tropezar, conocía ya perfectamente los recovecos del pequeño apartamento de Penélope. Habían sido muchas noches las que había habitado aquel estudio que, desde la primera, llenaron de un cariño que no hubieran soñado jamás. Después de aquella habían venido muchas, pero le parecían pocas. No quería que acabase. Una sola vida al lado de ella le sabía a

poco.

No la podía ver en la oscuridad, pero la adivinaba profundamente dormida, con la relajación de la satisfacción completa. Intuía su sonrisa plácida después de haberla amado una noche más con toda su intensidad de varón, con cada fibra de su cuerpo y con toda su alma. De haberle despertado la piel con sus caricias y estamparle a fuego cada beso, lentamente, en silencio, al ritmo de su respiración profunda. De besarle los ojos, morderle tiernamente las orejas, de haberse adentrado en ella buscándole el alma palpándole la boca con su lengua, después de sentirla respirar desasosegada bajo su cuerpo al

notar su tensión buscándola con deseo. De recorrerle el cuerpo con sus manos calientes, sujetar las de ella con los brazos extendidos y dejarse hundir en su cuerpo de seda exhalando un dulce quejido. Después de dedicarse a ella, a ella y a ella, disfrutando de su goce, de ese que le arranca destellos en los ojos, le engrosa los labios y entrecorta el aliento, ese mismo que él absorbe de sus labios en plena agitación hasta desfallecer a su lado.

Caminó a tientas, abrió la puerta del baño y, al cerrar, encendió la luz. Orinó y fue a lavarse las manos. Se sorprendió del rostro que le devolvió el espejo colgado sobre el lavabo. No daba

crédito. Su piel había perdido la grisura mate de años atrás y había adquirido un color cálido. Parecía haber recuperado una lozanía propia de otros años. La piel parecía relucir desde el interior, y el cabello y la barba, más oscuros, pese a las canas. Se admiró de su propia imagen. Jamás se había conocido tan pletórico.

De repente, un sentimiento de fugacidad le invadió y unas lágrimas le asaltaron a traición. Temía perderla, que algo se interpusiera entre ambos y todo acabara. Y lo que era peor, aquello que se había apoderado de él súbitamente encogiéndole el corazón: la conciencia de que todo acabaría un día, la muerte

les arrebataría el uno al otro sin apelación.

Nunca lo hubiera creído, y menos aún a estas alturas de su vida, que un beso, aquel primer beso que se dieron durante un tranquilo paseo al salir del teatro, les hubiera inflamado de aquel modo, despertando todos los sentidos dormidos y descubriéndoles los desconocidos, electrizándoles la piel, empujándolos a buscar refugio en la oscuridad de una calle solitaria para acariciarse con urgencia, con la respiración entrecortada y las ascuas del deseo encendidas.

Recordaba con fruición cómo al llegar al apartamento de Penélope le fue

desabrochando uno a uno los botones de la blusa, que ella dejó abandonada en el suelo, y le descubrió unos senos turgentes contenidos por el sujetador. Ella terminó de desabrocharle la camisa, la abrió como los postigos de una ventana y contempló admirada el paisaje que le ofrecía la masculinidad de su pecho. Se desprendió completamente de la prenda y estrechó a Penélope contra él. Recordó que ese contacto primero le cortó la respiración. Le besó los párpados y el cuello, lentamente, marcando con sus labios y su aliento cada centímetro. La liberó del sostén y acarició sus pechos, que le arrebataron tensándole como nunca

hubiera imaginado. Le devoró los pezones con delicada ansiedad. La tumbó en la cama y la sintió bajo su cuerpo, respirando excitada, como él. Le mordía suavemente los labios mientras jugaba a hacerle sentir la tensión y el ardor de su miembro en el sexo entreabierto, sin penetrarla. Jugó y jugó hasta que ella se lo pidió. Él obedeció entregado, agitándose dentro de ella hasta apagar la fogosidad que los consumía.

Se apoyó sobre el lavabo y se volvió a mirar. Su piel no relucía como unos minutos antes. Se había apagado con el solo pensamiento de que ella le faltara o le separaran de ella para

siempre. Se terminó de secar las manos y salió del baño. Caminó despacio hacia la cama. Se recostó junto a ella sin intención de volver a dormir. El día clareaba y una luz tenue revelaba los volúmenes del cuerpo de Penélope bajo las sábanas. Le apartó un mechón de la cara con cuidado de no despertarla. No, él ya no iba a dormir. No estaba dispuesto a perder ninguna de las horas que tuviera concedidas para sentirla a su lado.

Ana llegó a la cita en la cafetería con apenas cinco minutos de retraso. Encontró a Penélope sentada en la mesa de costumbre, con la cabeza apoyada en el escaparate, sin reparar en que había llegado y se le acercaba. A Ana se le congeló la sonrisa con la que había entrado al ver el rostro demacrado y de preocupación de su amiga. No entendía nada. Apenas quince días atrás, cuando se vieron por última vez, la felicidad rezumaba por los poros de Penélope, salía a borbotones por sus ojos y le

iluminaba la piel y la sonrisa. ¿Qué veneno había tomado para que la piel se le volviera macilenta y los pómulos se hubieran afilado de ese modo? Dejó el bolso y la cazadora sobre una silla y se sentó frente a su amiga, que reaccionó lenta y le dedicó una sonrisa triste.

—Gracias por venir, Ana —dijo tomándole de la mano.

—Claro que vengo —le respondió—. No lo dudes.

Esperó a que Penélope tomara la iniciativa, pero vio que la angustia no le dejaba acertar con el modo de empezar.

—Por el principio, Penny —dijo Ana—. Cuéntame qué te pasa.

Ella suspiró y espetó:

—Santiago me ha abandonado. —Y un río de lágrimas le ahogó la voz.

Ana se quedó petrificada.

—Eso no puede ser, nena —insistía negando con la cabeza—. Que te digo yo que no. Que ese hombre bebe los vientos por ti... No te quiere, ¡te adora! —Miraba desconcertada a todos lados—. ¡Pero si no he visto un hombre más enamorado que él! ¿Por qué dices eso?

—Ha desaparecido... —sollozaba Penélope—. No me coge el teléfono, no contesta a los Whatsapp... No quiere saber nada más de mí, Ana. ¡Me he dejado engañar otra vez!

—¡Eso no puede ser! —le dijo irritada—. Y si lo fuera... —Su mirada

airada le dio miedo a Penélope—, ese lo paga caro. ¡Vaya que si lo paga!

Sacudió la cabeza como para alejar aquellos pensamientos que tanto le perturbaban y dijo:

—Mira, me vas a contar qué fue lo último que pasó entre vosotros. ¿Discutisteis por algo?

Penélope negaba con la cabeza y se secaba las lágrimas con el cuarto pañuelito de papel que extraía de su bolsillo.

—Para nada —dijo—. Es más, cuando me dijo que madrugaría un poco más porque iba a acompañar a una amiga a la estación del AVE, me pareció bien y nos despedimos como siempre.

—¿Le has presionado para que se case contigo? —preguntó Ana.

—¡No, claro que no! —le dijo firme—. Pero si no ha dado tiempo ni a pensar en eso...

—Bueno, no sé... algo ha debido de ocurrir... —dijo Ana, pensativa—. A lo mejor no tiene nada que ver contigo...

—¡Claro! Y por eso no me llama, ni me contesta...

—Tiene que haber una explicación. ¡Seguro! —Y añadió con voz severa—: Deberías confiar más en él, Penny.

—¿Confiar? —le respondió, indignada—. ¿Después de dos semanas sin saber de él?

Ana calló y agachó la cabeza sin

saber a qué argumento recurrir para encontrar una explicación. De repente, se le ocurrió algo.

—¿Has llamado a la comandancia?

—Por supuesto. —Se sonrió triste Penélope.

—¿Y qué te han dicho?

—Que ya no trabaja en Castellón. Que ha vuelto a Valencia, a la jefatura. Cuando terminó mi caso, se acabó la cooperación.

—¿Has llamado a la jefatura preguntando por él? —preguntó con temor Ana.

Su amiga asintió.

—¿Algo te habrán dicho! ¿No?

—Sí, claro. Que tomaban nota y le

dejaban el recado de que me llamara.

—Y no... no te ha llamado —dijo Ana con suspiro de resignación.

Penélope negó con la cabeza.

—¡Pues sí que estamos buenos! —le dijo con fastidio—. De todas formas, no sé... no me cuadra...

Los ojos de Ana iban y venían a las imágenes enmudecidas que emitía un televisor colgado en una pared de la cafetería. Informaban sobre alguna noticia ocurrida en Valencia. Reconoció el nuevo Hospital La Fe. Debía de tratarse de quemados por algún incendio. Los subtítulos hablaban de fallecidos y heridos. Se repetían imágenes de días atrás de cuando

sacaban del inmueble siniestrado los cuerpos de las víctimas. Por un instante, mostraron las fotos de dos mujeres y dos hombres afectados por el suceso. A Ana se le heló la sangre cuando reconoció a Santiago entre las víctimas.

El día apenas comenzaba a despuntar cuando Santiago puso en marcha su vehículo y se dirigió hacia Valencia. Ya dio aviso en jefatura de que llegaría un poco más tarde. Iba a acompañar a Roxana a la estación de AVE y despedirla deseándole todo lo bueno que se merecía. Habían acordado que pasaría a recogerla por su piso compartido. La encontró en la acera esperándole con la sonrisa blanca y generosa en la boca. Un cariñoso abrazo y un «¡Ay, mi niño!» le recibieron al

bajar del coche junto a su portal. Santiago no consintió que ella cargara con la maleta grande y la introdujo en el maletero. Luego ajustó la pequeña con ruedas.

Subieron alegres al coche y, de repente, un sentimiento de tristeza los embargó. «Me alegro por ti», le dijo sinceramente. Roxana asintió. «Lo sé, mi niño. Lo sé. Y yo celebro mucho que hayas encontrado esa mujer ¡tan maravillosa!». A Santiago se le despertó una sonrisa que revelaba su felicidad. «¡Ay, cuánto me alegro de que estén ustedes así de bien!». Santiago asintió, puso en marcha el vehículo y se incorporó al tráfico.

—Vamos a ir a por tu visado —dijo Santiago—. Lo tengo en casa. Será un minuto. He querido pasar primero a por ti porque así nos viene de paso.

Roxana asintió y le mostró los billetes del tren y del avión con la cara iluminada por la ilusión.

—¡Estados Unidos, allá voy con ustedes! —dijo agitándolos—. ¡Hagan sitio a esta muchachita!

Reían los dos las ocurrencias de Roxana cuando llegaron a la altura del portal de Santiago. Él se desabrochó el cinturón y se dispuso a bajar. El móvil le sonó. Era de la jefatura. Necesitaban consultarle algo urgente de uno de los asuntos que había llevado a medias con

Taylor. Con un gesto de fastidio por lo inoportuno, se sacó del bolsillo del pantalón un llavero.

—Espere un momento, Ortega — pidió Santiago y dirigiéndose a Roxana, le entregó el llavero—. Toma, sube tú, que esto me va a llevar un tiempo y vamos a ir muy justos. Está en la mesita del teléfono fijo.

—¿La que hay junto al sofá? — preguntó la muchacha.

—Sí, esa —dijo asintiendo y regresando a la conversación con su subordinado—. Dime, ¿qué es lo que quiere saber *el boss*?

Roxana pulsó el botón del ascensor y comenzó a ascender plantas hasta llegar al quinto, donde tenía su casa Santiago. Era un lugar del que guardaba solo buenos recuerdos. Empujó la puerta del ascensor. Salió de él y se dirigió a la puerta de la vivienda que había enfrente. Buscó en el manajo de llaves la que pudiera corresponder. Se sonrió la muchacha. Ahora Santiago llevaba otras dos llaves más. «Qué lindo que le vaya bien», pensó. Introdujo una llave en la cerradura y escuchó el sonido del paletón al retroceder. Fue a dar una última vuelta a la llave, pero una mano

enorme le tapó la boca y apenas la dejaba respirar. Sintió como alguien la apretaba contra su cuerpo y la ceñía por la cintura. Sus ojos se abrieron de terror al reconocer la voz.

—Miren quién está aquí... —le dijo al oído el Verraco mientras la aprisionaba con fuerza contra él—. La que voló como Matías Pérez... —Se rio—. Y yo esperando a ese poli de mierda para sacarle las entrañas hasta que me dijera dónde te metes... Está por aquí, ¿verdad?

Roxana negaba con la cabeza.

—Bueno, pues ya vendrá —dijo empujándola contra la puerta—. Le esperaremos los dos dentro. —La soltó

de la cintura y le apretó el cuello—. Ahora vas a ser buena y no vas a gritar cuando te suelte la boca, ¿me oyes, perra? ¿A que me oyes?

Roxana asintió con vehemencia mientras sentía apretar su cuello hasta la angustia.

—¡Venga, abre la puerta!

La muchacha terminó de girar la llave y el paletón se remitió por completo dentro de la puerta y giró una vez más para que también lo hiciera el resbalón. Al oír la puerta liberada, el Verraco empujó a Roxana contra la puerta y entraron en tropel. Ella cayó al suelo. El Verraco entró y cerró la puerta de un golpe. La luz que entraba por las

ventanas y el balcón del comedor iluminaba aquel pequeño vestíbulo.

—¡Por favor, no me hagas daño! ¿Qué quieres de mí? —suplicaba llorando Roxana—. ¿Qué quieres?

—No me pienso olvidar de lo que me hiciste. ¡Ya deja de pasarme la mano! —gritó el Verraco—. La has cagado...

El ruido de la rotura de un cristal dentro de la casa tensó al Verraco.

—¿No decías tú que no estaba?

Roxana negó con la cabeza sin comprender quién podría estar allí dentro. Por un instante, le horrorizó pensar que pudiera ser la novia de su amigo, Penélope.

El caminar de unos tacones vacilantes se escuchó en el salón. Una figura femenina apareció en el umbral de la puerta del salón.

—¿Quién coño sois vosotros dos?  
—espetó la rubia que se cubría con una bata roja de raso con dragones chinos bordados y sostenía una botella de ginebra en la mano—. ¿Dónde está mi marido?

El Verraco la miraba entre asqueado y enfurecido. De repente, se percató de que había algo extraño en el ambiente y que no respiraba bien.

—Oye, nena —reclamó Marisa entrecerrando los ojos—. ... Tú debes de ser la que está en el pasaporte ese raro

que hay ahí... —dijo señalando a la mesita junto al sofá—. ¿Eres su puta? —Se rio con desgana y dio un trago a la botella—. Pues tiene buen gusto, el cabrón.

Dirigió una mirada turbia al Verraco.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Marisa y antes de que le respondiera le dio la espalda con un gesto de indiferencia—. ¡Qué más da!

—¿Tu marido es el policía? ¿Dónde está? —preguntó el Verraco mirando desconfiado a la rubia borracha.

—¿Que dónde está? —Se rio teatralmente y se dejó caer en un sofá—. Ahí abajo, gilipollas.

El Verraco se contuvo. No le

merecía la pena. Si era cierto que estaba abajo es que habían venido juntos y no tardaría en subir por la tardanza de Roxana. Entonces le partiría cada hueso después de sacarle los ojos con sus propios dedos.

Roxana se levantó poco a poco y aturdida. ¿Qué era aquello que tanto la mareaba? Tenía náuseas. Sería el miedo.

Marisa rompió a reír sola y se puso torpemente de pie.

—Ya veréis qué poquito tarda en subir. —Y tambaleante, señaló a Roxana—. Y no va a ser por ti, zorra. No, no y no... Va a subir cagando leches porque yo, que soy su mujer, le he mandado un mensajito al móvil. ¡Ya lo verás! —dijo

con una sonrisa torcida, y cogió la cajetilla de tabaco y el encendedor—. Apréndete esto, zorra. Soy su mujer, aunque ahora se quiera divorciar de mí.

Santiago terminó de hablar con la jefatura y cuando fue a guardar el móvil vio que tenía un mensaje de Marisa. Frunció el ceño y se acarició los cabellos y la barba. No sabía qué hacer, si abrirlo y leerlo o dejarlo para otro momento. Decidió leerlo mientras bajaba Roxana, que estaba tardando demasiado. Quizás estuviera en el aseo, pero ya empezaban a retrasarse. Abrió el mensaje de Marisa y leyó: «Te estoy

esperando en casa para fumarme el último cigarrillo». La estupefacción le duró un segundo y luego la alarma se apoderó de él. La sola idea de que fuese cierto que estuviera en su casa le sobrecogió. Nada bueno estaría barruntando, y su reacción al ver entrar en casa a Roxana con sus llaves no podía ser buena. No quería ni pensar qué le podría estar gritando. Seguro que por eso Roxana no había bajado. Tenía que sacarla de allí y llevarla a la estación. Luego ya se las arreglaría con ese problema que tenía enquistado y que parecía no tener fin. Trató de tomar el ascensor, pero debían de estar cargando algo en él en algún piso por el ruido que

provenía de arriba. Comenzó a subir los escalones a toda la velocidad que le permitían sus pulmones. En el último descansillo tuvo que detenerse un instante para serenar el corazón. Continuó hasta llegar a la puerta de su casa.

La angustia se apoderó de él cuando se encontró la puerta cerrada y se dio cuenta de que no disponía de llaves. Aporreó la puerta gritando «¿Roxana, estás bien? ¡Abre la puerta! ¡Abre, por favor!»». Al cabo de unos instantes, la muchacha abrió una rendija. Vio en su cara que algo no iba bien. Ella intentaba advertirle algo con los ojos cuando la puerta se abrió de golpe y apareció tras

ella el Verraco, que apartó de un empujón a Roxana y la lanzó contra el suelo. Tiró con fuerza de la cazadora de Santiago y le metió dentro de la casa. Cerró la puerta de una patada y empujó brutalmente a Santiago contra la pared, que se golpeó la frente. Quedó momentáneamente aturdido.

—Bienvenido a casa, querido —dijo Marisa apoyada en el quicio de la puerta del salón—. Ya veo que sigues haciendo amigos.

El Verraco aprovechó, volvió a cogerle por las solapas, le empotró de espaldas contra la pared y le espetó:

—¡Dile a tu mujer que se calle la boca o se la hundo! —dijo mostrando un

puño amenazante.

Marisa, tambaleándose, se dio la vuelta e ignoró las amenazas del Verraco. Santiago notaba un olor extraño en la casa. Roxana tosía tirada en el suelo del vestíbulo. Marisa comenzó a toser y se apoyó en la mesita junto al sofá. Le miró fijamente.

—Cariño, mi último cigarrillo — dijo sacando un pitillo de la cajetilla, y se lo puso en la boca. Cogió un encendedor y antes de prender, le sonrió extrañamente—. Esta vez no te miento.

Santiago comprendió lo que iba a ocurrir. Gritó: «¡No lo hagas!». El Verraco perdió la paciencia y de una zancada entró en el salón para darle su

merecido a la rubia que le había sacado de sus casillas. Santiago se echó encima de Roxana, tirada en el suelo, cubriéndose la cabeza y la cara con los brazos justo antes de que una violenta explosión estallara en el interior de la casa, repartiendo furibundas llamas por todas las habitaciones y lanzando a la calle lenguas de fuego a través de las ventanas.

Santiago despertó en una habitación del Hospital La Fe de la sedación en la que le habían mantenido durante dos semanas para hacerle más llevaderas las curas. Entrevió una silueta que reconoció al instante. La vista se le aclaró y pudo distinguir esos rasgos tan queridos. Ella le hablaba, le decía algo que no podía oír. Tragó saliva. No quería ni pensar que hubiera quedado privado del oído con la explosión.

—No sé qué me dices, no te puedo oír —dijo algo angustiado.

Penélope se echó a reír y acercó sus manos a las orejas de Santiago.

—A lo mejor es por esto —dijo sonriente al liberarle de unos pequeños auriculares que estaban desconectados.

—A lo mejor —respondió él sonriendo con alivio.

Ella le apretó la mano y le besó en la frente. Detuvo sus ojos a la altura de los de él y apoyó sus labios suavemente en los de Santiago derramando en ellos todo el cariño que había guardado mientras él dormía sedado.

La miró con ojos humedecidos y sonrió triste.

—Ahora sí que no tengo nada que ofrecerte —y añadió con sorna—: No

tengo ni donde dormir.

—Sí que tienes... —dijo Penélope riendo—. En tu coche.

—Es verdad —aceptó Santiago, sonriéndose—. Me había olvidado de mi única propiedad.

—Pues sí —suspiró—, la verdad es que no te queda nada que escriturar.

—Mejor —dijo Santiago y arqueando las cejas la miró—: Así, si sigues conmigo, sabré que no es por mi dinero.

Y rieron los dos.

Santiago miró hacia abajo y le devolvió la mirada hablándole con tono grave:

—Sabes que ahora no poseo nada —

y la miró a los ojos—, pero si salgo de esta te ofreceré todo lo que no se puede comprar y que no tiene precio —dijo apretando suavemente la mano de Penélope.

Ella se emocionó y mantuvo a duras penas la sonrisa.

—Te equivocas, me debes un castillo. Me lo prometiste en Peñíscola.

Él asintió.

—Es cierto. Lo tomaré para ti y te lo entregaré para que reines en él —le dijo y notando que la emoción le iba a traicionar, cambió el tono—: Pero mientras me recupero y me preparo para el asalto, ¿me haces un favor?

—Claro, dime... —se extrañó.

—¿Me podrías rascar la espalda? — dijo con cara cómica—. ¡Ni te imaginas cómo me pica!

Estallaron los dos en una risa que los iba recuperando de todas las heridas. Ella le ayudó a darse la vuelta y fue calmando el picor allá donde un taladro invisible torturaba a Santiago, que la dirigía con «un poquito más a la izquierda, ahora a la derecha, más a la arriba, más abajo, un poquito más...».

—Ahora por delante —dijo Santiago mirándole con picardía.

—¡Ni hablar! ¡Serás pillastre! —le recriminaba Penélope divertida mientras Santiago hacía muecas—. ¡Cómo te recuperas!

De repente, Santiago cayó en la cuenta de que no sabía nada de Roxana.

—¿Y Roxana? ¿La has conocido? — preguntó—. ¿Sabes algo de ella?

Penélope asintió.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? Ha venido a despedirse.

Penélope fue al pasillo del hospital y la llamó. La muchacha apareció en la habitación con timidez, y al ver a su amigo sonriente se acercó a saltitos hacia él y le achuchó en un tierno abrazo.

—¡Ay, mi niño! ¡Qué bueno que no te quemaste! ¡Y tienes todo tu pelito en la cabeza y la barbita, mi niño!

—Es en las piernas donde tiene las

quemaduras. Menos mal que no son muy profundas —dijo Penélope, y las dos mujeres se miraron y asintieron.

—Eres un hombre muy afortunado, mi niño —dijo Roxana y añadió emocionada—: Y muy valiente. —Contuvo un sollozo—. Si no hubiera sido por ti, estaría toda quemada... —Y expresó su agradecimiento tomándole la mano y apoyando su mejilla en ella.

Roxana se limpió las lágrimas con rapidez.

—Venía a despedirme de ustedes. Debo tomar mañana el avión o no me servirá el nuevo visado. —Tomó una mano de Santiago y otra de Penélope—. Y a desearles que sean muy felices y a

decirles que allí donde yo tenga una casa, ustedes tendrán la suya. Así que vayan preparando un viaje a los Estados Unidos, que ya les diré dónde me tendrán. —Y dirigiéndose a Santiago—: Y usted, mi niño, cuídese mucho y cuide de ella.

El inspector asintió emocionado.

—Mucha suerte, muchacha.

Roxana y Penélope se abrazaron y se despidieron mirándose a los ojos con agradecimiento.

Santiago esperaba sentado en una silla de ruedas en la puerta de hospital a que Penélope trajera hasta él su coche. Se

instalaría en casa de ella provisionalmente. Detuvo el vehículo de Santiago junto a él. Se bajó y le ayudó a levantarse, sostenido por dos muletas. Tendría que ayudarse con esos artilugios hasta que las quemaduras de las piernas no le torturasen al apoyar los pies. Dolorido pero con maña, consiguió sentarse en el lugar del acompañante.

—Hoy conduzco yo —dijo ella con ironía.

—Aprovéchate mientras puedas —respondió sonriendo socarrón, poniéndose unas gafas oscuras.

Bajaron las ventanillas del coche y de camino a Castellón disfrutaron del aroma a azahar que les regalaban los

campos de naranjos que atravesaban y de la brisa del mar, que cada vez se hacía más presente.

Santiago observó que Penélope se pasó las entradas a la capital y que continuaba el camino.

—¿Adónde vamos? —preguntó Santiago.

—A mi casa —se sonrió—. Como todavía no me has entregado el castillo... Pues nos tendremos que conformar con la mía.

Santiago la miraba extrañado. Su asombro iba en aumento al ver que se dirigían a Oropesa. La miró y ella se puso el índice en los labios pidiendo silencio.

Unas cuantas curvas más y llegaron a un chalé al borde del mar, de sobra conocido. Santiago se quitó las gafas de sol y la miró interrogándolo con los ojos. Ella sonrió con tristeza.

—Ahora es mi casa —dijo Penélope asintiendo—. Y si tú quieres, la tuya también.

Cada atardecer, Penélope y Santiago procuraban coincidir en la terraza del chalé. Abrazados, disfrutando del contacto de la piel del otro, se recreaban juntos contemplando el maravilloso préstamo de sensaciones que les ofrecían aquel mar y aquel cielo. Solo

era uno más de los momentos cotidianos que se dedicaban mutuamente para celebrar la maravilla de haberse encontrado y gozar con intensidad la provisionalidad de la vida.

Mi más profundo agradecimiento a todas las personas que he conocido a lo largo de mi vida, tanto a las que me han querido, como a las que no, porque de todas he aprendido. Un millón de gracias a mis hijos por todo lo que he aprendido de ellos y por ser como son. A ti, Juan Ramón, no es necesario expresar cuánto te debo y cuánto te quiero, porque ya lo sabes.